





MANZONI

LOS
NOVIOS

1



PN714

.A8

N6

v. 1



96888



1020032431



FONDO
PEDRO REYES VILLARQUEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE





San

21 +

LOS

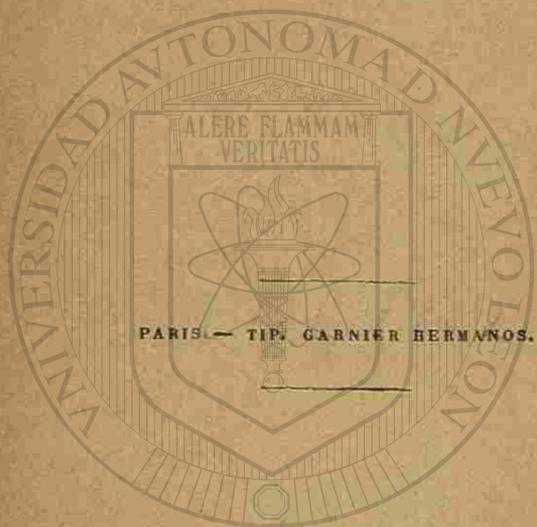
NOVIOS

TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

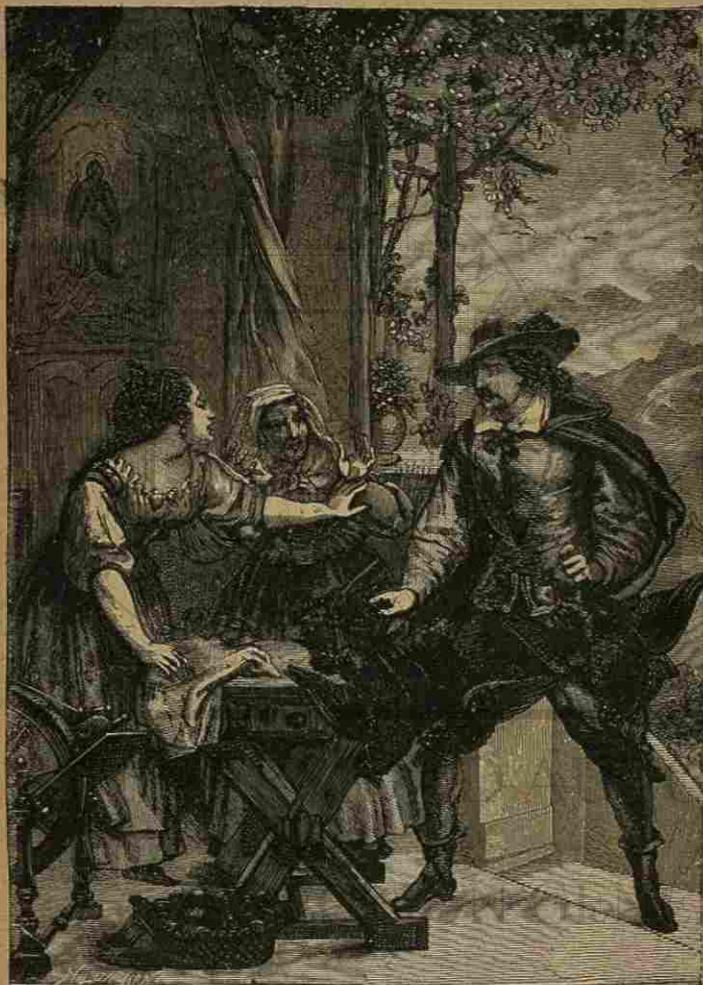




UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



En esto llegó Lorenzo (pág. 52)

MANZONI

LOS NOVIOS

HISTORIA MILANESA DEL SIGLO XVII

VERSION CASTELLANA

DEL

EXCMO. SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEGO

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

PRECEDIDA DE UN PROLOGO DE

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA

TOMO PRIMERO

INSTITUTO DE NUESTRO LEÓN

96888

RAJ DE BIBLIOTECAS
PARIS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

5, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1832

PQ 4714

.AS

116

25.1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO

1

Si para escribir el prólogo de una obra de indiscutible y relevante mérito, fuera requisito indispensable, que el autor del prólogo, fuese un escritor de igual, ya que no de superior reputación; ciertamente no sería el que estas líneas escribe, el llamado á escribir unas páginas al frente de la obra del inmortal Manzoni. Pero si reduciendo á su justo valor las pretensiones de mi trabajo, el público se digna juzgarme, como pretendo serlo, meramente como un admirador entusiasta del gran poeta, me permitirá que una mi modesto aplauso escrito, al concierto del elogio universal.

Y, á la verdad, ¿qué más modesto carácter cabe elegir, que el de *Ciceroni*? Por ventura cuando este acompaña á los viajeros, que van á visitar la gran basílica de San Pedro, y les hace reparar en el mérito de tal cuadro, ó de tal obra de fábrica del edificio ¿pretende pasar acaso por crítico de las bellezas que enaltece?

Quede pues consignado, que no aspiro á más gloria, ni deseo recabar más recompensa que la de tener la honra de ofrecer al autor de « *I promessi sposi* » público testimonio de mi profundo y entusiasta acatamiento, que harto, honrando á quien lo merece, se honra uno á sí propio.

Circunscribese mi encargo tan sólo á hacer resaltar el

mérito de Manzoni, como novelista; pero no puedo resistir al deseo de darle á conocer como poeta, publicando á continuación, su famosa oda á la muerte de Napoleón, seguida de los cuatro magistrales traducciones españolas, que de ella se conocen debidas á Hartzenbusch, Rubí, Cañete, y García de Quevedo.

Y siendo digna de referirse la circunstancia rarísima á que se debe el que haya llegado á conocimiento de la posteridad, tan notable producción, me voy á permitir el relatarla.

Al recibir Manzoni la noticia de la muerte de Napoleón, se sintió inspirado y se encerró en su despacho.

En aquella misma mañana, pocas horas despues, habia escrito ya, las diez y ocho estrofas de que consta la oda á que puso el siguiente título:

Il 5 Maggio.

ODE

Rennidos por la noche, en su casa Manzoni y sus amigos, el primero, al ocuparse del acontecimiento, que en aquellos momentos preocupaba la atención de todos, manifestó, que al recibir la noticia, él, que no habia en su vida escrito una línea en pro ni en contra de Napoleón, se habia sentido inspirado á escribir algo, y que, en efecto, habia borrajado unas cuantas estrofas, á que, por no llamar himno, calificaba de oda.

Manifestaron los concurrentes deseo de conocer la oda; pero Manzoni, cuya modestia rayaba en lo increíble, se negaba á leerla por parecerle cosa de escaso valor. Fueron, sin embargo, tan reiteradas las instancias, que por fin accedió á buscar por encima de la mesa el papel en que habia escrito las siguientes estrofas:

Il 5 Maggio

ODE

Ei fù: siccome immobile,
Dato il mortal sospiro,
Stette la spoglia immemore
Orba d'un tanto spiro;
Così percossa, attonita
La terra al nunzio stà.

Muta pensando all'ultima
Ora dell'uom fatale,
Nè sa quando una simile
Orma di piè mortale
La sua cruenta polvere
A calpestar verrà.

Lui sfolgorante in solio
Vide il mio genio e tacque:
Quando con vece assidua
Cadde, risorse e giacque
Di mille voci al sonito
Mista la sua non ha.

Vergin di servo encomio
E di codardo oltraggio
Sorge or commosso al subito
Sparir di tanto raggio.
E scioglie all'urna un cantico
Che forse non morrà.

Dall'Alpi alle piramidi,
Dal Manzanare al Reno,
Di quel sicuro il fulmine
Tenea dietro al baleno;
Scoppiò da Scilla al Tanai.
Dall'uno all'altro mar.

PRÓLOGO

Fù vera gloria ? Ai posteri
L'ardua sentenza : nui
Chiniam la fronte al Massimo
Fattor, che volle in lui
Del creator suo spirito
Piu' vast'orma stampar.

La procellosa e tré pida
Gioia d'un gran disegno,
L'ansia d'un cor che indocile
Ferve pensando al regno,
E'l giunge, e tiene un premio
Ch'era follia sperar.

Tutto ei provó : la gloria
Maggior dopo il periglio,
La fuga e la vittoria,
La reggia e il triste esiglio,
Due volte nella polvere,
Due volte su gli altar.

Ei si nomó : due secoli,
L'un contro l'altro armato,
Sommessi a lui si volsero
Come aspettando il fato ;
Ei fe silenzio, ed arbitro
S'assise in mezzo a lor.

Ei sparve, e i di nell'ozio
Chiuse in sí breve sponda,
Segno d'immensa invidia ;
E di pietà profonda,
D'instinguibil odio,
E d'indomato amor.

Come sul capo al naufrago
L'onda s'avvolge e pesa,
L'onda su cui del misero
Alta pur dianzi e tesa
Scorrea la vista a scernere
Prode remote invan ;

PRÓLOGO

Tal su quell' alma il cumule
Delle memorie scese :
Oh ! quante volte ai posteri
Narrar se stesso imprese,
E nell' eterne pagine
Cadde la stanca man.

Oh ! quante volte al tacito
Morir d'un giorno inerte,
Chinati i rai fulminei,
Le braccia al sen conserte
Stette, e dei di che furono
L'assalse il sovvenir.

Ei ripensó le mobili
Tende, e i pericoli,
El lampo de manipoli,
E'l onda de cavalli
E'l concitato imperio,
E'l celere obbedir,

Ahi ! forse a tanto strazio
Cadde lo spirito anelo,
E disperó ; ma valida
Venne una man dal cielo
E in piú spirabil aere
Pietosa il trasportó.

E l'avvió sui floridi
Sentier della speranza,
Ai campi eterni, al premio
Che i desiderii avanza,
Ov' é silenzio e tenebre
La gloria che passó.

Bella, immortal, benefica
Fede ai trionfi avvezza,
Scrivi ancor questo ; allegrati !
Ché piú superba altezza
Al disonor del Gulgota,
Giammai non si chinó.

Tu dalle stanche ceneri
 Sperdi ogni ría parola;
 Il Dio ch'atterra, e suscita
 Ch'affanna e che consola,
 Sulla deserta coltrice
 Accanto a lui posó.

Apénas terminada la lectura todos se apresuraron á felicitarle y uno de ellos le rogó que se la dejase *saborear*.

Alargóle Manzoni el autógrafo, que su amigo leyó mentalmente con detencion profunda, deletreando cada estrofa hasta que Manzoni le dijo:

— ¿La has saboreado ya bastante?

— Sí: tómala.

Y le devolvió el papel.

Antes de que nadie pudiera evitarlo y tal vez sin que ninguno se fijara en ello, Manzoni, que no habia dado la menor importancia á su oda, empezó á retorcer el papel y sirviéndose de él á manera de cerilla, le prendió fuego para encender un cigarro. El que á su lado estaba le pidió á su vez el fuego para encender otro cigarro y de uno en otro fué circulando de mano hasta que llegó al último que no atreviéndose á cogerlo por temer de quemarse los dedos lo arrojó al suelo.

Signieron todos elogiando la oda y hablando de la muerte de Napoleon, cuando á uno de los concurrentes le ocurrió pedirle á Manzoni la oda para dársela á los periódicos.

Manzoni respondió con lo mayor naturalidad del mundo, que no podia complacerle porque no tenia más escrito que el original que era el papel, que entre todos acababan de destruir encendiendo con él los cigarros.

¡Como pintar el disgusto de todos!

No de todos, sin embargo, porque el amigo que le habia pedido á Manzoni que se la dejase leer despacio, sorprendió á la reunion con la salida siguiente:

— ¡Afortunadamente nada se ha perdido!

— ¿Cómo no? se apresuraron á objetarle los demas á un tiempo. ¿Crees que odas como esta se componen todos los dias? Seguro estoy de que para recordarla, tendrá que trabajar Manzoni casi más que para hacer otra igual.

— En cuanto á eso, puedo aseguraros, repuso Manzoni, que si el público no la llega á conocer hasta que yo la vuelva á escribir, debe renunciar á verla impresa. Ademas ya veis que no soy el único que cree que nada se ha perdido.

— Si yo he dicho eso, no es porque dude del sobresaliente mérito de tu oda, se apresuró á decir el amigo aludido. La posteridad tiene derecho á conocer las obras de los que, como tú, no se pertenecen y por eso, que la escribas, ó que no la escribas, mañana aparecera impresa. Y Adios.

Y al decir esto tomó el sombrero y se fué.

— Buen ehasco te llevas, dijo Manzoni acompañándole hasta la puerta, si crees que me voy á dejar vencer.

Volvieron los amigos á acosar á Manzoni para que se pusiera á recordar y á escribir de nuevo la oda; pero hasta tal punto llegó á formalizarse este, que desistieron por completo dando por perdida la elogiada inspiracion.

Poco tiempo despues, se retiraron disgustadísimos uno tras otro los contertulios.

Como era natural, Manzoni no volvió á pensar al dia

siguiente en lo ocurrido la noche anterior; pero cuando estaba disponiéndose á salir de su casa, entró en ella el amigo que la noche pasada había ofrecido que aparecería impresa la composicion quemada.

— Vengo á suplicarte que leas este periódico, le dijo al entrar, señalándole un artículo que terminaba con unos versos á cuyo pie aparecía la firma de Manzoni.

Leyó el artículo y sin poder apenas dominar su asombro volvió á leer los versos.

— ¿No había duda, era su oda sin faltarle una estrofa!

— ¿Tenía yo ó no tenía razon? dijo el amigo.

— Lo veo y no lo creo, porque no me puedo explicar cómo ha podido suceder la cosa.

— ¿Te das por vencido y te explico el misterio en el acto?

— Si, á fe, y confieso que tengo curiosidad de saberlo.

— Pues no puede ser más sencillo. ¡ Tanto me gustó la oda que en las dos ó tres veces que la lei me la aprendí de memoria!

Hé aquí explicada la circunstancia á que nos referíamos.

Ahora vamos á transcribir las cuatro traducciones.

I

El 5 de Mayo

Traducción libre de la oda de Manzoni por T. R. Rubi (1844).

¡ Pasó!.... La muerte con siniestro giro

Llegó una vez á la encumbrada roca,

Y al héroe se acercó. Bebió en su boca

El último, apagado, hondo suspiro:

Le hurtó la luz que sus brillantes ojos

Un tiempo despediar;

Y al anuncio fatal de que yacian

Inertes los despojos

Del genio de la guerra.....

Un eco aterrador triste profundo,

Sordo rumor de la asombrada tierra,

Los ámbitos llenó del ancho mundo.

Atónita quedó, muda pensando

En el postrer momento

De aquel que escalas puso al firmamento...

Y en su estupor aún no sabe cuándo,

Apagada del hombre del destino

La rutilante estrella,

De la fama etereal en el camino,

Y en su revuelto ensangrentado polvo

Otra mortal estampará se huella.

Cuando cercado de fulgor un día

Le vi en el trono..... enmudeció mi labio.

Cayó; se alzó despues... y de improviso

Para siempre se hundió... Nunca en su agravio

Ni en su loer tampoco la voz mia

Mezclar su acento al de los otros quiso,

Que en la fortuna. ¡ Viles!.... le ensalzaron,

Y al mirarle por tierra le ultrajaron.

Virgen mi genio de lisonja impura

Y de cobarde ultraje,

Hoy se remonta á la celeste altura,

De ardiente y libre inspiracion henchido.

Hoy por secreto impulso sacudido

Arrebatarme siento...

Y al ver precipitarse de repente

Poder tan sin igual, orgullo tanto,

Quiero lanzar á la region del viento

Los fúnebres acordes de mi canto,

Que acaso vibrarán eternamente.

¡ Miradle!.... de las cumbres

De los Alpes altísimos volando

A las viejas pirámides, y luego,
 Batiendo los flamígeros talares,
 Del Rhin al Manzanáres
 Vencer y dominar.
 El rayo del coloso
 Del relámpago en pos siempre estallando,
 Con eco payoroso,
 Cruzó de Scilla al Tánaí,
 Del uno al otro mar.
 ¿ Es esta por ventura
 La verdadera inmarcesible gloria!...
 Que juzgue su memoria
 Con su fallo imparcial la edad futura.
 En tanto yo me inclino
 Ante el Dios de los orbes reverente,
 Que en él nos quiso dar con firme diestra
 De su genio creador, omnipotente,
 La más sublime y acabada muestra.
 ¡ Si!... porque el héroe, de entusiasmo lleno,
 Y en alas de su ardiente fantasía,
 Sintió una vez que en su agitado seno
 Un pensamiento colosal hervía.
 « El imperio del mundo es mi destino.....
 Tras de él me lanzaré... » dijo, y hollando
 Cuanto al paso encontrara en su camino,
 Doquiera sus pendones tremolando.....
 » El imperio, exclamó, no, no era un sueño;
 Venci con mis intrépidas legiones :
 Héme al fin de la tierra único dueño,
 Rey de reyes, señor de sus naciones. »
 Y por todo pasó. Triunfos y glorias
 Y peligros sin fin, y el fiero encono
 De aquellos que abrumó con sus victorias :
 El esplendor y majestad del trono,
 Y el destierro despues... y de él volviendo,
 Dos veces fué en el polvo derrumbado,

Y otras tantas del légamo saliendo
 Postróse el mundo ante su genio airado.
 Dos siglos enlazó, y amigos fueron :
 Cansados ya del pelear contino,
 Humildes ante el héroe parecieron
 Y en él depositaron su destino.
 « ¿ Qué será de nosotros, soberano?..... »
 — « ¡ Silencio !..... contestó, cese el encono :
 No hay más, no hay más que yo... » y con
 [fuerte mano]
 En medio de ellos levantó su trono.
 Y ¡ quién creyera que fortuna tanta
 En hora bien fatal se cambiaría!
 Que aquel que holló los tronos con su planta...
 Sobre una roca solitaria y fria,
 Que en medio de los mares se levanta,
 En el ocio su edad consumiría!
 Por su propia ambicion encadenado,
 De sus contrarios el rencor profundo
 Hasta allí le llevó..... y ¡ allí olvidado
 Quedó el coloso que abrumaba el mundo!
 ¡ Llanlo de compasion á la memoria
 Del hombre desgraciado,
 Que igual no tiene en la moderna historia!
 Como en el seno de la mar se agita
 El náufrago infeliz, y el onda cae,
 Y le abruma y sumerge y precipita.....
 El onda que un instante
 Alzándole á la esfera,
 La tierra te mostró siempre distante,
 La tierra que abrazar en vano espera...
 Así el alma agobiada
 Estaba de aquel héroe, bajo el peso
 De las memorias de la edad pasada.
 ¡ Oh! ¡ cuántas veces la imparcial historia
 De sus hechos pensó legar al mundo

Para eterna memoria!....
 Y ¡ Cuántas sin aliento,
 Contrastado su noble pensamiento
 Al comprender que se agitaba en vano
 Sobre las doctas páginas
 Cayó cansada la potente mano!
 ¡Cuántas también sobre la parda roca,
 Al espirar el silencioso día,
 El pasado y presente contemplaba!
 Allí con ademán firme y sereno
 En la tierra fijaba
 Los claros ojos donde el genio ardía,
 Y los brazos cruzaba sobre el seno;
 Y el pensamiento entonces desatado
 Las glorias y proezas recorría
 Del héroe, del monarca, del soldado.
 « Allí se le agolparon de repente
 Recuerdos que en el alma le punzaban.....
 Y tendido á sus piés vió un campamento,
 Y vió que sus legiones levantaban
 Las blancas tiendas que agitaba el viento;
 Y el galope escuchó de sus bridones
 Cruzando las llanuras dilatadas.
 Y el eco atronador de sus cañones
 Retumbando en el valle, y las espadas
 Por doquiera en la lid centelleando,
 Acatada su voz, y allá en la Sena
 El imperio del mundo fermentando.
 Mas ¡ ay, que estas memorias desgarraron
 Su ardiente corazón, y la esperanza
 Y el aliento á la vez le arrebataron.....
 Y ya desesperado sólo vía
 La tenebrosa duda en lontananza.....
 Cuando piadosa descendió del cielo
 Una mano que asiéndole, á otra esfera
 Le condujo, do halló paz y consuelo.

Y le llevó, por la florida senda
 De la esperanza que miró perdida,
 Á los campos eternos, reservados
 Para el que acaba entre el dolor la vida.
 Llévóle á que lograra en tal momento
 Un premio que no alcanza el pensamiento.....
 Allí donde se aspira la anhelada
 Pura esencia del bien, donde la pompa
 Y orgullo terrenal son polvo, nada.
 ¡ Inmortal religion, siempre triunfante!
 Gózate, sí, y en tu sagrada historia
 Escribe esta victoria
 Con letras de diamante;
 Porque jamas ante la cruz divina
 Del Gólgota sangriento se ha postrado
 Un alma tan indómita
 Cual la que tuvo el imperial soldado.
 Aparta, aparta de sus restos frios
 Los pensamientos de la tierra impíos:
 Porque el Dios de los orbes soberano
 Sobre el fúnebre lecho
 Tendióle al genio su piadosa mano.

*
*
*

II.

Á la Muerte de Napoleon.

(EL 5 DE MAYO.)

Traducción de J. H. García de Quevedo, 1847.

Pasó..... cuál frío, exánime,
 Dado el po trer suspiro,

Quedó el despojo inmémoro
Ya sin vital respiro;
Así la tierra atónita
Al triste anuncio está.
Muda, pensando en la última
Hora fatal del hombre,
Ni sabe si otra rápida
Planta que tanto asombre
Vendrá su polvo cárdeno
Segunda vez á hollar.

En fulgurante solio
Mírele enaltecido;
Cuando como un relámpago
Cayó, se alzó temido,
Y sucumbió, al unánime
Grito mi voz negué.
Virgen de abyecto encomio
Y de cobarde afrenta,
Ora que el astro apágase
Mi númen se presenta,
Y alza á la tumba un cántico
Que vivirá tal vez.

Del Alpe á las Pirámides,
Del Manzanare al Rino,
Al son de su estentórea
Voz, se humilló el destino;
Tronó de Scila al Tánaís,
Del uno al otro mar.

¿Fué pura gloria? Déjese
Que el porvenir decida;
Callemos ante el Máximo
Ser que en aquella vida
Quiso de su alma espíritu
Sello mayor grabar.

El proceloso anhélito
Que un gran designio inspira,

La ansia de un pecho indómito
Que al mando sumo aspira,
Lo alcanza, y logra un premio
Que no debió soñar,
Él la alcanzó. — la gloria
Mayor que vió el humano,
La fuga y la victoria,
Proserito y soberano,
Dos veces en el polvo
Y dos sobre el altar.

Dijo su nombre..... trémulos,
Uno contra otro armado,
Ante él dos siglos póstranse
Como á la voz del hado;
¡Silencio! dijo, y árbitro
Entre ellos se sentó.
Cayó, y su vida en la árida
Isla pasó infecunda,
Blanco de inmensa envidia,
De lástima profunda,
De odio implacable, acérrimo,
E inextinguible amor.

Cual sobre el triste náufrago
Se estrella la onda impía,
Onda que ha poco al misero
Hinchada sostenía,
Cuando los patrios márgenes
Ausiaba columbrar:
Tal en su ánimo el cúmulo
Pesó de sus memorias,
¡Oh, cuántas veces, fervido
Al describir sus glorias,
Borró su mano gélida
La página inmortal!

¡Cuántas de un día al lúgubre
Morir de enojos lleno,

Bajo el mirar fulmineo,
 Los brazos sobre el seno,
 Pensó en sus días plácidos
 Con hondo padecer;
 Y recordó las móviles
 Tiendas, y los bridones,
 El campo de las águilas,
 Las inclitas legiones,
 El prepotente imperio
 Y el raudó obedecer!
 ¡ Ay! á tan crudos males
 Desfalleció su aliento;
 Mas una mano fúlgida
 Bajó del firmamento,
 Y á más serena atmósfera
 Piadosa le llevó;
 Y le guió á la límpida
 Región de la esperanza,
 Á las azules bóvedas
 De eterna bienandanza,
 Donde es silencio fúnebre
 La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica
 Fé, triunfadora y viva
 Venciste al fin : alégrate,
 Que frente más altiva
 Al deshonor del Gólgota
 Jamas se doblegó.
 Tú, del cadáver la invida
 Acusación separa;
 El Dios que aterra al pérfido
 Í al inocente ampara,
 Sobre el fúnebre túmulo
 Las manos extendió.

III

En la muerte de Napoleon

(EL 5 DE MAYO)

Traducción de Manuel Cañete. — 1816.

¡ Fué! — Cual inmóvil el despojo humano,
 Sin el fuego de Dios que en él ardía,
 Postrado yace, la asombrada tierra,
 Al temeroso anuncio
 De que ya del gigante de los siglos
 Huérfana se veía,
 Atónita quedó. — Muda, pensando
 En el postrer momento
 Del hombre del destino,
 Ni se atreve á soñar su pensamiento,
 ¡ Cuándo de otro mortal dueño del hado
 La noble y digna planta
 Á hollar vendrá su polvo ensangrentado!
 Vióle mi númen en radiante solio,
 Y enmudeció. Miróle en el momento
 En que, sin rayos su anublada esfera,
 Cayó, y al remontarse al Capitolio
 Para siempre se hundió! — Nunca en el viento
 Se ha mezclado mi canto
 De otros mil vates al discordante acento;
 ¡ No nunca! Virgen de servil encomio
 Y de cobarde ultraje,
 Hoy se eleva en sus alas comovido
 Al eclipse veloz del gran cometa;
 Y un canto dolorido
 Al seno arranca de la egregia tumba,
 Que tal vez, á despecho de los hombres,
 Ni aún de los años al rigor sucumba!

¡ De las heladas cumbres de los Alpes
 Á las titáneas moles del desierto,
 Del Henáres al Rhin, aún no lucía
 El lampo de aquel héroe,
 Cuando su rayo ardiente descendía!

¡ Así estalló de las revueltas olas
 De Scila al Tánais; de los turbios mares
 En donde muere el sol en tumba fría
 Al que es la cuna de la luz del día!

¿ Fué verdadera gloria tanta? — Dícete
 La venidera edad el árduo fallo.

¡ Hora nosotros la cerviz hundimos
 Ante el sumo Hacedor omnipotente,
 Que quisó en él de su creador aliento
 Huella inmensa dejar eternamente!

La zozobrosa y vivida alegría,
 De altos designios fruto;
 El anhelo sin fin de un pecho indócil
 Que hierve en esperanza
 Pensando en el imperio, y que lo alcanza,
 Y el premio logra que á la mente un día
 Locura de un ensueño parecía.

¡ El todo lo probó! La inmensa gloria
 Tras el peligro del candente hierro,

La fuga y la victoria;
 El solio y el destierro;
 Dos veces en el polvo confundido;
 Dos veces al altar enaltecido!

« ¡ Yo soy! » dijo; y al punto
 Los dos guerreros siglos prepotentes,
 Que armado el uno contra el otro, oyeron
 La voz sublime del mortal divino,
 Á él, menguado el encono, se volvieron
 Como esperando el fallo á su destino;
 Ordenóles callar, cual rey de reyes,
 Y árbitro en medio se sentó de entrambos

Para amarrar á entrambos á sus leyes.
 ¡ Pero en el ocio terminó sus días,
 Por los fuegos del trópico agostado,
 De inmensa avidia y de piedad profunda,
 De odio al pa y de amor acompañado!

Como al ná trago triste se abalanza
 Hinchada la ola audaz y le sumerge,
 La ola en que al vado se sintió á las nubes
 Y de la cual, con ávidas miradas,
 Descubrir á lo léjos pretendía
 La tierra azul de castas ignoradas,
 Tal descendió con pesadumbre fiera
 Sobre el alma del héroe
 El cúmulo de lúgubres memorias.

¡ Oh! cuántas veces á la edad futura
 Quiso el mismo narrar sus propias glorias,
 Y en las eternas páginas su mano
 Falta cayó de aliento soberano!

¡ Oh! cuántas veces al morir del día,
 En la desierta playa
 Bajos los ojos donde el genio ardía,
 Ambos brazos cruzados junto al seno,
 De las voraces horas que pasaron
 Los punzantes recuerdos le asaltaron!...

¡ Allí via cruzar por su memoria
 Las blancas fiendas, los heridos valles,
 Las centellantes armas, el galope
 De los hijos del viento,
 El imperio á la lid estimulado,
 El pronto obedecer á un leve acento!

¡ Ay! Acaso al mirar por donde quiera
 Tanto estrago, su espíritu anheloso
 Desesperó de sí. Pero del cielo
 Bajó á elevarle un brazo vigoroso,
 Y á otra region más pura
 Le trasladó piadoso y en la altura

¡ Á la florida senda le condujo
 Donde brota la luz de esperanza;
 Á los eternos campos
 Donde el inmenso premio
 Que excede á su ambicion el hombre alcanza;
 Donde, apagados la traicion y el dolo,
 La gloria que pasó temiebla es solo!
 ¡ Bella, inmortal, benéfica
 Fé, de irradiados triunfos coronada,
 Este imprime tambien alborozada!
 Que al deshonor del Gólgota divino
 Tan soberbia grandeza
 Jamas rindió la mano del destino!
 De los cansados restos del gigante
 Separa toda vez ultrajadora:
 ¡ El supremo Hacedor que al hombre aterra
 Y le sublima al par; el que le infunde
 El dolor y el placer, del orbe dueño,
 Junto al cadáver frio
 Bajó á posarse y á velar su sueño!

IV

Á la muerte de Napoleon

(EL 5 DE MAYO)

Traduccion de J.-E. Hartzenbush.

Murió. — Cual sin el ánimo
 Grande que le ha regido,
 Su cuerpo inmóvil quedase,
 Dado el postrer latido;
 Así la tierra atónita
 Con la noticia está,

Piensa en las horas últimas
 Del adalid, y calla,
 Dudando que en el hórrido
 Polvo de la batalla.
 Otro varon tan inclito
 La huella estampe ya.

Enmudecí yo viéndole
 En trono refulgente:
 Cayó, se alzó, y postróronle
 Luégo alternadamente,
 Y al clamoroso estrépito
 Nunca me quise unir.

Virgen de panegirico
 Y ultraje vergonzoso,
 Mi voz hoy, que tan súbito
 Se oculta el astro hermoso,
 Rompe, y quizá mi cántico
 Eterno ha de vivir.

Del Alpe á las Pirámides,
 Del Tajo al Rhin, primero
 El rayo que el relámpago
 Lanzaba aquel guerrero,
 Terror de Scila y Tánaís,
 Y de uno y otro mar.

Si esto fué gloria, dígalo
 Futura edad; la nuestra
 Humillese al Altísimo,
 Porque tan larga muestra
 De su creador espíritu
 Quiso en el hombre dar.

El zozobroso júbilo
 Que un gran designio cria,
 Los indomables impetus
 De quien reinar ansia,
 Y obtiene lo que fuérale
 Vedado imaginar;

Todo lo tuvo : obstáculos
Grandes y grande gloria,
Y proscripción y alcázares,
La fuga y la victoria ;
Se vió dos veces idolo,
Y dos rodó su altar.

Guerra de muerte hacianse
Dos siglos cuando vino,
Y á élse volvieron dóciles
Como á poder divino ;
Silencio impuso, y árbitro
Sentóse entre los dos.

Y de honda envidia y lástima,
Objeto en su caída,
De ocio en angosto limite
Se consumió su vida,
Odio y amor llevándose
Desenfrenado en pos.
Envuelve y hunde al naufrago
Ola que alzándole antes,
Dejaba que en el piélago
Con ojos anhelantes
Buscara en vano el mísero
Tierra distante de él :
Tal su memoria al héroe
Le hundía en un abismo :
Mil veces ; ay ! propúsose
Trazar su historia él mismo,
Y mil su mano lánguida
Cayó sobre el papel.

Y mil y mil al tétrico
Fin de enojoso dia
Bajas las igneas órbitas,
Al pecho recogia
Los brazos, recordándose
Su pristino poder,

Y al par las tiendas bélicas
Y valles resonantes,
Los brutos ligerisimos
Y aceros centellantes
Y aquel mandar despótico
Y el pronto obedecer.

¡ Ay ! Á tamaña férdida ;
Quizá de aliento falto,
Desesperó : mas próvida
Mano acudió del alto,
Y á respirar vivificas
Auras se le llevó.

Donde entre flores tránsito
Da fácil la esperanza
Al campo en que magnifico
Premio el mortal alcanza,
Y noche muda tórnase
La gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica
Fé, por do quier triunfante,
De un nuevo lauro alégrate :
Cerviz más arrogante
Al deshonor del Gólgota
Jamás se doblegó.

Aleja tú del féretro
La detraccion sanuda ;
Dios que alza y postra rigióo,
Y afflige y presta ayuda,
Veló ese lecho fúnebre,
Y el alma recibió.

II

Si grande fué el acierto que para traducir al castellano la oda el 5, maggio patentizan las odas que

acabamos de transcribir no excede, al de la traducción de « *I promessi sposi* », hecha por el eminente literato y sabio académico Don Juan Nicasio Gallego.

Si Manzoni decía al traductor francés Marqués de Montgrand. « He leído y releído « *les Fiancés* » con un placer semejante al que experimentamos cuando estando perfectamente vestidos nos miramos al espejo ¿qué no hubiera dicho de la traducción española de Gallego, cuyo mérito es tal, que parece una obra pensada y escrita en castellano? Gracias al ilustre Académico, nos es dado juzgar del mérito relevante de « *I promessi sposi* » y al verterla nuestro ilustre compatriota, al patrio idioma, ha hecho un doble servicio eminente á España enriqueciéndola con un libro precioso y haciendo olvidar de paso con su versión correctísima, otra desatentada traducción que se ha hecho en castellano bajo el título de *Los prometidos esposos*.

« Los Novios », obra tan modestamente calificada por su autor de historia milanesa del siglo XVII, quiere suponer que es el hallazgo de un manuscrito indigesto, de que transcribe una página, como muestra.

No debemos olvidar, sin embargo, que Cervantes, achacó al famoso escritor árabe Cide Hamete Benengeli, la paternidad de su Quijote.

Pero sea ó no cierta la existencia del manuscrito citado por Manzoni, ni la lectura de este, ni la de cien manuscritos análogos, ni la de los famosos bandos contra los bravos y hasta la de la historia de la tristemente célebre monja de Monza, son por sí solos capaces de producir un todo armónico, como « *los Novios* », sin el poderoso genio de su inmortal autor.

No cabe escribir un libro más útil, más profundo, más original.

Gira la obra entera sobre una idea única, la de una profunda fe religiosa.

¿Es posible inventar una fábula más sencilla?

La infeliz Lucía, espera ser feliz esposa de Lorenzo al día siguiente de aquel en que da comienzo la historia, y dada la sencillez de los protagonistas, el reducido espacio en que el autor se propone encerrar la acción, apenas se vislumbra la posibilidad de interesar unos momentos con el relato de las peripecias que puedan ocurrir á aquellas dos infelices criaturas. Y sin embargo bastaba, con que el pecado de D. Abundo en vez de amedrentarse ante las amenazas de los bravos hubiera seguido el sano consejo de Perpétua para que las cosas hubieran tomado un sesgo muy distinto.

Pero el autor necesitaba para probar su tesis presentar á la inocencia completamente abandonada, sin más apoyo Lucía que su pobre madre sencilla é ignorante; é incapaz de dar de sí más que tal cual consejo tan acertado como el de consulta al abogado Tramoya ó entretener á Doña Perpétua para que sus hijos pudieran sorprender á D. Abundo, autor, con su resistencia á casarlos, de cuantos desastres les ocurrieron después.

Y á fe que no es posible llevar más allá la verdad de la pintura hasta en sus menores detalles.

El pobre D. Abundo, que en el fondo es un alma de Dios, no tiene más defecto, que el de haber hecho lo que D. Hermógenes, que no teniendo oficio ni beneficio ni pariente ni habiente cogió y se hizo poeta. El buen párroco, otra especie de D. Hermógenea en su clase, también debió pensar al emprender la carrera eclesiástica, que el único medio de vivir cómoda y regaladamente era coger y hacerse cura. Y así como su debilidad,

por falta de verdadera vocacion, fué causa de cuantas desgracias llovieron sobre sus dos infelices feligreses, así aunque por otro estilo y mayor responsabilidad lo fue de los desórdenes, y hasta crímenes de aquella desventurada monja de Monza su desatentado padre que por vanidad, mirando sólo el lustre de su casa obliga á profesar á su hija infeliz que, no teniendo vocacion de tal, sirve tan sólo de funesto ejemplo de lo que puede producir la imposición violenta de un forzado yugo torciendo una voluntad propia á otro género de vida.

¿ Cual es el poder que á Lucía ampara? Un pobre religioso, cuyo celo le lleva á presentarse al mismo Don Rodrigo pidiéndole que desista de su empeño; pero como el resultado de este acto es que el pobre fraile sea enviado por el Prior á otro convento, Lucía queda sin este poderoso apoyo, á merced de su perseguidor.

Y el buen padre Cristóbal que creyó dejarla sana y salva en el convento de Monza!

Hé aquí ya el interés palpitante de la narracion. La inocencia indefensa y desamparada luchando con la iniquidad armada: ¿cuál va á ser el resultado de la batalla?

La muerte de D. Rodrigo atacado de la peste y abandonado por sus bravos sin tener á su lado en el supremo instante de su agonía más que á aquel padre Cristóbal que en nombre del cielo le perdona sus culpas y hasta le otorga el perdón del ofendido Lorenzo. Y el *ignominato*? ¿Qué mayor victoria que la recabada por Lucía que conmoviendo á aquel gran malvado le sugiere la idea de ir á visitar al cardenal?

¿ Y cómo resistir aquel torrente de elocuencia cristiana, y no creer en un Dios que tales representantes posee en la tierra?

¿ Cómo no sentirse poseído de arrepentimiento aquel

empedernido pecador, con las sublimes palabras, que para atraerlo al buen camino le prodiga el virtuosísimo prelado?

No es posible retratar personajes más simpáticos que los de Lucía y Lorenzo. Lucía es la representación de la joven del pueblo, cristiana, sencilla y virtuosa, modelo de todas las bondades. Lorenzo, digno compañero elegido por ella para compartir las penalidades de la vida, es activo, modesto, económico, sencillo y animoso que no aspira á más dicha que la de hacer la de Lucía ganando honradamente por medio de su trabajo los medios de atender á sus obligaciones, viviendo contento con tener á su lado á su esposa y hasta á la madre de esta.

La buena Ines, personificación de la aldeana de cortísimos alcances; pero de buen fondo, que si peca es por ignorancia y no por malicia, y que con santa resignación soporta y comparte, con aquellos hijos de su alma, las tribulaciones que la divina Providencia se digna enviarles.

¿ Que tipos tan acabados el de Don Abundo y el de Doña Perpétua!

Aquel pobre cura, que no siendo un Cid, ni mucho menos, hubiera debido arrostrar casando á Lucía, la cólera del Conde, cuyos bravos *le meterian en los riñones un par de balas...*; Fácil era que él los casara. Qué ajeno estaba el reverendo, de que precisamente aquel apego á la vida de que estaba poseído era la prueba más palpable, de que sus creencias católicas, corrían parejas con su bravura puesto que si él hubiera tenido (como el padre Cristóbal) absoluta creencia en la bienaventuranza, ¿ qué hubieran podido importarle las amenazas de los bravos? ¿ Al asesinarle no le hubieran anticipado el goce de la vida perdurable?

Hasta qué punto es hábil y profundo Manzoni, lo prueba la manera gráfica de probar como los designios de la Providencia son incomprensibles, valiéndose de la conversión del *Ignominato* para poner á cubierto á Lucía de todo género de asechanzas, por los únicos medios posibles entonces. Así es que el Conde don Rodrigo, á quien importaba un ardite la justicia de aquellos tiempos que casi puede decirse tenía á sus órdenes, abandonó toda idea sobre Lucía, desde que supo que el *Ignominato* la había tomado bajo su valiente protección.

¿Qué profundo interés inspiran las aventuras del pobre Lorenzo, y qué ancho campo no ofrece al autor el relatarlas para retratar los efectos de la dominación española en el animado cuadro de la sublevación de Milán cuando la carestía!

Cierto que en ningún paraje consigna Manzoni, que la dominación extranjera y las guerras á que da lugar produjesen primero el hambre y luego la peste; pero hace algo más que decirlo, que es probarlo.

Sin aquel Ferrer que en nombre de España gobernaba MILAN y que, partidario de una economía política detestable, buscaba un pretexto de hacerse popular *tasando* el precio del pan, seguro es que el pobre Lorenzo no hubiera sido el héroe inconsciente de aquel motin tan de mano maestra dibujado.

¿Qué cuadro tan perfecto! ¿Qué pueblo tan fielmente fotografiado! ¿Qué observación aquella de Lorenzo al ver que el día del motin quemaban los hornos ¿dónde harán luego el pan en los pozos?

¿Y cuán sublime y delicada no es la idea de devolver Lorenzo los dos panes, que sin querer robó en el motin, dando otros dos, que compró, á aquellas inocentes cria-

tura, que perecían de hambre encerradas en aquella casa apestada!

Pero donde el autor se excede á sí mismo, es en la descripción de la peste y en la manera sencilla y gráfica con que combate la creencia de que había *untadores*, no sólo por los muchos argumentos que emplea, sino presentando al pobre Lorenzo expuesto á perecer por suponersele *untador*. Y la prueba de que ciertas aprensiones del pueblo parece que son de todos los tiempos, y de todas las epidemias, y de todos los pueblos, la tenemos en que precisamente cuando acababa de dar á luz Manzoni su obra, ocurría en Madrid la matanza de de los frailes, acusados de haber envenenado las fuentes, cuando era el cólera morbo asiático el causante de la mortandad! ¿Oh! pueblo hasta que dejes de ser ignorante serás vulgar y te dejarán llevar de groseras preoñpaciones.

La descripción de la peste será un monumento de ignominia contra España.

Sobrio es en verdad el autor en su censura; pero contundente.

Mentira parece en efecto que á las reiteradas quejas *escritas y habladas* de la Junta de Sanidad contestase la autoridad « *que afligian al Gobernador semejantes noticias; pero que eran más urgentes los negocios de la guerra.* »

Como por entonces, muy poco tiempo despues, murió el famoso Gobernador Spínola, en su propia cama, de pesares que le causaron las reconvenções que por causa de la guerra recibía continuamente de su Gobierno, dice Manzoni: « *La historia, que ha deplorado su suerte, censurando la ingratitud con que se le trató, y ha descrito con suma prolijidad sus empresas militares y políticas*

« y alabado su prevision, actividad y constancia, bien hubiera podido indicarnos, qué fué lo que hizo cuando la peste amenazaba é invadía una poblacion confiada á su cuidado, ó por mejor decir ENTREGADA Á SU DISCRECION. »

En estas cuatro palabras, está concentrado todo un poema de amargura y el autor de *Los Novios*, con sobriedad pasmosa, dice en una frase más que Ripamonti en toda su *Storia patria*.

La ansiedad con que el lector sigue á Lorenzo en el lazareto, y las nuevas angustias que á los novios esperan cuando, ya aplanados todos los obstáculos, surge el del famoso voto de castidad, que irreflexivamente hiciera Lucía en aquel apurado trance, sólo es comparable con la satisfaccion que produce la profunda habilidad del autor, que se vale de esta ocasion de recompensar al padre Cristóbal de todos sus afanes, puesto que gracias á las atribuciones de su elevado ministerio, le cabe la satisfaccion de destruir el único obstáculo que se opone á la felicidad de los pobres novios.

No es ménos bella la figura de aquel virtuosísimo prelado el Cardenal Borromeo, modelo de humildad y de uncion cristiana.

Aquellas dos conferencias, con Don Abundio para comprenderle; con el pecador, para convertirle, son dos modelos inimitables. ¡ Ay ! y como se conoce en toda la obra, que Manzoni habia estudiado á fondo estas materias religiosas; pues aun cuando sea evidente, que su esposa, al convertirse al catolicismo lo hiciera espontáneamente, esto no nos autoriza para deducir que Manzoni no influyese, con su palabra y con su ejemplo, en la conversion de su consorte.

Los caracteres de todos los personajes de la obra son tipos acabados y perfectos cuya personalidad no se

contradice jamas, hasta el punto de que Don Abundo sabedor de la proteccion que el *Ignominato* dispensaba á Lucía, todavía aconseje á Lorenzo que sería mejor que fuera á casarse á Bérghamo, y sólo cuando sabe que D. Rodrigo ha muerto, es cuando se brinda á casarlos y lo verifica con el mayor placer.

Y hasta en los tipos que incidentalmente bosqueja, como es el Don Ferrante, en cuatro pinceladas, crea un tipo. Aquel sabio de profesion y Don Quijote de la ortografia Don Ferrante es delo más cómico que darse puede, y tal nos le figuramos, que le juzgamos capaz de corregir una epístola que su esposa hubiera podido dirigir á un amante, seguro de que peor efecto le hubiera hecho la falta de ortografia que hubiera encontrado en el escrito que la de la fe jurada.

Elogiar cuanto en el libro lo merece, nos llevaria á escribir otro libro, y como adivinamos la impaciencia del lector, que deseara juzgar por sí mismo, vamos á terminar nuestra tarea.

Un libro de la importancia de « *Los Novios* » tiene que encerrar una profunda enseñanza. ¿Cuál es esta?

El autor nos lo dice por boca de los protagonistas. Contando Lorenzo el resultado práctico que ha obtenido de sus desgracias, dice: « He aprendido á no meterme en embrollos, á no ser orador de plazuela, á no beber más de lo necesario, á no estar agarrado á la aldaba de una puerta y otras mil cosas.... »

Á lo cual contesta Lucía, encarnacion sublime de la sencillez, el despejo natural y el sentido comun. « Yo no fuí á buscar los trabajos sino que ellos vinieron á buscarme á mí... »

¿Qué debemos deducir de ambas conclusiones contradictorias?

Lo que tan profundamente deduce el autor diciendo « que los trabajos muchas veces vienen porque uno » se los busca; pero que sin embargo no basta la conducta más arreglada é inocente para evitarlos; y que » de *todos modos* vengan por culpa propia ó sin ella, la » confianza en Dios y la resignacion los mitiga y hace » que sean útiles para mejorar la vida. »

Hé aquí la síntesis del pensamiento de Manzoni al escribir « *I promessi sposi* ». y ; Dichosa la nacion que premia en vida y honra despues de su muerte á sus hijos esclarecidos!

Arráncanos esta dolorosa reflexion la lectura de un periódico que llega á nuestras manos en el que leemos el siguiente TELÉGRAMA :

MILAN, 23 DE MAYO.

« *El Príncipe Tomás Duque de Génova y la Princesa Isabel de Babiera, su nueva esposa, llegaron ayer tarde para representar al Rey Humberto y la Reina Margarita en la ceremonia de la inauguracion de la estatua de MANZONI. Ayer mañana se procedió á la traslacion de las cenizas del autor de « I promessi sposi » desde la tumba provisional á la tumba definitiva. La ceremonia tuvo lugar á las tres de la tarde. La estatua, de bronce, es obra del escultor BARGOGLI y de un parecido sorprendente. El poeta está de pié en actitud meditabunda. Por la noche, en el teatro de La Scala, ciento treinta profesores, y trescientos coristas ejecutaron la misa de Requiem de VERDI, escrita hace diez años á la muerte de MANZONI, y despues una cantata letra de GHISLANZONI y música de PONCHIELLI. Ambas producciones han obtenido éxito extraordinario. »*

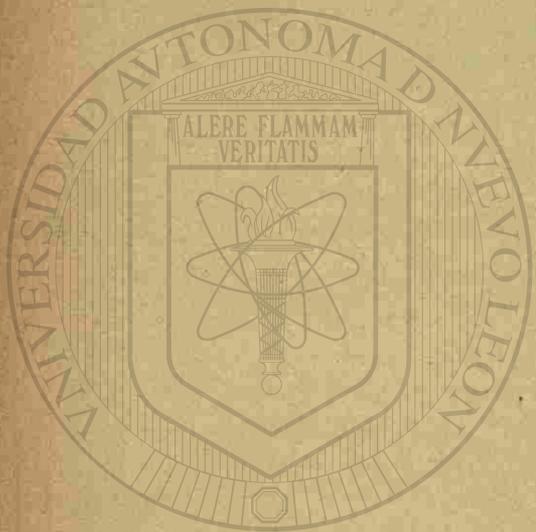
Diez años despues de su muerte acaccida á una edad avanzada, la patria reconocida elevaba en Milan una estatua á Manzoni cuyas cenizas habia cuidadosamente custodiado.

¡ El autor del Quijote italiano, ha sido más afortunado que nuestro inmortal Cervántes cuyos restos mortales no estamos seguros de poseer!

¡ Triste es en verdad, como dice ARIBAU en su viã del Principe de los Ingenios, haber de confesar que si nos presentaran un cráneo diciéndonos *aquí pensó Miguel de Cervántes Saavedra...* sería dudoso y desconfiado nuestro profundo acatamiento!

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA

FIN DEL PRÓLOGO.



INTRODUCCION

« La historia puede considerarse como una guerra
» ilustre contra el tiempo, porque al arrancarle de las
» manos los años, que ha reducido á dura esclavitud,
» convirtiéndolos en cadáveres, la historia los resucita,
» los examina y al revistarlos los alinea de nuevo en
» órden de batalla. Pero los ilustres campeones de seme-
» jante torneo tan sólo cosechan palmas y laureles, los
» despojos más ricos y resplandecientes, embalsamando
» por medio de la tinta las proezas de los príncipes, po-
» tentados y personajes de noble estirpe, zurciendo con
» la aguja de su talento los rasgos escritos con hilos de
» oro y seda, un brocado de acciones gloriosas.

» No le es permitido, sin embargo, á mi pequeñez,
» elevarse á tamaños asuntos, á sublimidades tan pe-
» ligrosas, que podrían exponerme al riesgo de per-
» derme en los intrincados laberintos de las intrigas
» políticas, por dejarme guiar por el estruendo de las
» hélicas trompas.

» Pero habiendo tenido conocimiento de hechos me-
» morables, que atañen á gentes de humilde cuna y
» escasa importancia, me propongo transmitirlos á la pos-
» teridad, haciendo su verídico relato. En él se verá, en
» reducido escenario, surgir dolorosas tragedias de hor-

» tor, y escenas de refinada maldad, mezcladas con em-
 » presas virtuosas y de angelical bondad, en contraposi-
 » cion á diabólicos designios. Y á la verdad, que si nos
 » paramos á reflexionar, que nuestro territorio está so-
 » metido á la dominacion del Rey Católico, nuestro señor,
 » que es ese esplendente sol que jamas se pone, y que
 » sobre el mismo horizonte, con reflejada luz, como la de
 » una luna que no tuviese fases, brilla el héroe de ilustre
 » raza, que *pro tempore*, le representa, y que los muy
 » altos senadores, á manera de estrellas fijas, y los de-
 » mas magistrados á semejanza de planetas errantes, re-
 » parten por doquier su luz, formando un nobilísimo
 » cielo entre todos, no se nos alcanza la causa de que tal
 » cielo, se transforme en un infierno de acciones tene-
 » bras, maldades y crímenes y que vaya multiplicán-
 » dose el número de lo hombres temerarios, á ménos de
 » no reconocer, como causa para ello, las malas artes ó
 » intervencion del diablo, puesto que la malicia humana,
 » por sí sola, no debería poder resistir á tantos héroes
 » que con ojos de Argos y brazos de Briareo, se afanan
 » y trabajan en bien de la cosa pública.

» Al descubrir lo ocurrido en los tiempos de mi tem-
 » prana edad, aun cuando la mayor parte de las per-
 » sonas que en mi relato figuran, hayan desaparecido
 » del mundo, pagando tributo á las Parcas, sin embargo,
 » por justos miramientos callaré sus nombres, es decir
 » los de sus familias, y lo mismo haré con los sitios en
 » que los hechos tuvieron lugar, indicando tan sólo, á
 » bulto, los territorios. Nada podrá imputar esto como
 » una imperfeccion de mi relato ó deformidad del mismo,
 » á ménos que quien tal piense no sea persona entera-
 » mente desprovista de filosofía; porque las personas
 » versadas en esta materia, verán que nada falta á la sus-

» tancia de la expresada narracion. Así es que siendo
 » cosa evidente y que nadie podrá negar, que los nom-
 » bres son simples accidentes....

La primer idea que me asaltó, despues de desojarme
 para conseguir descifrar los garrapatos de descolorida
 tinta para llevar á feliz término el transcribir la historia,
 que en él se cuenta, fué si despues de haber logrado,
 como hoy se dice, darla á luz no podria encontrarme
 con que nadie quisiese tomarse el trabajo de leerla.

La duda de que esto pudiera acontecer, y la de que
 el improbo trabajo, que me estaba tomando, fuese
 perdido, me impulsaron á suspender la copia, y á
 reflexionar, maduramente, lo que más me convenia
 hacer.

La verdad es, me decía yo, hojeando el manuscrito,
 que de esta granizada de sentencias, no está empedrada
 toda la obra. El bueno del *sentencista*¹ ha querido em-
 ppear echándose de sabio, pero en el transcurso de la
 narracion y algunas veces en el curso de la misma, el
 estilo es más llano. Esto es verdad; sin embargo; es tan
 vulgar! tan falto de vigor! tan chavacano! tan incor-
 recto! Idiotismos lombardos, á montones, frases em-
 pleadas al revés, construcciones gramaticales arbitrá-
 rias, periodos cojos y maneos, revueltos con algunas
 elegancias españolas sembradas aquí y allí, y lo que
 es peor aún, en los pasajes más terribles y conmove-
 dores del relato, sin ton ni son, citas para llamar la
 atención hácia todo lo que lo merece... Algunas flores
 retóricas, no pegarian mal, siendo delicadas y de buen
 gusto, pero veo que este bendito señor, reincide y
 persevera en escribir con la retórica de mal gusto que al

1. Se daba este nombre á los escritores del siglo XVI y primera mi-
 tad del XVII.

principio empleó, reuniendo cualidades tan opuestas, en apariencia, como la de trivial y afectado en la misma página, en un mismo período, y hasta podríamos decir que casi en una misma frase!

Declamaciones ampulosas, empedradas con solecismos vulgares, y por todas partes rebotando la pretension y la torpeza que es el carácter distintivo de los escritores del siglo, en nuestro país. No son estas, á la verdad, cosas que puedan ofrecerse al público de hoy día, asaz experto y hastiado, con razon, de semejantes extravagancias.

Fortuna mia es, que me haya ocurrido esta idea, antes de emprender de lleno mi trabajo. Me lavo, pues, las manos.

Decidido ya casi á cerrar el manuscrito, para no ocuparme más de él, me dolía no obstante que tan peregrina historia quedase para siempre ignorada, pues aun cuando al lector podia parecerle otra cosa, á mí me parecia interesantísima.

¿Por qué, pues, no decidirme á conservar la serie de hechos, que el manuscrito contiene, y escribir la historia de nuevo? Y como no se me ocurrió ningun *porqué* que oponer á este, adopté resueltamente, el partido de escribirla.

Hé aquí el origen del presente libro.

Algunos de los hechos, sin embargo, ciertas costumbres descritas por el autor, me parecieron tan sorprendentes, tan extrañas por no decir otra cosa, que antes de darles crédito quise cerciorarme invocando nuevos testimonios. Me tomé, pues, el trabajo de hojear las memorias de aquellos tiempos, para cerciorarme de que efectivamente caminaba así por entónces el mundo.

La investigacion dispipó por completo todas mis dudas,

pues me encontré con cosas no sólo semejantes, sino mucho peores aún, y lo que más me convenció, fué el hallarme retratados, con fidelidad fotográfica, personajes de que no habia tenido jamas noticia más que por el citado manuscrito, origen de haber yo dudado que hubieran podido existir. Cuando sea necesario, citaré algunos testimonios, para conquistarme la fe de mis lectores, acerca de cosas que, por lo peregrinas, pudieran caer en la tentacion de resistirse á creer veridicas.

Pero volviendo al estilo y desechando como inaceptable el del autor del manuscrito, ¿cuál debia ser el estilo adecuado? Esta era la dificultad.

Todo el que, sin pedírsele nadie, se mete á corregir el estilo de otro, contrae la responsabilidad de dar estrecha cuenta de aquel con que le sustituye. Este es un principio de hecho y de derecho, á que en manera alguna pretendo sustraerme. Es más, para probar que me sometia gustoso á esta responsabilidad, me propuse explicar minuciosamente la razon de haber empleado el lenguaje que he empleado. Con este propósito, al hacer mi trabajo, he procurado adivinar las censuras, probables y posibles, que se me podrian dirigir, con el intento de refutarlas anticipadamente.

No es pues de ahí de donde hubiera podido surgir la dificultad, puesto que (en honor de la verdad sea dicho) no se me ocurría objecion á que no me fuese fácil oponer victoriosa réplica, sino resolviendo la cuestion, haciéndola por lo ménos cambiar de aspecto. A veces, poniendo frente á frente dos objeciones, estas reciprocamente se combatían y profundizando algo más y analizándolas y comparándolas, sosegadamente, se venia en conocimiento de que, aun cuando aparentemente eran opuestas, en el fondo eran del mismo género, y provenian ambas

de no haberse tenido en cuenta los hechos y los principios sobre los que se habia fundado el razonamiento y despues de haberlas unido con gran sorpresa suya de verse juntas, las enviaba ambas á pasearse.

No es posible que autor nacido haya tratado de probar, como yo pensaba hacerlo, apoyado en argumentos irrefutables, que ha hecho bien; pero cuando llegó el momento de hacer el resumen de todas las objeciones, con la refutación de cada una de ellas, para recopilarlas ordenadamente, ¡ misericordia divina! habia hacinado materiales para escribir un libro!

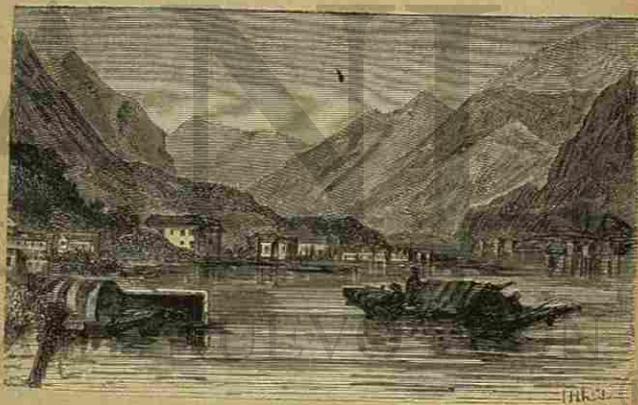
En vista de lo cual, renuncié á mi propósito por dos razones, que estoy seguro de que mis lectores encontrarán tan concluyentes como yo: primera que consagrar todo un libro á justificar la bondad ó ménos aún el estilo de otro podria parecer ridiculo; segunda que en materia de libros con uno basta, á ménos que no sea de utilidad universalmente reconocida.

LOS NOVIOS

HISTORIA MILANESA DEL SIGLO XVI

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel ramal del lago de Como que, torciendo hácia el Sur entre dos cordilleras de móntes, forma varios golfos y ensenadas, segun ellos se apartan ó se acercan, toma casi de repente curso y figura de rio, estrechándose entre un promontorio al lado derecho y una espaciosa ribera al



Aquel ramal del lago de Como que, torciendo hácia el Sur, izquierdo. El puente, que en este sitio abraza las dos orillas, presenta más patente á la vista semejante transformacion, pareciendo que designa el punto en que termina el lago y empieza el Ada, rio que vuelve á tomar despues el nombre de lago cuando, alejándose de nuevo sus orillas, se espacian segunda vez sus aguas, resultando otras ensenadas y otros

golfos. La ribera, obra del tiempo y de tres caudalosos torrentes, viene declinando desde la falda de dos montañas contiguas, llamada la una el *Cerro de San Martin*, y la otra el *Recegon*, voz lombarda que significa *hoz ó sierra*, y nace de la semejanza que le dan con estos instrumentos los muchos picos en fila que terminan su cumbre; así, el que la vea por su frente como desde las murallas de Milan que caen al Septentrion, no podrá ménos de distinguirla al instante, por las señas indicadas, de los demas montes de ménos nombradía y más comun configuracion que componen aquella prolongada cordillera. Desde la orilla del rio va subiendo la ribera con suave y regular declive, que interrumpen despues algunas colinas y valles de poca extension, formando alturas y sinuosidades segun la estructura de los montes y el continuo lamer de las aguas. Los puntos más altos de aquel terreno, socavados por los cauces de los torrentes, están por lo comun cubiertos de piedras y cascajo, pero el resto son campos y viñedos, aldeas y granjas, con algunos bosquecillos que suben por la falda de los montes. No lejos del puente y tan cerca del lago, que en las grandes avenidas llega á circundarla, está situada Leco, la principal de aquellas poblaciones, tan aumentada en nuestros dias que casi presume de ciudad.

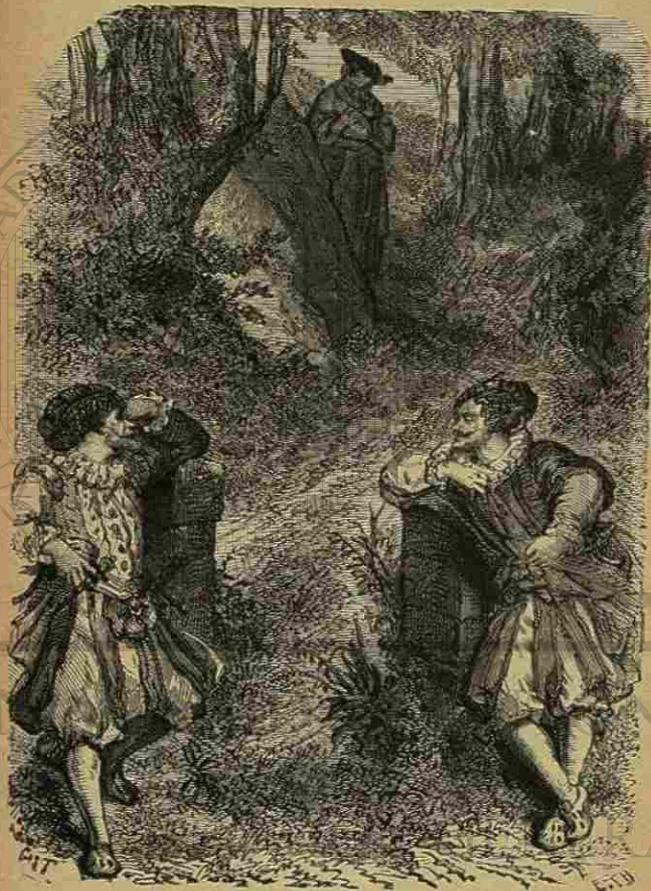
En el tiempo que sucedieron las cosas que vamos á referir no era ciertamente de tanta consideracion, pero ya se reputaba por un pueblo regular, y tenia su castillo, guarnecido por un comandante y soldados españoles, que cuidaban de inspirar modestia á las muchachas del país, de sacudir el polvo de tiempo en tiempo á sus padres y maridos, y de esparcirse por las viñas en el otoño para aliviar en parte á los aldeanos del trabajo de la vendimia. Todo el terreno, desde el lago á los montes, de un collado á otro, de casería á casería, estaba y está cruzado de caminos y sendas, unas llanas y otras pendientes, quedando algunas tan hondas entre los vallados de las heredades, que apenas descubre el caminante otra cosa que el picacho de algun monte ó el

pedazo de cielo que está sobre su cabeza. Á veces permite la altura del terreno que la vista descubra perspectivas más ó ménos extensas, pero siempre variadas y ricas, segun campean ó se esconden los diferentes puntos y objetos de aquellos amenos contornos. Ya brilla y deslumbra por una parte la tersa superficie del lago, que oculta despues un grupo de árboles ó de casas. Ya vuelve á aparecer más extenso entre los montes que le circundan, y se pintan inversamente en sus ondas. Á este lado se descubre el rio, más allá el lago, y el rio otra vez, que serpeando y luciendo como plata al pié de la cordillera que le acompaña, se pierde por fin y desaparece con ella en el horizonte.

Por uno de los caminos arriba descritos volvia de paseo hácia su casa, al caer la tarde del 7 de Noviembre de 1628, D. Abundo, cura de una de aquellas aldeas, cuyo nombre no se expresa en el manuscrito que nos sirve de guía. Iba rezando en su breviario pacíficamente, cerrándolo á veces entre salmo y salmo, y cruzando las manos á la espalda con un dedo puesto por vía de señal entre las hojas. Ya caminaba con los ojos bajos, echando con el pié hácia las cercas los guijarros del camino, ya levantaba la vista fijándola en la cima de algun monte, en que los rayos del sol en su ocaso, penetrando por las quebradas de otro situado enfrente, formaban largas y brillantes fajas de púrpura.

Abierto otra vez el breviario, y rezando de nuevo, llegó adonde torcia el camino, y en este paraje levantó los ojos mirando adelante como solia hacerlo los demas dias. La senda despues de torcer seguia derecha como unos sesenta pasos, dividiéndose luego en dos, de las cuales la derecha subia hácia la montaña, y era la que conducia á la parroquia, y la izquierda bajaba al valle hasta llegar á un torrente, siendo por esta parte más baja la pared. Las cercas interiores de las dos sendas, en vez de formar ángulo al reunirse, remataban en una pequeña ermita en que estaban pintadas várias figuras largas, undosas, y acabadas en punta, las cuales, segun la intencion del pintor, y á

los ojos de los habitantes, debían significar llamas, alternando entre ellas ciertos mamarrachos como personas de



En la confluencia se hallaban dos hombres, uno frente de otro.

medio cuerpo arriba, que significaban ánimas del purgatorio, y unas y otras de color de ladrillo sobre un fondo blanquizzo, con algunos desmochados de trecho en trecho.

Al volver D. Abundo de la esquina, y dirigiendo la vista hacia la ermita, según tenía de costumbre, vió lo que no esperaba ni hubiera querido ver. Casi en la confluencia de las dos sendas se hallaban dos hombres, uno en frente de otro: el uno de ellos sentado en la pared más baja con una pierna colgando por la parte de adentro, y el compañero en pie, apoyado en la tapia de enfrente y con los brazos cruzados. Por el traje, el aire, y lo que podía divisarse desde el punto á que había llegado el cura, era fácil inferir su condición. Los dos llevaban en la cabeza una redecilla verde, que con gran borla caía sobre el hombro izquierdo, saliendo de ella en la frente un gran mechón de pelo á manera de tufo; dos grandes bigotes ensortijados por la punta, y la chaquetilla ajustada al cuerpo, con un cinturón de cuero muy reluciente, de donde colgaban un par de pistolas. Pendiente del cuello, y caído sobre el pecho en forma de dije, traían un cuernecito con pólvora. Á la derecha salía de un bolsillo lateral de los anchos calzones el mango de un gran puñal, y colgaba á la izquierda una disforme espada con el puño de metal muy labrado y terso. Manifestaba semejante atavío que aquellos dos hombres eran de los que en aquel tiempo se llamaban bravos ó valentones.

Esta clase de individuos, que en el día ya no existe, era muy antigua y entonces muy floreciente en la Lombardia. Para dar un alicia á los que no la tengan de su carácter principal, de los esfuerzos que se hicieron para extinguirla y de su larga y tenaz resistencia, presentaremos los trozos auténticos siguientes:

Desde el 8 de Abril de 1583, D. Carlos de Aragon, principe de Castelvetro, duque de Terranova, marqués de Ávila, conde de Burgueto, grande almirante y gran condestable de Sicilia, gobernador de Milan y capitán general en Italia por S. M. C., « informado de los trabajos en que vivió y vivía la ciudad de Milan por causa de los bravos ó vagamundos, » publicó un bando contra ellos, declarando estar comprendidos en él dichos bravos ó vagamundos, los cuales siendo

» forasteros ó del país no tienen oficio alguno, ó teniéndolo
 » no lo ejercen, sino que sin salario ó con él, se ponen á la
 » merced de algun caballero ó hidalgo, oficial, ó comerciante,
 » para guardarle las espaldas, ó más bien, como es de pre-
 » sumir, para armar asechanzas á otros. » En el expresado
 bando se mandaba « que en el término de seis días saliesen
 » del país, bajo la pena de galeras á los que no lo verifi-
 » casen; » y se concedía á los dependientes de justicia las
 facultades más amplias y extraordinarias para la ejecu-
 cion de la orden. El año siguiente, en 12 de Abril, sabedor
 el mismo capitán general de que la « ciudad estaba todavía
 » llena de dichos bravos, los cuales vivían como ántes, sin
 » haber mudado de conducta, ni haber disminuido su
 » número, » publicó otro bando más enérgico y riguroso, en
 el cual, entre otras cosas, mandaba « que cualquiera indi-
 » viduo de la ciudad ó forastero á quien se le justificase con
 » dos testigos ser considerado, ó generalmente reputado, por
 » bravo, ó tener este nombre aunque no constase haber co-
 » metido delito alguno, por la sola opinion de bravo, y sin
 » más indicios, pudiese por los jueces y por cualquiera de
 » ellos ser puesto al castigo de la cuerda y al tormento por
 » informacion sumaria.... Y aunque no confesase delito
 » alguno, pudiese, sin embargo, ser condenado á tres años
 » de galeras por sola la opinion y nombre de bravo. » Y
 concluía diciendo: « Todo esto, y lo demas que se omite,
 » porque S. E. está resuelto á que todos le obedezcan. »

Al oír palabras tan terminantes, y disposiciones de tanto
 rigor, nadie habrá que no piense que todos los bravos des-
 aparecerían para siempre; pero el testimonio de un personaje
 de no ménos autoridad ni ménos títulos nos obliga á creer lo
 contrario. Este es el Excmo. Sr. D. Juan Fernández de
 Velasco, condestable de Castilla, mayordomo mayor de
 S. M. C., duque de Feria, conde de Haro, señor de la casa de
 Velasco, y de la de los siete infantes de Lara, gobernador
 del estado de Milan, etc. « En 5 de Junio de 1593 tambien
 » informado plenamente de los perjuicios y ruinas que cau-

» saban los bravos y vagamundos, y de los pésimos efectos
 » que por esta clase de gente resultaba al bien público en
 » menosprecio de la justicia, mandó de nuevo que saliesen
 » del país en término de seis días, repitiendo las mismas
 » penas y castigos de su antecesor. Luégo el 23 de Mayo de
 » 1598, informado con no poco sentimiento suyo de que se
 » aumentaba cada dia más en aquella ciudad y estado el
 » número de bravos y vagamundos, y que dia y noche sólo
 » se oían heridas alevosamente dadas, homicidios y robos,
 » y otros delitos semejantes que cometían con tanta más faci-
 » lidad cuanto confiaban en el favor de sus principales y fau-
 » tores, prescribía de nuevo las mismas medidas y remedios, »
 aumentando la dosis como en las enfermedades rebeldes, y
 concluía el bando en estos términos: « Cuiden, pues, de no
 » contravenir de modo alguno al presente bando, pues en
 » vez de encontrar clemencia en S. E., experimentarán su
 » rigor y su cólera, por haber resuelto que este sea el aviso
 » último y perentorio. »

Poco ó ningun efecto produjeron semejantes medidas,
 pues vemos renovadas las mismas disposiciones por el gober-
 nador de Milan conde de Fuétes en 5 de Diciembre de 1600,
 por el marqués de Hinojosa en 22 de Setiembre de 1612, por
 el duque de Frias en 24 de Diciembre de 1618, por D. Gon-
 zalo Fernández de Córdoba en 5 de Octubre de 1627 y otros
 posteriores al tiempo en que ocurrió lo que vamos refiriendo.

Que los dos bravos arriba descritos estuviesen allí aguardando á alguno, era cosa de que no se podía dudar; lo que no
 agradó á D. Abando fué el inferir, por ciertos movimientos
 que él era la persona que esperaban. En efecto, así que le
 vieron se miraron uno á otro, levantando la cabeza con
 cierto ademán como si dijese: « allí viene » El que estaba
 á horcajadas en la cerca saltó al camino, y separándose de
 la pared el compañero, se dirigieron ambos hácia nuestro
 cura, el cual, con el breviario abierto como si leyera, alzaba
 la vista con disimulo por encima del libro para ver lo que
 hacían. Convencido de que se dirigían á él, le pasaron por la

cabeza varios pensamientos. El primero de todos fué el de discurrir rápidamente si entre él y los bravos había alguna senda á derecha ó á izquierda; pero no la había. Hizo despues un rápido exámen para averiguar si había hecho ofensa á algun poderoso vengativo; bien que le tranquilizó en parte el testimonio de la conciencia. Acercábanse entre tanto los bravos teniendo los ojos fijos en él. Puso entónces los dedos índice y medio de la mano izquierda entre el alzacuello como para sentarlo bien, y dando vuelta con ellos al rededor del cuello, volvía la cara todo lo que podía, torciendo al mismo tiempo la boca y mirando de reojo hasta donde alcanzaba, para ver si parecía gente por aquel contorno; pero no vió á nadie. Echó una mirada tambien inútilmente por el lado de la cerca á los campos, y otra con más disimulo delante de sí, sin ver más alma viviente que los dos bravos.

En semejante apuro no sabía qué hacerse. De volver atras ya no era tiempo; echar á correr era lo mismo que decir seguidme, ó quizá peor; viendo, pues, que no podia evitar el peligro, se determinó á arrostrarle, porque aquellos momentos de incertidumbre eran para él tan penosos, que ya sólo pensaba en abreviarlos; de consiguiente, aceleró el paso, rezó un versiculo con voz más alta, compuso el semblante lo mejor que pudo, manifestando serenidad y sosiego, se esforzó por preparar una sonrisa, y cuando se halló en frente de los dos perillanes, dijo para sí: «ahora es ello,» y se quedó parado.

— Señor cura, — dijo uno de los bravos, mirándole de hito en hito.

— ¿Qué se le ofrece á usted, amigo? — contestó inmediatamente D. Abundo levantando los ojos del breviario que tenia abierto en las dos manos.

— ¿Está usted en ánimo — prosiguió el otro con tono amenazador — de casar mañana á Lorenzo Tramallino con Lucia Mondella?

— Ciertamente, — respondió con voz trémula D. Abundo; — es decir, que como no hay dificultad ni impedimento... Ustedes son personas que conocen el mundo, y saben cómo

van estas cosas. El pobre cura nada tiene que ver en eso: hacen entre ellos sus enjuagues, y luégo vienen á nosotros como... en fin...

— En fin, — interrumpió el bravo con voz moderada, pero con el tono de quien manda, — tened entendido que este casamiento no se ha de hacer ni mañana, ni nunca.

— Pero, señores, — replicó D. Abundo con la voz pacaata de un hombre que quiere persuadir á un impaciente; — pero, señores, pónganse ustedes en mi lugar. Si la cosa estuviese en mi mano... Ya ven ustedes que yo no tengo en ello intereses alguno.

— ¡Ea! — interrumpió otra vez el bravo: — si la cosa se hubiese de decidir con argumentos, convengo en que no saldríamos bien librados; pero nosotros no entendemos de razones, ni nos gusta malgastar saliva. Ya estáis prevenido... y al buen entendedor...

— Ustedes son demasiado racionales para...

— Como quiera que sea — interrumpió el bravo que hasta entónces no había hablado, — el casamiento no ha de hacerse... (aquí echó un tremendo voto), y el que lo hiciere no tendrá que arrepentirse, porque le faltará tiempo, y... (aquí otro voto).

— ¡Vaya, vaya! — repuso el primer bravo; — el señor cura conoce el mundo, y nosotros somos hombres de bien, que no queremos hacerle daño siempre que tenga prudencia. Señor cura, reciba usted expresiones del Sr. D. Rodrigo.

Este nombre hizo en el ánimo de D. Abundo el mismo efecto que en noche de tormenta un relámpago, que iluminando rápida y confusamente los objetos, aumenta el espanto. Bajó como por instinto la cabeza, y dijo:

— Si ustedes supiesen indicarme un medio...

— ¡Indicar medios á un hombre que sabe latin! — interrumpió el bravo con una sonrisa entre burlona y feroz. — Eso le toca á usted. Sobre todo, chiton; y nadie tenga noticia de este aviso que le damos por su bien. De lo contrario... ¿Está usted? Hacer semejante casamiento sería lo mismo

que... En fin, ¿qué quiere usted que digamos al señor D. Rodrigo?

— Que soy muy servidor suyo.

— No basta, señor cura. Es preciso que usted se explique.

— Siempre, siempre dispuesto á obedecer sus mandatos...



Sr. D. Rodrigo.

Pronunciando D. Abundo estas palabras, él mismo no sabía si hacia un mero cumplimiento, ó una promesa. Tomáronla los bravos, ó aparentaron tomarla, en este último sentido y se despidieron, dándole las buenas tardes. Don Abundo, que poco ántes hubiera dado un ojo de la cara por no verlos, deseaba ahora prolongar la plática, y así cerrando el breviario con ambas manos, empezó diciendo: « Señores... » pero los bravos sin darle oídos tomaron el camino

por donde él mismo había venido, y se ausentaron, cantando cierta cancioncilla que no quiero copiar. Quedó el pobre D. Abundo un momento con la boca abierta, como quien ve visiones; tomó luego la senda que conducía á su casa, echando con trabajo un pié delante del otro, porque los dos se le figuraban de plomo, y tan consternado como podrá inferir más fácilmente el lector, despues de que tenga datos más puntuales acerca de su carácter, y de la condicion de los tiempos en que le había tocado vivir.

D. Abundo no había nacido con un corazón de león (como lo habrá advertido ya el lector), y desde sus primeros años hubo de convencerse que en tales tiempos no había condicion más miserable que la del animal que, naciendo sin uñas ni garras, no siente en sí la menor inclinacion á dejarse devorar por otro. Entónces la fuerza legal no era bastante á proteger al hombre sosegado y pacífico que no tuviera otros medios de meter miedo á los demas; no porque faltasen leyes y penas contra las violencias privadas; ántes por el contrario, las leyes llovian sin consuelo; los delitos estaban enumerados, y especificados con fastidiosa prolijidad; las penas, sobre ser brutalmente severas, eran agravadas en cada ocurrencia por el mismo legislador y sus mil ejecutores, y la forma de enjuiciar propendia á que el juez no encontrase impedimento en condenar á su antojo, como lo atestiguan los bandos contra los bravos, de que acabamos de dar noticia: por la misma razon dichos bandos publicados y repetidos de gobierno en gobierno, sólo servían para manifestar con énfasis la impotencia de sus autores; y si producian algun efecto inmediato, era únicamente el de añadir muchas vejaciones á las que los hombres débiles y pacíficos sufrían de parte de los perturbadores, y de aumentar las violencias y las astucias de estos últimos. La impunidad estaba organizada y tenía raíces, á que no alcanzaban, ó que no podían arrancar los bandos.

Tales eran los asilos y privilegios de algunas clases de la sociedad, unos reconocidos por la misma fuerza legal, otros tolerados con culpable silencio, y otros disputados con vanas

protestas, pero sostenidos de hecho, y conservados por las mismas clases, y casi por cada individuo, con todo el empeño que inspira el interes, ó la vanidad de familia. Esta impunidad, pues que amenazaban é insultaban los bandos sin destruirla, debía naturalmente, á cada amenaza y á cada insulto, emplear nuevos medios y nuevas tramas para sostenerse. En efecto así sucedía, pues en cuanto se publicaba un edicto contra los opresores, buscaban estos en su fuerza material los arbitrios más oportunos para continuar haciendo lo que prohibian los bandos. Estos, á la verdad, podian molestar y oprimir á cada paso al hombre incauto que no tuviera fuerza propia ni protección, porque con el fin de extender sus disposiciones á todo hombre para precaver ó castigar todo delito, sometian cada movimiento de la voluntad privada á la voluntad arbitraria de mil magistrados y ejecutores. Pero el que ántes de cometer el delito habia tomado sus medidas para acogerse á tiempo á un convento, ó á un palacio en donde nunca hubiesen puesto el pié los esbirros; el que sin otra precaucion llevaba una librea, que empeñase la vanidad ó el interes de una familia poderosa ó de una corporacion á defenderle, podia reirse de toda la bulla de los bandos y de los edictos. De los mismos que estaban encargados de su ejecucion, algunos pertenecian por su nacimiento á las clases privilegiadas, otros dependian de ellas por clientela; unos y otros habian abrazado sus máximas por educacion, por interes, por hábito, ó por imitacion, y se hubieran guardado de faltar á ellas en obsequio de un pedazo de papel pegado á una esquina.

Por otra parte, aunque los hombres encargados de su inmediata ejecucion hubiesen sido tan resueltos como héroes, tan obedientes como monjes, y tan resignados como mártires, jamas hubieran llegado á conseguir el intento, tanto por ser inferiores en número á aquellos con quienes debian entrar en pugna, cuanto por la frecuente probabilidad de que los abandonasen, y quizá los sacrificasen los mismos que en abstracto, ó digámoslo así, en teoría, les

mandaban obrar. Además, estos encargados eran, por lo regular, hombres malos, canalla sacada de la hez del pueblo; su mismo encargo se tenía por vil, y su nombre como una afrenta. De aquí es fácil inferir que tales gentes, lejos de aventurar su vida en una empresa casi imposible, venderian su inaccion y aún su connivencia á los poderosos, y se limitarían á ejercer sus detestadas facultades y la fuerza que tenían en aquellas ocasiones en que no hubiese riesgo en oprimir, esto es, en vejar á los habitantes pacíficos, é indefensos.

El hombre que trata de hacer daño ó teme que se lo hagan, busca naturalmente aliados y compañeros; así es que en aquellos tiempos llegaba al exceso la tendencia de los individuos á reunirse en clases, á formar nuevas corporaciones, y á aumentar la fuerza de aquellas á que pertenecian. El clero trabajaba en defender y extender sus inmunidades, la nobleza sus privilegios, y el militar sus fueros. Los comerciantes y los artesanos se reunian en sociedades y corporaciones; los letrados formaban liga, y hasta los médicos se clasificaban en compañías. Cada una de estas pequeñas oligarquías tenía su fuerza propia y particular, y el individuo encontraba en cada una la ventaja de emplear para sí, en proporcion de su crédito y de su habilidad, la fuerza de muchos. Los más honrados se valian de esta ventaja para su defensa, y los astutos y malvados se aprovechaban de ella para el logro de sus siniestras empresas, que no hubieran podido llevar á cabo con solo el auxilio de sus medios personales, y ménos asegurar su impunidad. Sin embargo, la fuerza de estas diversas ligas era muy desigual, sobre todo, fuera de las ciudades; el noble rico y perverso, con una cuadrilla de bravos, y rodeado de aldeanos acostumbrados por tradicion doméstica é interesados, ú obligados á considerarse como súbditos ó soldados del amo, ejercía un poder al cual no era fácil que pudiese contrarrestar asociacion alguna.

Nuestro D. Abundo, pues, no siendo ni noble, ni rico, ni valiente, conoció casi al salir de las mantillas, que se hallaba

en aquella sociedad como un vaso de barro precisado á caminar en compañía de otros muchos de hierro; de consiguiente se conformó gustoso con la voluntad de sus padres que le destinaron á la Iglesia. Á decir verdad (y sin que por esto se desentendiese de las obligaciones y fines sublimes del ministerio á que se dedicaba), el proporcionarse los medios de vivir con alguna comodidad, é introducirse en una clase fuerte y respetable, le parecieron desde luego dos razones más que suficientes para semejante elección. Pero una clase, cualquiera que fuese, no favorecía ni aseguraba al individuo sino hasta cierto punto, y ninguna le dispensaba de formarse un sistema particular. Ocupado continuamente D. Abundo en mirar por su propia seguridad, no codiciaba aquellas ventajas cuyo logro exigía trabajar mucho ó arriesgarse algún tanto. Su sistema consistía principalmente en evitar toda contienda, y en ceder en aquellas de que no podía librarse: neutralidad desarmada en todas las guerras que se encendían por aquel contorno de resultas de las competencias, entónces frequentísimas, entre el clero y la potestad civil, y de los altercados también muy frecuentes entre militares y nobles, entre nobles y magistrados, y entre valentones y soldados, y hasta en las quimeras entre dos aldeanos, originadas por una palabra y decididas á palos ó á puñaladas. Si á la fuerza se veía precisado á tomar parte entre dos contrincantes, se declaraba siempre en favor del más fuerte; pero sin abandonar la retaguardia, y procurando manifestar al contrario que no era su enemigo por su propia voluntad. En fin, con mantenerse lejos de los poderosos, con disimular sus fechorías ligeras, con tolerar las más graves y trascendentales, y con obligar por medio de saludos y profundas reverencias á los más vanos y desdenosos á corresponderle con una sonrisa cuando le encontraban, llegó el buen hombre á vadear los sesenta años de su vida sin grandes borrascas.

Esto no es decir que no tuviese también el su poquito de hiel en el cuerpo; y la necesidad continua de aguantar, el dar siempre la razón á los demas, y las muchas píldoras amargas

que callando había tenido que tragar, se le habían acedado en términos, que si no hubiese podido darle de cuando en cuando un poco de desahogo, hubiera padecido bastante su salud. En efecto, como había en el mundo y á su lado personas que tenía por incapaces de hacerle daño, desahogaba con ellas su mal humor por largo tiempo reprimido, y podía satisfacer su deseo de ser algún tanto caprichoso y de regañar sin razón. Por otra parte, era un censor rígido de los hombres que no se conducían como él, con tal que en la censura no hubiese el menor riesgo. El apaleado era para él, cuando ménos, un imprudente; el muerto había sido siempre un hombre turbulento; al que, por haber sostenido su derecho contra un poderoso, salía con las manos en la cabeza, siempre le encontraba don Abundo alguna culpa, cosa bastante fácil, porque nunca la razón y la sinrazón tienen tan claros y exactos límites que no se hallen de algún modo mezcladas una con otra.

Declamaba sobre todo contra sus compañeros, que de su enojo y riesgo tomaban la defensa de algún débil contra un opresor poderoso. Á esto llamaba él comprarse cuidados y querer enderezar el mundo; y regularmente concluía todos sus discursos con esta máxima: que casi nunca le sucede mal al que no se mete en camisa de once varas.

Háganse ahora cargo nuestros lectores de la impresión que haría en el ánimo de D. Abundo el encuentro que hemos referido. El susto que le causó el terrible ceño de los valentones, el escándalo de aquellos votos, las amenazas de un poderoso que nunca amenazaba en balde, su sistema de vida alterado en un momento despues de tantos años de estudio para mantenerle, el atolladero sin salida en que se hallaba; todos estos pensamientos rodaban tumultuariamente en la cabeza de D. Abundo, el cual se decía á si mismo:

— ¡ Si pudiera enviar á pasear á ese Lorenzo!... ¡ Válgame Dios! ¿qué podré yo decirle? Sobre todo... ¡ él también tiene una cabecilla!... muy buena si no le tocan; mas si le contradicen, á Dios, es una furia, y más ahora que está enamorado

perdido de esa Lucía!... Mozalbetes, que no saben qué hacerse, se enamoran, y quieren casarse luégo, sin hacerse cargo de los conflictos en que ponen á los hombres de bien!... Yo no sé por qué aquellos dos bribonazos no irian con su intimación á otra parte... ¡Qué desgracia no haberme ocurrido entónces esta especie! pudiera habérsela insinuado...

Pero reflexionando D. Abundo que el arrepentirse de no haber aconsejado una maldad era cosa demasiado inicua, volvía su cólera contra el que turbaba su sosiego. No conocía á D. Rodrigo sino de vista y de fama, ni había tenido con él otras relaciones que la de tocar el pecho con la barba y el suelo con el sombrero las pocas veces que le había encontrado. Habiale ocurrido más de una vez defenderle contra los que privadamente reprobaban alguna de sus iniquidades; mil veces había dicho que era persona muy respetable; pero ahora le dió en su interior todos aquellos títulos que nunca oyó en otras ocasiones sin interrumpirlos con un « ¡vamos, vamos, pocas murmuraciones. »

Llegado entre el tumulto de semejantes ideas á la puerta de su casa, situada en la extremidad de la aldea, metió aprisa el picaporte, que ya tenía en la mano, abrió, entró y cerró de nuevo con mucho cuidado; y ansiando por hallarse con persona de su confianza, empezó á gritar: « ¡Perpétua! ¡Perpétua! » dirigiéndose al comedor en que aquella estaba poniendo la mesa para cenar. Era Perpétua, como ya lo conjeturará cualquiera, el ama de D. Abundo, criada afecta y fiel, que sabía obedecer y mandar á su tiempo, y sufrir con oportunidad los regaños y las extravagancias del amo, para hacerle luégo sufrir las suyas, que eran de día en día más frecuentes, pues ya había pasado la edad sinodal de los cuarenta sin haberse casado, bien fuese por haber desechado, segun ella decia, no pocos partidos, bien por no haberse presentado ninguno, segun se decia en el pueblo.

— Voy, — respondió Perpétua, dejando en la mesa la botella del vino predilecto de D. Abundo.

Y echó á andar pausadamente; pero aún no había llegado

á la puerta del comedor cuando entró su amo, tan mustio, y con las facciones tan alteradas, que no se necesitaban los ojos expertos de Perpétua para conocer al instante que le había sucedido algun contratiempo.

— ¡Jesus! Señor, ¿qué tiene usted?

— Nada, nada, — respondió D. Abundo, sentándose con agitacion en su silla poltrona.

— ¿Cómo nada? ¡Á mí melo querrá usted decir! Segun esa cara, es imposible que no le haya á usted sucedido alguna cosa.

— ¡Déjame en paz por Dios! Cuando digo que no es nada, ó es nada, ó es cosa que no puedo decir.

— ¿Conque tampoco á mí? ¿Quién cuidará de la salud de usted? ¿quién le dará un buen consejo?

— Vaya, calla, y dáme un poco de vino.

— Y usted querrá darme á entender que no tiene nada? — dijo Perpétua llenando el vaso, que mantenía luégo en la mano, como si no quisiese soltarlo sino en pago de que le declarase lo que tenía.

— Tráelo, tráelo, — dijo D. Abundo.

Y tomando el vaso con mano no muy firme, se echó al cuerpo el vino tan aprisa como si fuera una purga.

— ¿Conque tendré yo que ir á preguntar por la vecindad qué es lo que le ha sucedido á mi amo? — dijo Perpétua de pié delante de él, puesta en jarras y con los ojos clavados ne su rostro.

— ¡Por amor de Dios, no me fastidies! déjate de alharacas. Se trata... nada ménos que de la vida.

— ¿De la vida?

— Sí, de la vida.

— Bien sabe usted que cuando me ha dicho algo en confianza, jamas...

— Sí, como cuando...

Advirtió Perpétua al momento que había tocado mala tecla, y variando de registro:

— Señor, — dijo con voz enternecida y para enternecer, —

yo siempre he querido á usted, y si ahora deseo saber lo que le ha sucedido, no es más que porque me intereso en aliviar á usted, en socorrerle, aconsejarle y consolarle.

Lo cierto es que D. Abundo tenía tanta gana de echar fuera su secreto, como Perpétua de saberlo; por lo que, despues de haber repelido cada vez más débilmente sus várias acometidas, despues de haberle hecho jurar por más de una vez que no resollaría, por fin con muchas interrupciones y muchísimos intercalares le contó el suceso. Cuando pronunció el nombre del autor del atentado, no pudo Perpétua contenerse, y echó un voto. Al oírle don Abundo se dejó caer sobre el respaldo del sillón con un gran suspiro, y levantando las manos al cielo, exclamó:

— ¡Perpétua, por amor de Dios!

— ¡Jesus mil veces! — prosiguió el ama; — ¡qué pícaro! ¡qué bribonazo! ¡Qué hombre tan sin temor de Dios!

— ¿Quieres callar, ó quieres perderme para siempre?

— Aquí estamos solos; nadie nos oye, ¿Y cómo se compondrá usted, pobre señor?

— No está mala la salida, — dijo D. Abundo con enfado. —

¿El parecer que me has ofrecido es preguntarme cómo me compondré?

— Yo bien le diría mi parecer bueno ó malo; pero...

— Oigámoslo.

— Mi parecer sería, que como todos dicen que nuestro Arzobispo es un santo, un hombre de sumo respeto que no teme á esos bribones, y que se complace por sostener á un párroco en meter en costura á uno de esos prepotentes, yo le escribiría una cartita muy bien puesta, informándole de todo, y...

— Calla, calla, no digas más. ¿Y es ese el famoso parecer que me das en tan duro conflicto? Cuando me hayan sepultado en los riñones un par de balas, ¡Jesus! ¿lo remediará el señor Arzobispo?

— ¿Pues qué, las balas se reparten así á dos por tres como los confites? ¡Dios nos librara si esos perros mordiesen todas las veces que ladran! Yo siempre he visto que al que enseña

los dientes todos le respetan, y dice bien el refran, que al que se hace de miel las moscas se lo comen. Justamente porque usted nunca sostiene su razon, todos vienen á... con perdon hablando...

— ¿Quieres callar?

— Ya callo; pero es muy cierto que cuando las gentes ven que uno siempre y en todos los lances se deja sopapear...

— ¿Quieres callar, repito? ¿Estamos ahora para esas bajadas?

— En fin, basta; consúltelo usted esta noche con la almo-



Llegando á la puerta se paró un momento.

hada; pero entre tanto no empiece á hacerse daño á sí mismo y á arruinarse la salud. Coma usted un bocado.

— Sí, sí, yo pensaré en ello, — respondió D. Abundo refunfuando. — Ya lo sé, — prosiguió levantándose: nada quiero tomar, nada. ¡Buena gana tendré yo de comer! Ya sé que á mí me toca discurrir lo que se debe hacer.

— Vaya otra golita, — dijo Perpétua, echando vino en el vaso. — Ya sabe usted que este le conforta el estómago.

— ¡Ah! no, basta; otra cataplasma se necesita, otro confortante.

Diciendo esto, tomó la luz y prosiguió refunfuando:

Lorenzo no se hizo aguardar mucho. En cuanto creyó ser la hora en que podía sin indiscreción presentarse al cura, pasó á verle con el anhelo de un jóven de veintidos años que debe en aquel día casarse con una persona á quien ama. Huérfano Lorenzo desde su niñez, ejercía la profesión de hilandero de seda, profesion casi hereditaria en su familia, muy lucrosa en tiempos anteriores, y que si bien algo decaída en aquella época, no lo estaba tanto que un oficial hábil no pudiese vivir cómodamente con ella. El trabajo iba de día en día disminuyendo; pero la continua emigración de los artesanos, atraídos á los países limítrofes con promesas, privilegios, y jornales crecidos, era causa de que no les faltase á los que permanecían en el país. Además tenía Lorenzo un poco de tierra, que hacia labrar, y labraba él mismo cuando le faltaba el hilado de la seda; por manera que en su clase podía llamarse acomodado. Y aunque aquel año era más escaso que los anteriores, y se empezaba á experimentar una verdadera carestia, como desde que él puso los ojos en su amada arrendó una pequeña hacienda, con ella y sus ahorros no tenía que temer que le faltase pan. Presentóse, pues, á D. Abundo en gran gala con plumas de varios colores en el sombrero, un puñal de curiosa empuñadura en el bolsillo lateral de los calzones, y aire alegre y de guapeton; muy común entónces hasta en las personas más pacíficas. La acogida sería y misteriosa de D. Abundo formaba una contraposición particular con las maneras joviales y francas del mancebo.

— ¿ Si tendrá la cabeza ocupada en algun grave negocio ? — discurrió para sí Lorenzo.

Y luego dijo :

— Tenga usted muy buenos días, señor Cura. Vengo á saber á qué hora le parece á usted que nos veamos en la iglesia.

— Sin duda querrás decir qué día.

— ¿ Como qué día ? ¿ No se acuerda usted que hoy es el que está señalado ?

— ¿ Hoy ? — replicó D. Abundo, como si fuera la primera

vez que oía hablar del asunto. — Hoy... hoy : pues ten paciencia, porque hoy no puedo.

— ¿ No puede usted hoy ? ¿ Qué ha sucedido ?

— Ante todo, estoy desazonado.

— Lo siento ; pero es tan poco y de tan corto trabajo lo que tiene usted que hacer...

— Luego nay... hay...

— ¿ Qué es lo que hay, señor Cura ?

— Hay embrollos.

— ¡ Embrollos ! No sé qué embrollos puede haber.

— Fuera preciso estar en mi lugar para saber cuantos entorpecimientos se encuentran en este oficio, cuán las cuentas hay que dar. Yo soy demasiado blando de corazón ; trato de vencer obstáculos, de facilitarlos todo, de hacer las cosas á gusto de los demás, y luego para mí son las reconvenções.

— Por amor de Dios, no me tenga usted en ascuas ; dígame usted de una vez lo que hay.

— ¿ Sabes tú cuántas formalidades se necesitan para hacer un casamiento en regla ?

— Algo debo saber de eso, — dijo Lorenzo, empezando á alterarse, — pues tanto me ha quebrado usted la cabeza estos días pasados ; pero ahora, ¿ no se ha hecho todo lo que habia que hacer ?

— Si, todo : á tí te lo parece. El tonto soy yo, que para que las gentes no penen he dejado de cumplir con mi obligación ; pero ahora... basta ; sé lo que me digo. Nosotros los pobres curas nos hallamos entre la espada y la pared ; vosotros impacientes... Yo á la verdad te disculpo, pobre muchacho ; pero los superiores... Basta ; no se puede decir todo : nosotros, en fin, somos los que pagamos el pato.

— Pero explíqueme usted que otra diligencia es la que hay que practicar, y se hará al instante.

— ¿ Sabes tú cuántos son los impedimentos dirimentes ?

— ¿ Qué quiere usted que sepa yo de impedimentos ?

— *Error, conditio, votum, cognatio, crimen, cultus, disparitas, vis, ordo, etc.*

— Usted se está burlando de mí: ¿qué tengo yo que ver con esos latines?

Pues si no sabes las cosas, ten paciencia y confórmate con el parecer de los que las saben.

— En resumidas cuentas...

— Vaya, Lorenzo mio, no te acolores: estoy pronto á hacer... todo lo que esté en mi mano. Quisiera verte contento, pues yo te estimo... ¡Cuando pienso que estabas tan bien! nada te faltaba; se te ha metido ahora en la cabeza el casarte...

— ¿Á qué viene esta reconvención? — prorumpió Lorenzo entre sorprendido y encolerizado.

— Eso es decir... en fin, ten paciencia.

— En una palabra...

— En una palabra, hijo mio, yo no tengo la culpa. La ley no la he hecho yo. Antes de hacer un casamiento tenemos obligación de practicar muchas, muchísimas diligencias para asegurarnos de que no hay impedimento alguno.

— Pero por María Santísima, dígame usted: ¿qué impedimentos son esos?

— Ten paciencia: no son cosas estas que puedan arreglarse así como se quiera en dos palotadas. Creo que no habrá dificultad; pero de todos modos hay averiguaciones, que nosotros forzosamente tenemos que practicar. El texto está claro y terminante: *antequam matrimonium denunciaret...*

— Ya he dicho á usted que yo no entiendo ni quiero entender de latines.

— Ello es preciso que yo te explique...

— Pero ¿no ha hecho usted ya todas estas averiguaciones?

— No todas, te digo, como hubiera debido hacerlas.

— ¿Y por qué no las ha hecho usted en tiempo? ¿por qué me dijo usted que todo estaba acabado? y ahora ¿por qué me hace aguardar?

— ¿Ves cómo me echas en cara mi demasiada bondad? Para servirte más aprisa facilité las cosas, pero ahora han ocurrido circunstancias... Yo me entiendo.

— Y por último, ¿qué quiere usted que haga?

— Que tengas paciencia por algunos dias... En fin, hijo mio, unos dias no es la eternidad... Vaya, ten paciencia.

— ¿Por cuánto tiempo?

— No vamos mal, — dijo para sí D. Abundo.

Y con modo afectuoso contestó:

— Así como unos quince dias, y en este tiempo indagaré...

— ¡Quince dias! ¡ahora sí que estamos bien! Se hizo todo cuanto usted quiso; se señaló el dia; el dia llegó, y ¡ahora salimos con haber de esperar otros quince! ¡Quince demonios! — prosiguió dando un golpe sobre la mesa.

Y hubiera continuado con el mismo tono y estilo, á no haberle interrumpido D. Abundo, cogiéndole una mano con cierta amabilidad tímida y oficiosa, y diciendo:

— Vaya, vaya, Lorenzo, no te alteres por Dios: yo trataré, yo veré si en una semana...

— ¿Y qué le diré yo á Lucia?

— Que ha sido una equivocacion.

— ¿Y las gentes que dirán?

— Díles á todos que yo he tenido la culpa por servirte demasiado presto. No temas, échame á mi las cargas. ¿Puedo hacer más?... Ea, ¡una semana!...

— ¿Y luego no habrá más entorpecimientos?

— Cuando yo te lo digo...

— Pues bien, aguardaré una semana; pero cuente usted que pasada esta, no me satisfaré con chanzonetas. Entre tanto, páselo usted bien.

Con esto se marchó manifestando en su despedida más despecho que urbanidad.

Saliendo á la calle y dirigiéndose disgustado á casa de su novia, iba discurriendo en medio del enojo acerca de la pasada conferencia, y le parecia cada vez más extraña. La acogida reservada y fria de D. Abundo, sus palabras incoexas, sus ojos azules que mientras hablaba volvía de una parte á otra como si temiera que desmintiesen sus dichos, el hacerse de nuevas respecto de un casamiento concertado con

tanta anticipación y formalidad, y sobre todo el indicar siempre una gran cosa sin decir nada claro; todas estas circunstancias reunidas daban en qué pensar á Lorenzo, y sospechaba que hubiese algún misterio diferente del que indicaba D. Abundo.

Estuvo dudando un momento si volvería atrás para hacerle hablar claro, cuando en esta incertidumbre vió á Perpetua que iba á entrar en un huerto, junto á la casa del mismo cura. Díóle una voz cuando iba á abrir la puerta, apretó el paso, la alcanzó, la detuvo en la entrada, y con el objeto de descubrir terreno trabó conversación con ella.

— Buenos días, señora Perpetua: esperaba que hoy hubiésemos tenido un rato de diversion...

— Amigo, Dios no ha querido. ¡Pobre Lorenzo!

— Hágame usted un favor. El señor cura me ha ensartado un farrago de razones que no he podido comprender. Explíqueme usted mejor el motivo por qué no puede ó no quiere casarme hoy.

— ¿Te parece á ti que yo sé los secretos de mi amo?

— Bien me lo figuraba yo que había misterio, — dijo para sí Lorenzo.

Y para descubrirlo continuó:

— Vaya, señora Perpetua, nosotros somos amigos: dígame usted lo que sabe; favorezca usted á un pobre muchacho.

— Lorenzo mío, mala cosa es haber nacido pobre.

— Es verdad, — contestó Lorenzo, confirmándose cada vez más en su sospecha. — Es verdad; pero los curas no deben tratar mal á los pobres.

— Oye, Lorenzo, yo nada puedo decir, porque... en fin, porque nada sé; pero lo que te puedo asegurar es que mi amo no quiere hacerte perjuicio, ni á ti ni á nadie, y no tiene culpa...

— ¿Y quién la tiene? — preguntó Lorenzo como descuidadamente, pero con el oído tijo y el corazón alerta.

— Repito que nada sé... pero puedo hablar en defensa de mi amo, porque me incomoda sobremanera ver que se le

obligue á hacer daño á nadie. ¡Es un bendito! y si peca, peca por demasiada bondad. Es bien cierto que en el mundo hay bribones, prepotentes, hombres sin temor de Dios.

— ¡Bribones! ¡prepotentes! Estos no serán sin duda los superiores, — dijo para sí Lorenzo.

Y ocultando su agitación que progresivamente se aumentaba, continuó:



Se levantó apresuradamente de la silla

— Vaya, señora Perpetua, dígame usted quién es.

— ¡Ah! tú quisieras sonsacarme, picaruelo, y yo no puedo hablar, porque... En fin, no sé nada, y cuando digo que nada sé, es como si dijera que he jurado callar. Aunque me dieran tormento, nada sacarías. Adios; es tiempo perdido para los dos.

Con esto entró aprisa en el huerto, y cerró la portezuela. Devolvióle Lorenzo el saludo, detúvose un poco, para que por el ruido de los pasos no advirtiese el camino que tomaba; pero así que se alejó bastante para que no pudiese oírle ni

verle la buena mujer, apresuró el paso, y en un momento llegó á la puerta de D. Abundo. Entró sin llamar, y se metió á la deshilada en el cuarto donde le había dejado, y habiéndole hallado allí, se dirigió á él con desembarazo y los ojos encendidos.

— ¡Cómo! — dijo D. Abundo, — ¿qué novedad es esta?

— ¿Quién es el prepotente, — preguntó Lorenzo con el tono de un hombre determinado á saber la verdad; — quién es el prepotente que no quiere que yo me case con Lucía?

— ¿Cómo, cómo? murmuró D. Abundo con el color más blanco que un papel.

Sin embargo, sin dejar de murmurar, se levantó apresuradamente de la silla, dando un salto para tomar la puerta; pero Lorenzo, que se lo figuraba, se arrojó ántes que él, la cerró y metió la llave en el bolsillo.

— Ahora hablará usted, señor Cura. Todos saben mis negocios ménos yo. ¡Votó á... Quiero saberlos yo también. ¿Cómo se llama ese caballero?

— ¡Lorenzo! ¡Lorenzo! así tengan buen siglo las ánimas de tus difuntos, por caridad mira lo que haces: piensa que...

— Lo que yo pienso es que quiero saberlo al instante.

Diciendo esto puso la mano quizá sin advertirlo sobre el mango del puñal que se le salía del bolsillo.

— ¡Dios me asista! — exclamó D. Abundo con voz flaca.

— Quiero saberlo...

— ¿Quién te ha dicho?...

— Dejémos de razones; quiero saberlo, y al instante.

— ¿Tú quieres, pues, mi muerte?

— Quiero saber lo que tengo derecho á saber.

— Pero si hablo, muero; ¿y no quieres que me interese mi vida?

— Hable pues...

Pronunció Lorenzo estas dos palabras con tanta energía y tono tan decidido, que D. Abundo perdió enteramente la esperanza de poder desobedecer.

— ¿Me prometes, me juras — dijo entónces — de

no darte por entendido, de no decir jamás á nadie?...

— Lo que prometo es hacer un desatino si usted no me declara inmediatamente quién es ese hombre.

Á esta nueva graciosa insinuación, D. Abundo, con la cara y los ojos del que tiene en la boca el gatillo del sacamuélas, articuló:

— Don...

— Don... repitió Lorenzo, como para ayudar al paciente á pronunciar el resto, y sin apartar los ojos de los del cura, ni quitar las manos de detras.

— D. Rodrigo, — pronunció D. Abundo aprisa, y de un modo como si quisiese desfigurar el nombre.

— ¡Ah perro! exclamó Lorenzo, rechinando los dientes. — ¡Ah perro! ¿Y cómo? ¿qué le ha dicho á usted para?...

— ¿Cómo? ¿Cómo? — respondió con voz casi airada don Abundo, el cual, despues de tamaño sacrificio, se consideraba como acreedor de Lorenzo. — ¿Cómo? ¡Ya ya! Quisiera que á tí te hubiese sucedido en mi lugar; que en verdad no estarías para fiestas.

Aquí se puso á pintar con los colores más horrorosos el fatal encuentro con los bravos, y sintiéndose en el cuerpo, miéntras hablaba, cierta cólera que el miedo tuvo reprimida hasta entónces y viendo al mismo tiempo que Lorenzo entre ira y confusion estaba inmóvil con la cabeza baja, continuó diciendo:

— ¡Has hecho por cierto una brava accion! ¡Una pasada semejante á un hombre de bien, á tu párroco, en su propia casa, en lugar sagrado! ¡Vaya, que la cosa es de contar! ¿Y luégo para qué? para sacarme de la boca tu desgracia, y la mía, lo que yo te ocultaba por prudencia, para tu bien. Ahora, pues, que lo sabes, quisiera que me dijeras qué es lo que has adelantado. Por amor de Dios, estas no son burlas: no se trata de si hay ó no hay razon; se trata de la fuerza. Y cuando esta mañana te daba yo un buen consejo, al instante alborotarse. Yo miraba por tí, y por mí. Y ahora ¿qué se hace? Abre por lo ménos la puerta, ó dáme la llave.

— He faltado á usted al respeto, — respondió Lorenzo con voz humilde para con D. Abundo, pero que indicaba furor contra su enemigo. — He faltado; pero póngase usted la mano al pecho, y reflexione si en mi lugar...

Diciendo esto, habia ya sacado la llave del bolsillo, é iba á abrir. D. Abundo fué tras él; y mientras Lorenzo abría, se le acercó, y con rostro serio le dijo:

— Jura al ménos...

— He faltado; disimule usted, — respondió Lorenzo, abriendo la puerta para salir.

— Jura, — replicó D. Abundo agarrándole de un brazo con mano trémula.

— Me he propasado, — añadió Lorenzo, soltándose de él.

Y ausentándose apresuradamente cortó de esta manera la cuestion que, como las de literatura y filosofia, hubiera durado seis siglos por el teson que entrambos se hubieran mantenido en sus trece.

— ¡Perpétua! ¡Perpétua! — gritó D. Abundo despues de haber llamado en vano al jóven fugitivo.

Pero el ama no respondia, y D. Abundo ya no sabia lo que le pasaba.

Ha sucedido más de una vez que personajes de categoría más elevada que la de D. Abundo, hallándose en grandes apuros, y sin saber qué partido tomar, creyeron excelente recurso meterse en la cama con calentura. No tuvo don Abundo que ir á buscar semejante arbitrio, porque él mismo se le vino naturalmente á las manos. El susto del dia anterior, la mala noche, el miedo que le acababa de meter Lorenzo, y el pensar lo que pudiera sucederle en adelante, produjeron su efecto. Aturdido y fatigado, volvió á sentarse en su sillón y empezó á sentir algunos calofríos. Se miraba las uñas, suspiraba, y de cuando en cuando llamaba con voz trémula y rabia á Perpétua. Por fin llegó esta con una gran col debajo del brazo, y tan serena como si nada hubiera pasado. No quiero molestar al lector con los lamentos, las quejas, los

cargos, las defensas; aquello de que « tú sola puedes haber hablado, » y lo que, « yo no he dicho nada, » con los demas dimes y diretes de aquel coloquio. Bastará decir que D. Abundo mandó á Perpétua que atrancase la puerta; que no volviese á salir, y que si alguno llamaba, respondiese que el señor cura se habia metido en la cama con calentura. Subió luego lentamente la escalera, exclamando á cada tres escalones: « Estoy fresco; » y de véras se metió en la cama, en donde por ahora habremos de dejarle.

Caminaba entre tanto Lorenzo con paso agitado á su casa, sin haber aún resuelto qué partido tomaria; no obstante, tenia vivas ansias de hacer alguna diablura. Los provocadores, los hombres injustos, todos los que hacen daño á los demas, son culpados, no sólo por el mal que cometen, sino tambien por los excesos á que provocan á los ofendidos. Lorenzo era un mozo pacifico, enemigo de verter sangre, un jóven franco, y ajeno de toda alevosia; pero en aquel momento su corazon meditaba un atentado, y su imaginacion estaba ocupada en tramar una traicion. Hubiera querido buscar á D. Rodrigo, agarrarle por el gañote, y... pero se acordaba que su casa era una fortaleza, guardada por bravos interior y exteriormente, que sólo entraban en ella los criados y los amigos de mayor confianza; que á un artesano incógnito no se le admitiria sin mucho exámen, y que él sobre todo sería muy conocido. Pensaba entónces tomar su escopeta, y oculto detras de un vallado aguardar si por casualidad pasaba por allí don Rodrigo solo. Gozándose en esta feroz idea, se figuraba haber llegado el anhelado momento, oír el estampido del arma, y ver á su enemigo caer y revolcarse en su sangre: le echaba una maldicion, y marchaba á ponerse en salvo en la raya del país veneciano. ¿Y Lucia? Á este recuerdo desaparecian los pensamientos criminales, y ocupaban su lugar los buenos principios á que Lorenzo estaba acostumbrado. Se acordó de las últimas palabras de sus padres; se acordó de Dios, de la Virgen y de los santos: se le presentó á la imaginacion el placer que habia

experimentado muchas veces al considerar que no había cometido delitos, y el horror que siempre le había causado la noticia de un asesinato; y se despertó de aquel sueño de sangre con horror y remordimientos, y al mismo tiempo con cierta especie de gozo por no haber hecho más que imaginar semejante crimen. ¡Pero el recuerdo de Lucía qué distintos



Oyó alto ruido de voces confusas.

pensamientos no traía consigo! ¡Tantas esperanzas frustradas! ¡Tantas promesas fallidas! ¡Un porvenir tan halagüeño! ¡Un día tan anhelado! Por otra parte, ¿cómo anunciarle tan dolorosa noticia? Y sobre todo, ¿qué partido adoptar? ¿Cómo se casaría con ella contra la voluntad y las tramas de aquel poderoso? En medio de estas reflexiones, le pasaba de cuando en cuando por la imaginación, no una

sospecha decidida, sino cierta sombra, que le atormentaba; porque, aunque no dudase de la fidelidad de Lucía, le parecía muy extraño el arrojó de D. Rodrigo. ¿Si tendrá Lucía algún antecedente? ¿Podría aquel malvado haber concebido tan infame designio sin que ella hubiese advertido cosa alguna? ¿Y no decirle nada á él, á su novio?

Sumergido en estos tristes pensamientos, pasó delante de su casa, situada en medio del pueblo, y se dirigió á la de Lucía, que se hallaba á la salida del mismo. Tenía la casilla un pequeño corral delante, cercado con pared que le separaba de la calle. Entró Lorenzo en él, oyó en un cuarto alto ruido de voces confusas, y juzgando que serían vecinas y comadres que irían á dar el parabien á Lucía, no quiso meterse en aquella bulla con tan desagradable noticia en el cuerpo. Una niña que se hallaba en el corral, corrió á él gritando:

— ¡El novio! ¡El novio!

— Calla, Betina, calla, — dijo Lorenzo: — escucha; sube al cuarto, y llamando aparte á Lucía, dile al oído, y sin que nadie lo oiga, que venga á la sala baja, que tengo que hablarla, y que sea al instante.

Subió la niña apresuradamente la escalera, muy ufana por tener un encargo secreto que ejecutar. Lucía iba á salir en aquel momento, muy ataviada por mano de su madre. Las amigas se la disputaban por verla y abrazarla; pero Lucía se negaba con aquella modestia algo rústica de las aldeanas; y aunque bajaba la cabeza y se tapaba desdenosamente la cara con el brazo, no dejaba de asomar á su rostro una ligera y atractiva sonrisa. Sus nitidos y negros cabellos separados en mitad de la frente, pasaban detrás de la cabeza, formando en ella varios círculos de trenzas, sostenidos por largos alfileres de plata que repartían en rededor á manera de los rayos de las aureolas, como aún en el día usan las aldeanas del Milanesado. Rodeaba su garganta una sarta de granates al ernados con cuentecillas de oro afilegranadas, y ceñía á suelto talle un juboncillo de brocado con flores, y las mangas abiertas, y atadas con hermosas lazadas. La falda era de

seda con espesos y menudos pliegues; las medias de color rosa, y las chinelas de seda bordadas. Además de este adorno, que era el del día de la boda, tenía la joven el de todos los días, que era el de su modesta hermosura, á que daban mayor realce los afectos que retrataba su rostro, es decir, cierta alegría mezclada con una ruborosa turbación, con una plácida inquietud, que, sin alterar la belleza de una novia, le presta un carácter particular que interesa. Betina se metió en el grupo de las mujeres, se acercó á Lucía, y dándole á



Betina se metió en el grupo.

entender diestramente que tenía alguna cosa que comunicarle, le dijo su palabrita al oído.

— Voy, y vuelvo al momento, — dijo Lucía á las mujeres.

Y bajó aprisa la escalera. Al ver la cara inmutada y el aspecto inquieto de Lorenzo:

— ¿Que hay de nuevo? — le preguntó, no sin cierto triste presentimiento.

— Querida Lucía, — respondió Lorenzo, — lo que es peor; hoy todo se lo llevó Barrabas; ¡y quién sabe cuándo podremos casarnos!

— ¿Cómo? — dijo Lucía asustada.

Contóle Lorenzo en pocas palabras lo que había sucedido aquella mañana. Escuchábase Lucía muy angustiada, y cuando oyó el nombre de Rodrigo:

— ¡Ah! — exclamó, poniéndose colorada y trémula: — ¿es posible? ¡hasta este extremo!

— ¿Luego tú sabías...? — preguntó Lorenzo.

— Demasiado, — respondió Lucía; — pero ¿quién creyera?...

— Y qué es lo que sabías?

— No seas impaciente, ni excites mi llanto; pero deja que llame á mi madre, y despida á esas gentes, pues conviene que estemos solos.

Al irse Lucía, dijo Lorenzo como á media voz:

— ¡Nunca me has hablado palabra de esto!

— ¡Ah, Lorenzo! — respondió Lucía, volviéndose sin pararse.

Comprendió Lorenzo muy bien que su nombre pronunciado en aquel momento y con aquel tono, era lo mismo que decir, que no debía dudar de que había tenido los motivos más puros y justos para callar.

Entre tanto, la buena de Ines (que así se llamaba la madre de Lucía), entrando en sospecha y curiosidad por aquella palabrita al oído, y por haber visto ausentarse á su hija, bajó á saber qué novedad había ocurrido. Lucía la dejó con Lorenzo, volvió donde estaban sus amigas y vecinas, y disimulando lo mejor que pudo la alteración de su ánimo dijo:

— El señor Cura está malo, y hoy nada se hace. ®

Con esto las saludó á todas apresuradamente y volvió á bajar.

Desfilaron entonces las mujeres, y todas corrieron á divulgar lo que había sucedido, y muchas á averiguar si efectivamente estaba enfermo D. Abundo; mas la verdad del hecho cortó todas las conjeturas, indicándolas desde luego con medias palabras y expresiones misteriosas.

CAPÍTULO III

Con gran zozobra estaba Lorenzo informando á Ines, que no le escuchaba con ménos, cuando entró Lucía en el cuarto bajo. Volvieronse entrambos á quien sabia más que ellos sobre el particular, y de quien esperaban con ansia mayor aclaracion, dejando traslucir en medio de la pena, y con el amor distinto que cada uno de aquellos profesaba á Lucía, un sentimiento tambien diverso por haberles ocultado una cosa de aquella naturaleza.



Lucia.

Aunque Ines estaba en ascuas por oír á su hija, no pudo dejar de reconvenirla con esta expresion :

— ¡ No decir nada á tu madre !

— Todo lo diré ahora, — contestó Lucía, enjugándose las lágrimas con el delantal.

— Habla, pues, habla, — dijeron á una vez el novio y la madre.

— ¡ Virgen Santa ! — exclamó Lucía. — ¿ Quién hubiera creido que las cosas llegasen á este término ?

Y con voz interrumpida por el llanto, contó como pocos dias ántes, volviendo de la fábrica de hilados, y habiéndose

quedado algun tanto atras de sus compañeras, habia pasado delante de ella D. Rodrigo con otro caballero ; que al principio trató de detenerla con discursos, segun ella decia, nada buenos ; que ella apresuró el paso y alcanzó á sus compañeras, y que entre tanto oyó al caballero reirse á carcajadas, y á D. Rodrigo decir : « ¡ Apostemos ! » Los dos al dia siguiente se encontraron tambien al paso ; pero Lucía iba entre sus compañeras con los ojos bajos ; y mientras el caballero daba grandes risotadas, D. Rodrigo decia : « Lo veremos, lo veremos. »

— ¡ Gracias á Dios, continuó Lucía, — que aquel dia era el último en que se trabajaba en la fábrica ! Al instante se lo conté...

— ¿ Á quién se lo contaste ? — interrumpió apresuradamente Ines, como enojada de que otra persona hubiese merecido tal preferencia sobre su madre.

— Al padre Cristóbal en confesion, — respondió Lucía con tono blando y de disculpa ; — todo se lo conté la última vez que fuimos juntas á la iglesia del convento ; y si usted aquella mañana hubiese puesto cuidado, hubiera visto que ocupándome ya en una cosa, ya en otra, iba retardando nuestra salida con objeto de que pasase gente con direccion al convento, para queuviésemos compañía, porque desde aquel encuentro las calles me causaban miedo.

Al nombre respetable del padre Cristóbal, se mitigó el enojo de Ines.

— ¡ Mas hecho muy bien, — dijo : — pero ¿ por qué no decirs lo tambien á tu madre ?

Dos buenas razones tuvo Lucía para ocultárselo. La primera por no afligir á su madre, y asustar á la buena mujer con una cosa á la cual no podia poner remedio ; y la segunda por no exponerse á que pasase de boca en boca un hecho que Lucía deseaba no traspasarse, tanto más, cuanto esperaba que su próximo casamiento pondria un término en sus principios á semejante persecucion. De estas dos razones sólo alegó la primera.

— ¿Y á ti, — dijo luego volviéndose á Lorenzo con aquel modo con que se suele reconvenir á un amigo manifestándole que no tiene razon; — y á ti, fuera prudente que te hablase de esta ocurrencia? Demasiado la sabes ahora.

— ¿Y qué te dijo el Padre? — preguntó Ines.

— Me dijo que apresurase todo lo posible mi casamiento, que no me dejase ver, y que me encomendase á Dios, con lo cual esperaba que no viéndome D. Rodrigo, ya no se volvería á acordar de mí; y entónces fué, — prosiguió Lucia, volviéndose de nuevo á Lorenzo sin levantar la vista y poniéndose colorada, — entónces fué cuando con sobrada desenvoltura te rogué que se verificase nuestro casamiento ántes del tiempo convenido. ¿Quién sabe lo que tú en aquella ocasion pensarias de mí; ¿pero yo lo hacía con buen fin; y esta mañana estaba tan léjos de pensar...

Aquí prorumpió en copiosísimo llanto.

— ¡Picáro! ¡hribon! ¡malvado! — exclamó Lorenzo, paseándose presurosamente por el cuarto y apretando la empuñadura de su cuchillo.

— ¡Qué apuro, Dios mio! — exclamaba Ines.

Paróse el jóven de repente delante de Lucia que lloraba; la miró con ternura violenta, y dijo:

— Esta es la última que hace ese malvado.

— ¡Ah! no, — interrumpió Lucia: — no, por amor del cielo.

— ¿Cómo quieres que Dios nos ayude, si obramos mal? No, por Dios, — repelia Ines.

— Lorenzo, — prosiguió Lucia con aire de esperanza y resolución: — tú tienes un oficio, y yo tambien sé trabajar; vámonos léjos de aquí, y no vuelva ese hombre á saber de nosotros.

— ¡Ah Lucia! ¿Y luego? Aunque no somos marido y mujer, ¿querrá darnos el cura la certification de estado libre? Si estuviésemos casados, ¡ah! entónces seria otra cosa.

Empezó Lucia á llorar otra vez, y los tres quedaron en un

profundo silencio, haciendo su abatimiento triste contraposición con sus vestidos de boda.

— Oid, hijos míos, escuchadme, — dijo Ines al cabo de un rato. — Yo he nacido ántes que vosotros, y conozco un poco el mundo; no conviene asustarse demasiado, pues no siempre es tan fiero el leon como lo pintan. Á nosotros los pobres nos parece la madeja más enmarañada, porque no sabemos



Empezó Lucia á llorar otra vez.

encontrarle la cuerda; pero á veces el consejo de un sugeto que ha estudiado... yo bien me entiendo... yo bien me entiendo. Haz lo que te digo, Lorenzo; véte á Leco, pregunta por el abogado Tramoya, y cuéntale... pero cuidado con que le llames así, porque ese es un mote. Debes decir al señor abogado... ¡qué diantre! ya no me acuerdo de su verdadero nombre: todos le llaman como te he dicho... No, no me acuerdo: en fin, preguntará por aquel abogado alto, seco,

calvo; con la nariz colorada, y un lunar en un carrillo...

— Le conozco de vista, — dijo Lorenzo.

— Pues bien, — continuó Ines, — ; es un hombre como hay pocos! He visto yo varias personas más empantanadas que una carreta, y en media hora de plática de silla á silla con el abogado Tramoya (cuidado que no le llames así) salir triunfantes con la suya. Toma las cuatro gallinas (; qué lástima! á que pensaba yo torcer el cuello para la cena de esta noche, y llévaselas, porque con estos señores no conviene irse con las manos vacías. Cuéntale todo lo sucedido, y verás cómo en un santiamén te dirá lo que á nosotros no nos hubiera ocurrido en diez años.

Lorenzo adoptó gustoso el consejo, le aprobó Lucía, é Inés, ufana por haberle dado, cogió una á una las cuatro gallinas, juntó sus ocho piernas á manera de ramillete, las ató con un cordelito, y se las entregó á Lorenzo, que con palabras de esperanza dadas y recibidas salió por la portezuela del huerto, para que no le viesen los muchachos que esperando los confites, empezaban á gritar : « ; El novio ! ; el novio ! »

Atravesando campos y buscando atajos, iba Lorenzo pensando con ira en su desgracia, y ensayándose en lo que debía decir al abogado. Dejó al lector hacerse cargo de cómo estarían aquellos cuatro animalitos con las piernas atadas y la cabeza colgando, en las manos de un hombre que, agitado por su pasión, acompañaba con gestos los pensamientos que pasaban á montones por su mente; y en ciertos momentos de enojo y desesperación, extendiendo con violencia los brazos, les daba terribles sacudidas, y hacia saltar aquellas cuatro cabezas pendientes, las cuales mientras tanto se entretenían en darse sendos picotazos, como con harta frecuencia suele suceder entre compañeros de desgracia.

Llegado Lorenzo al pueblo, preguntó por la casa del Abogado; se la enseñaron y se fué á ella. Al entrar se sintió sobreco-gido de aquella cortedad que experimentan los pobres aldeanos cuando se acercan á un gran señor ó á un sabio. Se le olvi-

daron todos los discursos que había ensayado en el camino: pero cobró ánimo al mirar las cuatro gallinas. Entrando en la cocina preguntó á la criada si se podría hablar con su amo: vió la mujer las aves, y como acostumbrada á semejantes regalos, les echó la mano, á pesar de que Lorenzo las iba retirando, porque quería que el abogado supiese y viese que le llevaba alguna cosa. Llegó el amo al mismo tiempo que la criada le mandaba que entrase á hablarle. Hizo Lorenzo una gran reverencia al señor Licenciado, que le acogió con semblante halagüeño: « Entra, hijo, » y le recibió en su estudio.

Era este un cuarto muy grande, y tan grande como destartalado: tres de las cuatro paredes estaban cubiertas con cinco ó seis mapas antiguos y unas estampas alemanas sin marco, y tales que por su vejez apenas se distinguía lo que representaban. Ocupaba la cuarta pared un estante de libros viejos, desarreglados y cubiertos de antiguo polvo. En medio de la pieza había una gran mesa con legajos de papeles, expedientes, súplicas, bandos y cosas semejantes: detras de la mesa estaba un gran sillón de vaqueta, cuya antigüedad no era menor que la de los demas muebles que todos se reducían á lo expresado, y además cuatro sillas del mismo gusto al rededor de la mesa. El Abogado estaba en bata, esto es, llevaba una toga raída y sucia, que le había servido muchos años ántes, cuando tenía que ir á Milan á defender alguna causa de importancia. Cerró la puerta, y animó al jóven en estos términos:

— Vaya, hijo, di lo que se te ofrece.

— Quisiera consultar con usted en confianza cierto negocio.

— Aquí estoy, — dijo el abogado; — habla.

Y se sentó en el sillón nonagenario. Lorenzo, de pié delante de la mesa, dando vueltas con la mano derecha al sombrero, que tenía en la izquierda, empezó diciendo :

— Quisiera saber de usted, que ha estudiado...

— Dime tu asunto sin preámbulos, — interrumpió el Abogado.

— Usted perdonará, señor Abogado, porque nosotros los pobres no sabemos hablar bien. Quisiera, pues, saber...

— ¡Qué gente esta! todos sois lo mismo: en vez de exponer el negocio sencillamente, queréis preguntar, porque tenéis allá en la cabeza vuestras manías.

— Quisiera saber, señor Abogado, si hay alguna pena para el cura que se negase hacer un casamiento.



Sígueme con la vista, y verás.

— Comprendo, — dijo el Abogado, que nada había comprendido.

Y revistiéndose de cierta gravedad, anadió después de haber apretado los labios:

— ¡Caso grave, hijo, caso previsto! Has hecho bien en venir aquí: es un caso claro: previsto en muchos bandos, y... mira aquí un edicto del año pasado, mandado publicar por el señor Gobernador, Capitan general actual... ahora, ahora te lo haré ver y tocar con la mano.

Diciendo esto empezó á revolver de arriba abajo todos aquellos papelotes, como quien hace una ensalada.

— ¿Dónde estará?... vamos á ver... ¡Hay precision de tener tantas cosas entre manos! pero debe estar aquí, porque es un bando de mucha importancia... ¡Ah, aquí está!

Le sacó, le abrió, miró la fecha, y exclamó:

— « En 15 de Octubre de 1627: » cierto, es del año pasado; bando fresco, que son los que meten más miedo. Hijo, ¿sabes leer?

— Alguna cosa, señor Abogado.

— Ea, pues, sígueme con la vista, y verás.

Y teniendo el bando abierto en el aire, empezó á leer entre dientes varios trozos, y expresando otros muy detenidamente, según le parecía oportuno.

— « Aunque por el bando publicado de orden del Excelentísimo señor Duque de Feria el 14 de Diciembre de 1620 y confirmado por el Ilmo. y Excmo. señor D. Gonzalo Fernández de Córdoba, etc., etc., se trató de atajar con remedios extraordinarios y rigurosos las opresiones, concusiones y actos tiránicos que algunos se atreven á cometer contra estos fieles vasallos de S. M.; sin embargo, la frecuencia de los excesos, y la malicia, etc., etc., se ha aumentado en términos que su S. E. se ha visto en la precision, etc.; por lo que, con el dictámen del Senado y de una junta, etc., manda que se publique el presente.

» Y empezando por los actos tiránicos, como la experiencia ha manifestado que muchos, tanto en las ciudades como en los demas pueblos (¿oyes?) de este Estado ejercen con tiranía concusiones, oprimen á los más débiles, obligándolos á hacer contratos violentos de compras, arrendamientos, etc. (¿Adónde estás? Aquí, aquí, oye) que se verifiquen casamientos ó no se verifiquen... » (¿Ves?)

— Ese es mi caso, — dijo Lorenzo.

— Oye, oye, — prosiguió el Abogado. — ¿Qué! hay mucho más, y luégo siguen las penas: « Que se atestigüe, ó no se atestigüe; que uno pague una deuda, que el otro vaya á su molino... » Esto nada nos importa; pero aquí está. « El cura

» que no hiciere lo que debe por su ministerio, ó hiciere cosa
» á que no estuviere obligado. » (¿Ves?)

— Parece que el bando está hecho expresamente para mí,
— dijo Lorenzo.

— ¿No es verdad? — prosiguió el Abogado; escucha: « y
» otras violencias semejantes, que cometen los feudatarios,
» los nobles, la gente mediana, los hombres viles y los ple-
» beyos... » (cuidado que nadie se escapa, es como el valle de
» Josafat; oye ahora las penas): « Aunque todas estas y otras
» acciones malas de esta clase están ya prohibidas; no obs-
» tante, conviniendo emplear más rigor, S. E. por la presente,
» no derogando, etc., ordena y manda que contra los infrac-
» tores en órden á cualquiera de los indicados casos y otros
» semejantes, procedan todos los jueces ordinarios de este
» Estado, imponiendo penas pecuniarias y corporales, des-
» tierro ó galeras, y hasta la muerte » (¡ahí es una friolera!)
» al arbitrio de S. E. ó del Senado, según la calidad de los
» casos, personas y circunstancias, y esto irre... mi... si...
» ble... mente, y con... todo... el... rigor. » (¿Qué? ¿hay
» poco aquí? Mira, esta es la firma) « Gonzalo Fernández de
» Córdoba » (más abajo « Platonus » (y luégo) « vidit Ferrer. »
(Nada le falta.)

Mientras el Abogado leía, le seguía Lorenzo con la vista,
procurando sacar en claro lo que podía serle útil. Causaba
admiración al Letrado el ver que su nuevo cliente se mostraba
más atento que temeroso, y decía de botones adentro: « ¿Si
estará matriculado? »

— Ya, ya, — le dijo luégo, — veo que te has hecho cortar
el tufo: has obrado con prudencia: sin embargo, puesto en
mis manos, no era necesario: el caso es grave, pero tú no sa-
bes lo que yo soy capaz de hacer.

Para comprender esta salida del Abogado conviene saber,
ó recordar, que en aquel tiempo los *bravos* de profesion y los
facinerosos de todas clases llevaban un tufo, ó mechón de
pelo muy largo y espeso, que dejaban caer á la cara á modo
de visera al tiempo de acometer á alguno, cuando creían ne-

cesario que no se les conociese y la empresa era de aquellas
que exigían vigor y reserva. Los bandos hablaban también de
esta moda, como se ve por el siguiente trozo de uno mandado
publicar por el marqués de Hinojosa: « Manda S. E. que todo
» el que se deje caer el pelo en término que llegue hasta las
» cejas, ó cubra las orejas con las trenzas, pague una multa
» de trescientos escudos, conmutados en caso de posibilidad
» en tres años de galera por la primera vez; y por la segunda
» además de la expresada pena, otra mayor pecuniaria y cor-
» poral al arbitrio de S. E. Permite sin embargo que el que
» sea calvo, ó tenga motivo justo de señal, ó heridas, pueda
» para mayor decoro y salud llevar el pelo largo lo bastante
» para encubrir semejantes faltas y nada más; con la adver-
» tencia de que no exceda de lo que pida la pura necesidad
» para no incurrir en la pena impuesta á los demas contra-
» ventores.

» Manda igualmente á los barberos, pena de cien escudos y
» tres tratos de cuerda, que se le darán en público, y otra
» pena mayor corporal al arbitrio como arriba, que no dejen á
» aquellos á quienes corten el pelo ninguna especie de dichos
» tufos, trenzas, ó rizados ni los pelos más largos que el ordi-
» nario, tanto en la frente como en los lados, á excepcion de
» los calvos, y otras personas defectuosas, como queda dicho. »

Era, pues, el tufo una especie de armadura y un distintivo
de los *bravos* y matones, que por esta razon, luégo se les lla-
maba comumente *ciuffi*, tufos. Este título ha quedado to-
davía, pero en acepcion más modificada, y pocas serán las
personas en el Milanésado que en su infancia no hayan oído
decir, hablando de un calavera, es un tufo, es un tufillo (é un
ciuffo, é un *ciuffeto*).

— En mi conciencia, — respondió Lorenzo, — protesto que
yo nunca he llevado tufo.

— Nada hacemos, — dijo el Abogado, meneando la cabeza
con una sonrisa entre impaciente y maliciosa; nada hacemos
si no tienes confianza en mí: el que dice mentira al abogado
es un necio que tendrá que decir la verdad delante del juez.

Al abogado se le deben contar las cosas claras, y a nosotros es a quien toca embrollarlas. Si quieres que yo te ayude, es indispensable que me digas todo desde la cruz á la fecha, y con el corazón en la mano como al confesor. Has de nombrarme la persona que te ha dado la comision (supongo que será persona de circunstancias); en este caso iré yo á hacerle una visita; no le diré, por cierto, que tú me has declarado su nombre, sino que voy á implorar su proteccion en favor de un pobre jóven calumniado, y concertaremos juntos el medio de salir con honra. ¿Entiendes? Por otra parte, si el atentado es únicamente obra tuya, tambien habrá remedio. ¡Á cuántos he sacado yo de peores atolladeros! y siempre que la persona ofendida no sea de alto carácter, la cosa se compondrá á costa de pocos cuartos. ¿Me entiendes? En este caso debes decirme quién es el ofendido y cómo se llama, porque segun su condicion, su estado y su rumor, veremos si conviene más tenerle á raya con protecciones, ó amenazarle con una causa criminal. ¿Me entiendes? Sabiendo dar un tornillo á los bandos, ninguno es reo, ni ninguno es inocente: por lo que toca al cura, si es hombre prudente, no se meterá en danza, y si quisiere tenérselas tiesas, hay tambien para ellos su freno. De todo se puede salir bien; pero se necesita un hombre: tu caso es grave, y muy grave; el bando está terminante, y si la cosa ha de decidirse entre ti y la justicia, estas fresco. Te hablo como amigo; las calaveradas es menester pagarlas. Si quieres zafarte, dinero y verdad; confiar en quien desea salvarte y hacer cuanto te manda.

Mientras el Abogado charlaba de esta manera, Lorenzo le estaba mirando con la misma atencion con que los babiecas en la plaza miran con la boca abierta al titiritero que, despues de haberse tragado cierta cantidad de estopa, saca de la boca un sinfin de cintas de todos colores; pero apenas se hizo cargo de lo que decia y de su equivocacion, le cortó la palabra en estos términos:

— Señor Abogado, usted ha comprendido mal: la cosa es todo al contrario; yo jamas he amenazado á nadie: no soy hombre

de semejantes grescas, y si usted pregunta en mi pueblo, todos le dirán que yo nunca he tenido que ver con la justicia. La picardía á mí me la han hecho, y vengo á ver á usted para saber cómo he de conseguir que se me haga justicia, y estoy muy contento con haber visto ese bando.

— ¡Qué diantre! — exclamó el Abogado abriendo muchísimo los ojos: — ¿qué pastel es este? No hay que darle vueltas; todos sois iguales: ¿es posible que no sepáis hablar claro?

— Perdone usted, señor Abogado: usted no me dió lugar para explicarme. Ahora le contaré todo. Sepa usted, pues, que yo debia casarme hoy con una muchacha con quien estoy en galanteos desde el verano, y hoy, como digo, era el día de la boda: todo estaba dispuesto, cuando el señor Cura buscando mil pretextos y excusas... En fin, para no fastidiar á usted diré, que habiéndole puesto en precision de explicarse como era justo, confesó que se le había prohibido, pena de la vida, hacer este casamiento. El prepotente D. Rodrigo...

— ¡Disparate! — interrumpió inmediatamente el Abogado frunciendo las cejas, arrugando la nariz colorada y torciendo el hocico; ¡disparate! ¿Por qué me vienes á romper la cabeza con esos cuentos? Ten tales discursos allá entre tu gente, que no sabe medir las palabras; pero no vengas á comprometer á un hombre de bien que conoce lo que valen. Vete, vete, que no sabes lo que te dices. No quiero embrollos con mozoelos, ni oír semejantes boberias.

— Lo juro...

— Vete, repito: ¿á mí qué me importan los juramentos? no me meto en eso: lavo mis manos (diciendo esto restregaba una mano con la otra, como si realmente se las lavase). Aprende á hablar: no se viene de esta manera á sorprender á un hombre de bien...

— Oiga usted, oiga usted, — repetía inútilmente Lorenzo.

Pero siguiendo el Abogado su tema, le empujaba hácia la puerta, y en cuanto llegó á ella la abrió de par en par, llamó á la criada, y le dijo:

— Devuelve á ese hombre al punto lo que ha traído, que yo nada quiero.

La mujer, que en todo el tiempo que estaba en aquella casa jamás había recibido orden igual, se quedó admirada; pero esta vez fué tan terminante la que se le daba que sin titubear tuvo que obedecer. Cogió, pues, las cuatro gallinas y se las entregó con sentimiento visible á Lorenzo, el cual, por cumplimiento, se negaba á recibirlas; pero el Abogado se mantuvo tan inflexible, que el pobre jóven tuvo que admitirlas y marcharse á su pueblo á contar el triste resultado de su expedición á las dos mujeres, las cuales en su ausencia, después de haber trocado los vestidos de boda por los humildes de todos los días de trabajo, se pusieron á discurrir de nuevo sobre el particular, sollozando Lucía y suspirando Ines. Después que esta hubo hablado largamente del grande efecto que debía esperarse de los consejos del abogado Tramoya, dijo Lucía que era necesario apelar á todos los medios para salir del apuro; y siendo el padre Cristóbal un hombre capaz no sólo de aconsejar, sino también de obrar cuando se trata de favorecer á los pobres, hubiera sido muy conveniente informarle de lo que pasaba. Pareció muy bien á Ines, y ambas empezaron á cavilar acerca del modo; porque marchar ellas mismas al convento, distante quizá media legua, no era empresa que quisiesen aventurar aquel día; y á la verdad que tampoco ningún hombre sensato se la hubiera aconsejado. Mientras así estaban trazando medios, llamaron á la puerta con un pausado, pero claro *Deo gracias*. Figurándose Lucía quién podría ser, corrió á abrir, y en efecto, bajando la cabeza entró el lego limosnero de los capuchinos con un saco al hombro izquierdo, y la extremidad superior del mismo saco arrollada, y asegurada con ambas manos sobre el pecho.

— ¡ Bien venido, fray Galdino! — dijeron las mujeres.

— Dios sea con ustedes, — contestó el fraile: — vengo á la cuesta de las nueces.

— Vécorriendo por las nueces para los capuchinos, — dijo Ines.

Dirigióse Lucía al cuarto inmediato; pero ántes de entrar se paró detrás de fray Galdino que permanecía en pié, y cruzando el índice en la boca, dió á su madre una mirada, como pidiéndole con empeño que nada dijese de lo que pasaba.

Pero el fraile preguntó cuándo se hacía el casamiento.

— ¿ No era hoy — añadió — cuando debía efectuarse? He notado en el pueblo cierta confusión que parece indicar no sé qué cosa. ¿ Ha habido alguna novedad?

— El señor Cura está enfermo, y ha sido forzoso diferir la boda, — contestó aprisa la mujer.

Á no haber hecho Lucía aquella señal, la respuesta hubiera sido muy distinta.

— ¿ Y cómo vamos de limosnas? — preguntó Ines para mudar de conversacion.

— No muy bien, amiga. No hay más que esto.

Y entonces puso en el suelo el costal, descubriendo con las dos manos el fondo, que contenía una corta porción de nueces.

— Esto es todo lo que hay, — prosiguió, — y por esta gran cantidad he tenido que llamar á diez puertas.

— El año es malo, fray Galdino, y cuando hay que andar á pleitos con el pan, es preciso escatimar lo demás.

— ¿ Y para que vuelva la abundancia qué se hace, buena mujer? Limosna. ¿ No sabe usted aquel milagro de las nueces que sucedió años hace en un convento nuestro de la Romaña?

— No por cierto: cuéntelo usted... fray Galdino.

— Pues ha de saber usted que en aquel convento había uno de nuestros religiosos que era un santo, y se llamaba el padre Macario. Un día de invierno pasando por el campo de uno de nuestros bienhechores, también hombre muy bueno, le vió el padre Macario, que estaba con cuatro jornaleros al rededor de un gran nogal, trabajando con azadones para echarle la raíz al sol. — « ¿ Qué estáis haciendo con ese pobre árbol? preguntó el religioso. — Padre, contestó el dueño, hace años que no da nueces, y así voy á hacer leña.

— Dejadle, dijo el padre Macario, pues este año dará más nueces que hojas. » El hombre, que conocía al que le hacía aquel vaticinio, mandó á los jornaleros que volviesen á cubrir las raíces con tierra, y llamando al Padre que continuaba su camino, le dijo : — Padre Macario, la mitad de la cosecha será para el convento. » Como se divulgó la voz de la predicción, todo el mundo iba á ver el nogal. Con efecto, en la primavera floreció, pero ¡ cómo ! y luego nueces sin consuelo. Nuestro bienhechor no tuvo el gusto de varearlas, porque pasó antes de la cosecha á recibir el premio de su caridad. Pero el milagro fué mucho mayor, como va usted á oír. Dejó aquel buen cristiano un hijo muy diferente de él. Llegado el tiempo de la cosecha de las nueces, fué el limosnero á pedir la mitad que correspondía al convento; pero el hombre no sólo se hizo de nuevas, sino que tuvo la insolencia de decir que jamás había oído que los capuchinos supiesen hacer nueces, ¿ Y sabe usted lo que sucedió ? Un día (oiga usted) en que aquel mala cabeza había convidado á varios de sus amigos de la misma calaña, contaba así bromeando la historia de las nueces, y se burlaba de los frailes. Habiéndoles con esto entrado gana á sus amigos de ver aquel gran monton de nueces, los condujo al granero : oiga usted ahora : abre la puerta, se van todos hácia el rincón en donde se habían puesto las nueces; y al decir « mirad, » y al mirar él también, ven, ¿ qué le parece á usted que vieron ? un grandísimo monton de hojas secas de nogal. ¿ No fué este un buen escarmiento ? El convento en lugar de perder ganó mucho, porque despues de este suceso es tan grande la limosna de las nueces, que un bienhechor, movido á lástima del pobre limosnero, dió al convento un asnillo, que ayudase á llevar las nueces, y se hacía tanto aceite, que á todos los pobres se les socorria segun su necesidad; porque, amiga, nosotros somos el mar, que recibe agua de todas partes, y la vuelve á distribuir á todos los rios.

Ya Lucía había vuelto con el delantal tan lleno de nueces que apenas podia sostenerle, y al tiempo de abrir fray Galdino la

boca del saco para meterlas en él, Ines dió una mirada á su hija, como reconviéndola de la demasia en la limosna; pero Lucia contestó con otra mirada, significando con ella que se justificaria. Prorumpió el limosnero en elogios, ofrecimientos y muchos « Dios se lo pague », y puesto de nuevo su saco á cuestras, iba á salir, cuando llamándole Lucia le dijo :

— Fray Galdino, quisiera que usted me hiciese el favor de decir al padre Cristóbal que desearíamos hablarle, y que nos



Lucía había vuelto con el delantal lleno de nueces.

hiciese la caridad de venir á vernos lo más presto posible, porque yo no puedo ir á la iglesia.

— ¿ No quieren ustedes otra cosa ? Antes de una hora tendrá el recado el padre Cristóbal.

— Nos hará usted mucho favor.

— Descuiden ustedes.

Y al decir esto salió de la puerta algo más contento que cuando entró por ella.

Al ver que una pobre aldeanilla mandaba á llamar con tanta confianza al padre Cristóbal, y que fray Galdino ad-

nifia el encargo sin admiracion ni dificultad, nadie se figure por eso que aquel padre Cristóbal era un fraile de misa y olla. Por el contrario, era hombre de grande autoridad entre los suyos, y en toda la comarca; pero era tal la condicion de los capuchinos entónces, que nada para ellos era demasiado bajo, ni demasiado eleyado. Servir á la clase infima del pueblo, y ser servidos por los poderosos; entrar en los palacios y en las chozas con humildad y franqueza; ser á veces en una misma casa objeto de burla, y un personaje sin el cual nada se decidia; pedir limosna en todas partes, y darla á todos los que la pedian en el convento; todas estas eran cosas á que estaba acostumbrado un capuchino. Andando por las calles le era tan fácil encontrarse con un príncipe que le besase el cordón, como con un tropel de muchachos que, aparentando reñir entre ellos, le salpicasen la barba con lodo. La palabra « fraile » era en aquellos tiempos palabra de honor y de menosprecio, y los capuchinos, quizá más que otra orden religiosa, eran el objeto de dos sentimientos contrarios, experimentando de consiguiente los dos opuestos destinos; porque no poseyendo bienes algunos, llevando un traje extrañadamente distinto del comun, y haciendo profesion más visible de humillaciones, se exponian más de cerca á la veneracion ó al vilipendio, segun el diferente humor y el distinto modo de pensar de los sujetos con quienes se rozaban.

Apénas salió fray Galdino, cuando Ines exclamó:

— ¡Tantas nueces, y en este año!

— Perdone usted, madre mia, — respondió la jóven; — si hubiéramos dado una limosna como los demas, ¿quién sabe cuánto tiempo hubiera tenido que dar vueltas fray Galdino para llenar el saco? ¡y Dios sabe cuándo con sus pláticas y sus cuentos hubiera vuelto al convento, y se hubiera olvidado!...

— Tienes razon, hija mia, — dijo Ines, — y al cabo lo que se da de limosna nunca es perdido.

En esto llegó Lorenzo, y entrando con mal semblante echó despechadamente las gallinas sobre una mesa.

— ¡Bravo consejo me dió usted! — dijo á Ines. — ¡Á buen sugeto me ha enviado usted á ver! ¡Cómo ayuda á los pobres!

Y en seguida contó cuanto le habia sucedido con el Abogado. La buena mujer, aturdida con tan fatal resultado, se esforzaba por probar que el consejo era bueno, pero que quizá Lorenzo no habria sabido ejecutarlo; en fin, Lucía cortó la disputa, diciendo que ella esperaba haber encontrado un expediente mejor. Entregóse Lorenzo tambien á la esperanza, como les sucede á todos los desgraciados que se hallan metidos en algun embrollo, y despues de varias razones, dijo que si el padre Cristóbal no encontraba remedio, él de un modo ó de otro lo encontraria. Las dos mujeres le aconsejaron la prudencia y la paz.

— Mañana — añadió Lucía — vendrá sin falta alguna el padre Cristóbal, y verán ustedes cómo halla algun arbitrio de los que á nosotros por nuestra ignorancia ni siquiera pueden pasarnos por la imaginacion.

— Así lo espero, — dijo Lorenzo; — pero en todo caso yo buscaré una salida; que por fin en este mundo no deja de haber justicia.

Con tan tristes razonamientos, y con las idas y venidas que hemos referido, se pasó aquel dia, y ya empezaba á oscurecer.

— ¡Buenas noches! — dijo tristemente Lucía.

— ¡Buenas noches! respondió aún más tristemente Lorenzo, que no acertaba á marcharse.

— Algun santo nos ayudará, — replicó la jóven; — ten prudencia y resignacion.

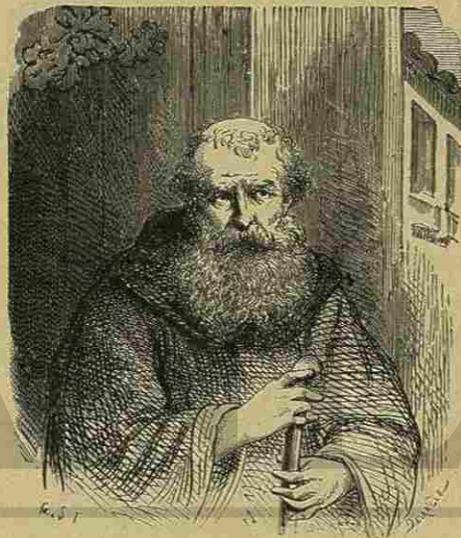
Otros consejos de la misma clase agregó la madre, y el novio se marchó con el corazón angustiado, y repitiendo muchas veces: « Por fin en este mundo no falta quien haga justicia: » ¡tan cierto es que el hombre que padece una gran afliccion, no sabe lo que se dice!

CAPÍTULO IV

Todavía no se dejaba ver el sol en el horizonte cuando el padre Cristóbal salió de su convento de Pescarénico para ir á la casita en donde le aguardaban. Pescarénico es una corta aldea en la orilla izquierda del Ada, ó por mejor decir, del Lago, á pocos pasos del puente: fórmanla un pequeño grupo de casas de pescadores, cuyas paredes se ven de trecho en trecho tapizadas con redes puestas á secar, y otros varios instrumentos de pesca. El convento está situado (todavía existe el edificio) á alguna distancia del pueblo, pasando entre los dos el camino que va desde Leco á Bergamo. El cielo estaba despejado y sereno y á medida que el sol salía por detras del monte, su luz bajaba de la cumbre de las montañas opuestas, desplegándose rápidamente por las pendientes y los valles. Un vienteillo de otoño desprendía de las moreras las hojas ya amarillas, llevándolas á caer á alguna distancia del árbol.

En las viñas á derecha é izquierda brillaban con un color rojo variado los pámpanos de los sarmientos todavía frescos, y los surcos recién labrados se distinguían por su color oscuro de las rastrojeras blanquecinas y relucientes con el rocío. Alegre era su perspectiva; pero contristaba la vista de cada aldeano que pasaba. Encontrábanse sin cesar mendigos macilentos y andrajosos, ó envejecidos en este oficio, ú obligados entónces por la necesidad á pedir limosna. Pasaban tristemente al lado del padre Cristóbal, le miraban con respeto, y aunque nada podían esperar de él, pues un capuchino jamás tocaba dinero, le saludaban como dándole gracias por la limosna que recibían en el convento. No ménos doloroso era el cuadro que presentaban los labriegos, diseminados por los campos. Algunos echaban á la tierra las semillas con escasez y á disgusto, como quien aventura cosas que teme desperdiciar,

y otros manejaban el azadon con flojedad y desaliento. La zagaleja flaca y descolorida llevando del cordel la vaca extenuada, y mirando al suelo, á manera de quien busca alguna cosa, se bajaba de cuando en cuando, con el fin de coger para alimento de la familia ciertas yerbas, habiendo el hambre enseñado al hombre que con ellas se puede sostener la vida.



El padre Cristóbal.

Aumentaban semejantes objetos la tristeza del buen religioso, el cual caminaba con el desagradable presentimiento de que iba á oír alguna desgracia. Pero, preguntarán mis lectores, ¿por qué este fraile tomaba tanto interés por Lucía? ¿por qué al primer aviso se puso en camino con tanta presteza como si le llamara el padre provincial? ¿Y quién era este padre Cristóbal? Es preciso satisfacer á semejantes preguntas.

Era el padre Cristóbal de *** un hombre cuya edad se acercaba más á los sesenta años que á los cincuenta. Su cabeza rapada, á excepcion de lo que formaba la corona, solía alzarse

de cuando en cuando con movimientos de orgullo y de impaciencia, pero al momento se inclinaba por reflexion de humildad. La barba canosa, y tan larga que le llegaba hasta el pecho, realzaba las facciones superiores del rostro, á las cuales más bien daba gravedad que disminuía su expresion la abstinencia habitual de muchos años; y aunque sus ojos hundidos estaban por lo regular inclinados al suelo, algunas veces brillaban con repentina viveza.

No siempre había sido el padre Cristóbal el que era entonces, ni su nombre el que acabamos de darle, pues en la pila recibió el de Ludovico.

Fué su padre un mercader que, hallándose con muchas riquezas en los últimos años de su vida, y con este hijo único, dejó el comercio por vivir á lo grande.

En su nuevo estado de ociosidad, dió en avergonzarse tanto de haber sido útil á la patria en su antigua profesion, que predominado de semejante extravagancia, buscaba todos los medios posibles para hacer olvidar que había sido mercader, y él mismo hubiera querido olvidarlo; pero el almacén, la vara de medir y los fardos se le presentaban siempre á la memoria, como á Macbeth la sombra de Banco, entre la suntuosidad de las mesas y la lisonjera sonrisa de los parásitos. Yes indecible el cuidado con que estos aduladores procuraban evitar hasta la más minima palabra que aludiese á su antigua profesion, tanto, que no volvió á ser convidado un imprudente gorrista que, contestando á cierta chanza del amo de la casa, le dijo que hacía orejas de mercader.

De esta manera el padre de Ludovico pasó los últimos años de su vida en continuas angustias, temiendo siempre ser escarnecido, sin reflexionar jamas que el vendedor no es más ridiculo que el comprador, y que aquella profesion de que tanto se avergonzaba entonces, la habia ejercido muchos años con honra y utilidad suya y del público. Sin embargo, dió una educacion esmerada á su hijo segun las luces y las costumbres de aquel tiempo, proporcionándole buenos maestros, tanto en letras como en ejercicios caballerescos, y murió de-

jándole rico y jóven. Ludovico habia contraído hábitos de caballero, y los aduladores entre quienes se crió, le acostumbraron á ser tratado con mucho respeto: pero cuando quiso mezclarse con los nobles principales de la ciudad, encontró las cosas muy diferentes de lo que se habia figurado, y vió que para tratar con ellos convenia hacer estudio de paciencia y de sumision, quedar siempre debajo, y tragarse á cada momento alguna píldora amarga.

No siendo este modo de vivir conforme á su educacion ni á su carácter, se separó de la nobleza despechado; pero le molestaba semejante separacion, porque se creía con derecho para alternar con ella. No pudiendo con este contraste de inclinacion y de odio tratar familiarmente con los principales del pueblo, y deseando, sin embargo, ponerse á su nivel, se dedicó á competir con ellos en lujo y boato, granjeándose de este modo con su dinero envidias, enemistades y befa. Por otra parte, su índole honrada y al mismo tiempo violenta le habia empeñado muy de antemano en una lucha más seria. Tenia naturalmente horror á toda injusticia y violencia, y aumentaba este horror la calidad de las personas que con más frecuencia las cometian, y que justamente eran las que él odiaba. Para satisfacer todas estas pasiones á la vez, tomaba partido con gusto en favor de toda persona débil oprimida, se complacia en tenérselas tiesas á un prepotente, se metia en un empeño, buscaba otro; tanto, que poco á poco vino á constituirse protector declarado de los oprimidos, y vengador de los agravios. Ardua era la empresa, y no hay que preguntar si el pobre hombre tendria enemigos, lances y cavilaciones, porque, ademas de la guerra exterior, le agitaban continuamente combates interiores, pues para salirse con la suya en un negocio (sin contar los diferentes en que quedaba desairado) se veía él mismo precisado á emplear manejos y tramias que no aprobaba su conciencia.

Debía rodearse de un número crecido de *bravos*, y tanto por su propia seguridad, como para el logro de sus intentos, tenia que elegir los más atrevidos, esto es, los más malvados,

y por amor á la justicia vivir con facinerosos. Por esta razon, más de una vez, ó desalentado por una accion malograda, ó inquieto por un peligro inminente, fastidiado de cuidar siempre de su propia defensa, disgustado de sus compañías y pensando en el estado futuro de sus intereses, que cada dia iban á ménos, ya por lo que empleaba en buenas obras, ya por lo que le costaban las expediciones aventuradas, pensó en meterse fraile, que en aquel tiempo era el medio más acertado de salir de embrollos.

Pero esto, que quizá en todo el discurso de su vida no hubiera sido sino una ocurrencia pasajera, se convirtió en resolucion, á consecuencia de un accidente el más grave de cuantos hasta entónces le habian sucedido.

Paseábase un dia por la ciudad en compañía de un antiguo factor de su casa, al cual su padre le habia transformado en mayordomo, y de dos *bravos* que le seguian. El mayordomo, que se llama Cristóbal, era un hombre de unos cincuenta años, muy adicto desde jóven á su amo, á quien habia visto nacer, y con cuyo salario y liberalidades vivia y mantenía cómodamente á su esposa y ocho hijos.

Vió Ludovico asomar de léjos cierto caballero valenton prepotente, de quien, aunque nunca habia hablado con él, era odiado de muerte, pagándole en la misma moneda, porque en aquel siglo, y aún en el dia, suelen las gentes odiarse sin conocerse ni haberse visto nunca. Venia el caballero acompañado de cuatro *bravos* y con aire de perdonavidas, y él y Ludovico muy arrimados á la pared. Es de notar que Ludovico llevaba la derecha, y que, segun costumbre, no tenia obligacion de cederla á persona alguna, cosa de que en aquel tiempo se hacia gran caso, como lo hacen aún en el dia algunos necios. Pensaba el otro que como á noble se le debia ceder la acera en virtud de otra costumbre, porque en este como en otros muchos puntos estaban en vigor dos costumbres opuestas, sin que jamas se decidiese cuál de las dos debia prevalecer; lo que daba márgen á contiendas y lances funestos cuando se encon-

traban dos cabezas destornilladas, ó dos personas ridiculas ó de mala educacion. Venian, pues, los dos tan cosidos á la pared que parecian dos figuras de medio relieve; y asi, que se hallaron cara á cara, el caballero, mirando de la cabeza á los piés á Ludovico, dijo con ceño y tono orgulloso que se apartase.

— Usted debe apartarse, — respondió Ludovico; — pues la acera es mia.

— Con personas de mi clase no vale esa regla. La acera es mia siempre.

— Eso sería si la insolencia de las personas de su clase fuera ley para mí.

Las dos comitivas se habian parado cada una detras de su principal, mirándose al soslayo, y con las manos puestas en la daga, como prontos á la pelea. La gente que iba pasando se paraba á observar á cierta distancia, y su presencia animaba más el puntillo de los dos contendientes.

— Deja la acera, hombre vil, si no quieres que yo te enseñe el modo de proceder con los caballeros.

— ¡Cómo vil! mientes una y mil veces.

— Tú eres quien mientes en desmentirme (esta respuesta era de tabla). Si fueras caballero como yo, pronto te hiciera ver con la espalda quién es el mentiroso.

— Salida de cobarde para evadirse de sostener con los hechos la insolencia de las palabras.

— Echad al arroyo á ese tuno, — dijo el caballero á los suyos.

— Ahora lo veremos, — repuso Ludovico, dando un paso atras y desenyainando la espalda.

— ¡Insolente! — gritó el otro sacando la suya; cuando tu sangre haya manchado la mia, sabré hacerla mil pedazos.

Arrojáronse de esta manera el uno contra el otro, y los criados de ambas partes corrieron á la defensa de sus respectivos amos.

La lucha era desigual, tanto por el número, cuanto porque Ludovico trataba más bien de quitar los golpes y desar-

mar al enemigo que de matarle; pero este quería su muerte á toda costa. Ludovico habia ya recibido de un bravo una puñalada en el brazo izquierdo y un rasguño en la cara, y el caballero se le echaba encima para rematarle, cuando Cristóbal, viendo á su amo en peligro, se abalanza con el puñal al enemigo, quien volviendo contra él toda su ira, le traspasó con la espada.

Al ver esto Ludovico, como fuera de sí, metió la suya por el vientre al provocador, el cual cayó muerto casi al mismo tiempo que el desgraciado Cristóbal. Malparados los asesinos que acompañaban al caballero, viéndole en el suelo echaron á huir. Los de Ludovico, igualmente maltratados, viendo que ya no habia con quien habérselas, y no queriendo encontrarse con la gente que de todas partes acudia, pusieron tambien piés en polvorosa, y Ludovico se halló solo con aquellos dos cadáveres, en medio de una inmensa muchedumbre.

— ¿Cómo ha sido? ¿un muerto!

— ¡No, sino dos!

— ¿Quién le ha abierto ese ojal en el vientre? ¿Á quién han muerto?

— ¡Aquel prepotente!

— ¡Santa Maria, qué horror!

— No hace tanto la zorra en un año como paga en una hora.

— ¡Tambien él acabó!

— ¡Qué tragedia!

— ¿Y ese otro desgraciado?

— ¡Jesus, qué horror!

— Libradle, libradle.

— Tambien él está fresco.

— ¡Válgame Dios! ¡como está!

— Huya usted, infeliz.

— Huya usted, no se deje echar la mano.

Estas exclamaciones que se oían entre el bullicio confuso de aquel inmenso concurso, expresaban la opinion general,

y con el consejo vino tambien el auxilio. El hecho habia sucedido cerca de una iglesia de capuchinos, asilo, como todos saben, impenetrable en aquel tiempo para los esbirros, y para todo el conjunto de personas y cosas á que se da el nombre de justicia. Allí la turba condujo, ó por mejor decir, llevó casi sin sentido al matador, y los religiosos le recibieron de mano del pueblo que se lo recomendó, diciendo que era un hombre de bien que habia muerto á un bribon orgulloso, por verse precisado á defender su vida.

Hasta entónces Ludovico no habia derramado sangre humana, y aunque en aquel tiempo el homicidio era cosa tan comun que á nadie causaba novedad, sin embargo es imponderable la impresion que hizo en su ánimo la idea de un hombre muerto en su favor y otro por su mano; de modo que fué para él un descubrimiento de nuevos afectos. La caída de su enemigo con la alteracion de aquellas facciones que pasaron instantáneamente desde la amenaza y el furor al abatimiento de la muerte, fué un espectáculo que cambió en un momento el ánimo de Ludovico. Arrastrado, digamos así, al convento, no sabia en dónde se hallaba ni lo que pasaba por él; y cuando volvió en su acuerdo se encontró en una cama de la enfermeria en manos del religioso cirujano (los capuchinos entónces tenian uno en cada convento), el cual aplicaba cabezales y vendas á las heridas que recibió en la reyerta. Se habia llamado ya para que acudiese al paraje de la catástrofe á un religioso, cuyo encargo era asistir á los moribundos, y que muchas veces habia ejercido su oficio en las calles. Vuelto al convento, á los pocos minutos entró en la enfermeria, y acercándose á la cama de Ludovico:

— Consuélese usted, — le dijo, — pues á lo ménos ha muerto bien, encargándome alcanzase de usted su perdón. así como él le otorgaba el suyo.

Estas palabras animaron al desconsolado Ludovico, excitando con mayor fuerza y más distintamente los confusos sentimientos que agitaban su ánimo, á saber, la pena por el amigo muerto, la afliccion y los remordimientos por el golpe

que salió de su mano, y al mismo tiempo la dolorosa compasión en favor del hombre á quien quitó la vida.

— ¿Y el otro? — preguntó con ansia al Padre.

— Ya habia espirado — contestó — cuando yo llegué.

Entre tanto, en las inmediaciones del convento, en sus avenidas, bullia el pueblo curioso; pero llegados los esbirros, hicieron despejar, poniéndose en acecho á cierta distancia de las puertas, de modo que nadie pudiese salir sin ser visto. Presentáronse tambien armados de piés á cabeza un hermano del muerto, dos primos, y un tio anciano con gran comitiva de *bravos*, rondando el convento, y mirando con ceño y ademán de despecho á los esbirros, los cuales, aunque no se atrevian á decir: « bien empleado le está, » lo llevaban escrito en la cara.

Apénas pudo Ludovico llamar á exámen sus pensamientos, hizo que le trajesen un confesor, y le suplicó que buscase á la viuda de Cristóbal, y le pidiere perdon en su nombre, por haber sido causa aunque involuntaria de aquella desgracia, asegurándola al mismo tiempo que de su cuenta corria la subsistencia de la familia. Reflexionando luego sobre su situación, se renovó en él con más fuerza que nunca el pensamiento de tomar el hábito, ya que otras veces le habia pasado por la cabeza. Parecióle que el mismo Dios le habia puesto en aquel camino, manifestándole su voluntad con haberle traído á un convento de capuchinos en aquella ocasion; y adoptando irrevocablemente este partido, llamó al Guardian, y le expuso su determinacion. La respuesta fué que convenia tener cuidado con las resoluciones precipitadas; pero que si persistia en su designio, no seria desechado. Con esto mandó llamar á un escribano, é hizo una donacion de todo lo que tenia, que era todavia un rico patrimonio, á la familia de Cristóbal, á saber, una cantidad crecida á la viuda, y el resto á los hijos.

La resolucion de Ludovico convenia mucho á los capuchinos, que por culpa de él se hallaban en un gran compromiso. Hacerle salir del convento, y exponerle al rigor de la justicia,

esto es, á la venganza de sus enemigos, era un partido sobre el cual ni siquiera se podia entrar en deliberacion. Hubiera sido lo mismo que renunciar á sus privilegios, desacreditar el convento en el concepto del pueblo, granjearse la animadversion de todos los capuchinos del globo por haber dejado violar sus derechos, y concitar contra sí á todas las autoridades eclesiásticas, que entónces se consideraban como tutoras de aquellas inmunidades. Por otra parte, la familia del muerto, muy poderosa, y con relaciones de valimiento, habia jurado vengarse, y declaraba enemigos suyos á cuantos contribuyesen á estorbarlo. La historia no dice si sintieron mucho su muerte, ni tampoco si se derramó una sola lágrima en toda la parentela; solamente hace mérito de que los parientes ansiaban tener entre sus garras al matador vivo ó muerto, y tomando Ludovico el hábito, todo quedaba hecho tablas; porque de esta manera parecia aquello una retractacion pública, se imponia él mismo una penitencia, se declaraba implícitamente culpado, abandonaba todo empeño, y en fin, era un enemigo que entregaba las armas. Por otra parte, los parientes del muerto podian cacarear, si querian, que se habia metido fraile por desesperacion, ó temiendo su resentimiento; y últimamente reducir un hombre á desprenderse de sus bienes, á raparse la cabeza, á ir descalzo, dormir en la paja, y á vivir de limosnas, podia parecer un castigo más que suficiente aun al ofendido más orgulloso y vengativo.

Presentóse el padre Guardian con humildad desembarazada al hermano del muerto, y despues de mil protestas de respeto hácia la ilustre familia, y de su deseo de complacerla en todo cuanto estuviere en su mano, habló del arrepentimiento de Ludovico, y de su resolucion de entrar religioso, insinuando tambien con maña que la casa debia tener en ello una satisfaccion, y dando á entender, aun con más destreza, que, agradase ó no agradase, la cosa debia verificarse. Furibundo se manifestó el hermano, pero el buen Padre dejó que desahogase su cólera, y sólo de cuando en cuando repetia: « Ese dolor es muy justo. » Dijo entre otras cosas que la familia

sabria tomarse una satisfaccion; y el Capuchino, cualquiera que fuese su opinion, no le contradijo; por último pidió, ó, por mejor decir, exigió como condicion que el matador de su hermano saliese de la ciudad; y el Guardian, que así lo había resuelto, convino en lo que solicitaba, dejando que creyese, si queria, que aquel era un acto de obediencia.

De este modo quedó concluido el negocio; contenta la familia, que se libraba de un compromiso; contentos los frailes, que salvaban á un hombre y sus inmunidades sin granjearse enemigo alguno; contentos los fanáticos por los privilegios de la nobleza, porque veían terminado el asunto con honra; contento el pueblo, que, al paso que veía salir de un pantano á un sugeto bienquisto, admiraba una conversion; y por último, contento más que todos, en medio de su dolor, el mismo Ludovico, el cual principiaba una vida de expiacion y de penitencia, que podia, si no reparar, á lo ménos enmendar el mal, y acallar los penosos estímulos de sus remordimientos. Afigióle un instante la sospecha de que su resolucion pudiera atribuirse al miedo; pero se consoló luego con pensar que esta misma opinion seria para él un castigo y un medio de expiacion. De este modo á los treinta años vistió el hábito, y debiendo, segun el uso, tomar otro nombre, eligió uno que le recordase á cada instante sus yerros, para purgarlos, y se llamó fray Cristóbal.

Concluida la ceremonia de tomar el hábito, le intimó el Guardian que fuese á hacer su noviciado al pueblo de*** á sesenta leguas de distancia, y que saliese al siguiente dia. Bajó el novicio la cabeza, y pidió una gracia, diciendo:

—Permitame vuestra reverencia que ántes de salir de esta ciudad, en donde he derramado la sangre de un hombre y en donde dejo una familia gravemente ofendida, yo á lo ménos la resarza de semejante agravio y le manifieste mi pesar por no poder reparar el daño con pedir perdón al hermano del muerto y aplacar con el auxilio divino su resentimiento.

Pareciéndole al Guardian que semejante acto, además de

ser en sí bueno, contribuiría á reconciliar cada vez más la familia con el convento, marchó en derechura á exponer al hermano del muerto el deseo del padre Cristóbal. Tan inesperada propuesta excitó en el ánimo del caballero un nuevo arrebato de cólera; pero templado con vanidosa complacencia, y despues de haber estado pensativo algunos instantes, dijo: « Que venga mañana; » y señaló la hora. Volvió el Guardian al convento con la noticia del permiso.



Llegó hasta el amo de la casa.

Pensó inmediatamente el caballero que cuanto más solemne y ruidoso fuese aquel acto de sumision, tanto más se aumentaria su crédito en el concepto de los parientes y del público, y sería (segun el estilo moderno) una hermosa página en la historia de la familia. Hizo avisar aprisa á todos los parientes para que se sirviesen acudir á su casa á la hora del mediodía siguiente á recibir una satisfaccion en comun. Al mediodía, en efecto, bullia el palacio de caballeros y damas de todas edades: se veían ir y venir y cruzarse por todas las salas ricas capas, plumas de varios colores, grandes espadas, gorgueras menudamente plegadas y almidonadas.

y vestidos de mil maneras bordados: y en la antesala, en los patios, y áun en la calle, era inmenso el número de lacayos, cocheros, pajes, *bravos* y curiosos. Vió fray Cristóbal aquel aparato, y sospechando el motivo, se turbó algun tanto; pero recobrándose al momento, dijo así: « Es justo: le maté en público, en presencia de tanto enemigo suyo: aquel fué un escándalo, esta es la satisfacción. » Así, pues, con los ojos bajos, y el Padre compañero al lado, entró por la puerta, cruzó el gran patio entre la turbanulta que lo miraba con curiosidad poco ceremoniosa, subió la escalera, y pasando por medio de otra muchedumbre elegante, que se separaba dejándole paso y siguiéndole con la vista, llegó hasta el amo de la casa, el cual, rodeado de los parientes más propincuos, estaba de pie en medio de la última sala con la cabeza levantada y los ojos bajos, la mano izquierda apoyada al puño de la espada, y la derecha sobre el pecho sosteniendo el cuello de la capa.

Hay á veces en el continente y en el rostro de un hombre cierta expresion tan clara, que entre un número inmenso de personas inclina á todas á formar de él un mismo juicio. El rostro y el continente de fray Cristóbal decia claramente que no se había metido fraile ni hacia aquel acto de humillacion por temor humano; y esto principió á conciliarle los ánimos. Así que vió al ofendido, apresuró el paso, se echó de rodillas á sus piés, cruzó las manos sobre el pecho, y bajando la cabeza rapada, se expresó en estos términos:

— Yo soy el homicida del hermano de usted, Bien sabe el Señor que quisiera restituirle la vida á costa de mi sangre; pero no pudiendo sino pedir perdon, le suplico que acepte por Dios mi arrepentimiento.

Todos los ojos estaban clavados en el novicio y en el personaje á quien hablaba; todos los oídos prestaban atencion á sus expresiones. Al callar fray Cristóbal, se levantó en toda la sala un murmullo expresivo de compasion y respeto.

El caballero, que estaba en actitud de forzada condescen-

dencia y de ira comprimida, se conmovió tambien al oír aquellas palabras, y bajándose hácia el religioso, le dijo con voz alterada:

— Levántese, Padre... la ofensa... el hecho á la verdad... mas el hábito que usted lleva, y tambien por usted; pero Padre, levántese... Mi hermano... no puedo negarlo, era un caballero... un hombre... algo precipitado... algo vivo. Es cierto que todo sucede por disposicion de Dios... No se hable ya del asunto... Pero, Padre, usted no debe estar en esa postura.

Y cogiéndole del brazo le levantó. Fray Cristóbal de pie, pero con la cabeza baja, contestó:

— ¿ Conque podré esperar que usted me perdone? Y si usted me concede su perdon, ¿ de quién no podré esperarle? ; Ah! si yo pudiera oír de su boca esa palabra: ; perdon!

— ; Perdon ; — replicó el caballero; — ya usted no lo necesita; pero pues lo desea, yo le perdono de corazon, y todos...

— ; Todos, todos! — gritaron á la vez los circunstantes.

Manifestáronse entónces en la cara del religioso gozo y agradecimiento, sin que por eso se dejase de traslucir un profundo arrepentimiento del mal que no reparaba suficientemente el perdon de los hombres. Conmovido el caballero por si mismo y por la comun exaltacion de los circunstantes, echó los brazos al cuello á fray Cristóbal, y le dió y recibió el ósculo de paz. Un ; bravo! un ; muy bien! repetido resonó por todas partes. Agolpáronse todos y rodearon al religioso.

Llegaron entre tanto los criados con abundantes refrescos, y acercándose el caballero á fray Cristóbal, que indicaba querer despedirse, le dijo:

— Padre, tome usted alguna cosa; deme usted esta prueba de amistad.

Y se dispuso á servirle ántes que á los demas; pero negándose el padre Cristóbal con urbana y afectuosa resistencia:

— Estas cosas — dijo — no son ya para mí; pero no permita Dios que yo deseche sus ofrecimientos. Estoy para ponerme en

camino: tenga usted, pues, la bondad de mandarme traer un pan para que pueda yo decir que he disfrutado su limosna, que he comido su pan, y que he conseguido una señal de su perdón.

Habiéndolo mandado así el caballero, se presentó el mayordomo con un pan en una bandeja de plata, poniéndole en manos del religioso, el cual, después de tomarle y dar las gracias, pidió licencia para ausentarse. Abrazó otra vez al amo de la casa, y á los que estando más inmediatos se apresuraron á darle los brazos, costándole trabajo el poder separarse.



¡Padre Cristóbal, sea usted bien venido!

de ellos. También en las demás piezas y en la antesala tuvo que hacer esfuerzos para desprenderse de los criados, y hasta de los bravos, que le besaban la extremidad del hábito y el cordón; y en la calle le llevó el pueblo como en triunfo, acompañándole hasta la puerta de la ciudad, por donde salió para principiar su pedestre viaje con dirección á la casa de su noviciado.

No es nuestro ánimo escribir la historia de su vida claustral: diremos solamente que cumpliendo siempre gustosa y exactamente con las obligaciones que con frecuencia se le imponían de predicar y asistir á los moribundos, no perdía ocasión de llenar otros dos deberes que él mismo se había impuesto, á saber: el de cortar disensiones y proteger á los oprimidos. En esta resolución entraba, sin que él lo

advirtiese, algún poco de su antiguo hábito, y un resto de aquel espíritu belicoso que no pudieron extinguir del todo las humillaciones y las penitencias. Su lenguaje era por lo regular llano y humilde; pero cuando se trataba de justicia, ó de verdad combatida, se enardecía pronto, y su impetu antiguo, reunido y modificado con el énfasis adquirido en el uso de la predicación, daba á aquel lenguaje un carácter particular. Su continente, lo mismo que su aspecto, indicaba una larga guerra entre un genio pronto y fuerte y una voluntad opuesta, habitualmente victoriosa, siempre sobre sí, y dirigida por motivos é inspiraciones superiores.

Si alguna pobre desconocida, hallándose en el caso de Lucía, hubiese implorado su favor, el padre Cristóbal se hubiera prestado inmediatamente á protegerla; pero tratándose de Lucía, acudió con tanto más interés cuanto conocía y admiraba su inocencia y virtud. Ya estaba sobresaltado con el riesgo que corría, y había excitado su enojo la torpe persecución declarada contra ella. Á esto se agregaba que habiéndola aconsejado, por mejor acuerdo, que no hiciese novedad ni hablase del asunto, temía que el consejo pudiese haber producido algún triste resultado, y en este caso acompañaba al ardor de su innata caridad aquella angustia escrupulosa que atormenta frecuentemente á los buenos.

Pero mientras nosotros hemos estado contando sus hechos, el padre Cristóbal llegó á casa de Lucía y se asomó á la puerta: Lucía y su madre dejaron las devanaderas, y se levantaron diciendo á una voz:

— ¡Padre Cristóbal, sea usted bien venido!

CAPÍTULO V

Paróse á la puerta el buen religioso, y apénas miró á las dos mujeres, conoció que era cierto su presentimiento, y así, con aquel tono de voz con que se pregunta, temiendo una desagradable respuesta, dijo:

— ¿Y bien?

Y Lucía contestó prorumpiendo en llanto. Empezó la madre pidiéndole perdón por la molestia; pero el Padre se adelantó, y sentándose en un banquillo cortó todos los cumplimientos de Ines, diciendo á Lucía:

— No hay que alligirse, ¡pobre muchacha!

Y volviéndose á Ines, añadió:

— Y usted dígame lo que hay.

Mientras la buena mujer hacía su relacion lo mejor que podía, el padre Cristóbal mudaba de cuando en cuando de color, á veces levantaba los ojos al cielo, otras hería el suelo con el pie, y concluido el relato, se cubrió con ambas manos la cara exclamando:

— ¡Bendito sea Dios! hasta dónde...

Pero sin concluir la frase y vuelto á las dos mujeres dijo:

— ¡Pobrecillas! Dios quiere probar á ustedes... ¡Pobre Lucía!

— ¿Y nos abandonará usted? — dijo Lucía sollozando.

— ¡Abandonaros! — contestó el religioso: — ¡no quiera Dios que tal haga! No os desalentéis: Dios os asistirá: Dios todo lo ve, y puede valerse de un hombre de la nada como yo, para confundir á un... Vamos á pensar lo que se puede hacer.

Diciendo esto, apoyó el codo izquierdo en la rodilla, inclinó la frente sobre la palma de la mano, y con la derecha apretó la barba como para discurrir; pero cuanto más pensaba, tanto más grave y complicado le parecía el negocio, y más escasos, inciertos y peligrosos los recursos.

— Avergonzar á D. Abundo, — decia para sí, — hacerle

conocer que falta gravísimamente á su obligacion; pero ¿qué son obligacion y vergüenza para quien está poseido del miedo? ¿Amedrentarle más? Y ¿qué medios tengo yo para infundirle otro mayor recelo que el que ya le ha infundido la perspectiva de un escopetazo? ¿Informar de esto al Cardenal Arzobispo, y reclamar su autoridad? Para esto se necesita tiempo. ¿Y entre tanto? ¿y despues? Por otra parte, aun cuando esta inocente se casase, ¿seria un freno para ese hombre?... ¿Quién sabe hasta dónde podria llegar su atrevimiento? ¿Resistirle? ¿Cómo? ¿Si pudiera ser que tomasen partido los Padres de mi comunidad! ¡Los de Milan! Pero no es un negocio comun, y me abandonarían. Ese hombre se vende por amigo del convento, se jacta de ser partidario de los capuchinos, y sus *bravos* se han refugiado más de una vez entre nosotros: me hallaria solo en la danza: quizá me tacharian de caviloso, de embrollon, de buscaruidos; y lo más malo es que, con una intencion intempestiva, pudiera acaso empeorar la suerte de esta infeliz.

Pesadas todas las circunstancias en favor y en contra, le pareció que el mejor partido sería el de arrostrar al mismo D. Rodrigo, procurando distraerle de su infame designio con súplicas, con recordarle los castigos de la otra vida, y aun con los de esta si fuese posible. Á turbio correr se podria por lo ménos de este modo conocer hasta qué punto llega su obstinacion en seguir su brutal empeño, descubrir mejor su intencion, y proceder en su consecuencia.

Mientras el padre Cristóbal estaba discurriendo de esta manera, Lorenzo que no sabia estar separado de aquella casa, se presentó en la puerta; pero viendo al Padre embebecido, y que las mujeres le hacian señas de no estorbarle, se mantenía en el umbral callando. Al levantar la cabeza el padre Cristóbal para comunicar á las dos mujeres lo que habia determinado, le atisbó y saludó de un modo que indicaba su acostumbrada benevolencia aumentada con la compasion.

— ¿Le han dicho á usted, Padre?... — le preguntó Lorenzo con voz alterada.

— ¡Demasiado! y por eso he venido.
 — ¿Qué dice usted de aquel bribon?
 — ¿Qué quieres tú que diga? Está lejos: de nada servirían mis palabras. Lo que te digo á ti, es que pongas la confianza en Dios, y que él no te abandonará.

— ¡Benditas sean sus palabras! — exclamó el jóven. — Usted no es de los que siempre tiran á los pobres como el señor cura y el bueno de aquel abogado.

— No revuelvas lo que sólo puede servir para afligirte inútilmente. Yo soy un pobre fraile; pero te repito lo que acabo de decir á estas infelices, que en lo poco que valgo no os abandonaré nunca.

— Ya veo que usted no es como los amigos del día. ¡Embusteros! ¿Quién hubiera creído las protestas que en otro tiempo me hacían! Según se expresaban, hubieran dado toda su sangre por servirme: contra el mismo demonio me hubieran sostenido si hubiese sido necesario. Conque yo hubiera hablado, la cosa estaba concluida: el que me hubiera ofendido no hubiera vuelto á comer pan; y ahora si usted viese cómo se niegan!...

Aquí levantando Lorenzo los ojos, notó que el Padre habia mudado de aspecto; conoció que habia dicho algun disparate, y queriendo enmendarlo se embrollaba cada vez más.

— No era mi ánimo... — prosiguió; — queria decir...

— ¿Qué querias decir? — interrumpió el Capuchino. — ¿Malograr mi obra ántes que yo la hubiese empezado? ¿Á bien que te has desengañado á tiempo! ¿Buscas amigos? ¿Y qué amigos! ¿No sabes tú que sólo Dios es el amigo de los afligidos que confían en su bondad? ¿Ignoras que los medios reprobados nunca salen bien? Y aunque se consiga el objeto, ¿cuál es el fin del resultado? Lorenzo, ¿quieres fiarte de mí? ¿Qué digo de mí, pobre fraile! ¿Quieres poner en Dios tu confianza?

— Sí, señor, — respondió Lorenzo.

— Pues bien, — continuó el padre Cristóbal, prométeme que no acometeras á nadie, que no provocarás á persona alguna, que te guiarás por lo que yo te diga.

— Lo prometo.

Dió Lucía un profundo suspiro como si se le quitase un peso de encima, é Ines dijo:

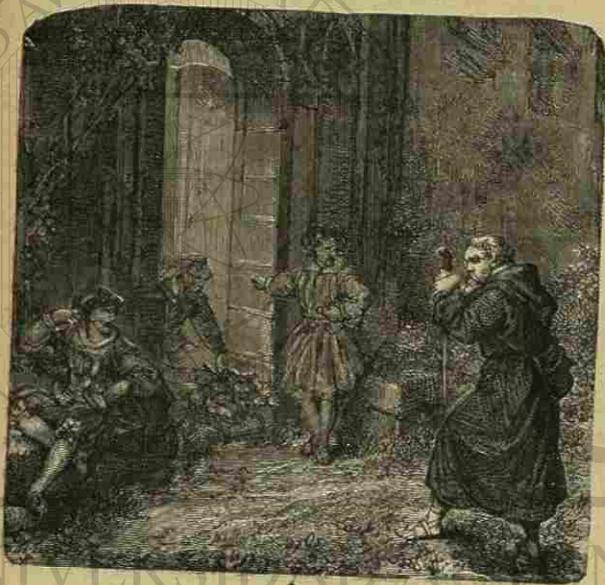
— ¡Bien! eso es ser mozo de juicio.

— Escuchad, hijos, — prosiguió el padre Cristóbal: — hoy voy á hablar á ese caballero. Si Dios le toca el corazon, y da fuerza á mis palabras, bien: cuando no, élnos proporcionará otro remedio. Vosotros entre tanto no os mováis, no hagáis conversacion de esto, y no os dejéis ver. Esta noche, ó á más tardar mañana por la mañana, nos veremos.

Dicho esto, cortó todas las demostraciones dirigidas á darle gracias y á bendecirle, y salió encaminándose al convento. Llegó á la hora del coro, rezó, comió luégo, é inmediatamente se puso en camino para la cueva donde vivia la fiera que intentaba amansar.

El palazuelo de D. Rodrigo se eleva aislado, á manera de los antiguos castillejos, en la cumbre de uno de los collados de que se forma aquella cordillera. El paraje caia más arriba de la aldea de los dos novios, á unas tres millas de distancia, y á cuatro del convento. Á la falda del monte por la parte que mira al lago se hallaba un grupo de casuchas, habitadas por colonos de D. Rodrigo, y aquella era como la miserable capital de su mezquino reino. Con pasar por allí bastaba para formarse una idea de la condicion y de las costumbres del país. Echando una mirada á las habitaciones bajas, cuyas puertas estaban entreabiertas, se veían colgados de las paredes, sin órden, escopetas, azadones, rastrillos, sombreros de paja y bolsas para pólvora. Las gentes que se encontraban eran hombres de mala catadura, con un gran tufo, recogido en una redecilla de varios colores; ancianos que, aunque ya sin garras, estaban siempre prontos á enseñar los dientes; mujeres de gesto varonil, brazos membrudos y dispuestos á obrar como auxiliares de la lengua con la más leve ocasion; y hasta en los mismos muchachos que jugaban en la calle, se advertia un no sé qué de arrojadoj provocatiyo. Dejó fray Cristóbal las cas sastras, se metió por una senda en figura de ca-

racol, y llegó á un estrecho llano delante del palacio. La puerta estaba cerrada, porque siendo la hora de comer, no quería el amo que nadie le molestase. Las pocas y pequeñas ventanas que caían á la calle, aunque cerradas por puertas apollilladas y medio caídas, tenían fuertes rejas de hierro, y las del piso bajo eran tan altas que apenas hubiera podido asomarse un hombre encima de otro.



Sosegó á los perros viendo al Padre.

Reinaba alrededor un profundo silencio, y cualquier pasajero la hubiera creído una casa abandonada, á no ser por cuatro criaturas, dos vivas y dos muertas, que puestas en simetría por la parte de afuera, daban indicio de que había gentes en ella. Clavados estaban en la puerta con las alas abiertas y la cabeza colgando, dos buitres enormes, el uno medio consumido y casi sin plumas, y el otro entero todavía y en buen esta-

do; y dos *bravos* tendidos en dos bancos, uno á cada lado de la puerta estaban de guardia, esperando que los llamasen á gozar de los restos de la mesa del amo. Paróse el Padre en ademán de quien se propone aguardar; pero se levantó uno de los *bravos* diciendo:

— Entre usted, Padre, que aquí no se hace aguardar á los capuchinos. Nosotros somos amigos del convento, y yo he vivido allí en cierta época en que el aire de fuera no era muy saludable para mí; y á la verdad que si me hubieran cerrado la puerta, no lo hubiera pasado muy bien.

Diciendo esto, dió dos aldabazos; á los golpes respondió inmediatamente el ladrido de los perros de guarda y de los gozquecillos, y poco despues llegó refunfuando un criado viéjo; pero viendo al Padre, le hizo una profunda reverencia, sosegó á los perros con la mano y con la voz, introdujo al religioso al primer patio, y volvió á cerrar; condujole despues á una sala, y mirándole con apariencia de admiración, le dijo:

— ¿No es usted el padre Cristóbal de Pescarenico?

— El mismo.

— ¿Y usted aquí?

— Ahí verá usted.

— Será para hacer algun bien.

— Cierto.

— Ya se ve: en todas partes se puede hacer bien,—continuó el criado entre dientes.

Y siguiendo adelante los dos, despues de haber pasado unas cuantas piezas oscuras, llegaron á la puerta del comedor. Oíase dentro un ruido confuso de cucharas, tenedores, cuchillos, vasos, platos de peltre, y sobre todo de voces de diferentes personas que estaban disputando. El Padre queria retirarse, y aguardar á que hubiesen acabado de comer; y mientras porfiaba sobre ello con el criado, se abrió la puerta. Sentado frente de la misma estaba un primo de D. Rodrigo llamado el Conde Atilio, el cual, viendo al capuchino y su modesta resistencia, gritó:

— Adelante Padre, adelante ; no se nos escape usted.

Sin conocer D. Rodrigo el motivo preciso de aquella visita, sólo por cierto presentimiento la hubiera evitado con gusto ; pero ya con aquella salida del Conde no le pareció conveniente negarse, y así dijo :

— Entre usted, Padre, entre usted.

Entró entónces fray Cristóbal saludando al amo, y correspondiendo de una y otra parte á los saludos de los convidados.

Cuando un hombre de bien se presenta al frente de un malvado á todos agrada figurársele con la cabeza erguida, el mirar firme y la lengua suelta ; pero para que tenga semejante actitud es necesario que concurran muchas circunstancias difíciles de reunir ; y así no es de extrañar que el padre Cristóbal, á pesar del testimonio de su conciencia, del convencimiento firme de la justicia de la causa que iba á defender, y del horror y compasión que á un mismo tiempo le inspiraba D. Rodrigo, estuviese con cierta cortedad delante de aquel hombre, en su propia casa, en su reino, digámoslo así, rodeado de amigos, de obsequios, de indicios de su poder, y con una cara capaz de helar en la boca del más osado cualquiera petición ó consejo, cuanto más una advertencia ó una reconvenccion. Á su derecha estaba sentado el conde Atilio, su primo, y compañero en libertinaje el cual habia ido de Milan á pasar algunos dias con él en el campo : á la izquierda se hallaba con gran respeto, templado con cierta muestra de seguridad y pedanteria, el *Podestá* ó alcalde mayor del distrito, el mismo que hubiera debido administrar justicia á Lorenzo, y aplicar á D. Rodrigo las penas establecidas en los bandos de que hemos hablado. En frente del *Podestá* estaba nuestro abogado Tramoya en ademan respetuoso y sumiso, con capa negra, y la nariz más colorada que nunca ; y frente de los primos dos convidados oscuros, que no hacian más que comer, bajar la cabeza y aprobar con sonrisa aduladora todo lo que decia cualquiera de los comensales, cuando no habia quien les contradijese.

— Una silla al Padre, dijo D. Rodrigo.

Y al momento se la acercó un criado. Sentóse fray Cristóbal, disculpándose en pocas palabras por haber ido en hora inoportuna, y acercándose despues al oído de D. Rodrigo, habló con voz más baja, que deseaba hablarle á solas acerca de un negocio de importancia.

— Bien, bien, hablaremos, — respondió D. Rodrigo, — y entre tanto que traigan un vaso para el Padre.

Quería fray Cristóbal eximirse, pero levantando D. Rodrigo la voz entre la gresca, que de nuevo empezaba, decia á gritos :

— No por vida mia ; no me hará usted semejante desaire ; no quiero que se diga que un capuchino ha salido de esta casa sin probar el vino de mi bodega, ni un acreedor insolente la leña de mis bosques.

Siguióse á estas palabras una carcajada general, y con ella quedó un momento interrumpida la cuestion, que se agitaba con mucho calor entre los convidados. Trajo un criado en una salvilla de plata un vaso en forma de cáliz, presentándole al padre Cristóbal, el cual, teniendo por falta de urbanidad resistirse más á las vivas instancias de un hombre de quien tanto necesitaba en aquella ocasion, condescendió bebiendo pausadamente algunos sorbos.

La cuestion que discutian entónces estaba fundada sobre el hecho siguiente : Un caballero envió un cartel de desafio á otro, y no hallando el mensajero en su casa al desafiado, entregó la esquila á un hermano suyo, el cual, despues de leerla, apaleó al dador. El Conde aprobaba la accion, el *Podestá* la afeaba, defendiendo en forma escolástica su opinion. En fin, despues de muchas voces y gritos sin entenderse unos á otros, se empeñó D. Rodrigo por no alargar la discusion en que decidiese la cuestion el padre Cristóbal. Negóse este por algun tiempo, alegando que no entendia de semejantes materias ; pero al fin, hostigado por todos, dijo que su parecer seria que no hubiese desafios ni palos, ni mensajeros de aquella clase.

Los convidados se miraron todos como pasmados,

— ¡Vaya, — interrumpió el conde Atilio, — que la sentencia es original! Perdone usted, Padre; se ve que usted no conoce el mundo.

— ¿Quién, el Padre? — dijo D. Rodrigo, — ¡ay, ay! primo, Lo conoce mejor que tú. ¿No es verdad, Padre? ¿No es cierto que usted también ha corrido sus caravanas?

Fray Cristóbal, en vez de contestar á tan maliciosa insinuación, no habló palabra.

— No será extraño, — dijo el primo: — ¿y cómo se llama el Padre?

— Padre Cristóbal, — respondieron casi todos á la vez.

— Pues padre Cristóbal, muy señor mío, — prosiguió el Conde; — veo que usted quisiera trastornar el mundo de arriba á bajo. Sin desafíos y sin palos, ¡adios pundonor! ¡Impunidad para toda la canalla! Por fortuna, la cosa no es posible.

— Ea, Abogado, — saltó D. Rodrigo, que no quería que siguiese la disputa entre su primo y el Padre; — ea, usted, que sabe dar la razón á todos, veamos cómo apoya el argumento del padre Cristóbal.

— Á la verdad, respondió el Abogado con el tenedor en el aire, y volviéndose al religioso; — á la verdad, no comprendo cómo el padre fray Cristóbal, que al paso que es buen religioso es también hombre de mundo, no ha reflexionado que su sentencia, excelente para el púlpito, nada vale (y usted perdone) en una disputa de caballería; pero el Padre sabe, mejor que yo, que todas las cosas son buenas en su lugar, y yo creo que esta vez ha querido salir del paso con una pulla en lugar de dar una sentencia.

Tampoco á esto respondió fray Cristóbal; pero D. Rodrigo, cansado de esta cuestión, quiso promover otra, con cuyo objeto dijo:

— He oído que en Milan corrian voces de que se trataba de un convenio.

Nuestros lectores quizá sabrán que en aquel año estaba encendida la guerra por la herencia del ducado de Mantua

porque, habiendo fallecido sin sucesión masculina Vicente Gonzaga, había entrado en aquel estado el duque de Nevers, su pariente más inmediato.

Luis XIII, ó por mejor decir, el cardenal Richelieu, quería sostenerle en él por ser afecto suyo y naturalizado francés: Felipe IV, ó por mejor decir, el conde-duque de Olivares, se oponía por las mismas razones, y había declarado guerra á la Francia. Como por otra parte el ducado de Mantua era feudo del Imperio, las dos partes contendientes andaban en negociaciones con el emperador Fernando II, la una para que diese la investidura al nuevo Duque, y la otra, no sólo para que la negase, sino para que contribuyese á echarle del Ducado.

Sosteniendo el Conde que las cosas se arreglarían, dijo que tenía razones y fundamento para pensarlo.

— No lo crea usted, señor Conde, — contestó el *Podestá*. — Aunque en este rincón, no estamos á ciegas de lo que pasa, porque el señor Gobernador español, que me estima más que merezco, y por ser hijo de un criado del Conde-Duque, debe saber alguna cosa...

— No se canse usted, — interrumpió el Conde: — yo en Milan hablo todos los días con otros personajes, y sé de buena tinta que el Papa, que está muy empeñado en la paz, ha hecho proposiciones...

— Así debe ser, — replicó el *Podestá*. — La cosa está en regla. Su Santidad cumple con su obligación. Un Papa debe siempre poner paz entre los príncipes cristianos; pero el Conde-Duque tiene su política, y...

— ¿Y qué? ¿Sabe usted cómo piensa el Emperador en este asunto? ¿Cree usted que en el mundo no hay más que Mantua? Hay muchas cosas á que atender, señor mío. ¿Sabe usted, por ejemplo, hasta qué punto puede el Emperador fiarse en este momento de su príncipe de Valdistaino, ó Valdistain, como se llama, y sé...

— El nombre verdadero en alemán, — interrumpió otra vez el *Podestá*, — es Wallenstein, como he oído muchas

veces que lo pronuncia el Gobernador español. No tenga usted miedo, que ántes de mucho...

— ¿Querrá usted ahora darme lecciones?... replicó el Conde.

Pero D. Rodrigo le tocó con la rodilla indicándole que terminase la disputa; y, en efecto, habiendo callado el Conde, soltó el *Podestá* la faravilla, pronunciando un largo y pedantesco elogio del Conde-Duque, y sabe Dios cuándo hubiera concluido, si D. Rodrigo, fastidiado, y estimulado también por los gestos de su primo, no hubiese puesto término al pesadísimo é insustancial razonamiento del *Podestá*, mandando á un criado que trajese unos frascos de vino superior, que estaba reservado para los postres.



Todos los convividos prorumpieron en exclamaciones.

— Señores, — dió luego, — vamos á brindar á la salud de D. Gaspar de Guzman, conde-duque de Oliváres, y des-

pues me dirán ustedes si el vino corresponde al personaje.

Y tomando en la mano el vaso prosiguió diciendo:

— ¡Viva el conde de Oliváres, duque de Sanlúcar, y gran privado del Rey nuestro señor!

— ¡Viva el Duque! — repitieron todos.

— Traed un vaso al padre, — dijo D. Rodrigo.

— Perdóne usted, — respondió fray Cristóbal, — ya he cometido un exceso, y no quisiera...

— ¿Cómo? — dijo D. Rodrigo; — se trata de brindar á la salud del Conde-Duque. ¿Quiere usted que le tenga por partidario de los Navarrinos? (que así se llamaban entonces en Italia, por escarnio, los franceses, deduciendo esta denomi-

nación de los príncipes de Navarra que empezaron á reinar en Francia con Enrique IV.)

Á esta insinuación tuvo que beber el fraile. Todos los convidados prorumpieron en exclamaciones, celebrando el vino, á excepción del abogado, el cual con levantar la cabeza, abrir los ojos más de lo regular, y fruncir los labios, decía mucho más que con un largo panegírico.

— ¿Qué le parece á usted, señor Abogado? — preguntó don Rodrigo.

El Abogado sacando del vaso la nariz más reluciente y colorada que nunca, alabó con énfasis el vino y después los banquetes de D. Rodrigo, añadiendo que la penuria general estaba desterrada de aquel recinto.

Esta palabra penuria, pronunciada sin intención, dió margen á que todos dirigiesen su discurso á tan triste objeto; y aunque en lo principal estaban de acuerdo, sin embargo, la gritería era mayor que si hubiese habido discordia en los pareceres: todos hablaban á un tiempo.

— En realidad, no hay semejante escasez, — decía uno: la causa son los logreros.

— ¿Y los panaderos, — decía otro, — que ocultan el trigo? Es menester ahorcarlos sin compasión.

— No, señor, — gritaba el *Podestá* como letrado, — formarles causa.

— ¡Qué causa! — gritaba más recio el Conde; — ¡justicia sumaria! Coger tres ó cuatro, ó seis de los que, según la opinión general, son los más ricos y los más malos, y ahorcarlos inmediatamente.

— ¡Escarmientos! ¡Ejemplares! — decían otros á la vez; sin esto nada se consigue.

— ¡Ahorcarlos! ¡Ahorcarlos! y saldrá el trigo á carretadas. Sólo el que se haya hallado en una numerosa orquesta, cuando los músicos todos á la vez templan sus instrumentos haciéndolos chillar lo más fuerte posible, para oírlos mejor entre el ruido y la bulla de los concurrentes, podrá formarse una idea de tan absurdos razonamientos. Entre tanto, anda-

ban los vasos al rededor de la mesa, y como los elogios del vino exquisito se interpolaban con aquellos principios de jurisprudencia económica, las palabras más frecuentes y más sonoras que se distinguían eran *ambrosía* y *ahorcarlos*.

Entre tanto, D. Rodrigo echaba de cuando en cuando ciertas miradas al padre Cristóbal, y le veía inmóvil y firme sin dar la más mínima señal de impaciencia ni de prisa, y sin hacer movimiento alguno que propendiese á indicar que estaba allí aguardando; pero si con semblante de no querer marcharse sin ser oído.

De buena gana le hubiera enviado á pasear; pero despedir á un capuchino sin haberle oído, no entraba en las reglas de su política. En el supuesto, pues, de que no era posible evitar aquella incomodidad, resolvió salir presto del paso: se levantó de la mesa con toda la comitiva, sin que cesase la gritería; pidió licencia por un momento á los convidados, se acercó con mesurado continente al Capuchino que también se había levantado, y le dijo:

— Padre, estoy á las órdenes de usted.
Y le condujo consigo á otra pieza.

CAPÍTULO VI

— ¿En qué puedo servir á usted? — dijo D. Rodrigo plantándose en medio de la sala, y aunque las palabras fueron; estas, el tono con que las pronunció daba claramente á entender que mirase con quién hablaba, que pesase bien las palabras y que despachase.

Para animar á nuestro fray Cristóbal no había medio más seguro ni más expedito que el de apostrofarle con altivez; y, efectivamente, mientras estaba suspenso buscando las palabras y pasando entre los dedos las cuentas del rosario, que

tenía colgado de la cintura, como si buscase en alguna de ellas el exordio de su discurso, al ver aquel modo de D. Rodrigo, le ocurrieron más expresiones de las que necesitaba; pero pensando luego cuánto importaba no echar á perder su asunto, ó por mejor decir, el ajeno, corrigió y templó las frases que le habían ocurrido, y dijo con meditada humildad:

— Vengo á proponer á V. S. un acto de justicia, y á pedirle una caridad. Algunos hombres de depravada conducta han comprometido el nombre de V. S. para intimidar á un pobre cura, é impedirle que cumpla con su obligación en perjuicio de dos inocentes. V. S. puede con una sola palabra desmentir á los malvados, restablecer el orden, y reanimar á aquellos á quienes se hace semejante extorsión. V. S. lo puede, y pudiéndolo, la conciencia, el honor...

— Usted, Padre, me hablará de mi conciencia — interrumpió D. Rodrigo — cuando vaya á pedirle consejo: por lo que toca al honor, tenga entendido que es cuidado que á mí solo me pertenece, á mí únicamente, y que cualquiera que pretenda tomar parte en él es un atrevido que lo ultraja.

Convencido fray Cristóbal de que D. Rodrigo tomando pie de sus palabras trataba de dar otro giro al asunto con tergiversaciones, se empeñó todavía más en sufrir, y resuelto á tolerar cuanto aquel altanero quisiese decirle, respondió con la mayor sumisión:

— Si acaso se me ha escapado alguna expresión que pueda desagradar á V. S., crea que ha sido sin intención. Corrigame, pues, y repréndame si no sé hablar como conviene; pero dignese escucharme. Por amor de Dios, de aquel Dios, ante cuya presencia hemos de comparecer todos... (diciendo esto, tenía en la mano la calavera de hueso pendiente del rosario) no se obstine en negar una justicia tan fácil y tan debida á unos infelices. No olvide que Dios tiene los ojos sobre ellos, y que allá arriba se escuchan sus imprecaciones: la inocencia es muy poderosa, y...

— Vamos, Padre, — interrumpió con enojo D. Rodrigo: — el respeto que me merece su hábito es muy grande; pero si

alguna cosa pudiese hacer que lo olvidase, sería el verle puesto en una persona que se atreviese á venir á hacer de espía en mi propia casa.

Encendieron estas palabras el rostro del religioso; pero con semblante de quien traga una amarguísima pócima, replicó:

— Ese título de ningún modo me conviene. Bien conoce V. S. en su interior que esta acción no es ni vil ni despreciable. Señor D. Rodrigo, escúcheme V. S., y quiera el cielo que no



Á semejante propuesta, la indignación del religioso...

tenga que arrepentirse de no haberme escuchado. No haga estribar su gloria... ¡ qué gloria! V. S. es poderoso aquí abajo; pero...

— ¿Sabe usted, — interrumpió D. Rodrigo con impaciencia y con ira, — sabe usted que cuando se me antoja oír un sermón sé irme á la iglesia como los demás? Pero ¡ en mi casa! — continuó con risa sardónica. — ¡ en mi casa! usted me encumbra demasiado. ¡ Predicador en mi casa! Sólo le tienen los príncipes.

— Y aquel Dios que pide cuenta á los príncipes de las palabras que envía á sus oídos en sus mismos palacios; aquel Dios que ejerce ahora para con V. S. un acto de misericordia enviando uno de sus ministros, indigno, miserable, pero ministro suyo, á suplicar por una inocente...

— En una palabra, Padre, — dijo D. Rodrigo en ademán de marcharse, — yo no comprendo lo que usted me habla; entiendo sólo que debe haber alguna mozueta que le interese mucho. Vaya, pues, á confiárselo á otros, y no se tome la libertad de importunar así á un caballero.

— Me intereso, es verdad, — replicó el Padre, poniéndose delante de D. Rodrigo, y alzando las manos en aire de súplica y con el objeto de detenerle; — me interesan entrambos más que si fuesen mi propia sangre. Señor D. Rodrigo, yo nada puedo hacer en favor suyo, sino rogar á Dios por ellos, y lo haré con todo mi corazón. No me niegue V. S. esta gracia; no quiera prolongar las angustias de aquellos inocentes; con una palabra suya todo está acabado.

— Pues bien, — replicó D. Rodrigo; — ya que usted cree que yo puedo hacer mucho por esa persona; ya que tanto le interesa, aconséjela usted que venga á ponerse bajo mi protección; nada le faltará entonces, y le doy mi palabra de honor que nadie se atreverá á molestarla.

Á semejante propuesta, la indignación del religioso, reprimida hasta entonces, rompió los diques. Desvaneciéronse todos los propósitos de sufrimiento y paciencia; el hombre antiguo se halló de acuerdo con el hombre nuevo, y en este caso fray Cristóbal valía por dos.

— ¡ Vuestra protección! — exclamó, retirándose dos pasos atrás y apoyándose sobre el pié derecho, puesta la mano izquierda en la cadera; y levantando la derecha hácia el caballero con el índice extendido, clavó en él los ojos, y arrojando fuego por ellos, repitió: — ¡ Vuestra protección! Basta ya; con esa infame propuesta llegó al colmo la medida de vuestros excesos, y ya ningún miedo me inspiráis.

— ¿ Qué es lo que hablas, fraile imprudente?

— Hablo, como se habla á una persona dejada de la mano de Dios. ¡ Vuestra proteccion! Ya sabía yo que Dios había tomado bajo la suya á la inocente Lucia. Ya veis cómo pronuncio su nombre sin reparo alguno, con frente serena, con ojos impávidos.

— ¡ Cómo! ¿ en mi casa?...

— Tengo lástima de esta casa: sobre ella está pendiente la



El Padre cerrando tras sí la puerta.

maldicion del Todopoderoso. Sería de ver que la justicia de Dios respetase cuatro paredes y cuatro asesinos... ¿ Cómo podéis creer que Dios ha hecho una criatura á imagen suya para daros el derecho de atormentarla? ¿ Pensabais que Dios no sabria defenderla? Habéis despreciado su aviso, y vos mismo habéis pronunciado vuestra sentencia. Endurecido estaba como el vuestro el corazon de Faraon, y Dios supo hacerle pedazos. Lucia está libre de vuestras asechanzas, yo

os lo aseguro, yo miserable fraile; y por lo que á vos toca, oid lo que es pronostico; un dia...

Hasta entónces había quedado inmóvil D. Rodrigo entre la rabia y el asombro; pero cuando oyó comenzar una prediccion, se agregó en él á la ira un remoto y misterioso terror: agarró con furor la mano amenazadora del capuchino, y levantando la voz para acallar la del infausto profeta, gritó:

— ¡ Ea pronto! Quitate de mi presencia, villano insolente.

Estas palabras dejaron extático al padre Cristóbal. Á las ideas de amenaza y de villanía estaban en su mente de tal modo asociadas las de humildad y silencio, que al oír aquel apóstrofe se apagó en un momento el fuego de su enojo y de su entusiasmo, sin quedarle otra accion que escuchar sumisamente cuantos improperios quiso añadir don Rodrigo. Al fin, retirando la mano con mesura de entre los dedos del caballero, bajó la cabeza y se quedó inmóvil, como al ceder el viento en lo más fuerte de una borrasca, aquieta y compone naturalmente sus ramas un árbol antiguo, y recibe la granizada como el cielo se la envía.

— Vete de aquí, — prosiguió D. Rodrigo, — y dá gracias al sayal que te cubre.

Así diciendo, le señaló con desprecio una puerta opuesta á la que le sirvió de entrada. El Padre inclinó la cabeza y se fué cerrando tras sí la puerta, cuando vió en aquella estancia escurrirse un hombre rozándose con la pared, como para no ser visto desde la sala anterior, y conoció que era el criado viejo que le abrió la puerta de la calle. Hacía cuarenta años que este hombre vivía en la casa, esto es, ántes que naciera D. Rodrigo, habiendo entrado á servir á su padre, persona de carácter enteramente distinto. Á su muerte, el nuevo amo despachó á toda la familia, renovándola con otra gente; sin embargo, conservó aquel criado, ya por ser viejo, ya porque aunque de indole y costumbres diferentes de las suyas, recompensaba esta falta con dos cualidades de que hacía D. Rodrigo gran caso, y eran que tenía en gran concepto la dig-

alidad de su casa, y una gran práctica del ceremonial, cuya tradición y particularidades mínimas conocía más que otro alguno. El pobre viejo jamás se hubiera atrevido en presencia de su amo ni siquiera á indicar la menor desaprobación de lo que á cada paso veía, y sólo de cuando en cuando prorumpía en exclamaciones y alguna reconvención entre dientes á sus compañeros que muchas veces se burlaban de él, divirtiéndose en provocarle á que echase algún sermón en alabanza de los antiguos usos del palacio. Con esto sus censuras nunca llegaban á oídos del amo, sino acompañadas de la relación de la burla que se hacía de ellas, por manera que áun para él eran un objeto de mofa sin resentimiento; y luego, en los días de convite, el viejo era el hombre de más importancia.

Miróle al pasar fray Cristóbal, le saludó, y continuaba su camino, cuando el viejo se acercó á él misteriosamente, se puso el índice en los labios, luego con el mismo índice le hizo una seña para que entrase en un corredor oscuro: allí le dijo con voz baja que todo lo había oído, y que tenía que hablarle.

— Diga usted, pues, buen hombre — respondió el Padre.

— Aquí, no, señor, — replicó el viejo; ¡Dios me librara de que el amo lo advirtiese! Pero yo podré saber muchas cosas, y mañana iré al convento...

— ¿Hay algún plan?

— Algo hay sin duda: he llegado á conocerlo; pero ahora estaré sobre aviso y lo sabré todo. Descuide usted, Padre... Veo cosas... ¡Qué cosas!... ¡Estoy en una casa!... yo lo que quiero es salvar mi alma.

— Dios bendiga á usted, — dijo fray Cristóbal; y profiriendo estas palabras, puso la mano sobre la cabeza del criado que, aunque más viejo, estaba inclinado delante de él con la sumisión de un niño. — Dios se lo pagará á usted, — continuó el Capuchino; — pero no deje de ir mañana.

— Iré sin falta, — contestó el viejo; — pero usted márchese al instante, y por Dios no me descubra.

Y acechando alrededor, salió por el otro lado del corredor á una sala que caía al patio. Viendo que el campo estaba

libre, llamó al Padre, le indicó la puerta principal, y el Capuchino salió sin hablar palabra.

Por lo visto, este criado había estado escuchando á la puerta. ¿Y había hecho bien? ¿Hacia bien el padre Cristóbal en alabarle por eso? Según las reglas generales y comunes, la acción es reprehensible; pero ¿no podía ser aquel un caso exceptuado? ¿Y hay excepciones para las reglas generales de moralidad? Estas cuestiones las resolverá el lector si quiere. Nosotros no tratamos de exponer nuestra opinión; nos limitamos á referir los hechos.

Viéndose el Padre en la calle, y vueltas las espaldas á aquella caverna, respiró con más libertad, bajando aceleradamente la cuesta con la cara encendida, y con grande agitación interior, de resultas de lo que había oído y visto. Pero no dejaba de alentarle el ofrecimiento del criado, pareciéndole que con esto el cielo le había dado una prueba visible de su protección.

— Este es un hilo — decía para sí — que pone en mis manos la Providencia en esa misma casa, sin que yo ni remotamente lo buscase.

Discurriendo de esta manera, levantó los ojos hácia el Occidente, y viendo que el sol se aproximaba á la cumbre de la montaña, advirtió que quedaban pocas horas de día. Entónces, aunque quebrantado por las fatigas de aquella jornada, apresuró el paso para llevar una razón cualquiera á sus protegidos, y llegar al convento ántes que anocheciese, que era una de las reglas que se observaban con más rigor en los conventos de su orden.

En este intermedio se habían propuesto y ventilado en la casilla de Lucia ciertos proyectos, de que es necesario informar á nuestros lectores. Después de haber salido el religioso, quedaron algún tiempo sin hablar los tres individuos restantes. Lucia preparaba tristemente la comida; Lorenzo indeciso trataba de marcharse á cada instante por no verla alligida, y no sabía separarse de ella; Ines, ocupada al parecer con su devanadera, estaba madurando en su mente un pensa-

miento, y cuando le pareció haberlo combinado todo, rompió el silencio en estos términos :

— Hijos míos, escuchad : si tenéis el ánimo y la maña que se necesita, y queréis fiaros de vuestra madre, yo me prometo sacaros del atolladero, mejor, y quizá más presto que fray Cristóbal, á pesar del hombre que es.

Lucía quedó parada y miró á su madre de un modo que más expresaba admiración que confianza; pero Lorenzo dijo inmediatamente :

— Una vez que sólo se necesita ánimo y destreza, diga usted pronto lo que hay que hacer.

— ¿No es cierto — prosiguió Ines — que si estuviésemos casados, ya habria mucho adelantado, y que á todo lo demas se le encontraría remedio?

— No queda duda, — dijo Lorenzo; — ¡ah! ¡cómo estuviésemos casados! En fin, todo el mundo es país, y á dos pasos de aquí, en el territorio de Bergamo, reciben con los brazos abiertos á cualquiera que trabaje en seda. ¿Sabéis cuántas veces Bartolo, mi primo Bartolo, me ha escrito me fuera allá con la certeza de que haria fortuna, como la ha hecho él? Nunca hice caso, porque tenia aqui el corazon. Una vez casados, nos iriamos todos juntos : pondriamos casa alli, y viviriamos en santa paz, léjos de las garras de ese bribon, y léjos de la tentacion de hacer un desatino. ¿No es verdad, Lucía?

— Sí, — dijo Lucía; — pero ¿cómo?...

— ¿Cómo? Yo diré — replicó Ines. — ¡Ánimo y maña! y la cosa es fácil.

— ¿Fácil? — dijeron Lucía y Lorenzo á la vez.

— Fácil, como se sepa hacer — prosiguió Ines. — Escuchad, y lo comprenderéis vosotros mismos. He oido decir á personas que lo saben, y yo misma he visto un caso, que para hacer un casamiento es precisamente necesario el cura; pero no es necesario que quiera, pues basta que se halle presente.

— ¿Cómo es eso? — preguntó Lorenzo.

— Escucha y lo oirás — prosiguió Ines. — Conviene tener

prontos dos testigos muy ladinos y bien impuestos. Se busea al cura; la dificultad consiste en cogerle descuidado, y que no pueda escaparse. El novio dice : « Señor cura, esta es mi mujer ; » y la novia dice : « Señor cura, este es mi marido » Es preciso que el cura y los testigos lo oigan bien, y el casamiento queda hecho, y tan válido como si lo hubiera hecho el Papa-en persona. Dichas estas palabras, por más que el cura chille, que alborote, que se dé al diablo, no hay remedio, sois marido y mujer. .

— ¿Será posible? — exclamó Lucía.

— ¿Cómo? — dijo Ines, — ¿conque entreinta años que estoy en el mundo ántes que vosotros, no habré aprendido nada? La cosa es como os la digo ; por más señas, que una amiga mía que queria casarse con uno contra la voluntad de sus padres, consiguió de esta manera su intento. El cura, que tenia sospechas, estaba sobre aviso; pero los dos diablillos hicieron la cosa con tanta maña, que le cogieron descuidado; dijeron las palabras, y quedaron casados, aunque la pobrecilla se arrepintió luégo á los tres dias.

La cosa, en efecto, sucedia como la pintaba Ines. Los casamientos contraidos de este modo eran entónces, y fueron hasta nuestros dias, considerados como válidos; pero como no acudían á semejante expediente sino las personas que encontraban obstáculo por la via ordinaria, los curas procuraban evitar semejante cooperacion forzada, y cuando alguno de ellos se veia sorprendido por una de tales parejas con sus testigos, buscaba todos los medios para zafarse como Proteo de las manos de los que querian obligarle á vaticinar por fuerza.

— ¡Si fuera eso verdad, Lucía! — dijo Lorenzo mirándola como quien espera una respuesta satisfactoria.

— ¿Cómo si fuera verdad? — replicó Ines : — ¿tú tambien crees que yo cuento patrañas? Yo me afoano por vosotros, y vosotros no me dais crédito; pues bien, componeos como podáis, que yo por mi parte me lavo las manos.

— ¡Ah, no! no nos abandone usted, — exclamó Lorenzo —

¡Digo esto porque el recurso me parece tan demasiado bueno! Me pongo, pues, en sus manos como si fuera mi verdadera madre.

Disiparon estas palabras el enfado momentáneo de Inés, la cual olvidó un propósito que seguramente no fué sino de boca.

— Pero, madre, preguntó Lucía con su modesta sumisión: ¿por qué no le habrá ocurrido eso al padre Cristóbal?

— Sí, le habrá ocurrido, — respondió Inés: — vaya si le habrá ocurrido; pero no habrá querido decirlo.

— Pero ¿por qué? — preguntaron á la vez los dos jóvenes.

— ¿Por qué?... ¿por qué? — dijo Inés: — ya que queréis saberlo, porque los religiosos dicen que no es bien hecho.

— ¿Cómo puede ser que la cosa no esté bien, ni esté bien hecha, cuando está hecha? — dijo Lorenzo.

— ¿Qué quieres que yo te diga, — respondió Inés. — La ley la han hecho otros á su antojo, y nosotros los pobres nada entendemos de eso. Y luego cuántas veces... Mira, es lo mismo que soplarle á un pobre diablo un puñetazo: ello no es bien hecho, pero dado ya, ni el Pontífice se lo puede quitar de encima.

— Si es cosa mala, — dijo Lucía, — no debe hacerse.

— ¿Qué? — dijo Inés: ¿acaso te querré yo dar un consejo contra la ley de Dios? Si fuera contra la voluntad de tus padres, para casarte con un mala cabeza, ya lo entiendo; pero estando yo contenta, y para casarte con este muchacho y oponerse á la violencia de un bribon... quizá el mismo señor cura...

— Vaya, — interrumpió Lorenzo, — la cosa es más clara, vaya, que la luz del sol.

— No conviene — continuó Inés — hablar de eso al padre Cristóbal ántes de hacer la cosa; pero hecha y logrado el intento, ¿qué piensas tú que dirá el Padre? Te dirá: «Hija mía, el desliz ha sido gordo, pero ya está hecho.» Los religiosos deben hablar así; pero no dudes de que en su interior se alegrará mucho.

Lucía, sin encontrar qué responder á semejante-razonamiento, no parecía muy satisfecha; pero Lorenzo, enteramente alentado, dijo:

— Siendo así, la cosa está concluida.

— Poco á poco, — dijo Inés: — ¿y los testigos? ¿Y el modo de coger descuidado al señor Cura, que hace dos días que no sale de casa? ¿Y detenerle? que aunque es algo pesado, al veros, y al conocer vuestra intencion, se pondrá más ligero que un gato, y escapará como el demonio del agua bendita.



Le halló haciendo una polenta.

— Ya he encontrado yo el medio; ya lo he encontrado, — dijo Lorenzo, pegando una puñada tan fuerte en la mesa, que hizo saltar los platos dispuestos para la comida.

Y expuso en seguida su pensamiento, que aprobó Inés en todas sus partes.

— Estos son embrollos, — dijo Lucía, — no son cosas bien hechas. Hasta ahora hemos obrado bien; sigamos adelante

con fe, que Dios nos ayudará. Lo ha dicho fray Cristóbal: oigamos ántes su parecer.

— Déjate gobernar por quien sabe más que tú, — contestó Ines con gravedad. — ¿Qué necesidad hay de pedir parece á nadie? Dios dice: ayúdale, que yo te ayudaré. Al Padre se lo contaremos todo despues.

— Lucía, — dijo Lorenzo, — ¿qué timidez es esa? ¿No hemos procedido hasta aquí como buenos cristianos? ¿No debía estar ya celebrado el matrimonio? ¿No nos habia señalado el señor Cura el dia y la hora? ¿Quién tiene, pues, la culpa, si nos ayudamos con un poco de maña? No, no creo que me faltes. Vóime, y vuelvo con la respuesta.

Y saludando á Lucía con tono de súplica, y á Ines con semblante de satisfacción, se marchó apresuradamente.

Suele decirse que los apuros aguzan el ingenio, y Lorenzo, que en el curso regular de su vida no se habia hallado hasta entónces en necesidad de afilar el suyo, discurrió en esta ocasion una treta capaz de honrar á cualquier jurisconsulto de aquella época. Con efecto, marchó en derechura á buscar á cierto amigo suyo llamado Antoñuelo, y le halló haciendo una *polenta*; su madre, su hermana y su mujer estaban sentadas á la mesa, y tres ó cuatro niños en pié tenian los ojos clavados en el perol, esperando con ansia que lo quitasen del fuego. Mientras Lorenzo trocaba los saludos con la familia, volcó Antoñuelo sobre la mesa de pino la *polenta*, cuya mole no estaba en razon del número de los individuos de que se componia la familia, ni de su apetito, sino en la de los tiempos. Sin embargo, las mujeres convidaron á Lorenzo con el cumplimiento de « ¿usted gusta? » que usan siempre los aldeanos de la Lombardia, cuando se presenta alguno en hora en que están comiendo.

— ¡Gracias! — contestó Lorenzo; — sólo venia á hablar dos palabras con mi amigo; y si quieres, Antoñuelo, para no molestar á tu gente, iremos á comer juntos á la hosteria, y allí hablaremos.

Gustoso aceptó Antoñuelo el convite, y tampoco le puso

mala cara la familia, viendo disminuirse el número de los concurrentes á la comida. El convidado, sin preguntar más, se salió con Lorenzo á la calle.

Llegados á la hosteria, y sentados con toda comodidad solos á una mesa, pues la miseria habia ahuyentado de aquel sitio á todos los glotones, mandaron traer lo poco que habia que comer; y apurado un jarro, Lorenzo en ademan misterioso dijo á su amigo:

— Si tú quieres hoy hacerme un favor, yo te haré otro bien grande.

— Dispón de mí como quieras; en el fuego me meteré por tí.

— Tú debes veinticinco libras al señor Cura por el arrendamiento del campo que labraste el año pasado.

— ¡ Ah, Lorenzo! tú me acibaras el beneficio que me haces. ¿ Qué diablos me traes á la memoria? ¿ Quieres que pierda las ganas de comer? »

— Si te hablo de tu deuda es para proporcionarte el medio de pagarla.

— ¿ De veras? »

— De veras, ¿ y te gustaria? »

— ¡ Si me gustaria! Vaya, aunque no fuera más que para no ver la mala cara que me pone el señor Cura siempre que nos encontramos. Y luego aquello de: « Antoñuelo, no te olvides; ¿ cuándo nos hemos de ver para aquel asunto? » Á la verdad que cuando en el púlpito me mira, se me figura que me va á pedir en público las veinticinco libras: ademas que entónces me volveria el collar de mi mujer, que en el dia seria preciso convertirle en *polenta*. Pero...

— Déjate de peros. Si quieres hacerme un favor, están prontas las veinticinco libras.

— Habla.

— ¡ Pero!... — dijo Lorenzo poniéndose el dedo índice en los labios.

— Á mí no tienes que encargarme el silencio, ya me conoces.

— El señor Cura — continuó Lorenzo — va sacando cier-

tas razones sin sustancia para dar largas en mi casamiento, y yo quisiera salir del paso. Parece que poniéndose delante de él los dos novios con dos testigos, y diciendo yo, por ejemplo, *esta es mi mujer*, y Lucía, *este es mi marido*, el casamiento queda hecho sin remedio; ¿me entiendes?

— ¿Tú querrás que yo sirva de testigo? ¿No es así?

— Cierto.

— ¿Y pagarás las veinticinco libras?

— Seguro.

— Dáme esa mano.

— Pero es necesario buscar otro testigo.

— Ya le tenemos: el simple de mi hermano Gervasio hará lo que le diga; tú le darás para beber.

— Y también para comer. Le traeremos aquí con nosotros: pero, ¿sabrá representar el papel?

— Yo le enseñaré.

— Mañana, pues.

— Sí, mañana.

— A la caída de la tarde.

— Muy bien.

— ¡Pero!... — dijo Lorenzo poniéndose otra vez el dedo en los labios.

— ¿Es posible? — respondió Antoñuelo, doblando la cabeza sobre el hombro derecho con una cara que parecía decir: Tú me agravias.

— ¿Y si tu mujer pregunta, como sin duda preguntará?... Son tantas las mentiras que le debo á mi mujer, que por muchas que le diga, me parece que nunca saldaremos la cuenta. Ya inventaré alguna novela con que acallar su curiosidad.

— Mañana por la mañana — dijo Lorenzo — nos pondremos de acuerdo en casa para que la cosa salga bien.

Con esto salieron de la hostería: Antoñuelo se fué á su casa estudiando en el camino el enredo con que habia de satisfacer la curiosidad de su familia, y Lorenzo á dar cuenta de los pasos que habia dado.

En este intermedio, Ines se habia cansado en vano tratando de convencer á su hija, que siempre respondia ya con la una, ya con la otra parte de su dilema: « ¿Ó la cosa es mala y no se debe hacer, ó no lo es? ¿Y por qué entónces no lo decimos al padre Cristóbal? »

Llegó en esto Lorenzo triunfante, hizo su relacion, y concluyó diciendo: « ¿Y bien? » expresion que equivale á decir: ¿No soy yo todo un hombre? ¿No sé yo hacer las cosas como se debe?



Duraba todavía la disputa...

Lucía meneaba la cabeza; pero Ines y Lorenzo, enervizados, poco caso hacian de ella, mirándola como á un niño, á quien, no pudiendo hacer entender la razon, se espera que luégo con súplicas ó por autoridad se le obligará á prestarse á lo que se quiere.

— Todo va bien, — dijo Ines, — pero ¿no te ha ocurrido una cosa?

— ¿Qué falta? — preguntó Lorenzo.

— ¿Y Perpétua? Á Antoñuelo y Gervasio los dejará en-

trar; pero á ti no lo creo, y ménos á los dos. ¿Te parece que no tendrá órden de no dejaros entrar?

— ¿Cómo lo haremos? — dijo Lorenzo poniéndose pensativo.

— ¡ Ahí verás tú! Á mí ya me ha ocurrido. Iré yo también en vuestra compañía, y tengo un secreto para entretenerla y embaucarla, de modo que no ponga atención en vosotros, y así podreis entrar. La llamaré, y le tocaré cierta tecla... En fin, ya lo veréis.

— ¡ Bendita sea usted? — exclamó Lorenzo: — siempre he dicho que usted es nuestro ángel tutelar.

— Pero todo esto de nada sirve, si no se convence á esta tonfa, que se empeña en sostener que es pecado.

Ensayó también Lorenzo su elocuencia; pero Lucía no se daba á partido.

— Yo no sé — decía — qué responder á vuestras razones, pero veo que para hacer cosa tan santa, es necesario empezar con engaños, con mentiras y ficciones. Yo quiero ser tu mujer (esto lo decía poniéndose colorada), pero ha de ser por el camino derecho, en la iglesia, como lo manda la ley de Dios; y sobre todo, ¿ por qué andar con misterios con fray Cristóbal?

Duraba todavía la disputa cuando ciertas pisadas presurosas de sandalias, y ruido de hábitos semejante al que hacen las velas de un buque con las ráfagas del viento, anunciaron que llegaba fray Cristóbal. Callaron todos; y la madre de Lucía sólo tuvo tiempo para decir al oído á Lucía;

— ¡ Cuidado con que le digas nada!

CAPÍTULO VII

Venia el buen religioso con el continente de un capitán veterano que, perdida sin culpa suya una batalla importante,

caude afligido, mas no desalentado; pensativo, mas no aturcido; en retirada, mas no huyendo, adonde le llamó la necesidad para defender los puntos amenazados, reunir las tropas, y dar nuevas órdenes.

— ¡ La paz sea con vosotros! — dijo al entrar: — nada hay que esperar de aquel hombre endurecido; por lo mismo, es necesario poner más confianza en Dios; y yo tengo ya alguna prueba de su protección.

Aunque ninguno de los tres fundaba grandes esperanzas en la tentativa del padre Cristóbal, porque el ver en aquella época á un poderoso desistir de una acción violenta, por mera condescendencia á súplicas desarmadas, y sin ser obligado por la fuerza, era cosa rara, si no inaudita; sin embargo, la triste certeza fué un golpe terrible para todos. Las mujeres bajaron la cabeza; pero la ira en el ánimo de Lorenzo sobrepujo al abatimiento. Semejante noticia le hallaba ya afligido y exasperado por una serie de sorpresas tristes, de tentativas inútiles, y de esperanzas frustradas; y sobre todo, agitado en aquel momento por la obstinación de Lucía.

— Quisiera saber, — dijo, rechinando los dientes y levantando la voz, como nunca lo había hecho en presencia del padre Cristóbal, — quisiera saber qué razones ha alegado aquel perro para pretender que Lucía no se case conmigo.

¡ Pobre Lorenzo! — respondió el Capuchino con tono de lástima, y una mirada que encargaba con dulzura la moderación. — Si el poderoso que quiere cometer una injusticia tuviese que decir siempre los motivos, las cosas no irían como van.

— ¿ Conque el bribon ha dicho que no quiere, sin decir por qué no quiere?

— Ni eso ha dicho. ¡ Pobre Lorenzo! Fuera también una ventaja el que para cometer una iniquidad hubiese que confesarla paladinamente.

— Pero alguna cosa ha debido decir, ¿ y qué ha dicho aquel tizon del infierno? •

— Yo he oído sus palabras, y no es fácil repetir las. Las palabras del impío que es fuerte, penetran y se disipan.

Puede ofenderse de que tú sospeches de él, y al mismo tiempo darte á conocer que tus sospechas son fundadas; puede insultar y suponerse insultado, vilipendiar y pedir una satisfaccion, ofender y quejarse, desvergonzarse y creerse ultrajado; no me preguntes más. Ese hombre terco no ha tomado en boca tu nombre, ni el de esta inocente: no ha aparentado siquiera conoceros, ni manifestado la menor pretension: sin embargo, he conocido, con harto dolor mio, que es inexorable. No obstante, ¡confianza en Dios! Vosotras, pobrecillas, no os desaniméis; y tú, Lorenzo, ¡ah! no creas que yo dejo de ponerme en tu lugar: sé lo que pasa en tu corazon; pero, ¡paciencia! Esta es una palabra de poco valor para el que no cree; pero tú... ¡Ah Lorenzo! deja obrar á Dios; yo tengo ya un hilo por donde podré ayudaros. No puedo deciros más por ahora. Mañana no vendré, porque tengo por vosotros que estar todo el día en el convento. Tú, Lorenzo, haz por llegarle allá, y si por algun accidente no pudieres, enviame un hombre de confianza ó un muchacho de juicio, para avisaros de lo que ocurra. Ya es tarde, y no puedo detenerme. Ánimo, pues, confianza! y buenas noches.

Con esto salió apresuradamente dirigiéndose á tropezones por un atajo pedregoso, á fin de no llegar tarde al convento y tener que sufrir una correccion ó alguna penitencia que le impidiese estar al día siguiente en disposicion de hacer lo que fuese necesario para servir á sus protegidos.

— ¿Han oido ustedes — dijo Lucía — que el Padre ha manifestado de no sé qué hilo que tiene para ayudarnos? Conviene, pues, confiar en él; es un hombre que cuando promete diez...

— ¿Y eso qué significa? — interrumpió Ines: — debía haber hablado más claro, ó á lo ménos haberme llamado aparte y haberme dicho lo que hay.

— ¡Cuentos! cuentos! yo lo arreglaré todo. — añadió Lorenzo á su vez, paseándose como fuera de sí por el cuartón y con voz y semblante que no dejaban duda acerca del sentido de estas palabras.

— ¡Ah, Lorenzo! — exclamó Lucía.

— ¿Qué quiere decir eso? — preguntó Ines.

— Claro está lo que quiere decir: que yo lo arreglaré todo aunque tenga mil demonios que le ayuden; alcabo esde carno y nueso como yo.

— ¡No, por amor de Dios!... — principió á decir Lucía; pero el llanto la impidió continuar.

— Esas expresiones, — añadió Ines, — ni por chanza deben sollarse.

— ¡Por chanza! — repitió Lorenzo, parándose frente de Ines y clavando en ella los ojos como furioso. — ¡Por chanza! Ya verá usted la chanza.

— ¡Ah, Lorenzo! — dijo Lucía entre sollozos; — jamas te he visto como ahora.

— No digas esas cosas, — replicó Ines apresuradamente bajando la voz: — ¿te has olvidado que tiene tantos brazos á su disposicion?... Y áun cuando... ¡Dios nos libre!... Contra los pobres siempre hay justicia.

— La justicia la haré yo. Ya es tiempo... La cosa no es fácil, tambien lo conozco: mucho se guarda ese perro asesino; conoce lo que merece; pero no importa... ¡Paciencia y resolucion! Llegará el momento... Si; la justicia me la haré yo; yo libraré de un malvado á este pais... ¡Cuántos me bendecirán! Y luégo en un par de saltos...

El horror que experimentó Lucía al oír estas palabras, ya más claras, contuvo su llanto, y le infundió ánimo para hablar. Quitando, pues, del rostro lloroso las manos, dijo á Lorenzo con tono dolorido, pero resuelto:

— ¿Luego ya no te importa que no sea tu esposa? Yo ofrecí mi mano á un jóven tímido; pero á un hombre que fuese capaz... Aunque nada tuviera que temer de la justicia, aunque fuera hijo del rey...

— Pues bien, — gritó Lorenzo con rostro inmutado; — tú no serás mia, pero ni tampoco suya. Yo quedaré sin ti; pero él irá á los profundos infiernos...

— ¡ Ah, no! ; Por la Virgen Maria no digas eso ; No pongas esos ojos ; no quiero verte de esa manera.

Diciendo esto Lucía lloraba, y suplicaba con las manos juntas, mientras Ines por su parte procuraba tambien sosegar á Lorenzo. Este quedó inmóvil, pensativo, y casi conmovido un momento al ver aquella cara suplicante de Lucía; pero, fijando de repente los ojos en ella, se retiró un paso, levantó el brazo y cerrando el puño con rabia, exclamó:

— Así lo quiere ; morirá pues ; sí, morirá.

— ¿ Y yo qué es lo que te he hecho para que me mates ? — dijo Lucía echándose á sus piés.

— ¡ Tú — respondió Lorenzo con voz airada, — tú ; En verdad que es mucho tu cariño ! ¿ Qué pruebas me has dado de quererme ? ¿ No te he pedido, suplicado y más que suplicado ? ¿ Y he podido conseguir ?...

— Sí, sí, — contestó apresuradamente Lucía ; — iré mañana contigo á ver al señor Cura ; ahora mismo si quieres ; pero sosiégate ; iré.

— ¿ Me lo prometes ? — dijo Lorenzo con voz más blanda y rostro ménos alterado.

— Sí, lo prometo.

— Mira que lo has prometido.

— ¡ Ah ! ; gracias á Dios ! exclamó Ines, contenta por más de un motivo.

El autor del manuscrito de donde hemos sacado esta historia no se atreve á decir si Lorenzo, en medio de su arrebatamiento, habia conocido la utilidad que podia producir el temor de Lucía, y si de consiguiente procuró aumentarle con arte para sacar mejor partido. Nosotros creemos que tampoco el mismo Lorenzo podria decidirlo. En lo que no hay duda es en que este jóven estaba furioso contra D. Rodrigo, y al mismo tiempo deseaba con ansia el consentimiento de Lucía, y cuando dos pasiones violentas luchan en el corazon del hombre, nadie, ni el mismo interesado, puede siempre distinguir y saber con seguridad cuál es la que domina.

— Lo he prometido, — dijo Lucía con tono de tímida y

afectuosa reconveccion ; — pero tú tambien me prometiste no dar escándalo, y conformarte con lo que el padre Cristóbal...

— Déjate de eso ; no hagas que me irrite de nuevo. ¿ Quieres acaso retractarte ? ¿ Quieres que haga un desatino ?

— No, no, — dijo Lucía, asustándose otra vez. — Lo he prometido y no me vuelvo atras ; pero mira cómo me has hecho ofreeer... Dios quiera...

— Déjate, Lucía, de tristes agüeros. Ya Dios ve que á nadie hacemos daño.

— Prométeme por lo ménos que esta será la última.

— Te lo prometo á fe de hombre honrado.

— Pero esta vez lo has de cumplir, — dijo Inés.

Aquí confiesa el autor del manuserito que ignora otra cosa, esto es, si Lucía sentia enteramente haberse visto precisada á ceder. Nosotros dejaremos tambien la cosa en problema.

Lorenzo hubiera querido prolongar la conferencia, y tratar circunstanciadamente de lo que debia hacerse al dia siguiente ; pero la noche era oscura, y las mujeres le despidieron deseándose la buena ; porque consideraban que no parecia bien que permaneciese allí más tiempo en aquella hora.

Empero la noche fué para los tres cual debe serlo la que se sigue á un dia de agitacion y de males, y precede á otro destinado á una empresa importante y de éxito dudoso. Por la mañana temprano se presentó Lorenzo, y concertó con las mujeres, ó, por mejor decir, con Ines, la grande operacion de la noche, proponiendo y resolviendo alternativamente dificultades, previendo accidentes, y hablando ya el uno, ya el otro del negocio como de cosa hecha. Escuchábalos Lucía, y sin aprobar con palabras lo que repugnaba á su corazon, prometia conducirse lo mejor que pudiese.

— ¿ Vas al convento — preguntó Ines á Lorenzo — para hablar al padre Cristóbal como te encargó anoche ?

— ¡ Qué disparate ! — respondió Lorenzo : — bien sabe usted los ojos que tiene el Padre ; al instante me leeria en la

cara, lo mismo que en un libro, que habia alguna tramoya, y como empezase á sonsacarme, caería yo en el garlito sin duda alguna. Por otra parte, yo debo estar aquí para disponer las cosas, y así sería mejor que usted enviase á alguno.

— Sí, enviaré á Mingo...

— Muy bien, — respondió Lorenzo.

Y se marchó, como dijo, á prevenir lo necesario para la empresa.

Pasó Ines á la casa inmediata á preguntar por Mingo, un mozalbete listo y despejado, el cual por primos y cuñados venía á ser medio sobrino suyo. Se le pidió á sus padres para cierta diligencia y traídole con licencia de ellos le metió en la cocina, le dió de almorzar, y le mandó que fuese á Pescarenico y se presentase al padre Cristóbal, el cual le daría un recado, y añadió:

— ¿El padre fray Cristóbal, sabes? aquel viejo del semblante hermoso con la barba blanca, que llaman el santo.

— Ya sé quién es, — contestó Mingo; — el que siempre hace fiestas á los niños, y de cuando en cuando les da alhuyas.

— El mismo; y si te dice que te aguardes allí cerca del convento, no te desvies; mira no vayas con los demas muchachos al lago á tirar chinitas al agua, ni á ver pescar, ni á enredar con las redes puestas á secar, ni...

— Vaya, tía, que ya no soy tan niño.

— Bien, haz la diligencia con juicio, y cuando vuelvas con la respuesta... ¿ves estas dos monedillas nuevas? serán para ti.

— Démelas usted ahora, que...

— No, no, que las jugarás. Véte, pues, que como hagas bien la diligencia, te daré otras.

En el discurso de aquella larga mañana se advirtieron ciertas novedades que infundieron sospechas en el ánimo ya agitado de las dos mujeres. Un mendigo, ni macilento ni andrajoso como los demas, y con cierto semblante de mal agüero, entró á pedir limosna, mirando á hurtadillas por

todas partes. Diéronle un pedazo de pan, que recibió con un « Dios se lo pague » mal expresado, deteniéndose luego en hacer mil preguntas impertinentes, á las cuales respondió Ines lacónicamente, y todo al contrario de la verdad. Al salir aparentó cerrar la puerta, y se metió por la de la escalera, espiondo de una ojeada todos los rincones. Gritáronle que se equivocaba, y entónces tomó la puerta que le indicaron, dis-



Un mendigo, ni macilento ni andrajoso...

culpándose con una humildad afectada, que no correspondía á su severo y desagradable ceño.

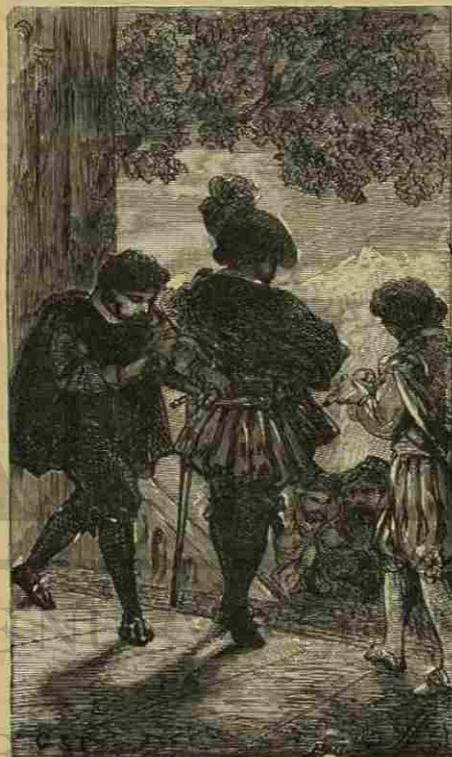
Dejáronse ver despues otras figuras extrañas, que aunque no era fácil adivinar qué hombres fuesen, se podia asegurar que no eran los viajeros honrados que pretendian aparentar. Uno entraba con el pretexto de preguntar por el camino, otros estando delante de la puerta acortaban el paso mirando adentro por fin, como quien quiere ver sin excitar sospechas: como á cosa del mediodía concluyó semejante procesion. Levantabase de cuando en cuando Ines, atravesaba el patio, se asomaba á la puerta de la calle, miraba á derecha é izquierda

y volvía diciendo: «no hay nadie;» expresión que profería con placer, y que con placer oía su hija, sin que ni la una ni la otra supiesen bien la causa; pero este accidente dejó tal confusión en su ánimo, con particularidad en el de Lucía, que las privó de una parte del valor que querían conservar por la noche.

Aquí conviene que el lector sepa algo más con respecto á aquellos rondadores misteriosos; y para enterarle con exactitud, es preciso que volvamos atrás á buscar á D. Rodrigo, que ayer dejamos sólo después de comer en una sala de su palacio, habiendo salido fray Cristóbal.

D. Rodrigo, como dijimos, ó debimos decir, se quedó miedando á pasos acelerados aquella sala, de cuyas paredes colgaban los retratos de su familia de varias generaciones. Cuando daba de hocicos en la pared, y se volvía, se hallaba al frente algún antepasado suyo, que había sido el espanto de los enemigos y de sus propios soldados, con torvo ceño, cabello erizado y largos bigotes. Pintado de cuerpo entero y armado de pies á cabeza, tenía el brazo derecho puesto en jarras, y la mano izquierda sobre el puño de la espada. Mirábale D. Rodrigo, y cuando al llegar debajo del retrato, se volvía, se le presentaba otro antepasado suyo, magistrado, terror de los litigantes, sentado en un sillón de terciopelo encarnado y envuelto en una toga negra, y todo negro á excepción del cuello blanco con dos largas cintas, y un forro de martas (era el distintivo de los senadores, y como sólo le llevaban en invierno, no se hallaba retrato alguno de senador vestido de verano), amarillento, con las cejas fruncidas, y con un memorial en la mano, que parecía que decía: «veremos.» Por un lado una matrona, terror de sus doncellas; por otro un abad, terror de sus monjes; en fin, gente toda que infundió terror, y que también le infundía retratada. Á vista de semejantes memorias se aumentó su coraje, y se avergonzaba todavía más de que un fraile hubiese osado conminarle con la prosopopeya de un Nathan. Ya discurría cómo vengarse; ya desistía de su proyecto; ya pensaba cómo había de

satisfacer á un tiempo su pasión y lo que llamaba su honor, y á veces (¡lo que son las cosas!) sonándole al oído aquel principio de profecía del Capuchino, se estremecía momentáneamente, y casi estaba para abandonar sus caprichos. En



Á breve rato volvió con la rica

fin, llamó á un criado, y le mandó que le disculpase con sus comensales, diciéndoles que estaba ocupado en un negocio urgente. Cuando volvió el criado á decirle que aquellos caballeros se habían marchado, dejando para él mil respetosas

expresiones, preguntó por el conde Atilio, sin dejar de pasear, á lo que contestó el criado, que el Conde había salido con los demas.

— ¡Bien! — prosiguió; — seis personas de acompañamiento al instante para el paseo; la espada, la capa y el sombrero; volando.

Salió el criado haciendo una reverencia, y á breve rato volvió con la rica espada que al momento se ciñó su amo, con la capa que se echó encima al desgairé, y con el sombrero guarnecido de plumas, que se encasquetó con una palmada, señal de que corría mal viento. Al salir encontró en la puerta á los seis bandóleros armados, los cuales, despues de hacer ala y una reverencia, echaron á andar tras de él. Más orgulloso y más ceñudo que lo que acostumbraba, tomó el paseo hácia Leco, quitándosele el sombrero é inclinándose hasta el suelo cuantos aldeanos encontraba en el camino, con la circunstancia de que el grosero que hubiese omitido este acto de urbanidad, hubiera salido bien librado si alguno de los bravos de la comitiva se hubiese contentado con echarle el sombrero al suelo de una manotada.

Á estos saludos no contestaba D. Rodrigo. Saludábanle también las personas de clase más elevada, y á estas correspondía con gravedad. Aquel dia no sucedió qué encontrase al Gobernador español; pero cuando se verificaba, el saludo era completo y profundo por ambas partes, como entre dos potentados independientes, los cuales por conveniencias honran su respectiva dignidad. Para disipar el mal humor, y contraponer á la imágen del Capuchino, que no se apartaba de su imaginacion, otros rostros y otros actos muy diversos, entró aquel dia en una casa en que se hallaba una brillante concurrencia, y en donde fué recibido con todas aquellas demostraciones de respeto y consideracion con que se obsequia á los hombres que se hacen amar ó temer mucho; y finalmente, entrada la noche, volvió á su palacio. Acababa de entrar el conde Atilio, y servida la cena, estuvo D. Rodrigo bastante pensativo en la mesa y habló muy poco.

Así que se levantaron los manteles y se fueron los criados, el Conde con tono burlon dijo:

— ¿Y bien, primo, cuándo me pagas la apuesta?

— Aún no ha pasado San Martín.

— Lo mismo da que la pagues ahora, porque han de pasar todos los santos del almanaque ántes que...

— Esto es lo que está por ver.

— Primo, estoy tan seguro de haber ganado la apuesta, que me dan ganas para hacer otra.

— ¿Y cuál es?

— Que el Padre... el Padre... ¿Qué sé yo?... Aquel fraile me parece que te ha convertido.

— Esa es ocurrencia propiamente tuya.

— Convertido, primo, sí, convertido. Yo me alegro. ¿Sabes tú que será cosa graciosa el verte compungido con los ojos bajos? ¿Y qué ufano estará el fraile! ¡Con qué orgullo habrá vuelto al convento! ¡Caramba! No son peces estos que se cogen todos los días, ni con todas las redes. No dudo que te cite como un ejemplo, y cuando vaya á hacer alguna mision algo léjos, hablará de ti. Me parece que le estoy oyendo.

Y aquí hablando gaugoso, y acompañando las palabras con gestos afectados, empezó diciendo en tono de sermón:

— « En un país de este mundo que por ciertos respetos no » nombre, vivía, y aún vive, amados oyentes míos, un caba- » llero libertino más amigo de las mujeres que de los hombres » de bien, el cual siguiendo el refrán de cuantas veo... puso » los ojos... »

— Basta, hasta — interrumpió D. Rodrigo sonriéndose. — Si quieres doblar la apuesta, estoy pronto

— ¿Sobre qué? ¿acaso has convertido tú al fraile?

— No me hables de él; y por lo que toca á la apuesta, San Martín decidirá.

Grande era la curiosidad del Conde, y así no anduvo corto en preguntas; pero todas las eludió D. Rodrigo, remitiéndose siempre al dia señalado, pues no quería comunicar designios que ni estaban intentados, ni todavía decididamente resueltos.

La mañana siguiente despertó D. Rodrigo, y despertó el mismo D. Rodrigo de antaño, que es lo mismo que decir, que con el sueño de la noche se había desvanecido la poca compuncion que excitó en su ánimo aquel « Vendrá un día » del Capuchino, y sólo quedaba en él la ira exasperada por el remordimiento de todo lo que él llamaba debilidad pasajera, no habiendo contribuido poco á restituírle á sus antiguos sentimientos de depravacion las demostraciones de obsequio y sumision recibidas en el paseo del dia anterior, y las chanzas del primo. Apenas levantado, hizo llamar al *Canoso*. « ¡Asunto gordo! » dijo para sí el criado que recibió la orden, porque el hombre que tenía este apodo era nada ménos que el jefe de los bravos, el mismo á quien se encargaban las empresas más arduas y arriesgadas, el que gozaba de la confianza del amo, y fiel á toda prueba, tanto por su interes como por agradecimiento. Habiendo cometido públicamente un homicidio, para librarse de las uñas de la justicia, se habia acogido á la proteccion de D. Rodrigo, el cual con recibirle por criado, le habia puesto al abrigo de toda persecucion. Prestándose de esta manera á cometer cualquier delito que se le mandase, se habia asegurado la impunidad del primero. Su adquisicion era para D. Rodrigo cosa de mucha importancia; porque ademas de ser el *Canoso* el más valiente de todos sus criados, era tambien una muestra de lo que el amo podia intentar con éxito contra las leyes, de modo que su poder se aumentaba tanto en realidad como en opinion.

— *Canoso*, — dijo D. Rodrigo; ahora es cuando se ha de ver lo que vales. Antes de mañana esa Lucia debe estar en este palacio.

— Jamas se dirá que el *Canoso* ha dejado de obedecer un mandato de su señor.

— Llévate los hombres que necesites, manda y dispon la cosa como te parezca, con tal que se consiga el objeto; pero cuida sobre todo de que no se le haga daño.

— Señor, un poco de miedo para que no alborote es indispensable.

— ¡Miedo!... comprendo... es preciso; pero cuidado que no se la toque al pelo de la ropa; en fin, que se la respete en todo y por todo. ¿Entiendes?

— Señor, no es posible arrancar una flor de su planta y traerla á vuestra señoría sin ajarla un poquito; pero no se hará sino lo puramente necesario.

— La cosa queda á tu cargo... ¿Cómo piensas tú hacerlo?

— Estaba pensándolo... Tenemos la fortuna de que la casa se halla á la salida del pueblo. Necesitamos de un paraje para ocultarnos, y justamente á poca distancia hay en el campo aquella casucha medio derribada, aquella casa... pero... vuestra señoría nada sabe de estas cosas... Una casa que se quemó pocos años hace; y como no hubo dinero para levantarla, se ha quedado abandonada. Ahora tienen allí sus juntas las brujas; pero no siendo hoy sábado poco importa; como estos paletos están llenos de aprehensiones, no haya miedo que se acerquen en ningún dia de la semana, aunque los maten; y así podemos ocultarnos allí sin temor de que nadie venga á molestarnos.

— ¡Bien va! ¿Y luégo?

Aquí proponiendo el *Canoso* y discuriendo D. Rodrigo, quedaron por último de acuerdo acerca del modo de lograr el intento, y de cómo se haria, no sólo para que no quedase indicio de los autores, sino tambien para dirigir las sospechas á otra parte con falsas apariencias, imponer silencio á la pobre Ines, y causar tal miedo á Lorenzo que se le pasase el dolor, la idea de acudir á la justicia, y hasta la gana de quejarse, con todas las demas infamias necesarias para el éxito de la infamia principal. Omitimos el referir todas las ocurrencias de aquel acuerdo, por no ser necesarias para nuestra historia, como lo verán los lectores; y ademas nos desagrada entretenernos y entretenerlos tanto tiempo con la criminal conferencia de aquellos dos malvados. Bastará con decir que, marchándose ya el *Canoso* á poner mano á la obra, le llamó D. Rodrigo diciéndole:

— Oye, si por casualidad cayese bajo tus uñas aquel badu-

laque insolente, no será mal hecho darle con anticipacion entre el cogote y la rabadilla un buen recuerdo, pues así hará más efecto la órden que se le intime el día siguiente de callar su pico. Pero no le busques expresamente, por no echar á perder el negocio principal: ¿me comprendes?

— Déjelo vuestra señoría á mi cuidado — contestó el *Canoso*.

É inclinándose en ademán de obsequio y valentonada, se despidió de su amo.

Empleó toda la mañana en reconocer el país. El supuesto mendigo, que del modo que hemos visto, se había introducido en la casita de Ines, era el *Canoso*, el cual adoptó aquel medio para levantar con la vista el plan de ella; y los supuestos viajeros eran sus perversos compañeros, á los cuales, para obrar bajo sus órdenes, bastaba un conocimiento más ligero del paraje; así es que hecha la necesaria inspeccion, no volvieron á parecer para no llamar la atencion demasiado.

Vueltos al palacio de D. Rodrigo, el *Canoso* dió cuenta de todo á su amo, y quedando acordado definitivamente el plan de la empresa, se distribuyeron los encargos, y se dieron las instrucciones correspondientes. Nada de esto pudo hacerse sin que el antiguo criado, que estaba alerta, dejase de conocer que se maquinaba alguna cosa de grande importancia. Á fuerza de oír y de preguntar, de mendigar média noticia en un punto, média en otro, de glosar para sí una palabra vaga, é interpretar una accion misteriosa, hizo tanto que vino en conocimiento de lo que se trataba de ejecutar aquella noche; pero cuando llegó á averiguarlo era muy tarde, y ya una vanguardia de bandoleros habia salido á campaña para ocultarse en la casucha medio derribada.

Aunque el pobre anciano no dejaba de conocer cuán arriesgado era el juego que jugaba, y temiese que el auxilio fuese el socorro de España; sin embargo, no queriendo faltar á lo que se habia comprometido, salió con pretexto de ir á que le diese un poco el aire, y se dirigió apresuradamente al convento para avisar al padre Cristóbal. Poco despues se pusieron

en movimiento los demas bravos, saliendo á la deshilada uno despues de otro, para no aparentar reunion, y tras ellos el *Canoso*, quedando para lo último una litera, que debia conducirse entrada la noche, y efectivamente se condujo á la casucha indicada. Reunidos allí todos, envió el *Canoso* á tres de ellos á la taberna de la aldea; el uno para que quedase á la puerta observando lo que pasaba en la calle hasta el momento



Una vanguardia de bandoleros habia salido para ocultarse en la casucha, en que todos los vecinos estuviesen recogidos en sus casas; los otros dos para que se entretuviesen dentro bebiendo y jugando como aficionados, con el objeto de espiar todo lo que mereciese llamar la atencion; y el entre tanto con el grueso de la gente quedó en acecho aguardando el instante oportuno.

Trotaba todavía el pobre anciano; los tres exploradores marchaban á su puesto, y el sol caminaba al ocaso, cuando entró Lorenzo en casa de Ines y Lucía y les dijo:

— Aquí fuera quedan Antoñuelo y Gervasio; me voy con ellos á cenar á la hostería, y al toque de oraciones vendremos

por usted. ¡Ánimo, Lucía! no es más que un momento.

— Sí, ánimo — contestó Lucía suspirando, y con voz que desmentía las palabras.

Cuando Lorenzo y sus compañeros llegaron á la taberna, hallaron al perillan que puesto de centinela ocupaba el medio de la puerta, y con los brazos cruzados dirigía sus miradas á todas partes con ojos de lince. Llevaba en la cabeza una gorra chata de terciopelo carmesí, que ladeada le cubría la mitad del tufo, ó mechón de pelo, el cual, dividiéndose en su torva frente, acababa en trenzas sostenidas por un peine cerca de la nuca. Tenía en la mano una especie de cachiporra, y aunque realmente no llevaba armas á la vista, bastaba con sólo mirarle á la cara para que hasta un niño conociera que llevaba encima toda una armería. Cuando Lorenzo, el primero de los tres, estuvo cerca de él, y manifestó que quería entrar, le miró de hito en hito sin moverse; pero interesado el jóven en evitar toda disputa, como quien está empeñado en llevar á cabo alguna empresa importante, ni siquiera le dijo que se apartase, sino que rozándose con el otro lado de la puerta, entró como pudo por el hueco que quedaba, teniendo que hacer la misma evolución para entrar sus compañeros. Vieron entonces á los otros dos bravos, los cuales sentados á una mesita jugaban á la morra, tirándose de cuando en cuando al colete sendos vasos de vino, que llenaban de un gran jarro. También estos se pusieron á mirar á los que entraban, especialmente uno de los dos, que, teniendo levantada la mano con tres dedos tiesos y la boca abierta gritando *seis*, miró de piés á cabeza á Lorenzo, hizo del ojo al compañero, y después al de la puerta, que contestó haciendo una seña con la cabeza. Escamado con esto Lorenzo, miraba á sus dos convidados, como si quisiera buscar en su cara una explicación de semejantes gestos; pero su cara nada indicaba sino mucha gana de comer. Á él le miraba el tabernero como para pedirle órdenes, por lo que Lorenzo le llamó á una pieza inmediata, y le mandó que dispusiese la cena.

— ¿Quiénes son esos forasteros? — le preguntó luégo de

quedo, cuando volvió con un mantel ordinario y no muy limpio debajo del brazo y un jarro en la mano.

— No los conozco, respondió el tabernero desdoblado el mantel.

— ¿Cómo? ¿ni uno siquiera?

— Ustedes saben muy bien — prosiguió el tabernero estirando con ambas manos el mantel sobre la mesa — que la primera regla de nuestro oficio es la de no meternos en negocios ajenos, tanto que hasta nuestras mismas mujeres no son curiosas. ¡No habría poco que hacer con tanta gente como entra y sale! Para nosotros basta con que los parroquianos sean hombres de bien: lo demás de saber quiénes son ó no son, poco nos importa. Ea, voy á traer un plato de almondiquillas que apuesto que nunca las han comido ustedes iguales.

— ¿Y cómo puede usted saber?... — continuaba diciendo Lorenzo.

Pero el tabernero, que iba marchando hácia la cocina, prosiguió su camino. Allí, mientras preparaba el plato de almondiquillas, se le acercó aquel bravo que había mirado de los piés á la cabeza á Lorenzo, y le preguntó con voz baja:

— ¿Qué gente es esa?

— Gente buena de aquí del país, — contestó el tabernero echando sus almondiquillas en la fuente.

— ¡Buéno! pero ¿cómo se llaman? ¿quiénes son? — insistió el bravo con voz algo áspera.

— El uno se llama Lorenzo, — respondió el otro también en voz baja: — buen muchacho, acomodado, hilador de seda, y que sabe bien su oficio; el otro es también un aldeano llamado Antonuelo, buen camarada y de humor alegre: lástima que no tenga mucha moneda, pues toda la dejaría aquí; el otro es un pobre zonzó que come bien cuando encuentra quien le haga la costa. Con licencia.

Y de un brinquito salió llevando la fuente de almondiquillas á la mesa.

Al verle Lorenzo, volvió á tomar el hilo de su conversacion diciendo:

— ¿Y cómo puede saber si son hombres de bien si no los conoce?

— Las acciones, amigo mio; el hombre se conoce por ellas. Los que beben el vino sin desacreditarle, los que presentan al mostrador la cara del rey sin regatear, los que no mueven camorra con los demas parroquianos, y si tienen que regalar alguna puñalada se salen de la casa con el fin de no comprometerla, éstos son los hombres de bien: sin embargo, si se puede conocer la gente buena como nosotros cuatro nos conocemos, mucho mejor; pero ¿por qué diablos se le antoja á usted ahora saber estas cosas, cuando va á casarse, y debe tener ocupado el magin en otros asuntos, y con esas alondiguillas á la vista que pueden resucitar á un muerto?

Diciendo esto dió la vuelta á la cocina.

Observando nuestro autor del manuscrito el diferente modo con que el tabernero satisfacía á las preguntas, dice que era hombre de tal calaña que en todas sus conversaciones hacia alarde de ser amigo de los hombres de bien en general; pero en la práctica mucho más condescendiente con los que tenían opinion y cara de bribones.

La cena no fué muy alegre. Los convidados hubieran querido saborearse con ella; pero Lorenzo, preocupado con lo que sabe el lector, y ademas fastidiado y algo inquieto al ver el continente de los desconocidos, no veia la hora de marcharse. Por causa de aquella gente hablaba en voz baja, y con palabras sueltas y pronunciadas como al descuido.

— Fuerte cosa es — saltó de repente Gervasio — que Lorenzo para casarse necesite...

Interrumpióle Lorenzo con enfado, y Antoñuelo le dijo:

— ¡Calla, bestia! — acompañando este titulo con un codazo.

De esta manera la conversacion fué decayendo hasta el

fin. Guardando Lorenzo la mayor sobriedad, se aplicó á dar de beber á los dos testigos con el tino necesario para ponerlos alegres, sin que perdiesen la cabeza. Levantados los manteles, y pagada la cuenta por el que ménos gasto habia hecho, tuvieron los tres que pasar de nuevo delante de aquellas malas caras, y todos se volvieron á mirar como la primera vez á Lorenzo, el cual volviendo la cabeza á poco de haber salido de la taberna, vió que le iban siguiendo los dos que dejó sentados en la cocina. Paróse entónces con sus compañeros, como diciendo: « Veamos qué es lo que quiere esa gente; » pero asi que los dos advirtieron que los habian visto, se pararon ellos tambien, hablaron de quedo y volvieron atras. Si Lorenzo se hubiera hallado tan cerca para poder oír las palabras, hubiera sin duda escuchado las siguientes:

— Seria á la verdad un valiente golpe, sin contar con la propina, — decia uno de aquellos matones, — si volviendo á casa, pudiéramos referir que le habiamos sentado muy bien las costuras nosotros solos sin el fachenda del señor Canoso.

— Seria quizá malograr el asunto principal, — contestó el otro; — algo ha notado, pues se paró á mirarnos; ¡ay si fuera más tarde! Volvamos, pues, para no excitar sospechas. Mira, por todas partes viene gente; dejemos que todos se metan en su nido.

Habia, en efecto, aquel bullicio, aquel movimiento que se nota al anocheer en los lugares, y al cual poco despues sucede el profundo silencio de la noche. Venian del campo las mujeres con sus niños en brazos, y de la mano los mayores, á quienes hacian rezar las oraciones de la tarde, y los hombres volvian con las palas y azadones al hombro. Cuando se abrian las puertas de las casas, se veia en muchas de ellas el fuego encendido para prevenir las pobres cenas, y por las calles se oían los recíprocos saludos, y las breves y tristisimas pláticas acerca de la escasez de la cosecha y del mal año: ademas el esquilon del lugar anun-

ciaba con el lento toque de oraciones la caída del día. Así que Lorenze vió que los dos bravos se habían retirado, prosiguió su camino, haciendo en voz baja, entre la oscuridad que iba creciendo, ora al uno, ora al otro hermano, ya una prevención, ya un recuerdo; y de esta manera llegaron muy entrada la noche á la casita de Lucía.

El intervalo que media entre la formación de un proyecto peliagudo y su ejecución, dice un autor, es un sueño de fantasmas y sobresaltos. Hacía muchas horas que Lucía experimentaba las angustias de semejante sueño, y la misma Ines, la autora del proyecto, estaba pensativa, hallando apenas palabras con que animar á su hija. Pero en el momento de despertar, en el momento en que se trata de poner mano á la obra, se encuentra el ánimo enteramente transformado. Al miedo y valor que luchaban en él, sucede otro valor y otro miedo, y la empresa se presenta á la imaginación bajo un aspecto enteramente nuevo. Lo que se temía al principio á veces parece una cosa sumamente fácil, y á veces se encuentra mayor el obstáculo que desde luego pareció de poca consideración. La imaginación atemorizada se arredra, los miembros se niegan á ejercer su oficio acostumbrado, y el corazón falta para aquello á que se había prestado con más resolución. Así es que Lucía, en cuanto oyó que Lorenzo llamaba de quedo á la puerta, se aterró de manera que en aquel momento resolvió sufrir cualquiera cosa, aunque fuera separarse de él para siempre, más bien que ejecutar lo que había determinado; pero cuando se presentó Lorenzo y dijo: « Aquí estoy: vamos; » cuando todos se manifestaron dispuestos á marchar sin dificultad, como cosa irrevocablemente acordada, no tuvo Lucía ni lugar ni ánimo para resistirse, y como arrastrada se agarró temblando del brazo de su madre y del de su novio, y echó á andar con los demás.

Callandito en la oscuridad y con pasos mesurados salieron de casa, y tomaron el camino por fuera del pueblo. El más corto hubiera sido atravesar el lugar para salir á la

extremidad opuesta en donde vivía D. Abundo; pero escogieron el primero para que nadie los viese. Por sendas entre huertas y campos llegaron cerca de la casa del Cura, y se pararon. Los dos novios quedaron escondidos detras de una esquina de la misma casa; Ines con ellos, pero algo más adelante para hacerse oportunamente la encontradiza con Perpétua, y Antoñuelo con el badulaque de Gervasio, que, no sabiendo hacer nada, nada podía hacerse sin él, se puso con desembarazo á la puerta y llamó con la aldaba.

— ¿ Quién llama á estas horas? — gritó Perpétua desde una ventana que se abrió en aquel instante. — No hay enfermo que yo sepa; ¡ si habrá sucedido alguna desgracia?

— Soy yo, — respondió Antoñuelo. — que vengo con mi hermano, porque tengo que hablar con el señor Cura.

— ¿ Y es hora de venir esta? — respondió ásperamente Perpétua. — ¡ Qué poca consideración! Ven mañana.

— Oiga usted: vendré ó no vendré. He cobrado algunos cuartos, y queria pagar aquella friolera que usted sabe. Tenía aquí las veinticinco del pico, pero si no se puede, ¡ paciencia! No me falta en qué emplearlas, y volveré cuando haya juntado otras veinticinco.

— Aguarda, aguarda: vuelvo al instante; pero ¿ por qué has venido á estas horas?

— La hora puedo variarla; yo no me opongo. Aquí estoy; si no quiere ó no puede abrir, me iré.

— No; aguarda un instante, que vuelvo con la respuesta.

Diciendo esto cerró la ventana. Separóse entonces Ines de los novios, y despues de decir á Lucía, « ánimo, niña; es obra de un instante como el sacarse una muela, » fué á reunirse con los dos hermanos delante de la puerta, poniéndose á charlar con Antoñuelo, de modo que Perpétua, viéndola cuando volviese, pudiera creer que pasando casualmente por allí, Antoñuelo la había detenido un momento.

CAPÍTULO VIII

— ¡Carneades! ¿Quién será este Carneades? — discurría para sí D. Abundo, sentado en un gran sillón en un cuarto del primer piso, con un libro abierto delante, cuando entró Perpétua con la embajada. — ¡Carneades! Este nombre me pa-



¡Carneades! ¿Quién será este Carneades?

rece haberle oído, ó leído; sin duda debió ser un hombre grande, un literatazo de la antigüedad; es un hombre de esos; pero ¿quién diablos sería?

Tan léjos estaba el pobre hombre de prever la tormenta que se fraguaba contra su cabeza.

Conviene saber que D. Abundo acostumbraba leer cada día unos cuantos renglones, y un cura vecino suyo, que tenía cierto número de libros, solía prestarle algunos, dándole el primero que le venía á la mano. Aquel sobre que estaba cavilando entonces D. Abundo, convaliente de la calentura

del susto, ó por mejor decir, ya más curado de lo que aparentaba, era un panegírico que en alabanza de San Carlos Borromeo se dijo con énfasis y se oyó con admiración en la catedral de Milan dos años ántes. En él se comparaba el Santo con Arquímedes en cuanto al estudio; y hasta aquí no había hallado tropiezo D. Abundo, porque Arquímedes hizo tales cosas, y tanto se ha hablado de su sabiduría, que para tener noticia de él no es necesaria una erudición muy vasta. Después de Arquímedes seguía el orador la comparación con Carneades, y aquí el lector se hallaba atollado. En esto fue cuando Perpétua anunció la visita de Antoñuelo.

— ¡Á estas horas! — exclamó también, como era natural, D. Abundo.

— ¿Que quiere usted? esas gentes no tienen tiro; pero ¡si no se le coge al vuelo...

— Seguramente que si no le pescó ahora, ¿quién sabe cuándo le echaré la vista encima? Dile que éntre... Oye, ¿estás segura que es Antoñuelo?

— Vaya, — respondió Perpétua, bajando la escalera.

Abrió la puerta y dijo:

— ¿Dónde estás?

Presentóse entonces Antoñuelo, y al mismo tiempo se dejó ver Ines saludando á Perpétua por su nombre.

— ¡Buenas noches, Ines! — contestó Perpétua. — De dónde se viene á estas horas?

— Vengó — respondió Ines — de la aldea inmediata... Y si usted supiera... Justamente por usted me he detenido tan tarde.

— ¡Por mí! ¿Y cómo! — preguntó Perpétua.

Y vuelta á los dos hermanos:

— Entrad, — dijo, — que allá voy luégo.

— Una mujer — prosiguió Ines — de las que todo se lo quieren saber y nada saben... ¿Creerá usted? estaba empeñada en sostener que usted no se había casado con Pepe Suela-vieja ni con Anselmo Longuina porque ellos no quisie-

ron, y yo porfiaba en que usted, al contrario, les habia dado calabazas á los dos.

— Así es... ¡Qué mentirosa!... ¡qué embusterona! ¿Y quién es esa mujer?

— No me lo pregunte usted, porque soy enemiga de meter chismes.

— Sí, me lo ha de decir usted. ¡Se ha visto semejante embustera!

— Basta ya... usted no puede figurarse cuánto sentí no saber toda la historia para confundir á aquella mujer.

— Es una mentira la más grande del mundo, — dijo Perpetua. — Por lo que toca á Pepe, todos saben y han visto... Antoñuelo, entorna la puerta y sube, que voy allá al instante.

Antoñuelo respondió que si por la parte de adentro, y Perpetua continuó su narración.

En frente de la puerta de D. Abundo habia entre dos casillas una callejuela, que luego torcía hacia el campo. Ines se fué insensiblemente retirando á ella, como si quisiese ponerse en paraje donde poder hablar con más libertad, y Perpetua la fué siguiendo maquinalmente.

Así que volvieron la esquina y se hallaron donde no podia verse lo que pasaba delante de la casa de D. Abundo, Ines tosió muy recio, que esta era la señal concertada. Oyóla Lorenzo, animó á Lucia apretándole el brazo, y los dos de puntillas volvieron tambien su esquina, se cosieron á la pared, se acercaron á la puerta, la abrieron poco á poco, y uno á uno entraron en el zaguán. Allí los aguardaban los dos hermanos. Lorenzo echó con gran tiento el pestillo, y los cuatro subieron la escalera, sin meter más ruido que el que meterian dos personas. Llegados todos á lo alto, los dos hermanos se acercaron á la puerta del cuarto que estaba á la derecha de la escalera y los dos novios se estrecharon á la pared.

— ¡Deo gracias! — dijo Antoñuelo con voz vigorosa.

— Antoñuelo, entra, — respondieron de adentro.

Abrió Antoñuelo la puerta sólo lo preciso para entrar con su hermano uno tras otro. El golpe de luz que salió de re-

rente por la parte abierta de la puerta, cruzando el pavimento oscuro del rellano, atemorizó á Lucia, como si creyese ser vista. Entrados los dos hermanos, Antoñuelo cerró la puerta, y los novios quedaron inmóviles en la oscuridad con el oído atento y deteniendo el resuello, por manera que el ruido mayor era el que metian los latidos del corazón de la pobre Lucia.

Estaba D. Abundo sentado, como hemos dicho, en su sillón antiguo á la escasa luz de un ruín velón, envuelto en una bata vieja, y encapuchado en un gorro todavía más viejo y mugriento que le caía sobre los ojos. Salíale del gorro dos guedejas pobladas y canas: éranlo tambien el bigote, las cejas y la perilla, y como todo sobresalía en una cara morena y bastante arrugada, es fácil hacerse una idea de la rara figura que presentaba el buen D. Abundo.

— ¡ Ah ! ¡ Ah ! — fué el primer saludo con que recibió á los dos hermanos, quitándose al mismo tiempo los anteojos, que metió en el librillo.

— Extrañará el señor Cura que haya venido tan tarde, — dijo Antoñuelo inclinando el cuerpo, como tambien lo hizo aunque chabacánamente Gervasio.

— Cierto que es ya muy tarde, bajo todos aspectos. ¿ No sabes que estoy malo ?

— Lo siento mucho.

— Bien lo habrás oído decir... Y no sé cuándo podré salir á la calle... pero ¿ por qué te has traído á la cola á ese... á ese mozuelo ?

— Para que me acompañara, señor Cura.

— Vaya, pues, vamos.

— Son veinticinco belingas nuevas de las que tienen un San Ambrosio á caballo, — dijo Antoñuelo sacando del bolsillo un atadito.

— Veamos, — replicó D. Abundo.

Y tomando el atadito, se plantó otra vez los anteojos, le des envolvió, sacó las belingas, les dió mil vueltas, las contó y recontó, y las halló corrientes.

— Ahora, señor Cura, me hará usted el favor de volverme el collarcito de mi Tecla.

— Es muy justo, — respondió D. Abundo.

Y se dirigió á un armario, sacó la llave, miró alrededor como para apartar á los circunstantes, abrió sólo una hoja, ocupó con el cuerpo todo el hueco, metió la cabeza para ver lo que hacía, y un brazo para tomar la prenda: la sacó, cerró el armario, desenvolvió el papelillo, y dijo: «Esta es; dóblele otra vez, y se le entregó á Antoñuelo.

— Ahora, pues, — dijo este, — sírvase usted hacerme en un papel dos garabatos.

— ¿También eso?... — dijo D. Abundo: — ¡y lo que saben estos palurdos! ¡Cómo está el mundo en el día! ¿Conque no te fías de mí?

— ¿Cómo, señor Cura? muchísimo; pero como mi nombre está puesto allí en su librote, en la hoja de las deudas... puesto que se tomó usted el trabajo de escribir entónces... En fin, somos mortales...

— ¡Bien, bien! — interrumpió D. Abundo.

Y refunfuñando tiró de un cajoncito de la mesa, sacó papel, pluma y tintero, y se puso á escribir, repitiendo en alta voz las palabras á medida que salían de la pluma. Antoñuelo, entre tanto, y á una señal suya su hermano, se colocaron delante de la mesa para quitar que se viera la puerta, y, como por ociosidad, estregaban los piés en el suelo, tanto para avisar á los que estaban afuera, como para que no se oyese el ruido de las pisadas.

Embebecido D. Abundo en lo que escribía, en nada reparaba. Al estregar de los cuatro piés, Lorenzo cogió de un brazo á Lucía, y apretándose para infundirle ánimo, echó á andar trayéndola toda trémula tras sí, pues sola no hubiera podido dar un paso. Entraron los dos de puntillas, y reprimiendo el resuello, se pusieron detras de los dos hermanos. En esto, habiendo D. Abundo acabado de escribir, leyó el papel sin levantar la vista, y le dobló, diciendo: «¿Estás contento ahora?» Y quitándose con una mano los

autojos, alargó con la otra el papel á Antoñuelo, levantando la cabeza. Tendiendo este la mano para tomarle, se apartó á un lado, y Gervasio á otro, y hé aquí que á manera de una decoración teatral, aparecieron en el medio Lorenzo y Lucía. Parecióle á D. Abundo un sueño, quedó absorto, y todo esto en el tiempo que empleó Lorenzo en pronunciar las palabras: «Señor Cura, protestó en presencia de estos dos testigos, que esta es mi mujer.» Aún no había acabado de pronunciar la última palabra, cuando don Abundo había ya dejado caer el recibo, cogido con la mano izquierda el velon, y arrastrado con la derecha el tapete de la mesa, tirando al suelo libro, tintero y salvadera, y saltando entre el sillón y la mesa, se acercó á Lucía. Apénas la pobrecilla con blanda y trémula voz había pronunciado la palabra, «Y este...» cuando D. Abundo le echó groseramente sobre la cabeza el tapete para impedirle que concluyese la fórmula, y dejando caer luego la luz que traía en la otra mano, se ocupó con ambas en apretarle el tapete á la cara, en términos que casi la ahogaba, gritando al mismo tiempo con toda su fuerza: «¡Perpétua! ¡Perpétua! ¡traicion! ¿quién me socorre?» La luz moribunda en el suelo reflejaba un resplandor pálido é intermitente sobre Lucía, la cual enteramente desalentada, ni siquiera trataba de desenvolverse, por manera que podía compararse con una estatua modelada en barro, sobre la cual hubiese echado el artifice un paño humedecido. Apagada del todo la luz, dejó D. Abundo su presa, buscando á tientas la puerta que conducía á otro cuarto, y habiéndola encontrado, entró en él y se cerró por dentro sin dejar de gritar: «¡Perpétua! ¡traicion! ¿quién me socorre? ¡Fuera, fuera de casa!» En el otro cuarto todo era confusion. Lorenzo trataba de agarrar al Cura, buscándole con los brazos tendidos para adelante, como si jugara á la gallina ciega, llegó á la puerta, y dando golpes en ella, decía: «¡Abra usted! ¡abra usted! ¡no alborote!» Lucía llamaba con voz desfallecida á Lorenzo, y decía en tono de súplica: «¡Vámonos por amor de Dios!» Antoñuelo andaba á gatas barriendo

con las manos el suelo para encontrar su recibo, y Gervasio, dado al diablo, gritaba buscando la puerta de la escalera para ponerse en salvo.

En medio de semejante gresca, no podemos menos de detenernos un momento para hacer una reflexion.

Lorenzo alborotando de noche en casa ajena, adonde se habia introducido furtivamente, y sitiando al dueño en un cuarto, tenia toda la apariencia de un opresor, y sin embargo, era en realidad el oprimido. D. Abundo sorprendido, puesto en fuga y atemorizado mientras se ocupaba sossegadamente en sus negocios, pudiera parecer una victima; con todo, examinado bien el asunto, él era quien faltaba á su deber. Asi van las cosas en este mundo... Quiero decir que asi iban en el siglo décimoséptimo.

Viendo el sitiado que el enemigo no pensaba en levantar el sitio, abrió una ventana que caía delante de la iglesia, gritando á gañote tendido: « ¡ Favor al Cura! ¡ favor al Cura! » Hacia la luna más hermosa del mundo; la sombra de la iglesia, y más adelante la larga y aguda de la torre se extendian inmóviles y limpias en el herboso suelo de la plazuela: todos los objetos casi podian distinguirse como de dia; sin embargo no parecia alma viviente en todo cuanto alcanzaba la vista. Pero cerca de la pared lateral de la iglesia, y justamente por el lado que miraba á la casa parroquial, habia una reducida covacha en que dormia el sacristan, quien, despertándose á las desaforadas voces de D. Abundo, saltó de la cama, abrió una hoja de su ventanilla, sacando la cabeza con las pestañas todavia pegadas, y dijo:

— ¿ Qué sucede?

— Corra usted, Ambrosio, — gritó D. Abundo. — Socórrame usted; hay gente en casa.

— Voy al momento, — contestó el sacristan.

Entróse de nuevo, cerró la ventanilla, y medio dormido y más que medio espantado, encontró al punto un expediente para dar más auxilio del que le pedian, sin meterse en la zambra, cualquiera que fuera. Cogió los calzones que tenia

sobre la cama, se los puso debajo del brazo, y bajando á brincos una escalerilla de madera, corrió al campanario, echó mano á la cuerda de la mayor de las campanas, y empezó á tocar á rebato.

Al dan dan de la campana, se sientan en la cama los aldeanos, y los mozos que duermen en los pajares aplican el oído y se levantan: « ¿ Qué será esto? tocan á rebato. ¿ Si será fuego? ¿ Si serán ladrones? ¿ Si serán forajidos? » Muchas mujeres aconsejan y piden á sus maridos que no se muevan y dejen que vayan otros; algunos se levantan y se asoman á la ventana; los cobardes, como si cediesen á las súplicas, se acurrucan debajo de la coleha; los más curiosos y los más animosos acuden á coger horquillas y escopetas, y otros se quedan á la expectativa.

Pero ántes que los valientes estuviesen en disposicion de obrar, y áun ántes que estuviesen bien despiertos, ya el alboroto habia llegado á oídos de otras personas que velaban vestidas, á saber, los bravos en un paraje, y Perpétua é Ines en otro. Referiremos desde luégo en pocas palabras lo que hicieron los primeros desde el instante en que los dejámos parte en la casucha y parte en la taberna. Estos tres, cuando vieron todas las puertas cerradas y las calles sin gente, salieron aparentando que iban muy léjos; dieron una vuelta al lugar para cerciorarse de que todos estaban recoge-



Echó mano á la cuerda de la mayor de las campanas, y empezó á tocar á rebato.

dos, y con efecto, no hallaron alma viviente ni oyeron el más leve rumor.

Pasaron tambien delante de la pobre casita de Lucia, la más silenciosa de todas, pues nadie habia en ella, y luego marcharon en derechura á la casucha para hacer su relacion al señor *Canoso*, el cual se puso inmediatamente un sombrero muy grande, se echó encima una esclavina de hule, tomó en la mano un bordon de peregrino, y dijo: « Vamos, compañeros, silencio y atencion á las órdenes. » Con esto echó á andar el primero. Siguiéronle los demas, y en breve llegaron á la casita por camino opuesto al que tomaron nuestros amigos cuando salieron para su expedicion. Mandó el *Canoso* parar su gente á la distancia de algunos pasos, adelantóse él solo para explorar, y viendo que todo estaba solitario y sosegado, llamó á dos de los suyos que escalasen silenciosamente la cerca del corral, ocultándose luego en un rincon detras de una grande higuera. Hecho esto, llamó suavemente á la puerta, con ánimo de suponerse un peregrino extraviado que pedia hospedaje hasta que amaneciese. Como nadie respondiese, llamó de nuevo algo más fuerte, y viendo que ninguno resollaba, hizo venir otro bandolero, mandándole que bajase al corral como los otros dos, con el encargo de levantar ó correr poco á poco por la parte de adentro el cerrojo para tomar la libre entrada y salida. Todo se ejecutó con gran tiento y feliz resultado. Va entónces á llamar á los demas, los hace entrar consigo y los oculta al lado de los primeros. Abre despues la puerta con mucha precaucion, coloca allí dos centinelas, y marcha en derechura á la otra puerta del piso bajo. Allí llama igualmente, y aguarda en vano que le respondan: empuja tambien poquito á poco aquella puerta; pero nadie pregunta: ¿Quién es? Nadie se mueve, y segun el *Canoso*, la cosa iba perfectamente. Llama, pues, á los que estaban escondidos detras de la higuera, y entra con ellos en aquel cuarto bajo en donde por la mañana habia traidoramente mendigado un pedazo de pan. Saca eslabon, piedra, yesca y pajueta, enciende una linternita que llevaba consigo, entra en otro cuarto

más adentro para cerciorarse si habia alguien, y á nadie encuentra.

En seguida vuelve atras, se asoma á la puerta de la escalera, aplica el oido, y todo es soledad y silencio. Deja en el piso bajo otras dos centinelas y hace que le siga el *Gritapoco*, un bravo de la ciudad de Bérgamo, que era el que debia amenazar, acallar, mandar, en una palabra, ser el que hablase, á fin de que su dialecto hiciese creer á Ines que la expedicion venia de aquel país.

Con este valenton al lado y los otros detras subió el *Canoso* la escalera muy de quedo, echando un voto para si á cada escalon que rechinaba y á cada pisada de aquellos bribones que metia algun ruido.

Llegado arriba, « aqui está la liebre, » dijo entre sí, y empujando suavemente la puerta de la primera pieza, mete la cabeza y encuentra oscuridad, aplica el oido para oir si alguno ronca, respira ó se menea; pero nadie se mueve: avanza entónces, se pone la linterna delante, para ver sin ser visto, abre de par en par la puerta, y viendo una cama corre hácia ella, pero la encuentra hecha y vacia. Se encoge de hombros, vuelve á los compañeros, les hace señal de que va á la otra pieza y que le sigan sin meter ruido. Con efecto entra en ella, hace las mismas ceremonias, y encuentra lo mismo. « ¿Qué diablos es esto? dijo en voz alta. ¿Si alguno nos habrá vendido? » Todos entónces se ponen á buscar con menos silencio; no hay rincon que no registren trasteando por la casa de arriba abajo. Mientras, estaban ocupados en la faena, los dos que guardaban la puerta de la calle oyen venir alguien hácia ella y acercarse con menudos y presurosos pasos, y suponiendo que cualquiera que sea pasará adelante, se quedan quietos sin dejar de estar prevenidos para todo evento. Cesan las pisadas á la puerta, y era Mingo que venia enviado por el padre capuchino para avisar á las dos mujeres, que por amor de Dios huyesen al instante y se refugiasen al convento, porque... El porqué ya lo saben nuestros lectores. Agarra Mingo la aldaba para llamar, y advierte que

está desclavada : « ¿ Qué es esto ? » dice para sí, y atemorizado empuja la puerta, que se abre sin resistencia. Mete un pié dentro con gran cautela, y se siente coger por ambos brazos y que en voz baja le dicen : « Si chistas, mueres. » Mingo, al contrario, da un grito furioso : uno de los bandoleros, le pega un bofetón en la boca, y el otro saca un puñal para asustarle. Tiembla el pobre muchacho como un azogado, sin



Se siente coger por ambos brazos.

pensar en gritar, cuando de repente, y con otro tono, suena el primer toque de la campana, y tras de aquel otros. El que mal anda siempre está en brasas, dice un refrán milanés; así es que á los dos bandoleros les pareció oír en aquel toque de campanas, su nombre, su apellido y apodo; por lo cual saltaron más que de prisa á Mingo, metiéndose en la casa en donde estaban los demas. Mingo en libertad, echó á correr por la calle, tomando el camino del campanario, en donde por lo ménos debía haber algunas personas. La misma impresion hizo la campana en los demas guapos. Con esto se atur-

den, se confunden, tropiezan unos con otros, y cada uno busca el camino más corto para coger la puerta : sin embargo, era gente á toda prueba, y acostumbrada á no arredrarse por cosa alguna; pero no pudieron mantenerse firmes contra un peligro indeterminado y que no previeron ántes de que se les echase encima.

Fué necesaria toda la superioridad del *Canoso* para que no se desbandase la chusma, y se convirtiese en fuga la retirada. Así como el perro que guarda una piara de cerdos, corre de una á otra parte para reunir á los que se desbandan, acometiendo á la oreja del uno, mordiendo el rabo del otro, y ladrando al más descarriado, de la misma manera atrapa el *Canoso* á uno que ya tocaba el umbral de la puerta, de tiene con el bordon á dos que estaban cerca de ella, grita á otros que corrian sin saber dónde, tanto que al fin consigue reunirlos á todos en el corral, y aquí les dice : « ¡ Alto ! ¡ alto ! prontas las pistolas, listos los puñales, y todos unidos marchemos : así es como se debe ir. ¿ Quién queréis, majaderos, que se nos acerque estando juntos ? pero si fuésemos uno á uno, hasta los aldeanos se os atreverían. ¡ Qué vergüenza ! Ea, todos detras de mí, y bien unidos. » Despues de esta lacónica arenga, se puso al frente y salió el primero. La casa, como dijimos, estaba á la salida del lugar, tomó el *Canoso* aquel camino, y todos le siguieron en buen orden.

Dejémoslos ir, y volvamos unos pasos atras para buscar á Ines y á Perpétua que dejamos plantadas á la vuelta de cierta esquina. Ines habia procurado alejar á Perpétua todo lo posible de la casa de D. Abundo, y hasta cierto punto la cosa habia salido perfectamente. Pero la criada se acordó de repente que la puerta quedaba abierta, y quiso volver atras. Nada habia que oponerle, é Ines para no escamarla tuvo que dar la vuelta con ella, y retroceder, haciendo sin embargo lo posible para entretenerla cada vez que la veia enfervorizada en la relacion de sus malogrados casamientos. Aparentaba oirla con atencion ; y de cuando en cuando, para manifestar que no se distraia y alimentar la charla, decia : « Cierto, ye

comprendo; va bien; claro está; ¿y luego? ¿y él? ¿y usted?» Pero entre tanto discurría en lo interior de esta manera: «¿Si habrán salido ya? ¿Qué torpes hemos andado en no haber convenido en una señal para que me avisasen cuando la cosa estuviese hecha! ¿Qué torpeza! En fin, no hay remedio; ahora lo mejor es entretener á esta, pues á turbio correr nada hay perdido sino un poco de tiempo más.» De esta manera, á pausas y á carreritas, habian llegado las dos mujeres á poca distancia de la casa de D. Abundo, que por causa de la esquina no veian todavía. Tratándose un punto importante de la narración, Perpétua sin advertirlo se habia detenido, cuando de repente llegaron tronando á sus oídos aquellos primeros gritos desaforados de D. Abundo: «¡Perpétua! ¡Perpétua! ¡traición! ¿No hay quien me socorra?»

— ¡Válgame Dios! ¿Qué será esto? — exclamó Perpétua en ademán de echar á correr.

— ¿Qué es eso? ¿qué es eso? — dijo Ines deteniéndola por el guardapiés.

— ¡Válgame Dios! ¿No ha oído usted? — replicó desasiéndose Perpétua.

— Pero ¿qué es? — repitió Ines cogiéndola de un brazo.

— ¡El diablo de la mujer! — exclamó Perpétua librándose de ella con un empujón, y echó á correr.

Al mismo tiempo, más lejos y más agudos se oyeron los chillidos de Mingo.

— ¡Válgame Dios! — exclamó también Ines corriendo detras de la otra.

Aún no habian andado cuatro pasos, cuando el esquilon empezó sus toques, que hubieran sido espuelas, si de ellas hubiesen necesitado.

Perpétua llegó como unos dos pasos antes, y al echar la mano á la puerta para empujarla, la abrieron de par en par por dentro, y se encontró en el umbral con Antoñuelo, Gervasio, Lorenzo y Lucía, los cuales habian dado con la escalera, la bajaron á brincos, y oyendo luego aquel tocar á rebato, corrian á todo correr para escaparse.

— ¿Qué hay? ¿qué hay? — preguntó Perpétua jadeando á los dos hermanos, que contestaron con un empujón, y se escurrieron. — ¿Y vosotros? ¿Cómo! ¿Qué hacéis aquí vosotros? — preguntó luego á la otra pareja, así que vió quienes eran; pero ellos tambien salieron sin contestar palabra.

Para acudir Perpétua á lo más urgente, no trató de hacer mayores indagaciones, sino que entró apresuradamente en el zaguan, dirigiéndose á tientas á la escalera.

Los dos novios medio desposados se encontraron con Ines, que fatigada y afanosa, acababa de llegar.

— ¡Ah! ¿aquí estáis? — dijo sacando con trabajo las palabras... — ¿Cómo habéis salido? ¿Y qué es eso de la campana? Me parece haber oído...

— Á casa, á casa, — interrumpió Lorenzo, — ántes que se reuna gente.

En esto llega Mingo, los conoce, se para delante de ellos, y todavia temblando, con voz casi apagada, dijo:

— ¿Adónde van ustedes? Vuelvanse aprisa y al convento.

— ¿Eres tú? — dijo Ines; — ¿qué hay? — preguntó Lorenzo; — y llena de terror, Lucía temblaba sin hablar palabra.

— Que los demonios andan en casa, — contestó Mingo jadeando; yo mismo los he visto; me quisieron matar. Lo ha dicho el padre Cristóbal y ha dicho que usted, Lorenzo, vaya tambien al punto; y luego yo los he visto. Fortuna que los encuentro á ustedes aquí. Ya lo diré todo cuando estemos más lejos.

Lorenzo, que era el que estaba más en su acuerdo, juzgó que por un lado ó por otro convenia irse al instante ántes que llegase gente; que lo más acertado seria hacer lo que aconsejaba, ó por mejor decir mandaba Mingo con toda la fuerza de un espantado, y que luego por el camino, y fuera de todo peligro, se podria saber por menor del muchacho lo que pasaba.

— Con efecto, — le dijo; — véte delante; y vámonos con él, — dijo á las mujeres.

Y los cuatro volvieron atrás. Tomando aprisa hácia la iglesia, atravesaron su plazuela, donde por fortuna no había aún alma viviente; entraron en una callejuela que atravesaba entre la iglesia y la casa de D. Abundo, se metieron por el primeratajo, y siguieron su camino por medio de los campos.

No habían andado cincuenta pasos cuando empezó á acudir gente, aumentándose por momentos; mirábanse unos á otros; cada uno tenía cien preguntas que hacer, y ninguna respuesta que dar. Los que llegaron primero, corrieron á la puerta de la iglesia, y la encontraron cerrada; se dirigieron entónces al campanario, y uno de ellos acercó la boca á una especie de tronera, diciendo:

— ¿Qué diablos hay?

Cuando Ambrosio oyó voz conocida, soltó la cuerda de la campana, y notando por el murmullo que se había juntado mucha gente:

— Voy á abrir, — contestó.

Púsose de cualquier manera los calzones, que hasta entónces había tenido debajo del brazo, y por la parte de adentro abrió la puerta de la iglesia.

— ¿Qué alboroto es este? — preguntaron muchos; — ¿qué hay? ¿qué ha sucedido?

— ¿Cómo qué hay? — dijo Ambrosio teniendo con una mano una hoja de la puerta, y sosteniéndose con la otra los calzones. — ¿Cómo? ¿no lo saben ustedes? Hay gente en casa del señor Cura. ¡Ánimo, muchachos, á ellos!

Todos se dirigieron entónces á casa de D. Abundo: miran, se acercan en tropel, vuelven á mirar, aplican el oído, y no hallan novedad alguna. Otros van á la puerta de la calle, y la encuentran cerrada y afrancada; miran arriba, y no ven ventana alguna abierta ni oyen el menor ruido.

— ¡Hola! ¿Quién está ahí dentro? — gritan; — ¡señor Cura! ¡señor Cura!

Don Abundo que, vista la fuga de los invasores, se había retirado de la ventana, y acababa de cerrarla, estaba en aquel momento batallando en voz baja con Perpétua por haberle

dejado solo en aquel peligro; cuando oyó que el pueblo le llamaba, tuvo que asomarse de nuevo á la ventana; y viendo tanta concurrencia, se arrepintió de haberla provocado.

Mil voces á la vez gritaban diciendo:

— ¿Qué ha sido? ¿Qué le han hecho á usted? ¿Adónde están? ¿Quiénes son?

— Ya no hay nadie: os doy las gracias; volveos á vuestras casas. Ya no hay nada: gracias, hijos, gracias por vuestra atención.

Aquí empezaron algunos á refunfuñar, otros á burlarse, otros á votar, otros á encogerse de hombros, y ya todos se marchaban, cuando llegó uno tan agitado, que apenas podía echar el aliento. Vivía este casi en frente de la casa de Ines, y habiéndose asomado á la ventana al oír el ruido, había visto en el corral aquella confusión de los bravos cuando el *Canoso* trabajaba para reunirlos. Recobrando el aliento, gritó:

— ¿Qué hacéis aquí, muchachos? El diablo no está en este sitio sino al último de la calle, en casa de Ines Mondella. Hay gente armada dentro; parece que quieren matar á un peregrino. ¿Quién sabe que diablos hay allí?

— ¿Qué dices? ¿qué es eso? — preguntan algunos.

Y principia una consulta tumultuosa.

— Conviene ir, es necesario ver. ¿Cuántos somos? ¿Cuántos son ellos? ¿Cuántos son?... ¿El cónsul? ¿Dónde está el cónsul?

— Aquí estoy, — contesta el cónsul en medio de la turba, — aquí estoy: es preciso que me ayudéis, y sobre todo que me obedezcáis. Pronto, ¿adónde está el sacristan? ¡La campana! ¡la campana! Que uno vaya corriendo á Leco para pedir auxilio. Venid aquí todos.

Unos se presentaron; otros, deslizándose entre la muchedumbre, tomaron soleta. El alboroto era grande, cuando llegó otro que los había visto huir, y también él á su vez gritaba:

— Corred, muchachos; son ladrones ó bandoleros que

huyen con un peregrino. Ya están fuera del pueblo; ¡á ellos! ¡á ellos!

Á este aviso, sin aguardar más orden, echan á andar todos de tropel hácia la salida del pueblo, y á medida que el ejército se adelanta, muchos de la vanguardia acortan el paso y se van quedando atras, ó se confunden con los del centro. Los últimos avanzan, y por fin llega el enjambre confuso al paraje indicado. Recientes y claras estaban las señales de la invasion; las puertas abiertas, los cerrojos arrancados; pero los invasores habian desaparecido. Entra la turba en el corral, llega á la puerta del piso bajo, y la halla tambien desquiciada. Unos llaman á Ines, otros á Lucía, y otros al peregrino. «Sin duda Estéban lo habrá sonado, dicen algunos. — No por cierto, responden otros, que los vió tambien Carlos y Andres.» Vuelven á llamar al peregrino, á Ines y á Lucía; y como nadie responde, se persuaden de que se las han llevado. Hubo entónces varios que levantando la voz, propusieron que se siguiese á los ladrones diciendo que era una iniquidad, y seria una deshonra para el lugar si cualquier bribon pudiese impunemente llevarse las mujeres, lo mismo que el milano se lleva los pollos en una era descuidada. Aquí hubo nueva consulta, y más tumultuosa; pero uno, que nunca se supo quién fué, esparció la voz de que Ines y Lucía se habian puesto en salvo en otra casa. Difundióse rápidamente la especie, y como adquiriese crédito, ya nadie volvió á hablar de perseguir á los fugitivos; con lo que se diseminó la turba, retirándose cada uno á su casa. Por todas partes se oía bullicio, llamar y abrir las puertas, parecer y desaparecer luces, mujeres á las ventanas preguntando, y gentes respondiendo desde las calles. Vueltas estas á su antigua soledad, continuaron las conversaciones en las casas, y murieron entre bostezos para empezar de nuevo al dia siguiente; sin embargo, no hubo más hecho sino que aquella mañana, estando el cónsul en el campo, apoyado en su azadon, cavilando acerca de los acontecimientos de la noche anterior y discurriendo qué cosa en razon de sus atribuciones le tocabr

hacer, vió venir hácia él dos hombres de gallarda presencia, ricamente puestos, aunque parecidos en lo demas á los que cinco dias ántes acometieron á D. Abundo, cuando no fuesen los mismos; los cuales con ménos ceremonia que entónces le intimaron que si deseaba morir de enfermedad, se guardase bien de dar parte al *Podestá* de lo ocurrido, de decir la verdad en el caso que fuese preguntado y de tener habladurias y fomentarlás entre los aldeanos.

Mucho tiempo caminaron aprisa y en silencio Lorenzo, Ines



Luégo acariciaron al muchacho.

y Lucía volviéndose ya uno, ya otro para ver si álguien los seguía, molestando á los tres la fatiga de la fuga, la incertidumbre en que se hallaban, el sentimiento del mal éxito de la empresa, y el temor confuso de un peligro aún no bien conocido. Aflijalos todavia más el toque continuo de la campana, que, disminuyéndose al paso que se alejaban, parecia más lúgubre y de peor agüero. Cesado por fin el campaneó, y hallándose nuestros fugitivos en paraje solitario y silencioso, acortaron el paso, y fué Ines la primera que, cobrando ánimo, rompió el silencio, preguntando á Lorenzo cómo habia salido la cosa, y á Mingo, quién diablos eran los que habia en su casa. Contó Lorenzo brevemente su historia; y vueltos luégo

los tres al muchacho, refirió este circunstanciadamente el aviso del padre Cristóbal, y dió cuenta de lo que él mismo había visto y del riesgo que había corrido, lo que confirmaba demasiado aquel aviso. Comprendieron los oyentes más de lo que pudo decirles Mingo : estremeciéronse al oír aquella relación ; se pararon un momento en medio del camino y se miraron unos á otros como espantados. Luego con unánime impulso acariciaron al muchacho, tanto para darle tácitamente las gracias por haber sido para ellos un ángel tutelar como para manifestarle la lástima que les causaba, y en cierto modo pedirle perdón de lo que por ellos había sufrido y del peligro en que se había visto.

— Vuélvete, pues, á casa, — le dijo Ines, — para que tus gentes no estén con cuidado.

Y acordándose de la promesa de las dos monedas, le dió cuatro, añadiendo :

— Vaya, pide á Dios que nos veamos presto.

Lorenzo le dió tambien una *berlinga*, encargándole que nada dijese de la comision del padre Cristóbal, y Lucía le acarició de nuevo, le saludó afectuosamente, y el muchacho enternecido se despidió de todos, tomando el camino de su casa. Los tres entónces prosiguieron pensativos el suyo, las dos mujeres adelante, y Lorenzo detras como para escoltarlas. Iba Lucía agarrada del brazo de su madre, y evitaba con blandura el auxilio que el mozo le ofrecia en los malos pasos de aquel camino extraviado, avergonzándose entre si, aún en medio de tales apuros, de haber permanecido tanto tiempo sola y tan familiarmente con él, cuando esperaba ser dentro de pocos instantes su esposa. Pero disipando ya desgraciadamente aquel lisonjero sueño, se arrepentia de haberse excedido tanto ; y entre los infinitos motivos de temor, temblaba tambien, no por efecto de aquel pudor que nace de la certeza del mal obrar, sino de ciertos recelos desconocidos semejantes al miedo del muchacho que tiembla en la oscuridad sin saber qué es lo que teme.

— ¿ Y nuestra casa ? — exclamó Ines de pronto.

Pero por muy justo que fuese el cuidado que arrancaba aquella exclamacion, nadie contestó, porque nadie podia darle una respuesta satisfactoria. De esta manera continuaron en silencio su camino, hasta que por fin desembocaron en una plazuela, delante de la iglesia del convento.

Acercóse Lorenzo á la puerta, y habiéndola empujado sua-



¡ Gracias á Dios ! — exclamó.

amente, se abrió, iluminando los rayos de la luna que penetraban en ella la cara pálida y la barba blanca del padre Cristóbal, que los estaba aguardando cuidadoso. Viendo que nadie faltaba :

— Gracias á Dios ! exclamó.

Y les hizo señas de que entrasen. Estaba al lado del religioso otro capuchino, y era el sacristan lego, que cediendo á

las súplicas y razones del padre Cristóbal, se había prestado á velar con él, á dejar entornada la puerta, y á quedar de centinela para acoger á aquellos desgraciados.

Y á la verdad era necesaria toda la autoridad de fray Cristóbal y su opinion de santo, para determinar al lego á una condescendencia, sobre incómoda, irregular y peligrosa. Así que entraron, entornó el padre Cristóbal otra vez la puerta, y entónces fué cuando no pudiendo resistir ya el sacristan, le llamó aparte susurrándole al oído :

— ¡Pero, Padre, de noche! ; En la iglesia! ; Con mujeres!... ¡Cerrar la puerta!... ; Y la regla?... ; Pero, Padre! (diciendo esto meneaba la cabeza.)

Mientras pronunciaba con dificultad estas palabras, el padre Cristóbal estaba pensando que si hubiese sido un asesino, perseguido por la justicia, fray Facio no le hubiera puesto dificultad ni embarazo, y ; á una pobre inocente que huía de las garras del lobo!... « *Omnia munda mundis,* » dijo luégo volviéndose de repente á fray Facio, sin acordarse que no entendía latin; pero semejante olvido fué justamente lo que produjo su efecto; porque si el padre Cristóbal se hubiera puesto á arguir con raiocinios, no le hubieran faltado á fray Facio razones que oponer, y sabe Dios hasta cuándo hubiera durado la disputa; pero al oír aquellas palabras, para él misteriosas, y pronunciadas con tanta resolucion, se le figuró que debian contener la solucion de todos sus escrúpulos.

Tranquilizóse, pues, y dijo :

— Está bien; usted sabe más que yo.

— Fiese usted de mí, — contestó el padre Cristóbal.

Y á la luz lánguida que ardía delante del altar, se acercó á sus protegidos, que perplejos estaban aguardando, y les dijo :

— Hijos míos, dad gracias al Señor que os ha librado de un peligro... Quizá en este momento...

Y aquí se extendió explicándoles lo que les había mandado á decir por el muchacho, pues no sospechaba que tuviesen más noticias que él, y suponía que Mingo los había encontrado

tranquilos en su casa ántes que llegasen los bandoleros. Ninguno le desengañó, ni tampoco Lucia, á quien sin embargo le acusaba la conciencia por semejante simulacion con un hombre de su clase; pero aquella era la noche de los enredos y de las ficciones.

— Ya veis — prosiguió el religioso — que en esta tierra no hay seguridad para vosotros. Este es vuestro país; habeis nacido en él; no habeis hecho daño á nadie; pero Dios lo quiere. Es una prueba, hijos míos; soportadla con paciencia, con fe, sin resentimiento, y no dudéis que llegará tiempo en que os alegréis de lo que ahora os está pasando. Yo he pensado ya en buscaros un refugio por estos primeros momentos, pues espero que presto podréis volver á vuestra casa. De todos modos, Dios proveerá para vuestro provecho, y yo procuraré corresponder á la gracia que me hace, eligiéndome como ministro suyo para consolaros en vuestras tribulaciones. Vosotras, continuó dirigiéndose á las mujeres — ireis á *** : allí estareis aera de peligro, y al mismo tiempo no lejos de vuestra casa. Buscaréis nuestro convento, y preguntando por el padre Guardian, le entregareis esta carta : el será para vosotras otro fray Cristóbal. Y tú tambien, Lorenzo mio, debes por ahora sustraerte á la ira ajena y á la tuya. Lléva, pues, esta otra carta al padre Buenaventura de Lodi en nuestro convento de la puerta oriental de Milan : este religioso te servirá de padre, te acomodará y te buscará donde trabajar hasta que puedas volver á vivir aquí tranquilamente. Ireis todos á la orilla del lago cerca de donde desagua el Bion, arroyo á poca distancia del convento. Allí vereis un hote parado, diréis « Barca », os preguntarán para quién, responderéis « San Francisco ». Entónces os acogerán en él, y os trasladarán al otro lado, en donde encontrareis un carruaje que os llevará en derechura á ***.

El que preguntase cómo fray Cristóbal tenía tan presto á su disposicion semejantes medios, manifestaría que ignoraba cuán grande era en aquel tiempo el poder de un capuchino en opinion de santo.

Faltaba hablar del cuidado de las casas. Tomó el Padre las llaves, encargándose de entregarlas á los que Lorenzo é Ines le indicaron. Al dar Ines la suya, arrojó un profundo suspiro acordándose de que su casa estaba abierta, que habia puesto en ella los piés el diablo, ¿y quién sabe lo que quedaba que guardar.

— Antes que os marchéis, — dijo el padre, — dirijamos nuestras súplicas al Señor, para que sea con vosotros en este viaje, y siempre, y sobre todo para que os dé fuerza y voluntad de querer lo que él quiere.

Diciendo esto, se arrodilló en medio de la iglesia, y todos hicieron lo mismo. Despues de haber rezado algunos instantes en silencio, pronunció el Padre en voz sumisa, pero clara, una plegaria en que todos le acompañaron, implorando la divina misericordia en favor del que era la causa principal de aquel trastorno, y pidiendo á Dios que le tocase el corazon para que se convirtiera.

Levantándose despues aprisa, dijo :

— Vaya, hijos ; no hay que perder tiempo : Dios os guie, y el ángel de la guarda os acompañe : adios.

Y mientras ellas se iban con aquella conmocion que no pueden expresar las palabras, y que se manifiesta sin ellas, añadió el Padre con voz de enternecimiento :

— Me da el corazon que presto hemos de volvernos á ver.

Y sin aguardar respuesta, se retiró apresuradamente. Saliéron los viajeros, y fray Facio cerró la puerta, despidiéndolos tambien él con voz algo alterada.

Dirigiéronse, pues, los tres á la orilla indicada, vieron el bote, y dada la señal, se embarcaron en él. Cogiendo el barquero dos remos, y bogando luego á dos brazos, se largó hácia el lado opuesto.

No corría viento alguno, estaba el lago como una balsa de aceite, y hubiera parecido inmóvil, á no ser por el ligero y trémulo ondear de la luna, que desde lo alto del ciclo reflejaba en él como en un espejo ; oíase sólo el suave y lento murmullo de las olas que lamian el guijó de la orilla : más léjos el

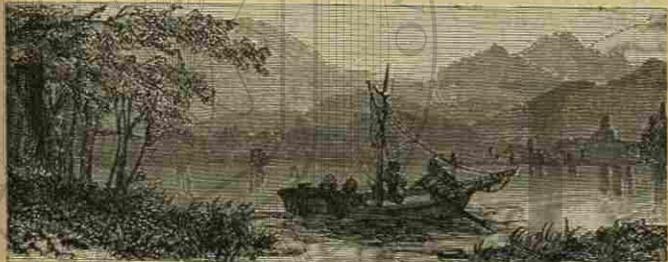
ruido del agua que se estrellaba en los pilares del puente, y los golpes compasados de los remos que cortaban el agua, salian de ella goteando y volvian á sumergirse. Las ondas que cortaba el bote, reuniéndose detras de la popa, dejaban señalada una raya que se iba separando de la orilla. Silenciosos los pasajeros, con la cara vuelta al punto que abandonaban, miraban las montañas y el país iluminados por el resplandor de la luna y variados de trecho en trecho por medio de grandes sombras.

Divisábanse las aldeas, las casas y hasta las cabañas. Descollando el palacio de D. Rodrigo con su torre chata sobre el miserable caserío amontonado en la falda del cerro, despertaba la idea de un hombre feroz que de pié en las tinieblas, al lado de unos compañeros dormidos, velaba meditando un delito. Vióle Lucía y estremeciése. Atravesó con la vista toda la pendiente hasta fijarla en su aldea : buscó la extremidad de ella, descubrió su casita, distinguió la espesa copa de la higuera que sobresalia de la cerca del corralito, vió la ventana de su aposento, y sentada como estaba en el bote, apoyó el codo en el borde, bajó la frente sobre él como para dormirse, y lloró secretamente.

¡ Adios, montañas que salís de las aguas, y vosotras elevadas al cielo cumbres desiguales, que conoce el que creció á vuestra vista, y que impresas estáis en su mente como los objetos más familiares ! ¡ Adios, torrentes cuyo curso estrepitoso le es tan conocido como el tono de voz de las personas de su familia ! ¡ Aldeas que blanqueáis esparcidas por esas pendientes como rebaños de ovejas, adios. ! ¡ Cuán triste es el trance del que criado entre vosotros tiene que abandonaros ! En la imaginación del mismo que voluntariamente se aleja, halagado con la esperanza de próspera fortuna, pierden su atractivo en aquel instante los sueños de grandes riquezas ; se admira de haber podido determinarse á partir, y al punto regresaría si no esperara volver presto poderoso. Cuando recorre los llanos, retrae la vista cansada al aspecto de aquella monótona extension, y le parece pesada y sin movimiento la atmósfera. Se introduce

con tristeza en las ciudades tumultuosas, y las casas pegadas á otras casas, y las calles que desembocan en otras calles, fatigan su respiración, y delante de los magníficos edificios que admira el extranjero, piensa con inquieto deseo en el campo de su país, y en la casita á que de largo tiempo atrás tiene echado el ojo para comprarla cuando vuelva rico á sus hogares.

¿Y qué será de aquel que ni con el deseo momentáneo pasó más allá de aquellas mismas montañas? ¿Y de aquel que á solas ellas redujo todos los proyectos de su futura suerte y á quien aleja una fuerza opresora? ¿Qué será de aquel que e.



El bote se iba acercando á la orilla derecha del Ada.

separado de sus más dulces, más queridos hábitos, y frustrado en sus esperanzas deja aquellas montañas para ir en busca de extranjeros que nunca deseó conocer, no pudiendo, ni en conjetura, figurarse el momento de su vuelta? ¡Adios, casa nativa, en donde con ocultas ansias aprendió el oído á distinguir de las pisadas comunes el ruido de unos pasos deseados con temor misterioso! ¡Adios, casa todavía extraña, casa mirada tantas veces de paso y no sin rubor, en la que se complace la imaginación, suponiéndola la morada tranquila y perpétua de una futura esposa! ¡Adios, iglesia en donde tantas veces entró el ánimo tranquilo á cantar las alabanzas del Señor, y en donde el suspiro secreto del corazón debía ser bendecido, y debía imponerse como obligación el amor después de santificado, adios!

De esta clase si no precisamente los mismos, debían ser los pensamientos de Lucía, y poco diferentes los de los dos peregrinos, mientras el bote se iba acercando á la orilla derecha del Ada.

CAPÍTULO IX

El sacudimiento del bote al tocar la orilla sacó de su enajenación á Lucía, la cual, después de limpiarse de oculto las lágrimas, se levantó como si despertase, saltó en tierra Lorenzo el primero, y dió la mano á Ines, quien, después de salir, se la dió á su hija, y los tres dieron con tristeza las gracias al barquero.

— No hay de qué: todos estamos en el mundo para ayudarnos unos á otros, — respondió el buen hombre, retirando la mano con desden, como si se le hubiese propuesto un robo, cuando Lorenzo quiso entregarle una parte de los cuartejos que tenía y que llevó consigo aquella noche para hacer una demostración á D. Abundo después de que, aun mal de su grado, le hubiese servido.

Ya estaba pronto el carruaje: saludó el carretero á los tres viajeros, los ayudó á subir, arreó la bestia, dió un latigazo y tomó el camino.

Aquí no describe nuestro autor este viaje nocturno, y no sólo calla el nombre del pueblo á que se dirigió la pequeña caravana, sino que manifiesta expresamente que no quiere nombrarle. Por el progreso de la historia se saca el motivo de su silencio. Las aventuras de Lucía en aquel país están enlazadas con una trama escandalosa de cierta persona perteneciente á una familia, según parece, rica y poderosa en el tiempo en que el autor escribía.

Sin embargo, para dar cuenta de la conducta reprehensible de la misma persona con respecto á Lucía, he tenido que re-

ferir en compendio su vida, y en ella la familia hace el papel que verá más adelante el que siga leyendo. Esta es la causa de la circunspeccion del historiador; sin embargo, como aun á los hombres más advertidos suele á veces hacerles traicion la memoria, él mismo, sin echarlo de ver, nos ha puesto en camino para descubrir lo que quiso ocultar con tanto empeño. En una parte de la relacion, que nosotros omitiremos como no necesaria para la integridad de la historia, se le escapa decir que aquel pueblo era una villa noble y antigua, á la cual sólo faltaba el título de ciudad para serlo; añade luego inadvertidamente en otro paraje, que pasa por ella el rio *Lambro*, y además que tiene un arcipreste. Con estos indicios no hay en toda Europa un hombre medianamente instruido que no conozca que aquel pueblo es Monza.

Poco despues de salir el sol, llegaron nuestros viajeros á Monza. Paró el carretero en un mesón y como práctico del país y conocido del mesonero, hizo disponer un cuarto para los nuevos huéspedes, y los acompañó á él. Despues de darle Lorenzo las gracias, trató de recompensarle; pero aquel, lo mismo que el barquero, se negó á recibir recompensa alguna. Contando con la del cielo, retiró la mano, y como huyendo, marchó á cuidar de su bestia.

Despues de una primera noche como la que hemos descrito y del resto de ella, como cualquiera puede figurarse, pasada en gran parte con pensamientos tristes, con temor continuo de algun acontecimiento desagradable en el silencio y oscuridad, y entre el violento traqueteo del incómodo carruaje, que sacudia á los viajeros en el momento en que empezaba á vencerlos el sueño, á la inclemencia de un fresco más que otoñal, les supo bien descansar en el banco de una pieza medianamente resguardada del aire. Aquí comieron alguna cosa correspondiente á la penuria de los tiempos, á los escasos medios en proporcion de las urgentes necesidades, á un porvenir incierto y al poco apetito.

Acordáronse todos sucesivamente del banquete que dos dias ántes esperaban tener, y cada uno á su vez dió un pro-

fundo suspiro. Lorenzo hubiera querido detenerse á lo ménos todo aquel dia, ver á las dos mujeres acomodadas, y asistir-las en aquellas primeras diligencias; pero el padre Cristóbal habia encargado á las dos que le enviasen inmediatamente á su destino; alegaron de consiguiente dichas órdenes, con otras muchas razones, á saber, que la gente hablaría más de lo regular; que cuanto más tardase en irse, tanto mayor sería el sentimiento de todes al separarse, que podia volver presto á verlas, y en fin, tanto dijeron, que el jóven determinó marcharse. Concertaron, pues, las cosas más por menor; Lucía no ocultó sus lágrimas; Lorenzo pudo apenas reprimir las suyas, y apretando las manos á Ines, dijo con voz ahogada: « ¡ Adios ! » y marchóse.

Más empantanadas se hubieran hallado las dos mujeres, á no haber sido por aquel buen carretero que tenia orden de conducir-las al convento, dirigirlas y asistir-las en todo cuanto hubiesen necesitado. Guiadas por él se encaminaron, pues, al convento, que, como todos saben, dista de Monza un corto paseo. Llegados á la porteria, el carretero tiró de la campanilla é hizo llamar al Guardian, que no tardó en presentarse y recibir la carta.

— ¡ Hola, fray Cristóbal ! — dijo conociendo la letra.

El tono de la voz y los movimientos de la cara indicaban claramente que pronunciaba el nombre de un grande amigo suyo.

Es indudable que el padre Cristóbal en aquella carta recomendaria con mucho calor á las dos mujeres, y referiria circunstanciadamente su desgracia, porque el padre Guardian daba de cuando en cuando muestras de sorpresa y de indignacion, y levantando los ojos, miraba á las dos mujeres con expresion de lástima y de interes. Así que acabó de leer la carta, estuvo algun poco pensativo, y luego dijo para sí :

— No hay sino la señora... como la señora tomé sobre si este empeño...

Llamó luego á la madre algunos pasos aparte en el atrio del convento, le hizo algunas preguntas, á las que Ines

satisfizo, y volviéndose despues á Lucía, dijo á las dos :

— Amigas mías, yo buscaré, y espero encontraros un asilo más que seguro y honesto, hasta que Dios disponga otra cosa mejor. ¿ Queréis venir conmigo ?

Contestaron las dos respetuosamente que sí, y el Padre continuó diciendo:

— Vamos al convento de la señora; pero quedaos algunos pasos atrás, porque la gente se complace en murmurar de los religiosos, y quien sabe los cuentos que forjarían si viesen al padre Guardian por la calle con una muchacha hermosa, quiero decir, con mujeres.

Con esto marchó delante. Lucía se puso colorada, y el carretero se sonrió mirando á Ines, á quien tambien se le escapó una ligera sonrisa, y en cuanto estuvo el Padre á cierta distancia, los tres echaron á andar, siguiéndole con unos diez pasos de su separacion. Preguntaron entónces las mujeres al carretero lo que no habian osado preguntar al Guardian: quién era la señora.

— La señora — contestó el buen hombre — es una monja; pero no una monja así como quiera; no porque sea abadesa ó priora, pues al contrario, según dicen, es de las más jóvenes, sino porque es de la costilla de Adán, y sus abuelos eran grandes personajes que vinieron de España, de donde son los que nos mandan ahora. La llaman la señora para dar á entender que es una señorona, y en todo el país no la conocen por otro nombre, porque dicen que en este convento nunca ha habido una persona de tanta nobleza, y sus parientes de ahora allá en Milan pueden mucho, y son de los que siempre tienen razon, y todavía más en Monza; porque aunque el padre no vive aquí, es el más poderoso de todos; de forma que ella puede en el monasterio revolverlo todo de arriba abajo. Tambien las gentes de fuera la respetan mucho, y como tome un empeño, se puede apostar á que se sale con la suya. Si ese buen Padre que va allí consigue poner á ustedes en sus manos y ella las admite, estarán ustedes tan seguras como en un sagrario.

Llegado el padre Guardian á la puerta de la poblacion, flanqueada en aquel tiempo por un torreón antiguo, y un trozo de castillo derribado, que quizá más de diez de mis lectores se acordarán haber visto casi entero, se paró volviendo la cabeza por ver si le seguían: entró despues, y se dirigió al convento. Así que llegó, se paró de nuevo en el umbral, aguardando á las viajeras. Rogó al carretero que diese una



Su aspecto representaba una mujer de unos veinticinco años.

vuelta por el convento á recoger la respuesta; quedó en ello el buen hombre, y se despidió de las dos mujeres, que le encargaron diese las más expresivas gracias al padre Cristóbal manifestándole su agradecimiento.

Hizo el padre Guardian que Ines y Lucía entrasen en el patio del monasterio, las encomendó á la demandadera, y entró solo á hacer la solicitud. Volvió al cabo de pocos mi-

nutos muy contento á decirles que entrasen con él; y su presencia fué muy oportuna, porque la madre y la hija no sabian cómo librarse de las preguntas impertinentes de la demandadera. Atravesando otro segundo patio, las instruyó el padre Guardian acerca del modo cómo debian conducirse con la señora.

— Está bien dispuesta — dijo — en favor vuestro, y puede haceros muchísimo bien. Habladle con humildad y respeto; respondedle con sencillez á las preguntas que tuviere á bien haceros, y cuando no os pregunte, dejadme hablar á mí.

Entraron en un cuarto bajo, de donde se pasaba al locutorio, y ántes de entrar en él, dijo el Padre en voz baja señalando la puerta: « aquí está, » como para recordar á las dos mujeres las advertencias que acababa de hacerles. Lucía, que nunca habia visto un convento, así que puso el pié en el locutorio, miró á todas partes, y no viendo persona alguna quedó como alelada. Advirtiendo que el Padre se dirigia á un punto, y que Inés le seguía, volvió los ojos á quel paraje, y vió un agujero cuadrado á manera de média ventana con dos rejas muy gruesas, distantes una de otra como cosa de un palmo, y detras de ellas una monja en pié. Su aspecto representaba una mujer de unos veinticinco años, que podia llamarse hermosa; pero de una hermosura abatida y casi ajada. Ceñale la cabeza un velo negro que caía á derecha é izquierda separado algun tanto de la cara. Debajo del velo, una toca de blanquísimo lienzo cubria hasta la mitad su frente, que era de distinta, más no de inferior blancura, y bajaba rodeándole el rostro con menudos pliegues hasta dar vuelta por bajo de la barba, extendiéndose por el pecho lo suficiente para cubrir el escote de una túnica negra. Pero aquella frente denotaba de cuando en cuando en sus arrugas cierta contraccion dolorosa y entónces dos negrísimas cejas se acercaban entre sí con rápido movimiento.

Á veces sus ojos, tambien negrísimos, se fijaban imperiosamente como para escudriñar los pensamientos de la persona á quien se dirigian, y otras, se bajaban de pronto como para

ocultar los suyos. En algunos instantes, un observador experimentado hubiera creído que solicitaban afecto, correspondencia, compasion, y otras, se hubiera figurado descubrir en ellos señales de un odio inveterado y reprimido, y áun ciertos indicios de ferocidad. Cuando estaban parados, porque ella no fijase la atencion en cosa alguna, denotaban cierto desden orgulloso, la preocupacion de un sentimiento profundo, ó tal vez el continuo torcedor de una pena más poderosa que los objetos que tenia delante. Aunque el contorno de su palidísimo rostro era delicado y fino, se advertia en sus mejillas cierto caimiento y flaqueza, resultado al parecer de una lenta extenuacion. Los labios aunque apenas teñidos de un levisimo color de rosa, sobresalian en la palidez del semblante, y sus movimientos, iguales á los de los ojos, eran vivos, prontos y llenos de una expresion misteriosa. El continente de su persona, alta y bien formada, desmerecia algun tanto por cierto descuido y abandono habitual, ó chocaba por varios movimientos repentinos, irregulares, impropios, no sólo de una religiosa, sino de cualquiera mujer; y hasta en su modo de vestir se echaba de ver por una parte mucho estudio, y por otra no poco desaliño, lo que manifestaba una monja de un carácter original.

Llevaba la túnica con afectacion secular, y dejaba salir por entre la toca la extremidad de un negro rizo en la sien, que indicaba olvido, ó acaso desprecio de la regla que prescribia tener siempre bien rapado el pelo, como quedaba en la ceremonia de la profesion.

Nada de esto notaron las dos mujeres, que no sabian distinguir monja de monja, y el padre Guardian, que no era la primera vez que veía á la señora, estaba ya acostumbrado, como otros muchos, á aquella irregularidad de su hábito y modales.

Estaba entónces, como acabamos de decir, de pié cerca de la reja, apoyada lánguidamente en ella con la mano, cruzando por las aberturas sus candidísimos dedos, y con la cara inclinada para ver á los que entraban.

— Madre reverenda é ilustre señora, — dijo el padre Guardian con la cabeza baja y una mano en el pecho, — esta es la pobre jóven, por quien no creo haber implorado en balde su proteccion, y esta es su madre.

Las dos no cesaban de hacer grandes reverencias, hasta que la señora, haciéndolas señas de que bastaba, se volvió al Padre, diciendo:

— Tengo mucha satisfaccion en poder servir á nuestros buenos amigos los padres capuchinos; pero sirvase usted contarme por menor el caso de esta jóven para ver mejor lo que podré hacer por ella.

Lucia se puso colorada y bajó la cabeza.

— Ha de saber usted, madre reverenda... — empezó á decir Ines.

Pero el Padre la cortó la palabra con una mirada, y contestó de esta manera:

— Á esta jóven me la recomienda, como ya he dicho, uno de mis hermanos. Ha tenido que salir de oculto de su país, por librarse de graves peligros, y necesita por algun tiempo de un asilo en que pueda vivir sin que se sepa su paradero, y en donde nadie se atreva á venir á molestarla, ánn cuando...

— ¿Y qué peligros son esos? — interrumpió la señora. — Perdóne usted, Padre guardian: no me diga las cosas tan enigmáticamente; y sabe usted que las monjas somos curiosas, y deseamos saber las historias con todos sus pelos y señales.

— Son peligros — contestó el Guardian — que á los castos oídos de la reverenda madre deben indicarse apénas...

— Cierto, cierto, — dijo apresuradamente la monja poniéndose algun poco colorada.

¿Efecto acaso de rubor? El que hubiese visto la rápida expresion de despecho que acompañó á aquella alteracion, tal vez lo hubiera dudado, y mucho más, comparándole con el que de cuando en cuando coloreaba la cara de Lucia.

— Bastará decir — prosiguió el Guardian — que un caba-

llero prepotente... No todos los grandes de este mundo emplean los bienes que Dios les ha concedido en honra y gloria suya y en utilidad del prójimo, como lo hace la señora... Un caballero prepotente, despues de haber perseguido largo tiempo á esta infeliz, para seducirla, viendo por último que todo era inútil, tuvo valor de perseguirla abiertamente por medios violentos, de manera que la pobre se ha visto precisada á huir de su casa.

— Acércate, niña, — dijo la señora á Lucia, haciéndola señas con el dedo. — Sé que el padre Guardian es la boca de la verdad; pero nadie mejor que tú puede estar al corriente de este negocio. Tú, pues, debes ahora decirnos si efectivamente aquel caballero era para tí un perseguidor odioso.

En cuanto á acercarse, obedeció Lucia inmediatamente; mas por lo que toca á responder, ya era otra cosa. Una pregunta de aquella naturaleza la hubiera puesto en confusion, ánn cuando se la hubiera hecho una persona igual á ella; pero hecha por aquella señora, y con cierto tonillo como de duda, la dejó enteramente sin ánimo para responder.

— Señora... Madre reverenda... — dijo con voz trémula.

Y como daba indicio de no poder proseguir, Ines, que seguramente, despues de su hija, era la que mejor debía estar impuesta, se creyó autorizada para ayudarla, por lo cual tomó la palabra diciendo:

— Señora, yo puedo asegurar en mi alma que mi hija odia á aquel caballero más que el diablo al agua bendita; quiero decir que él era el diablo. Vuestra señoría me perdonará si hablo mal, porque nosotras somos gente como Dios nos ha hecho. El caso es que esta pobre muchacha estaba para casarse con un mozo, igual nuestro, hombre de bien, timorato, y bastante acomodado; y si el señor Cura hubiese sido un hombre como yo me entiendo... Sé que hablo de un sacerdote; pero el padre Cristóbal, amigo del padre Guardian, también es sacerdote como él; y es un hombre muy caritativo, y si estuviera aquí, pudiera decir...

— Muy pronta estáis para hablar sin que os pregunten, — interrumpió la señora con cierto tono de autoridad orgullosa, y un ceño que la hizo parecer fea. — Callad: ya sé que á los padres nunca les faltan excusas para disculpar á sus hijos.

Abochornada Ines, dió una mirada á su hija como diciéndole: Mira lo que padezco por no saber tú hablar: tambien el padre Guardian indicaba á Lucía con la cabeza y los ojos que aquella era la ocasion de animarse, y no dejar fea á su pobre madre. VERITATIS

— Reverenda señora, — dijo entónces Lucía, — cuanto ha dicho mi madre es la pura verdad. El mozo que me pretendia (aquí se puso como la grana) era un jóven con quien yo me casaba á gusto. Perdone vuestra señoría si hablo con este des-coco: lo hago para que no piense mal de mi madre; y por lo que toca á aquel señor (; Dios le perdone!), quisiera morir mil veces ántes que caer en sus manos; y si vuestra señoría hace la buena obra de ponernos en salvo, ya que nos vemos en la triste precision de mendigar un abrigo y molestar á las personas caritativas (pero hágase la voluntad del Señor), puede vuestra señoría estar segura de que nadie pedirá á Dios con más fervor por vuestra señoría que nosotras.

— Á vos os creo, — dijo la monja con ménos aspereza; — sin embargo, tendré gusto en oiros á solas; no porque necesite — anadió volviéndose con estudiada cortesía al religioso — de otras averiguaciones ni de otros motivos para servir al padre Guardian; ántes por lo contrario he pensado en ello, y he aquí lo mejor que por ahora me ha ocurrido. Hace pocos días que la demandadera del convento ha casado la última de sus hijas: estas mujeres podrán ocupar el cuarto que con semejante motivo ha quedado vacío, y suplir la falta de aquella muchacha en los pequeños cargos que ella desempeñaba. Á la verdad (aquí hizo señas al padre Guardian para que se acercase á la reja), á la verdad que atendida la carestía de los tiempos, se pensaba en no poner á nadie en su lugar; pero yo hablaré á la madre Abadesa, y una palabra

mia... luégo un empeño del padre Guardian... En fin, doy la cosa casi por hecha.

Quiso el padre Guardian darle las gracias; pero la señora le interrumpió diciendo:

— Dejémonos de cumplimientos; yo tambien, en caso de necesitarlo, me valdria del favor de los padres capuchinos;



Era esta la hija menor del principe de ...

al cabo, — continuó con una sonrisa equívoca, — ¿no somos nosotros hermanos y hermanas?

Con esto llamó á una de sus criadas legas, pues por un privilegio especial se le concedian dos, y le mandó que diese noticia de todo á la madre Abadesa, y que llamando despues á la demandadera, acordase con ella y con Ines las medidas correspondientes. Dió licencia á ésta para que se retirase, se despidió del capuchino, y se quedó sola con Lucía. El Guardian acompañó á Ines hasta la puerta principal, haciéndole

de paso algunas advertencias, y se volvió á su convento á contestar á la carta del padre Cristóbal.

— ¡Que cabecilla es la tal monja! — decía para sí en el camino. — ¡Á la verdad que es rara! Pero el que sabe acomodarse á su genio hace de ella lo que quiere. Sin duda no se aguardará mi amigo fray Cristóbal que yo le haya servido tan presto. ¡Qué excelente religioso es! ¡Qué empeño toma siempre en hacer bien á los desgraciados! Ya verá él que aquí también nosotros valemos alguna cosa.

La monja, que delante de un anciano capuchino habia estudiado todas las acciones y palabras, en cuanto se quedó mano á mano con una pobre aldeana, muchacha sin experiencia ni conocimiento del mundo, no puso ya el mayor cuidado en contenerse, y sus discursos llegaron á ser al último tan extraños, que en vez de trasladarlos, creemos más oportuno relatar sucintamente su historia, esto es, lo que basta para que se comprenda la razon de cierto carácter misterioso que hemos notado en ella, y los motivos de su conducta en los hechos que tendremos que referir en adelante.

Era esta la hija menor del príncipe de***, magnate de Milan, y uno de los más ricos de aquella ciudad; pero por el exagerado concepto de su calidad, consideraba sus riquezas apenas suficientes para sostener el decoro de su casa, y su grande empeño era el de conservarlas perpétuamente reunidas en el estado en que se hallaban entónces. No consta por la historia cuántos hijos tenia; sólo resulta que habia destinado al claustro á todos los segundos de ambos sexos, para que los bienes recayesen sin disminucion en el primogénito que habia de perpetuar el nombre de la familia, esto es, engendrar hijos para sacrificarlos luego de la misma manera con vocacion ó sin ella.

La de que hablamos aún no habia salido del vientre de su madre, cuando ya su suerte estaba echada para siempre; sólo faltaba decidir si seria fraile ó monja, porque para esto se necesitaba su presencia. Cuando salió á luz, queriendo el Príncipe su padre ponerle un nombre que despertase la idea

del claustro y fuese de una santa de ilustre prosapia, la llamó Gertrúdis. Los primeros juguetes que se pusieron en sus manos fueron muñecas vestidas de monjas, y estampas de monjas, encargándole siempre que las cuidase mucho. Cuando el Príncipe, la Princesa ó el heredero, que era el único de los varones que se criaba en casa, querian alabar la bella presencia de la niña, no hallaban mejor modo de expresarse que el decir: « ¡Qué hermosa abadesa! » Pero ninguno jamas le dijo tú debes ser monja, porque era cosa ya decidida y tocada sólo por incidente todas las veces que se hablaba de su destino futuro. Si alguna vez la niña Gertrúdis cometia algun acto de orgullo á que propendia su carácter dominante y altivo: « Eres todavía demasiado niña, le decian; cuando seas abadesa, entónces mandarás á zapatazos. » Cuando otras veces el Príncipe la reprendia por ciertos modales algo libres, que igualmente solian ser de su gusto: « Ea, le decia, esos no son modales de una niña de tu clase; si quieres que algun dia te respeten como conviene, acostúmbtrate desde ahora á guardar más decoro; acuerdate que en todos los casos debes ser siempre la primera del convento, porque la sangre debe distinguirse donde quiera. »

Palabras de esta clase imprimian en el cerebro de la niña la idea implícita de que debia ser monja; pero las que pronunciaba su padre hacian más efecto que todas las demas juntas. Los modales del Príncipe eran habitualmente los de un amo severo; y cuando se trataba del estado futuro de sus hijos, se notaba en su rostro y en sus palabras una inflexibilidad de carácter, una ambicion suspicaz de autoridad que infundia la idea de una absoluta obediencia.

Á la edad de seis años, Gertrúdis fué colocada, no sólo para su educacion, sino también para encaminarla á la vocacion que se le impuso, en el convento en que la hemos visto; y la eleccion no fué sin misterio.

El buen carretero que condujo á Lucia y á su madre á Monza, dijo que el padre de la señora era el primer personaje de aquella ciudad, y combinando esta asercion, valga

por lo que valiere, con algunas indicaciones que de cuando en cuando se le escapan por descuido á nuestro anónimo, podemos inferir que era el señor feudal de aquel territorio. Como quiera que sea, su autoridad allí era muy grande; y así creyó sin duda que en aquella ciudad, mejor que en otra parte, tratarían á su hija con toda la distincion y las atenciones que pudiesen lisonjearla, cuando eligió aquel convento para su perpétua morada. Con efecto, no se equivocó. La Abadesa de entónces, y algunas monjas de las que, como se suele decir, tenían la sartén por el mango, hallándose enredadas en ciertas contiendas con otro convento y con varias familias del país, tuvieron á gran suerte que se les proporcionase semejante apoyo; recibieron con gratitud la honra que se les hacia, y correspondieron en todo á las intenciones que el Príncipe dejó traslucir con respecto á la colocacion de su hija, intenciones que, por otra parte, estaban en grande armonía con el interés de las mismas monjas. Apenas entró Gertrúdis en el convento, se llamó por antonomasia la *Señorita*, y se le señaló lugar distinguido en la mesa y en el dormitorio. Proponían además su conducta á sus compañeras como por norma, se la regalaba con dulces y caricias sin término, acompañándolo todo con aquella familiaridad respetuosa que tanto engrie á los niños cuando ven que la gastan con ellos aquellas personas que tratan á los demas niños con tono habitual de autoridad. Sin embargo, no todas las monjas se ocupaban en hacer caer en el lazo á la pobrecilla. Muchas había muy sencillas y ajenas de toda trama, las cuales se hubieran horrorizado sólo con pensar que podían ser capaces de sacrificar á una muchacha por miras de interés; pero de estas, unas se ocupaban únicamente en sus negocios particulares, otras no advertían semejantes manejos, otras no conocían la gravedad del delito, otras se abstenerían de discurrir sobre ello, y otras callaban por no dar escándalo inútilmente.

Alguna habían tambien que, acordándose de haber sido seducida del mismo modo para que hiciese una cosa de que

se arrepintió, se lastimaba de aquella pobre inocente, y se desahogaba con hacerla melancólicas caricias, estando muy léjos Gertrúdis de sospechar que en aquellas había un misterio. Entre tanto, la trama iba adelante, y quizá hubiera continuado de la misma manera hasta el fin, si no hubiera habido más muchachas que Gertrúdis en el convento. Pero entre sus compañeras de educacion, algunas había destinadas á casarse. Gertrúdis, criada en las ideas de superioridad, hablaba con énfasis de su futuro destino de abadesa, esto es, de princesa del convento; en una palabra, quería á toda costa ser objeto de envidia para las demas, y se admiraba y sentía que algunas no se la tuviesen ni poco ni mucho. Á las imágenes majestuosas, pero limitadas y lánguidas, que pueden suministrar la primacia en un convento, contraponían las otras las imágenes extensas y brillantes de esposo, de banquetes, de tertulias, de ciudades, de justas, de vestidos, de galas, de coches, etc. Estas imágenes produjeron en el cerebro de Gertrúdis aquel movimiento y deseo que excitaria un canastillo de flores frescas colocadas en un rincón. Sus padres y sus maestros habían fomentado y aumentado en ella su vanidad natural, contrayéndola al claustro; pero en cuanto estimularon esta pasión ideas más análogas á su carácter, se entregó muy presto á ellas con ardor más vivo y más espontáneo. Para no ser ménos que sus compañeras, ó para ceder al mismo tiempo á sus nuevas inclinaciones, respondía que en resumidas cuentas nadie podía ponerle la toca sin su consentimiento; que ella tambien podía tener un marido, vivir en un palacio, y disfrutar de las diversiones del siglo mejor que todas ellas; que podia hacerlo siempre que quisiese, que quizá querría, y realmente la inquietaba el deseo. La idea de la necesidad de su consentimiento, que hasta entónces había estado como aletargada en su mente, se desenvolvió manifestándose en toda su fuerza. Á cada instante la llamaba Gertrúdis en su auxilio, para recrearse tranquilamente en la perspectiva de futuros placeres; pero detras de esta idea venía siempre la de que era preciso negar aquel consentimiento al Príncipe su

padre, que ya contaba con él, ó á lo ménos lo aparentaba, y con esta idea el ánimo de la hija estaba muy léjos de tener aquella seguridad que ostentaban sus palabras. Comparábase entónces con sus compañeras, cuya suerte no era dudosa, y entónces experimentaba aquella envidia que pensó excitar en ellas. Envidiándolas las odiaba; á veces el odio se evaporaba en desaires, groserias y sarcasmos; otras le adormecía la conformidad de inclinaciones y esperanzas, y de aquí resultaba una aparente y lisonjera intimidad.

Otras veces, queriendo gozar entre tanto de alguna cosa real y presente, se saboreaba con las distinciones que le hacían, procurando herir el amor propio de las demas con tal superioridad; y otras, en fin, no pudiendo soportar en silencio sus temores y sus deseos, iba casi humillada á buscar á aquellas mismas compañeras, implorando de ellas benevolencia, valor y consejos. Entre estas deplorables alternativas de pequeña guerra consigo y con las otras, pasó Gertrúdis la puericia, y entraba ya en aquella edad peligrosa, en la cual parece que se introduce en el ánimo una fuerza misteriosa, que excita, embellece y aviva todas las inclinaciones, todas las ideas, y á veces las transforma y las hace tomar un curso enteramente imprevisto. Lo que hasta aquí habia lisonjeado más á Gertrúdis en sus sueños de un estado futuro, habia sido el fausto y la pompa exterior; y un cierto no sé qué de tierno y afectuoso, que al principio era como niebla imperceptible en su imaginación, empezó entónces á desenvolverse y á ocupar el primer lugar en su fantasía. Habíase formado allá en lo más recóndito de su mente una especie de brillante retiro, donde apartándose de los objetos presentes, se acogía con frecuencia, y recorriendo confusas memorias de su infancia, de lo poco que pudo ver en sus primeros años, y de lo que habia oído á sus compañeras, se fraguaba ciertos personajes ideales y á su manera. Con ellos conversaba, preguntaba y se respondía, daba órdenes y recibía obsequios. De cuando en cuando llegaban á turbar tan lisonjeras imágenes pensamientos de religion; pero la religion, segun se la habian enseñado á la infeliz,

léjos de proscribir el orgullo, lo santificaba, proponiéndole como un medio para ser feliz en la tierra. Despojada de esta manera de su esencia, ya no era la religion sino una ilusion como las demas. En los intervalos de esta ilusion que ocupaba el primer lugar y dominaba en la imaginación de Gertrúdis, acosada la infeliz de oscuros temores, y agitada por una idea confusa de sus obligaciones, se figuraba que su repugnancia al claustro y la resistencia á sus mayores con respeto á la eleccion de estado, eran culpas, y se proponia en su interior expiarlas encerrándose voluntariamente en el convento. Era ley que ninguna jóven pudiese recibirse en calidad de monja sin haberla examinado ántes su vicario, ú otro eclesiástico nombrado al intento, para que constase su vocacion, y este exámen no podia verificarse sino un año despues de haber expuesto en un escrito en forma sus deseos. Aquellas monjas que habian admitido el triste encargo de hacer que Gertrúdis se ligase para siempre con el menor conocimiento posible de lo que hacia, se aprovecharon de uno de aquellos instantes que acabamos de describir, para hacerle copiar y firmar semejante solicitud. Y para inducir la con más facilidad, no dejaron de decirle é insistir en lo que realmente era cierto; esto es, que aquella por fin no era sino una mera formalidad, que no tenia efecto si no la acompañaban otros actos posteriores que dependian absolutamente de su albedrío.

Sin embargo, no habia aún llegado á su destino la solicitud, cuando Gertrúdis estaba arrepentida de haberla escrito; luego se arrepentía de haberse arrepentido, pasando de esta manera los dias y los meses en una continua alternativa de propósitos y de arrepentimientos. Tuvo oculto por largo tiempo á sus compañeras el hecho de la petición, ya por temor de exponer á contradicciones una buena resolución, ya por la vergüenza de haber hecho un desatino; pero, por último, venció el deseo de desahogar el ánimo, y buscar valor y consejo. Habia tambien otra ley que mandaba que ninguna jóven fuese admitida al exámen de su vocacion sino despues de haber permanecido á lo ménos

un mes fuera del convento en donde habia sido educada. Estaba para concluirse el año despues de la remision de la súplica, y ya sabia Gertrúdis que dentro de poco la sacarian para su casa, en donde permaneceria un mes, y que entre tanto se harian los preparativos necesarios para concluir la obra que ella realmente habia empezado. El Principe y el resto de la familia contaban el negocio como si se hubiese verificado; pero no era esa la cuenta de la muchacha, la cual, léjos de querer dar los demas pasos, pensaba en amilar el primero. En semejante conflicto, resolvió abrir su pecho á una de sus compañeras, la más franca y la más dispuesta siempre á dar consejos vigorosos, y esta la animó á que con una carta informase á su padre como habia mudado de opinion, ya que no tenia bastante entereza para plantarle en su cara un solemne *no quiero*; y pues que los pareceres gratuitos son en este mundo más raros de lo que algunos suponen, la consejera hizo pagar el suyo á Gertrúdis mofándose de ella por su cobardía. Entre tres ó cuatro educandas de satisfaccion se fraguó la carta, se escribió á escondidas y se empleó una estratagemá para remitirla. Con grande ansia estaba Gertrúdis aguardando la contestacion, que nunca llegó, y sólo á los pocos dias, llamándola aparte la Abadesa, la hizo varias observaciones con tono de disgusto y de compasion, insinuándola con reticencias y enigmas que el Principe su padre estaba sumamente irritado por cierta insolencia suya; pero al mismo tiempo se le daba á entender que comportándose bien, habia esperanzas de que todo se echaria en olvido. Oyó la jóven á la Abadesa sin atreverse á hacer más preguntas.

Llegó finalmente el dia tan temido y deseado. Aunque no ignoraba Gertrúdis que iba á sostener una lucha, sin embargo, el salir del convento, el dejar aquellas paredes en que habia estado ocho años encerrada, el correr en coche en campo abierto, el volver á ver la ciudad y su casa, todo esto excitaba en su corazón un placer tumultuoso.

Por lo que toca á la lucha, ya con el dictámen de sus con-

fidentas habia tomado sus medidas y formado su plan de batalla.

— Querrán violentar mi voluntad — decía para sí: — ¿ y qué haré yo? Mantenerme firme como una roca: seré humilde y respetuosa; pero me negaré á obedecer. No se trata sino de pronunciar otro *si*, y yo no le pronunciaré por cierto. Querrán emplear la dulzura, venir á buenas; yo seré más buena que ellos; lloraré, suplicaré, los moveré á compasion; que al cabo yo sólo pido no ser sacrificada.

Nada se verificó de estas previsiones, como suele suceder muy á menudo. Pasábanse los dias sin que el padre ni los demas le hablasen de la solicitud ni de la retractacion, y sin que le hiciesen propuesta alguna ni con amenazas ni con halagos. Sus padres estaban serios y tristes, poniéndole siempre mal gesto sin decirle el motivo; sólo se inferia que la miraban como delincuente é indigna de pertenecer á su familia. Raras veces, y sólo en ciertas horas determinadas, se le permitia acompañar á sus padres y al primogénito, y en la conversacion de los tres respiraba la mayor franqueza, lo que hacia más sensible y dolorosa la proscripcion de la pobre Gertrúdis. Ninguno le dirigia la palabra; las que ella se atrevia á pronunciar humildemente, cuando no recaian sobre asuntos de evidente necesidad, ó no las escuchaban, ó respondian con una mirada indiferente, despreciadora ó altiva; y si no pudiendo tolerar por más tiempo tan amarga y humillante distincion, intentaba granjearse un poco de benevolencia, inmediatamente la interrumpian con alguna expresion tortuosa, pero clara, acerca de la eleccion de estado, y le daban á entender con indirectas que habia un medio de conciliarse de nuevo el afecto de su familia. Gertrúdis, que no lo queria á ese precio, se veia precisada á retroceder, á desechar aquellas primeras muestras de cariño que tanto deseaba, y á volver á la situacion de proscrita, en que para mayor desconsuelo permanecia con la apariencia de culpada.

Todas estas contrariedades estaban en completa oposición con las halagüenas ilusiones que tanto habian lisonjeado y

todavía lisonjeaban secretamente la imaginacion de Gertrúdis. Esperó en algun tiempo que en la ostentosa y concurrida casa de sus padres gozaria en realidad alguna parte de lo que habia imaginado; pero quedaron enteramente fallidas sus esperanzas. La clausura de su casa era igual á la del convento; jamas se trataba de paseo, y quitaba hasta el único motivo de salir á la calle una tribuna que caia á la iglesia inmediata. La sociedad era para ella más triste, más pequeña y ménos variada que el convento. En cuanto anunciaban una visita, tenia Gertrúdis que retirarse á un cuarto con algunas dueñas, y allí tambien comia en los días de convite. Los criados seguian en su conducta y discursos el ejemplo de sus amos, y Gertrúdis, que por inclinacion hubiera querido tratarlos con familiaridad señorial y desembarazada, se hubiera dado entónces por muy satisfecha con que le hubiesen hecho como de igual á igual alguna demostracion de benevolencia, y bajándose á veces á mendigarla, se veia humillada hasta el punto de que la correspondiesen con una indiferencia notable, aunque acompañada de un insignificante obsequio de formalidad.

No se dejó, sin embargo, de advertir que un pajeillo muy diferente de los demas criados la trataba con cierto respeto y compasion de un género particular. El continente de aquel jovencillo era lo que Gertrúdis hasta entónces habia visto más parecido y más análogo al órden de cosas y al modelo de los personajes ideales que, como hemos visto, se habia fraguado en su imaginacion. Notóse por grados algo de nuevo en sus acciones, una tranquilidad y una inquietud distintas de las que ántes manifestaba, y un modo de conducirse igual al de una persona que habia encontrado alguna cosa que le interesaba, y á la cual apetecia mirar á cada instante, sin que otras la viesen. Con esto estuvieron siguiéndola de cerca sin perderla de vista: y hete aquí que una de aquellas camareras y dueñas la sorprendió una madrugada en el momento en que á hurtadillas doblaba una carta que le hubiera valido más no escribir. Despues de muchos tirones y esfuer-

zos por una y otra parte, la carta quedó en manos de la dueña, y de allí pasó á las del Principe. No es posible describir el terror de Gertrúdis al oír los pasos de su padre, de un padre como aquel, sobre todo, irritado, y ademas conociéndose ella misma culpada. Pero cuando le vió con aquel ceño y con la carta en la mano, hubiera querido estar no sólo en



El paje fué echado de la casa.

el convento, sino siete estados debajo de tierra. Las palabras no fueron muchas, pero terribles, y el castigo que se le impuso por el momento fué el de estar encerrada en aquel cuarto bajo la vigilancia de la vieja que hizo el descubrimiento; pero esta no era más que una providencia interina, y por las apariencias no se podía dudar que la aguardaba otro castigo mayor, indeterminado y de consiguiente más terrible.

El paje fué echado inmediatamente de la casa, y tambien se le amenazó con un castigo horroroso, como en algun tiempo osase hablar del asunto. Al hacerle el Príncipe esta insinuacion, le descargó dos bofetones tremendos para agregar á la aventura un recuerdo que le quitase toda tentacion de alabarse de ella. Para la despedida del paje no era difícil encontrar un pretexto, y en cuanto á la jóven, se dijo que estaba indispuésa.

Allí, pues, se quedó Gertrúdis con el remordimiento, la vergüenza, el temor de las consecuencias y sólo la compañía de aquella mujer á quien aborrecia por ser el castigo de su yerro y la causa de sus desgracias. La mujer por su parte odiaba tambien á Gertrúdis, porque ella se hallaba reducida, sin saber hasta cuándo, á la condicion fastidiosa de carcelera y depositaria para siempre de un secreto, en aquellos tiempos muy peligroso.

Sosegóse poco á poco aquel primer tumulto de afectos; pero volviendo luégo cada uno de ellos á agitar sucesivamente el ánimo de la infeliz, se aumentaba y se detenia en él para afligirla con mayor fuerza. ¿Qué castigo podria ser aquel con que su padre la amenazó sin determinarle? Muchos, variados y muy extraños se ofrecian á la ardiente imaginacion de Gertrúdis. El que le parecia más probable era el que la condujesen de nuevo al convento de Monza, para estar allí, no ya como una señorita, sino como una culpada. ¿Quién sabe hasta cuándo y con qué tratamiento? Lo que tan penosa contingencia tenia para ella de más doloroso era quizá la vergüenza. Pasaba y repasaba en su memoria las frases, las palabras y hasta las comas de aquella malhadada carta: se figuraba que todas habrian sido analizadas por un lector muy diferente de aquel á quien contestaba con ella: temia que la hubiesen visto su madre, su hermano y algunas otras personas, y en comparacion de esto todo lo demas le parecia nada. No dejaba tampoco de venir con frecuencia á molestar á la pobre prèsa la imágen de aquel que habia sido el origen de todo el escándalo, y bien se deja en-

tender el papel que haria entre los demas criados tan diferentes de él por sus caras serias, frias y ceñudas. Pero por la misma razon que no podia separarle de los demas ni volver un instante á recrearse en sus pasajeras ilusiones sin que inmediatamente le ocurriesen las penalidades presentes que eran sus consecuencias, comenzó poco á poco á recordarle con ménos frecuencia, á desecharle de su imaginacion y á perder la costumbre de pensar en él.

Tampoco paraba ya la mente con más gusto en aquellas alegres y risueñas quimeras de otros tiempos, porque las encontraba demasiado opuestas á las circunstancias reales y á toda probabilidad futura. El solo castillo en que Gertrúdis podia esperar un asilo tranquilo y honroso que no fuese en el aire, era el convento. No podia dudar de que semejante resolucion todo lo arreglaria cambiando en un momento su situacion. Es cierto que contra este propósito conspiraban los cálculos y las ilusiones de su edad fogosa; pero los tiempos eran otros; y en comparacion del precipicio en que Gertrúdis habia caído y de lo que debia temer, la condicion de monja festejada, obsequiada y obedecida, era una especie de paraíso. Contribuyeron tambien por intervalos á disminuir su antigua repugnancia dos sentimientos muy diferentes, á saber, los remordimientos consiguientes á su falta, y cierta tendencia á la devocion, y quizá tambien el orgullo ofendido é irritado por los modales de su carcelera, la cual (muchas veces, á decir verdad, provocada por ella) se vengaba, ya amedrentándola con el castigo que la aguardaba, ya avergonzándola con recordarle su culpa. Despues, cuando queria manifestarle compasion, adoptaba un tono de proteccion más odioso todavia que los insultos. En semejantes ocasiones, la gana que tenia Gertrudis de salir de sus uñas, y de hallarse en un estado superior é independiente de su cólera y de su compasion, se aumentaba cada dia en términos de hacer que le pareciese soportable todo lo que podia contribuir á satisfacerla.

Al cabo de cuatro ó cinco dias larguissimos de cautiverio,

una mañana, hostigada Gertrúdis y furiosa por una de las continuas groserías de su carcelera, se metió en un rincón del aposento, y allí, cubriéndose la cara con las manos, permaneció algún tiempo desahogando su rabia. Sintió entonces la necesidad poderosísima que tenía de ver otros semblantes, de oír otras palabras y de ser tratada de distinta manera. Pensó en su padre y en su familia; pero el pensamiento se arrojó atemorizado: sin embargo, acordándose de que en su mano estaba hacerselos amigos, experimentó un improviso consuelo, al que se siguió un profundo pesar y un extraordinario arrepentimiento de su yerro, con deseos vehementes de expiarlo; y aunque su voluntad no estaba absolutamente decidida, nunca se halló más próxima á semejante propósito. De consiguiente, se levantó, se fué á la mesa de escribir, tomó aquella pluma fatal, y escribió á su padre una carta en que se expresaba con grande entusiasmo, y llena á un tiempo de aflicción y de esperanzas; é implorando su perdón, se manifestaba dispuesta á todo lo que pudiera agradar al que había de concedérsele.

CAPÍTULO X

Momentos hay en que el ánimo, especialmente el de los jóvenes, se halla dispuesto de manera que basta la más leve insinuación para lograr todo lo que tiene apariencias de bien ó de sacrificio. Estos momentos, que deberían mirarse con tímido respeto, son justamente aquellos que acecha la astucia para aprovecharse de ellos al vuelo y encadenar una voluntad que no está sobre aviso.

Leyendo el Príncipe la carta de su hija, vió el camino abierto para el logro de sus antiguas y constantes miras. Mandóla llamar inmediatamente, y se preparó para machacar el hierro en caliente. Llegó, con efecto, Gertrúdis, y sin levantar los ojos á mirar á su padre, se echó á sus piés, te-

niendo apenas ánimo para decirle: « ¡ Perdóneme usted! » El Príncipe la hizo señal de que se levantase, y con voz no muy propia para infundirle ánimo, le contestó que no bastaba desear el perdón y pedirle, pues era cosa natural que así lo hiciese cualquiera que se considerase delincuente y temiese el castigo, sino que convenia merecerle.

Gertrúdis, con gran sumision y temblando, preguntó qué era lo que tenía que hacer. Á esto el Príncipe (nos repugna



Llegó Gertrúdis, y se echó á sus piés.

en este momento darle el título de padre) no contestó directamente, sino que empezó á hablar con extension de la culpa de Gertrúdis, y sus palabras herian el corazón de la desgraciada á manera de una mano áspera que pesa sobre una llaga. Continuó diciendo que, aún cuando hubiese podido tener intencion alguna vez de colocarla en el siglo, ella misma había puesto un obstáculo insuperable á semejante determinacion, pues una persona de su honradez jamas hubiera cometido la bastardía de entregar á un caballero una jóven que había dado tan mala cuenta de sí misma. Anonadada estaba

la infeliz Gertrúdis; y suavizando el Príncipe la voz y el tono, prosiguió diciendo que, sin embargo, había un remedio y una expiación de toda culpa: que la suya era de aquellas para las cuales el remedio estaba claramente indicado; y que debía considerar aquel triste acontecimiento como un aviso de que la vida del siglo era para ella demasiado peligrosa.

— ¡ Ah, sí ! — exclamó Gertrúdis, sobresaltada por el temor, dispuesta por la vergüenza y movida de un arrebato instantáneo de ternura.

— ¡ Ah, tú también lo conoces ! — prosiguió el Príncipe : — ea, pues, no se vuelva á hablar de lo pasado : todo se borra : has tomado el partido más honroso y el más conveniente que te quedaba ; pero como lo has tomado de tu propia voluntad, á mí me toca hacer que le encuentres en todo y por todo agradable, y recaiga sobre ti todo el mérito y la utilidad de la resolución. Yo me encargo de ello.

Diciendo esto, tocó una campanilla que estaba sobre la mesa, y á un criado que entró, le dijo :

— Llámame á la Princesa mi esposa y al señorito.

Y prosiguió luego en estos términos :

— Quiero que todos tomen parte en mi satisfacción : quiero que todos empiecen á tratarte como conviene : hasta aquí has encontrado un padre algo severo, pero en adelante encontrarás á uno tierno y amoroso.

Oyendo estaba Gertrúdis como aielada este razonamiento. Unas veces pensaba cómo sería que aquel sí, que se le había escapado, pudiese influir tanto ; otras discurría sobre si había un medio de retractarle, ó de alterar su sentido ; pero la persuasión del Príncipe parecía tan completa, su gozo tan seguro y su benevolencia tan condicional, que Gertrúdis no se atrevió á pronunciar una palabra que pudiese incomodarle en lo más mínimo.

Llegaron al momento la madre y el hermano, y viendo allí á Gertrúdis, la miraron de un modo que indicaba incertidumbre y admiración ; pero el Príncipe, con rostro risueño

y tono amoroso, que en cierto modo mandaba que otro igual empleasen los demás :

— Hé aquí — dijo — la ovejilla extraviada. Y quiero que esta sea la última palabra que recuerde lo pasado. Esta niña es el consuelo de su familia : Gertrúdis ya no necesita de consejos : lo que nosotros deseamos para su bien lo ha elegido ella misma espontáneamente. Está resuelta ; ya me lo ha indicado : está resuelta...

Aquí echó Gertrúdis una mirada á su padre, entre temerosa y suplicante, como para pedirle que no terminara la frase ; pero el Príncipe prosiguió sin detenerse :

— Está resuelta á tomar el velo.

— ¡ Bien ! ¡ muy bien ! — exclamaron á una voz la madre y el hijo.

Y uno tras otro abrazaron á Gertrúdis, la cual recibió semejantes demostraciones con lágrimas. Entónces el Príncipe se extendió hablando de lo que haría para que fuese lisonjera y ostentosa la suerte de su hija. Hizo mérito de las distinciones con que sería tratada en el convento y en todo el país ; añadió que viviría como una reina, representando en algun modo á la familia ; que apenas lo permitiese la edad, sería elevada á la dignidad suprema, y que entre tanto sólo estaría subordinada en el nombre. La madre y el hermano repetían de cuando en cuando las congratulaciones y los elogios, y á Gertrúdis le parecía que estaba soñando.

— Convendrá luego — dijo el Príncipe — fijar el día para ir á Monza á entablar la solicitud con la Abadesa. ¡ Qué contenta estará ! Y no hay duda de que todo el convento se penetrará de la honra que le hace Gertrúdis... Me ocurre ahora que pudiéramos ir hoy mismo ; con eso tomaría Gertrúdis un poco de aire.

— Vámonos, — dijo la Princesa.

— Voy á prevenirlo todo, — añadió el hijo.

— Pero... — dijo con voz sumisa Gertrúdis.

— Poco á poco, — interrumpió el Príncipe ; — dejemos

que lo decida ella misma. Quizá no se halle hoy muy dispuesta y prefiera aguardar á mañana.

— Sí, mañana, — contestó con tristeza Gertrúdis, á quien aún se le figuraba ganar mucho con tomarse aquel corto intervalo.

— Mañana, pues, — dijo el Príncipe con tono de decisión ; — Gertrúdis quiere que sea mañana. Yo iré entre tanto á pedir al Vicario de las monjas que señale día para el exámen.

Dicho y hecho ; salió el Príncipe, y efectivamente fué á verse con el Vicario, que convino en que fuese dentro de dos días.

En todo el resto de aquel no tuvo Gertrúdis dos minutos de descanso. Hubiera deseado recogerse en sí misma, examinar su corazón, meditar sobre lo que había hecho y lo que le quedaba por hacer, saber ella misma lo que quería ; en una palabra detener aquella máquina, que, apenas puesta en movimiento, caminaba con tal precipitación ; pero no fué posible, porque las ocupaciones se sucedían sin intermision unas á otras. Concluido el solemne coloquio de que acabamos de hablar, la condujeron al gabinete de la Princesa su madre, para que allí la vistiese y ataviase su propia camarera. Aún no estaba concluida la operación, cuando llamaron á la mesa. Pasó Gertrúdis entre las reverencias de los criados, que manifestaban darle el parabien por su restablecimiento, y halló varios parientes de los más cercanos que habían sido convidados á toda prisa para obsequiarla, felicitándola al mismo tiempo por las dos buenas noticias, esto es, la de haber recobrado la salud, y haber manifestado su vocación.

La *expósita* (que así llamaban á las muchachas que iban á entrar monjas, y con este nombre acogieron á Gertrúdis al entrar en el comedor), la *expósita* tuvo mucho que hacer para contestar á los cumplimientos que se le dirigían. Bien conocía que todas aquellas contestaciones eran otros tantos empeños ; pero ¿ cómo responder de otra manera ?

Levantados los manteles, llegó la hora de pasear. Gertrúdis entró en el coche con su madre y con dos tíos suyos, que

habían asistido al convite. Despues del paseo acostumbrado, pararon en la calle *Marina*, que entónces cruzaba el terreno que ocupan ahora los jardines públicos, y era el punto donde se reunían en coches los principales del pueblo á recrearse. Los tíos hablaron mucho á Gertrúdis del asunto del día, y uno de ellos, que al parecer tenía mayor conocimiento que el otro de todas las personas, de todos los coches, de todas las libreas, y que á cada paso se le ofrecía algo que decir, ya de un caballero, ya de una dama, interrumpió de repente su relacion, y vuelto á la sobrina, le dijo :

— ¡ Ah, picaruela ! tú lo entiendes : das un puntapié á todas estas fruslerías ; nos dejas á nosotros los pobres mundanos en el atolladero ; vas á hacer una vida feliz, y al paraíso en coche.

Al anoecer volvieron á casa, y bajando los erizados las escaleras con las hachas encendidas, avisaron que había muchas visitas esperando. Estaba ya divulgada la noticia, y los parientes y amigos iban á cumplir con los deberes de la urbanidad. Entró Gertrúdis con los que la acompañaban en el salon de recibimiento, y la « *expósita* » fué el ídolo, ó por mejor decir, la víctima de aquella concurrencia. Cada uno se esmeraba en entretenerla : unos apalabraban los dulces, otros ofrecían visitarla : había quien hablaba de la madre tal, parienta suya ; quién de la madre cual, su conocida ; quién celebraba el hermoso cielo de Monza ; quién la lisonjeaba con el lugar distinguido que ocuparía. Otros que aún no habían podido acercarse, por estar Gertrúdis casi sitiada, aguardaban la ocasión de aproximarse, y creían faltar si no la ofrecían sus respetos. Por último, se fué disipando poco á poco el concurso ; todos salieron sin el escozor de no haber cumplido, y Gertrúdis quedó sola con su familia.

— En fin, — dijo el padre, — he tenido el consuelo de ver á mi hija tratada conforme á su calidad ; pero es preciso confesar que ella también se ha portado á las mil maravillas, y ha manifestado que no le costará trabajo hacer el primer papel y sostener el decoro de la familia.

Cenaron aprisa para recogerse presto y estar prontos á la madrugada del dia siguiente.

Gertrúdis, triste, despechada, y al mismo tiempo envane- cida con los obsequios que habia recibido en todo aquel dia, se acordó de lo que le hizo sufrir su carcelera, y viendo á su padre dispuesto á complacerla en todo á excepcion de una cosa, quiso aprovecharse del auge en que se hallaba para sa- tisfacer á lo ménos una de las pasiones que la atormentaban; de consiguiente manifestó repugnancia en ser servida por aquella mujer, quejándose amargamente de sus mo- dales.

— ¿Cómo? — dijo el Príncipe. — ¿Te ha faltado al res- peto? Mañana le diré cuántas son cinco; déjalo, que yo haré que te dé una completa satisfaccion. Entre tanto, una hija que me tiene tan contento no debe ver á su lado una persona que le desagrada.

Con esto hizo que llamasen á otra criada, á quien mandó que sirviese á Gertrúdis, la cual, saboreando la satisfaccion que acababa de recibir, se admiraba de hallar en ella tan poco placer, en comparacion de lo que la habia deseado. Lo que tambien ocupaba á pesar suyo su imaginacion, era el con- siderar los grandes progresos que habia hecho en aquel dia en el camino del claustro, y el reflexionar que para retro- ceder entónces se necesitaba más fuerza y resolucion que la que hubiera bastado pocos dias ántes, y que sin embargo no fué capaz de tener.

La mujer que se la destinó para que la acompañase en su habitacion era una vieja, aya en otro tiempo del primogénito, á quien recibió de los brazos del ama, y dirigió hasta la edad de la adolescencia. Como en él habia depositado todas sus espe- ranzas y su gloria, estaba sumamente contenta, mirando la de- cision de aquel dia como su propia fortuna, y Gertrúdis, para que todo fuese completo, tuvo que aguantar las congratulacio- nes, las alabanzas y los pesados consejos de la vieja. Hablóle esta de una tia suya y otras parientas lejanas que se habian hallado muy bien con ser monjas, porque perteneciendo á aquella familia

habian gozado siempre de los primeros honores, y teniendo mucha mano fuera, salieron desde su locutorio victoriosas de empeños en que habian quedado mal las primeras damas de la ciudad. Le habló de las visitas que recibiria, y de las que le haria su hermano cuando se casase con una dama de la primera distincion, con lo que se alborceteria no sólo el con- vento, sino todo el país. Esta conversacion tuvo la dueña mientras desnudaba á Gertrúdis, la continuó estando esta en la cama, y ya dormia sin que la vieja hubiese cesado de ha- blar. La juventud y el cansancio tuvieron más fuerza que los cuidados; sin embargo, el sueño fué inquieto, penoso y acom- pañado de tristes ensueños; pero nada le interrumpió sino la vez chillona de la dueña que por la mañana temprano fué á despertarla á fin de que se dispusiese para el viaje de Monza.

— Aprisa, aprisa, señora expósita. Ya es de dia claro, y para que usted se vista es menester más de una hora. La señora está levantándose; la han despertado lo ménos cuatro horas ántes de lo acostumbrado. El señorito ha bajado ya á la caballeriza, ha vuelto á subir, y está pronto para el viaje. Ese diablillo es más listo que una ardilla; era lo mismo de pequenito; bien lo sé yo que lo he tenido en mis brazos; pero cuando está dispuesto, le incomoda mucho aguardar; así es que, á pesar de ser de una excelente pasta, entónces se impacienta y se pone furioso. ¡Pobrecillo! Merece disculpa; es efecto de su temperamento. ¡Triste del que le contradiga en tal ocasion! Ea, señorita, aprisa; ¿por qué me mira usted tan escandalizada? Á estas horas ya debia usted estar fuera del nido.

Á la idea del señorito impaciente, todos los demas pensa- mientos que se habian aglomerado en la imaginacion de Ger- trúdis, se disiparon á manera de una bándada de gorriones al asomarse una ave de rapiña. Obedeció, pues, al instante, se vistió de prisa, se dejó acicalar, y se presentó en la sala, donde estaban reunidos sus padres y su hermano. Hiciéronla sentar en una silla de brazos, y le trajeron una jicara de cho-

colate, lo que en aquel tiempo era lo mismo que el darla toga viril entre los romanos.

Cuando avisaron que el coche estaba pronto, el Príncipe llamó aparte á su hija, y le habló en estos términos :

— Ea, Gertrúdis, ayer te portaste muy bien, y hoy debes superarte á ti misma. Se trata de hacer tu entrada pública en el convento y en el país en donde has de hacer el primer papel. Ya te aguardan (esexusado decir que el Príncipe había avisado á la Abadesa el día ántes); ya te aguardan, y todos tendrán los ojos puestos en ti. Dignidad y desembarazo. La Abadesa te preguntará, por pura formalidad, qué es lo que quieres: debes responder que pides ser admitida á tomar el hábito en aquel convento en donde has sido educada con tanto esmero y amor, y has recibido tantos favores, en lo que no dirás sino la verdad. Cuidarás de pronunciar estas palabras con softura y desembarazo, para que no se diga que te las han apuntado, por no saber hablar tú sola. Aquellas buenas madres ninguna noticia tendrán de lo ocurrido, pues ese es un secreto que debe estar sepultado en la familia. Sobre todo, cuidado con no poner una cara alligida que pueda infundir algunas dudas. No desmientas tu sangre: modestia, buenos modales; pero sin olvidar que allí, á excepcion de tu familia, nadie hay superior á ti.

Sin aguardar respuesta echó á andar el Príncipe, y lo siguieron su esposa, Gertrúdis y su hermano. Bajaron todos la escalera, y se metieron en el coche. Las molestias y los contratiempos del mundo, y la vida tranquila y feliz del claustro, principalmente para las jóvenes de alta nobleza, fueron los argumentos de toda la conversacion durante el viaje. Estando ya próximo el pueblo, repitió el Príncipe las instrucciones á su hija, con especialidad la fórmula de la respuesta. Al entrar en la ciudad, se le anubló á Gertrúdis el corazon; pero la distrajo momentáneamente cierto número de caballeros, que, mandando detener el coche, arengaron al Príncipe con no sé qué especie de cumplimientos. Continuando luégo el camino, se dirigieron más lentamente al convento

entre las miradas de los curiosos que en gran número acudían de todas partes. En cuanto paró el coche delante de aquellas paredes, se encogió más todavía el corazon de Gertrúdis, la cual se apeó con los demas, entre dos filas de curiosos que los criados iban apartando; y como todos los ojos estaban puestos en ella, se veía la pobre en la precision de componer con estudio su semblante; pero de todos aquellos ojos juntos, ningunos la reprimian tanto como los de su padre, á los cuales, por más que los temiera, no podía dejar de volver los suyos á cada instante. Atravesado el primer patio, entraron en el segundo, y allí se vió abierta de par en par la puerta del claustro interior, y ocupada enteramente por monjas. Estaba en primera línea la Abadesa rodeada de ancianas; detras las demas monjas confundidas unas con otras, algunas de ellas de puntillas, y al último las legas subidas en bancos.

Veíanse asimismo de trecho en trecho brillar algunos ojillos, y asomar entre las tocas algunas caritas, y estas eran las educandas más diestras y atrevidas que habian sabido hallar un agujero para ver tambien ellas alguna cosa. De cuando en cuando salian de aquella muchedumbre exclamaciones, y se veían menearse manos y pañuelos en señal de parabien y de alegría. Llegados á la puerta, Gertrúdis se halló cara á cara de la madre Abadesa, la cual, despues de los cumplimientos de estilo, le preguntó con un modo entre halagüeno y majestuoso, que era lo que pedía en aquel sitio donde nada podía negársele.

— Aquí vengo... — empezó Gertrúdis.

Pero al pronunciar las palabras que debían decidir casi irrevocablemente su suerte, titubeó un momento, quedando con los ojos fijos en la muchedumbre que tenia delante. Divisó en aquel punto á una de sus compañeras que la miraba con cierto aire de compasion, mezclado con un poquito de malicia, como si dijera: « Cayó por fin la que echaba tantas bravatas. » Despertando esta vista en ella sus antiguos sentimientos, le infundió tambien un poco de su antiguo ánimo; por manera que ya estaba buscando una respuesta cualquiera,

diferente de la que le habian prescrito, cuando al levantar la vista hacía el Príncipe casi para experimentar sus fuerzas, advirtió en su aspecto una inquietud tan profunda y una impaciencia tan mal comprimida, que, decidiéndose por temor con la misma rapidez con que huíría á la vista de un objeto horrible, prosiguió :

— Aquí vengo á solicitar el hábito religioso en este convento en donde he sido educada con tanto cariño.

A esto respondió inmediatamente la Abadesa, que sentia mucho que el estatuto la impidiése en aquel caso darle al instante una respuesta que debia ser el resultado de los sufragios comunes de las madres, y á la cual debia preceder la licencia de los superiores; pero que Gertrúdis conocia sobradamente la consideracion con que la distinguian en aquel sitio, para prever cuál sería dicha respuesta, y que entre tanto ningun reglamento impedia á la Abadesa y á las demas religiosas manifestar el placer que les causaba semejante solicitud. Levantóse entónces un murmullo confuso de congratulaciones y de aplausos. Vinieron luego grandes bandejas de dulces, que se presentaron primero á la expósita y despues á los padres, y miéntras algunas monjas la confundian á abrazos, otras cumplimentaban á la madre y otras al mayorazgo. La Abadesa hizo suplicar al Príncipe que pasase al locutorio, en donde le aguardaba. Acompañábanla allí dos ancianas, y en cuanto le vió venir :

— Señor Príncipe, — dijo, — para obedecer á la regla y cumplir con una formalidad indispensable, aunque en este caso... pero debo decirle que siempre que una jóven pide el hábito... la Superiora, cargo que yo indignamente ocupo, tiene la obligacion de advertir á los padres... que si por casualidad violer tasen... la voluntad de su hija, incurririan en excomunion... Me perdonará...

— ¡Muy bien, muy bien, reverenda madre! aplaudo su exactitud : es muy justo; pero usted no puede dudar... !

— ¡Seguramente, señor Príncipe!... He hablado sólo por cumplir con mi obligacion precisa... Por lo demas...

— Cierto, cierto, madre Abadesa...

Pronunciadas entre los dos interlocutores estas pocas palabras, se hicieron reciprocamente una profunda reverencia, separándose como si los dos sintiesen prolongar aquel coloquio, y cada uno se retiró á su puesto, el uno fuera y el otro dentro del claustro.

— Ea, — dijo el Príncipe, — Gertrúdis tendrá presto toda la comodidad para gozar de la compañía de estas buenas madres : ya las hemos molestado demasiado.

Y haciendo una reverencia, manifestó querer ausentarse : la familia se puso en pié, se renovaron los cumplimientos y partieron.

Á la vuelta no tenía Gertrúdis mucha gana de hablar. Asustada con el paso que habia dado, avergonzada por su cobardía é irritada contra los demas y contra sí misma, calculaba las ocasiones que todavía le quedaban para decir que no, y se proponia débil y confusamente ser en una ú otra más fuerte y más decidida.

No tardaron en llegar á Milan, y entre comer, hacer algunas visitas, disfrutar algun poco del paseo y de la tertulia, se pasó enteramente aquel dia. Al concluirse la cena, puso el Príncipe á exámen un negocio importante, que era la eleccion de madrina. Así se llamaba, y aún se llama en el dia, la dama que, elegida por los padres, se constituye guarda y guía de la jóven que entra monja; y su encargo en el tiempo que média entre la solicitud y vestir el hábito, es el de emplearle con ella en visitar las iglesias, los establecimientos públicos, los santuarios, las concurrencias, y en una palabra, todas las cosas notables de la ciudad y de los alrededores, á fin de que las muchachas, ántes de pronunciar un voto irrevocable, vean bien lo que van á dejar.

— Convendrá pensar en la madrina, — dijo el Príncipe, — porque mañana vendrá el Vicario para la formalidad del exámen, é inmediatamente propondrán la admision de Gertrúdis en capítulo.

Pronunciando estas palabras, se dirigió á la Princesa, la

cual, creyendo que pedía su dictámen, dijo se le podía hablar... pero la interrumpió el Príncipe prosiguiendo :

— No, no hay que hablar á persona alguna. Ante todas cosas la madrina debe ser del agrado de la expósita, y aunque la costumbre deja la eleccion á los padres, Gertrúdis tiene tanto juicio y talento que merece que se haga una excepcion.

Y volviéndose á la misma Gertrúdis, en ademan de quien hace una gracia particular, continuó :

— Cualquiera de las damas que han asistido á la tertulia de esta noche posee las cualidades necesarias para ser madrina de una hija nuestra ; y como no dudo de que cualquiera tendrá á mucha honra el ser preferida, á ti te toca elegir.

No dejaba Gertrúdis de conocer que elegir era dar un nuevo consentimiento ; pero le hacian la propuesta con tanto aparato, que el no admitirla pareceria desprecio, y eximirse desagradecimiento y necesidad. Dió, pues, este paso tambien, y nombró la dama que más le habia agradado en la tertulia, esto es, la que más la habia acariciado, la que la habia alabado más, la que la habia tratado con aquellas maneras familiares y afectuosas, que, cuando por primera vez se conoce á una persona, son el remedo de una antigua amistad.

— ¡Excelente eleccion! — exclamó el Príncipe, que esperaba y deseaba que recayese en aquella dama.

Fuese casualidad ó arte, lo cierto es que sucedió en esto lo que acontece cuando un titiritero haciendo juegos de manos pasa delante de la vista de los circunstantes una baraja, diciendo que pidiesen una carta para luego adivinarla él mismo, lo que no es difícil porque abre la baraja en terminos que sólo deja ver una carta por entero, con lo cual regularmente la imaginacion de los que la ven se fija en aquella. En efecto, la dama elegida habia estado toda la noche al lado de Gertrúdis, y tanto la habia entretenido, que hubiera sido necesario un esfuerzo de imaginacion para elegir otra. Por otra parte, todo aquel esmero no era sin misterio, porque hacia tiempo que esta dama habia echado la vista al primogénito del Príncipe para hacerle su yerno; de aquí es que miraba

todas las cosas de aquella casa como suyas propias.

El dia siguiente se despertó Gertrúdis con la imaginacion ocupada en el Vicario examinador, y cuando estaba pensando cómo podria aprovecharse de esta ocasion para volverse atras, el Príncipe la mandó llamar.

— Vaya, hija, — la dijo, — hasta este punto te has portado perfectamente; se trata ahora de coronar la obra. Todo cuanto se ha hecho hasta aquí se ha hecho con consentimiento tuyo. Si en este intermedio te hubiese ocurrido alguna dudilla, alguna especie de momentáneo arrepentimiento, ó capricho de juventud, debias haberte explicado; pero segun el estado en que se hallan hoy las cosas, ya no es tiempo de hacer niñerías. El hombre virtuoso que ha de venir hoy por la mañana, te hará mil preguntas relativas á tu vocacion, acerca de si estás gustosa, por qué y cómo?... Y qué sé yo qué más? Si titubeas en responder, te tendrá en el aire; ¡quién sabe hasta cuándo! lo que sería un fastidio y una incomodidad grandisima para ti; pero ademas podria resultar otro inconveniente mucho más grave. Despues de todos los pasos que se han dado, cualquiera leve perplejidad de tu parte, comprometeria mi honor, porque se podria creer que yo habia tomado una ligereza tuya por una firme resolucion, que me habia precipitado, y que habia ¿qué sé yo? En este caso me veria en la dura necesidad de escoger entre dos partidos igualmente dolorosos, esto es, ó dejar que el mundo formase mal concepto de mi conducta, partido que por mi propio decoro no puedo adoptar, ó descubrir el verdadero motivo de tu resolucion, y...

Aquí, viendo que el rostro de Gertrúdis se habia encendido, que sus ojos se arrasaban en lágrimas, y que sus facciones se inmutaban, cortó aquel discurso, y con tono de afabilidad, prosiguió diciendo :

— Vaya, vaya, todo depende de ti, de tu prudencia; sé que la tienes, y que no eres capaz de echar á perder una obra buena al tiempo de concluirla. Pero yo debia prever todos los casos posibles. No se hable más de esto, y quedamos de acuerdo

en que responderás con tal franqueza, que no puedan nacer dudas en la cabeza de ese buen señor: y tú también con eso despacharás más presto.

➤ Aquí, después de haber sugerido varias respuestas á preguntas que pudieran hacersele, entró en la conversacion acostumbrada de las dulzuras y placeres que gozaria Gertrúdis en el convento, y con esto la estuvo entreteniéndola hasta que un criado avisó que allí estaba el señor Vicario examinador. El Príncipe, después de un breve recuerdo á su hija acerca de las prevenciones que acababa de hacerle, la dejó sola con el Vicario, según estaba mandado.

Venia el buen eclesiástico casi convencido de que Gertrúdis tenía una gran vocacion al claustro, porque así se lo habia dicho el Príncipe cuando fué á verle. Bien es verdad que, como sabia que la desconfianza era una de las cualidades más necesarias en su oficio, tenia por máxima andar despacio en dar crédito á semejantes aseveraciones, procurando no dejarse preocupar; pero rara vez sucede que las aserciones de persona autorizada no tñan de su color la mente de quien la escucha. Después de los cumplimientos de costumbre, dijo el Vicario:

— Señorita, yo vengo á hacer el oficio del demonio, porque vengo á poner en duda lo que usted en su súplica ha presentado como cierto; vengo á hacerle presente las dificultades, y á cerciorarme de si las ha meditado con reflexion. Permitame, pues, que la haga algunas preguntas.

— Pregunte usted lo que guste, — contestó Gertrúdis.

Principió entónces el Vicario á interrogar en la forma prescrita en los reglamentos, diciendo:

— ¿Está usted libre y espontáneamente resuelta á hacerse monja? ¿Se han empleado amenazas ó halagos? Hable usted sin reparo y con toda veracidad á una persona cuya obligacion es conocer su verdadera voluntad, para impedir que se la violente de modo alguno.

La verdadera respuesta á semejante pregunta se presentó á la mente de Gertrúdis con un aspecto espantoso. Para darla

era necesario entrar en una explicacion; nombrar al que la habia amenazado; en una palabra, referir una historia. Aterrada la infeliz, desechó semejante idea, y acudió á buscar cualquiera otra contestacion, la que mejor y más presto la sacase del conflicto.

— Entro monja — dijo ocultando su turbacion — por gusto mio, y por mi propia voluntad.

— ¿Qué tiempo hace — continuó el Vicario — que tiene usted ese pensamiento?



Principió entónces el Vicario á interrogar.

— Siempre lo he tenido, — contestó Gertrúdis, más franca ya después del primer paso para mentir contra sí misma.

— ¿Pero cuál es el motivo principal que la induce á entrar monja?

Ignoraba el buen hombre cuán terrible era la cuerda que tocaba, y Gertrúdis hizo un grande esfuerzo para que no se notase en su rostro el efecto que producía en su ánimo aquella pregunta.

— El motivo — contestó — es el de servir á Dios, y huir de los peligros del mundo.

— ¿Sería acaso algun disgusto? ¿algun... (usted perdone) algun capricho? Á veces una cosa momentánea puede hacer

una impresion que parezca perpétua; pero así que cesa la causa, y el ánimo se muda, entónces...

— No señor, no señor, — respondió precipitadamente Gertrúdis; — la causa es la que he indicado.

El Vicario, más bien para cumplir con su obligacion que porque lo juzgase necesario, insistió en las preguntas; pero Gertrúdis estaba resuelta á engañarle: porque además de la repugnancia que le causaba el descubrir su debilidad á aquel eclesiástico, que al parecer estaba muy léjos de sospechar de ella semejante cosa, no dejaba de ocurrirle que, aunque bien podia el Vicario impedir que fuese monja, allí acababa su autoridad sobre ella y su proteccion, y que en cuanto aquél se ausentase, se quedaria con su padre á solas. De todo lo que entónces tendria que sufrir nada sabia el Vicario, y aún sabiéndolo, lo más que podria hacer con toda su buena intencion seria compadecerla. En este supuesto, ántes que de mentir Gertrúdis, se cansó de preguntar el examinador, el cual, viendo que todas las respuestas eran idénticas, y no teniendo motivo alguno para dudar de su veracidad, mudó de lenguaje, diciéndole todo lo que creyó conveniente para confirmarla en su buen propósito, y felicitándola acerca de su resolucion se despidió de ella. Al atravesar las salas, á la salida, se encontró con el Príncipe, que al parecer pasaba casualmente por ellas, y le dió el parabien de las excelentes disposiciones de su hija. El Príncipe, que hasta entónces habia estado en una penosa ansiedad, respiró al oír semejantes noticias, y olvidando su gravedad acostumbrada fué casi corriendo á ver á Gertrúdis, colmándola de alabanzas, caricias y promesas con un placer verdaderamente cordial, y una ternura en gran parte sincera; tales son las contradicciones del corazon humano.

Nosotros no seguiremos á Gertrúdis en aquella serie de continuadas fiestas y diversiones á que por última vez se entregaba, ni describiremos parcialmente y por orden progresivo todos los movimientos de su ánimo en aquel espacio de tiempo, porque sería una historia de penas y fluctuacio-

nes demasiado monótona, y casi una repeticion de lo que hemos manifestado.

La amenidad de los sitios, la variedad de los objetos y la alegría de los campos hacian más odiosa la idea del paraje en que habia de ir á sepultarse para siempre. Todavía más penosas eran para ella las impresiones que recibia en las reuniones y concurrencias particulares. Causábale una envidia, una desazon insoportable la vista de las recién casadas, á quienes se daba el título lisonjero de esposas, y á veces, al ver algunos personajes, se figuraba que debia ser el colmo de la felicidad el oírse aplicar dicho título.

Otras veces la magnificencia de los palacios, el lujo de los muebles y el bullicio festivo de las tertulias, excitaba en ella un deseo tan vivo de gozar tan envidiable vida, que formaba el proyecto de retractarse y de sufrir cualquiera cosa más bien que volver á la triste monotonía del claustro; pero todas estas resoluciones se disipaban como el humo, al calcular con más detencion las dificultades, y con fijar la vista en su padre. Entre tanto, habiendo remitido el Vicario la certification correspondiente, y conseguidas las licencias necesarias, se celebró el capitulo. Concurrieron, como era de presumir, las dos terceras partes de los votos secretos que exigia la regla, y Gertrúdis fué admitida. Cansada ella misma de tan violenta situacion, pidió volver lo más pronto posible al convento. Á la verdad que, como no habia quien se opusiese á semejante determinacion, adhirieron á sus deseos, y conducida en gran pompa al convento, tomó el hábito.

Después de un año de noviciado en que se arrepintió mil veces, y mil veces se arrepintió de haberse arrepentido, llegó el momento de pronunciar un *no* más dificultoso, más extraño, y más escandaloso que nunca, ó de repetir un *si* tantas veces pronunciado. Repitiólo con efecto, y monja fué para siempre.

Una de las facultades particulares é incommunicables de la religion cristiana, es la de poder dirigir y tranquilizar al que en cualquiera situacion y término acude á ella. Si lo pasado

tiene remedio, lo prescribe, lo facilita, y suministra luces y fuerzas para ponerle por obra; si no tiene remedio, indica el modo de hacer de la necesidad virtud, como suele decirse vulgarmente: enseña á continuar con firmeza y acierto lo que se emprendió con ligereza; inclina el ánimo á abrazar



Conducida en gran pompa al convento.

con propension lo que impuso la violencia, y da á una eleccion que fué temeraria, pero irrevocable, toda la conformidad y el placer de la vocacion. Con este medio hubiera podido Gertrúdis ser una monja santa, y vivir conforme y tranquila con su resolucion, como quiera que la hubiese tomado; pero la infeliz, al contrario, recalcitraba contra el yugo, y de este modo se le hacia más duro su peso. Un recuerdo repetido de la libertad perdida, un aborrecimiento implacable á su estado, y un vagar continuo en pos

de deseos que jamas podrian satisfacerse, eran las ocupaciones principales de su ánimo.

Volvia y revolvía en su mente las amarguras del tiempo pasado; traía á su memoria todas las circunstancias que la habian conducido donde se hallaba: mil veces hacia y deshacia con el pensamiento lo que habia hecho con las obras; se culpaba á sí misma de cobardía, y á los demas de violencia y perfidia, y se consumía en su interior. Idolatraba y deploraba al mismo tiempo su hermosura; lloraba su juventud destinada á destruirse en un lento martirio, y en algunos momentos envidiaba la suerte de cualquiera mujer que pudiera, fuese como fuese, gozar en el mundo de aquellos dotes.

Miraba con odio á todas aquellas monjas que habian cooperado á reducirla á semejante situacion. Se acordaba de las artes y artificios que habian empleado, y se los pagaba con otras tantas descortesías, cavilidades, y aún abiertas reconvencciones. Tenian estas que aguantarlo todo, porque, aunque el Príncipe quiso tiranizar á su hija, nunca hubiera consentido que su sangre quedase desairada, y cualquiera pequeña queja que aquella hubiese dado, pudiera haberles hecho perder la poderosa proteccion de su padre, y quizá convertir en enemigo á tal protector. Parecia regular que Gertrúdis tuviese alguna propension á las otras monjas que ninguna parte tuvieron en aquellos funestos manejos, que, sin haberla deseado por compañera, la amaban comotal, y que virtuosas, ocupadas en sus labores, y alegres, le manifestaban con su ejemplo cómo allí se podia, no sólo vivir, sino tambien vivir agradablemente; pero á éstas las odiaba tambien por otro estilo. Sus semblantes, en que se notaba la piedad y el contento, eran para ella una especie de reconvenccion con que se le echaba en cara su disgusto y su extravagante conducta, y así no perdía ocasion de burlarse de ellas (por detras, calificándolas de gazmoñas y mojígatas. Quizá las hubiera despreciado ménos si hubiera sabido ó sospechado que ellas fueron las que echaron aquellas pocas bolitas

negras que se encontraron en la urna cuando se votó su admision.

No obstante, algun consuelo encontraba á veces en el mando, en verse obsequiada dentro y visitada con adulacion por las personas de fuera, en salir bien de varios empeños, en franquear su proteccion, y en que la diesen el dictado de señora; pero ¡qué consuelo!

Poco despues de su profesion, la nombraron maestra de educandas. Figúrese cualquiera cómo estarian aquellas niñas bajo su direccion. Sus antiguas compeñeras habian salido ya; pero ella conservaba todas las pasiones de aquel tiempo, y de un modo ó de otro las jóvenes debian sentir el peso de ellas. Cuando se acordaba de que algunas estaban destinadas á aquel género de vida á que ella nunca podia aspirar, las miraba casi con rencor, las trataba con aspereza, y las hacia pagar anticipadamente la felicidad de que esperaban gozar algun día.

Quien hubiese visto en aquellos momentos la aspereza magistral con que las reconvenia por cualquier pequeño descuido, la hubiera juzgado como una mujer irreprochable. Otras veces la misma aversion que tenia al claustro se manifestaba de un modo enteramente opuesto: entonces no solamente toleraba las clamorosas diversiones de sus discípulas, sino que las provocaba, se mezclaba en sus juegos, y por ella llegaban á ser ménos arreglados; tomaba parte en sus conversaciones, y las llevaba más allá de la intencion con que aquellas las habian empezado.

Si por casualidad se hacia mencion de algun resabio de la madre Abadesa, la maestra les hablaba continuamente de él, convirtiéndole en una escena de comedia. Ya remedaba con gestos la cara de una monja, ya el porte de otra, riéndose de ellas á careajadas. De esta manera vivió algunos años, no habiéndosele proporcionado medio ni oportunidad para otra cosa, cuando quiso su desgracia que una ocasion se le presentase.

Entre los privilegios y distinciones que se le habian conce-

dido para indemnizarla en algun modo de la imposibilidad de ser abadesa por su corta edad, gozaba la de tener habitacion separada. Contigua á aquel lado del convento se hallaba una casa en que vivia un jóven, malvado de profesion, uno de los muchos que en aquella época, con sus bravos y su union con otros malvados de la misma calaña, podian hasta cierto punto burlarse de la fuerza pública y de las leyes. En el manuscrito ya citado se le llama Egidio, y nada más. Este, desde una ventanilla suya, que caia á un patio de aquella parte del convento, habia visto algunas veces á Gertrúdis pasear y dar vueltas por allí en momentos de ociosidad, y como los peligros y la impiedad de las empresas le halagaban en lugar de arredrarle, se aventuró un día á dirigirle la palabra, á que contestó la desventurada.

Experimentó Gertrúdis en aquellos primeros momentos un placer no enteramente puro, pero muy vivo, porque una ocupacion fuerte y continua vino á llenar el perezoso vacío de su corazon; sin embargo, este placer era como la bebida fortificante que suministraba á los reos la estudiada crueldad de los antiguos, para animarlos á soportar los suplicios. Notóse al mismo tiempo una gran novedad en toda su conducta: se manifestó de improviso más mesurada y más tranquila, y no sólo cesaron los escarnios, sino que comenzó á producirse con modales más afables y carinosos; por manera que tanto mayor era el contento de las monjas al ver tan feliz mudanza, cuanto más lejos estaban de figurarse que el verdadero motivo de aquella nueva virtud no era sino hipocresia agregada á sus antiguos defectos. Con todo, no duró mucho aquella apariencia de mejora, á lo ménos con continua igualdad.

En efecto, no tardaron en producirse las acostumbradas descortesias y caprichos, y se oyeron de nuevo las imprecaciones y denuestos contra la sujecion del claustro, no pocas veces expresados en un lenguaje impropio de aquel sitio y de aquella boca. Pero á cada tropiezo acudia con una apariencia de arrepentimiento, procurando hacer olvidar su des-

cuido á fuerza de halagos. Sufrian las monjas lo mejor que podian semejantes vicisitudes, atribuyéndolas al carácter extravagante y ligero de la señora.

Parece que por algun tiempo ninguna llevó más adelante el pensamiento; pero un día en que la señora, trabándose de palabras con una lega por cierta habladuría, se desató contra ella en improperios é insultos, la lega, despues de haber aguantado bastante, perdió al fin la paciencia, y se le escapó cierta indirecta indicando que sabia alguna cosa, y que á su tiempo hablaría. Desde entónces no halló Gertrúdis sosiego; pero á poco tiempo sucedió que una mañana aguardaron en vano á la lega para el desempeño de sus tareas ordinarias. Buscáronla en su celda, la llamaron por todas partes; revolviéron de arriba abajo el convento, y todo inútilmente. ¿Y quien sabe las conjeturas que se hubieran hecho, si prosiguiendo las diligencias no hubiesen descubierto en la cerca de la huerta un grande agujero, de que infirieron que por allí se habia escapado? Despacháronse propios en varias direcciones para alcanzarla, y se hicieron exquisitas investigaciones por fuera, sin haber podido adquirir jamas noticia de ella. Quizá algo se hubiera averiguado si, en lugar de buscarla léjos, hubiesen cavado el terreno más próximo. Despues de haber manifestado todas mucha admiracion, pues nadie creia á aquella mujer capaz de semejante exceso, y despues de muchos argumentos, se vino por fin á parar en que debió haber ido muy léjos; y porque á una monja se le ocurrió decir: « sin duba habrá ido á Holanda, » se dijo y se tuvo siempre por cosa cierta en el convento que se habia refugiado en aquel país.

No obstante, parece que la señora no estaba en ese entender, no porque manifestase no creerlo, ó se opusiese á la opinion comun con razones propias, pues si algunas tenia, jamas las disimuló mejor; por el contrario, de nada se abstenia tanto como de tocar semejante historia, y en lo que ménos pensaba era en averiguar aquel misterio; mas cuanto ménos hablaba de él, tanto más presente le tenia. ¡Cuántas veces

al dia se le presentaba la imágen de aquella monja, sin que pudiese apartarla de su mente! ¡cuántas veces hubiera querido oir el agudo sonido de su verdadera voz, cualesquiera que hubiesen sido sus amenazas, más bien que tener siempre en el oido mental el susurro de aquella misma voz, y oir palabras á que no queria responder, repelidas con una pertinacia incansable, que jamas tuvo persona alguna viviente.

Habria como cosa de un año que habia pasado esta aventura, cuando el padre Guardian de capuchinos presentó á Lucía á la señora, que tuvo con ella aquel coloquio en el cual suspendimos nuestra narracion. Multiplicaba Gertrúdis las preguntas acerca de la persecucion de D. Rodrigo, y entraba en ciertos pormenores con un desembarazo que pareció, y debió parecer extraño á Lucía, quien jamas se imaginó que la curiosidad de las monjas pudiese extenderse á semejantes asuntos. No eran ménos extrañas las opiniones que dejaba traslucir, ó que interpolaba con las preguntas. Parecia que casi se burlaba del terror de Lucía; preguntaba si D. Rodrigo era tan feo para causar tanto miedo, y casi daba á entender que tendria por ridiculo y necio el desden de Lucía, á no disculparla su preferencia por Lorenzo. Tambien acerca de este particular se extendió á tantas y tales preguntas, que provocaron la admiracion y el pudor de la inocente aldeana; pero, advirtiendo luégo que habia dejado correr la lengua tras los extravíos de la imaginacion, procuró enmendarlo mejor que pudo con interpretaciones sus imprudencias; pero no por eso dejó Lucía de quedar con cierta desagradable admiracion y confuso recelo, de modo que, en cuanto pudo hallarse á solas con su madre, le descubrió su ánimo con respecto á lo que habia pasado. Ines, como más experimentada, dispó en pocas palabras todas sus dudas, diciendo:

« — No debes maravillarte de eso; cuando conozcas el mundo como yo, verás que estas son cosas de que no hay que admirarse. Los personajes, unos más, otros ménos, unos por un lado, otros por otro, todos tienen algo de locos; se les deja que digan, y no se hace caso; al contrario, el modo

de conseguir de ellos lo que se quiere, es darles siempre la razon. ¿ No viste con qué orgullo se me echó encima, como si yo hubiera dicho algun despropósito? Mas yo no hice caso. Todos son lo mismo; con todo, debemos dar gracias á Dios de que, segun parece, la has agradado, y quiere protegerte de véras.

El deseo de servir al padre Guardian; la satisfaccion que se experimenta en dar amparo á un miserable; la idea del buen concepto que produciría una proteccion concedida con fin tan piadoso; cierta prevencion en favor de Lucia; el



Alegrábanse la madre y la hija.

placer que causa el hacer bien á una inocente, el consolar y socorrer á los oprimidos, habian realmente determinado á la señora á tomar á su cargo la suerte de las dos emigradas. En virtud de órdenes que dió, y del cuidado que mostró por ellas, las colocaron en la habitacion de la demandadera, considerándolas como empleadas y dependientes del convento. Alegrábanse la madre y la hija por haber hallado tan presto un asilo tan seguro y honroso. Hubieran tambien deseado que nadie tuviese noticia de ellas; pero esto era imposible en un convento como aquel, tanto más, cuanto habia una persona poderosa empeñada en saber el paradero de una de ellas, y en cuyo ánimo se agregaba á la pasion y al empeño primero, el coraje de haberse llevado chasco y haber sido engañado. Nosotros, dejando á las dos mujeres en su refugio, volveremos al palacio de D. Rodrigo, en la hora en que estaba aguardando con ansia el resultado de su perversa comision.

CAPÍTULO XI

Como los perros, despues de haber corrido inútilmente una liebre, vuelven jadeando, con la cola caída y las orejas bajas, del mismo modo en aquella alborotada noche volvieron los bravos al palacio de D. Rodrigo, el cual estaba á oscuras, dando paseos en un camaranchon que caia á la llanura. Parábase de cuando en cuando á oír y mirar por las rendijas de las toscas ventanas con grande impaciencia y no sin inquietud, no tanto por lo dudoso del éxito, cuando por las resultas que pudiera muy bien tener, porque la empresa era una de las más graves que hasta entónces habia intentado el buen caballero. Sin embargo, se iba animando con las precauciones que se habian tomado para que no quedase indicio alguno del hecho. En cuanto á las sospechas, se reia de ellas.

— ¿ Quién será — decia — el valiente que se atreva á venir aquí, para averiguar si hay ó no una muchacha? Venga cualquiera, que será bien recibido. ¿ Que venga el fraile? Que venga. ¿ La vieja? La vieja, que vaya á Bergamo. ¿ La justicia? ¿ Qué, la justicia! el Podestá no es ni un muchacho, ni un loco. ¿ Y en Milan? Milan! ¿ quién se cuida en Milan de tales gentes? ¿ quién les dará oídos? Nadie sabe siquiera que existen; ni tienen un amo que pueda clamar por ellas. Vaya, vaya, fuera miedo. ¿ Cómo se quedará por la mañana el conde Atilio! Ahí verá si yo soy hombre de chapa. En fin, si hubiese algun tropiezo... ¿ Qué sé yo?... Si algun enemigo quisiese aprovechar la ocasion... Tambien Atilio podrá aconsejarme... En ello se interesa el honor de toda la parentela.

Pero el pensamiento en que más se detenia, porque en él hallaba mejor solucion de sus dudas, y tambien un alimento á su pasion principal, era el de los halagos y las promesas con que esperaba vencer á Lucia.

Mientras hacía esta cuenta sin la huésped, oye pisadas, abre un poquito la ventana, se asoma y dice :

— ¡ Ellos son !... ¿ Y la litera ?... ¡ Qué diablos ! ¿ dónde estará la litera... tres... cinco... ocho ; allí vienen todos. También está el *Canoso*... pero la litera no se ve. ¿ Qué diablos querrá decir esto ?

Así que entraron todos, dejó el *Canoso* en un rincón de una pieza baja el bordon, se quitó el sombrero, arrimó la carabina, y, según lo exigía su empleo, que nadie le envidiaba en aquella ocasión, subió á dar cuenta de su expedición á D. Rodrigo. Aguardábale este en la escalera, y viéndelo venir con el aspecto de un bribón chasqueado :

— ¿ Y bien, — le dijo, — señor matasiete ? ¿ señor baladron ? ¿ señor general derrotado ?

— Dura cosa es, — contestó el *Canoso* con un pié puesto en el primer escalón ; — dura cosa es oírse reconvenir después de haber servido fielmente, haber cumplido con su obligación, y á mayor abundamiento, haber arriesgado el pellejo.

— ¿ Cómo ha ido ? Veamos, — dijo D. Rodrigo encaminándose á su aposento.

Siguióle el *Canoso*, el cual hizo inmediatamente relación de lo que había dispuesto, ejecutado, visto y no visto, oído, emido y remediado, y lo hizo con toda la confusión, la incertidumbre y el aturdimiento que debía reinar en sus ideas.

— Tienes razón, — dijo D. Rodrigo ; — te has portado bien ; has hecho todo lo que era posible ; pero... ¿ si debajo de este techo habrá algún espía ? Si le hay, y llego á descubrirle... y como le haya, le hemos de descubrir ; te aseguro, *Canoso*, que le he de poner como merece.

Á mí también me ha ocurrido esa especie, — dijo el *Canoso*. — Si le hubiese, y llegamos á descubrir semejante bribón, mi señor debería entregármelo. Á mí me tocaría el pagar al tunante que se hubiese divertido en hacerme pasar una noche de perros como esta : sin embargo, por el conjunto de las circunstancias, me parece que hay otro

embrollo que no se comprende ; mañana veremos más claro.

— ¿ No os han conocido ? — preguntó D. Rodrigo.

— Me parece que no, — contestó el *Canoso*.

Y la conclusión de la conferencia fué que D. Rodrigo le mandó tres cosas. Primera, despachar muy temprano dos hombres para que hiciesen al Cónsul la intimación que hemos visto ; segunda, que mandase otros dos á la casucha, para evitar que nadie entrase y viese la litera hasta la noche, que se enviaria por ella, porque no convenia por entónces dar más pasos que pudiesen llamar la atención ; y tercera, que saliese él mismo á husmear, y enviase también otros dos de los más despejados á inquirir la causa de la trapisonda de aquella noche. Dadas estas órdenes, despachó con muchos elogios al *Canoso*, para que se fuese á dormir, y él mismo se retiró á su cuarto.

La mañana siguiente muy temprano ya andaba corriendo el *Canoso*, cuando se levantó D. Rodrigo. Buscó inmediatamente al conde Atilio, el cual, apenas le vió, le dijo con tono de mofa :

— ¿ Y San Martín ?

— No sé qué contestar, — respondió D. Rodrigo ; — pagaré la apuesta ; pero no es eso lo que más me escuece. Nada te he dicho, porque pensé sorprenderte ; pero... En fin, ahora te lo contaré todo.

— Aquí anda la mano del fraile, — dijo el primo después de haberle oído toda la historia, con más atención de lo que podía esperarse de una cabeza tan destornillada. — Á ese fraile, con su gazmoñería y su mónita, le tengo yo por un solemne pícaro. ¡ Tú nunca me has querido hablar con franqueza ! ¡ No quisiste decirme á qué vino á hablarte !

Refirióle entónces D. Rodrigo la conferencia.

— ¿ Y tú le aguantaste ? — exclamó el Conde. — ¿ Y le dejaste salir sin darle su merecido ?

— ¿ Qué querias ? ¿ que me enemistase con todos los capuchinos de Italia ?

— No sé, — replicó el Conde ; — pero yo en aquel mo-

mento, quizá me hubiera olvidado que había más capuchinos que aquel picaron que me insultaba; pero además, aún sin faltar á las reglas de la prudencia, ¿deja de haber modos de vengarse también de un capuchino? En fin, puesto que se ha librado del castigo que merecía, le tomo yo bajo mi protección, y quiero tener el gusto de enseñarle cómo se habla con las personas de nuestra clase.

— Eso sería poner las cosas en peor estado.

— Fíate una vez de tu primo, y no tengas cuidado, que te serviré como amigo y pariente.

— ¿Y qué tratas de hacer?

— Todavía no lo sé; pero te aseguro que saldremos de ese fraile. Lo pensaré... El que me ha de servir es el Conde mío, del Consejo secreto. Me baño en agua rosada siempre que hago trabajar en mi favor á ese politicon... Pasado mañana estoy en Milan, y de un modo ó de otro, verás que el fraile me la paga.

Trajeron en esto el almuerzo, que no impidió que se continuase hablando de un negocio de tanta importancia. Aunque el Conde tomaba en él aquella parte que requerían el honor de familia y la amistad del primo, según las ideas que tenía de la amistad y del honor, hablaba con desahogo y franqueza, y no podía menos de reirse de cuando en cuando de la aventura de D. Rodrigo; pero este, como se trataba de causa propia, no tenía gana de fiestas, y agitando en su cabeza pensamientos más graves, decía:

— ¡Qué de habladurías habrá en todos los alrededores! Pero á mí, ¿qué me importa? En cuanto á la justicia, tampoco temo: pruebas no las hay, y aún cuando las hubiera, me reiría de ellas. De todos modos esta mañana he hecho prevenir al Cónsul que se guarde bien de dar cuenta al Podestá de lo sucedido: pues siempre es mejor que se hable del asunto lo ménos posible.

— ¡Bien hecho! — respondió el Conde, — porque aunque seas amigo del Podestá, si le van con una delación... ¡Y qué testarudo es!

— Sí, — dijo D. Rodrigo con seriedad; — por eso tú siempre le contradices, te burlas de él, y á veces le aburres. ¡Qué diablos! ¿un Podestá no puede ser algo bestia y terco, si en lo demás es un hombre de bien?

— ¿Sabes tú lo que digo? que me parece que tienes tu poquito de miedo.

— ¡Qué miedo! ¿No me has dicho tú mil veces que conviene contemporizar en muchas ocasiones?

— Sí, lo he dicho; y para que veas que soy consecuente, hoy mismo voy á ver al Podestá, y á darle razón en todo. Por otra parte, más necesidad tiene él de nuestra protección que nosotros de su condescendencia.

Después de estas y otras pláticas de la misma naturaleza salió el Conde á cazar, y D. Rodrigo estuvo aguardando con ansia al *Canoso*, que por fin cerca de la hora de comer vino á dar cuenta de lo que había hecho.

La gresca de aquella noche había sido tan ruidosa, y la ausencia de tres personas en un pueblo de corto vecindario era un hecho tan notable, que las indagaciones, ya por intereses, ya por curiosidad, debían precisamente ser muchas y repetidas: por otra parte, los que algo sabían eran en demasiado número para que todos se conviniessen en no hablar. No podía Perpétua asomarse á la puerta sin que le preguntasen quiénes eran los que habían metido tanto miedo á su amo. La misma Perpétua, repasando en su mente todas las circunstancias del suceso, y conociendo cómo Ines la había embromado, se encolerizó tanto por semejante perfidia que necesitaba un poco de desahogo. Es cierto que no se quejaba del modo con que la habían embaucado, porque acerca de esto guardaba el más profundo silencio; pero no podía callar el tiro hecho á su amo, y sobre todo por haberle dado aquel chasco un mozo que pasaba por hombre de bien, y una viuda que se tenía por muy honrada. Gervasio, que estaba ufano por haber pasado un gran susto, y por haber cooperado á una cosa que olía algo á criminalidad, se consideraba ya un hombre como los demás, reventaba por ala-

barse de ello, y aunque su hermano Antoñuelo, que temía á los escribanos más que á los jueces, le inclinase al silencio, amenazándole con el puño cerrado, no podía teparle la boca. Antoñuelo tambien, como aquella noche se habia retirado á su casa más tarde de lo que acostumbraba, con un semblante y una agitacion que le obligaba á la sinceridad, no pudo ocultar el hecho á su mujer, que por cierto no era muda. El que habló ménos de todos fué Mingo; porque apénas principió á contar á sus padres la historia y el objeto de su expedicion, tuvieron por cosa tan peligrosa el que un hijo suyo se hallase mezclado en una trama cuyo objeto era frustrar un proyecto de D. Rodrigo, que no dejaron que el muchacho concluyese su narracion, imponiéndole perpétuo silencio con graves amenazas; y el dia siguiente, pareciéndoles que todavia no estaban bien seguros, determinaron no dejarle salir de casa en algun tiempo; ¿pero qué importaba? si ellos mismos hablaban con los vecimos, y sin querer aparentar que sabian más que los otros, cuando se trataba del punto oscuro de la fuga de los tres ausentes, de cómo, y adónde, añadian, como cosa sabida, que se habian refugiado en Pescarénico; y así esta circunstancia se agregó tambien á las noticias que corrían.

Con todos estos retazos de noticias, zureidos luégo, como suele suceder, y la franja que se les pega naturalmente al coserlos, habia bastante para forjar una historia, igual á muchas que suelen forjarse tambien en nuestros dias; pero lo que dejaba la historia todavia oscuro y embrollado era el hecho de la invasion de los bravos, accidente del cual nadie tenia una noticia exacta, aunque demasiado ruidoso para poderle separar del resto. Entre los susurros andaba el nombre de D. Rodrigo y en esto todos estaban de acuerdo; pero en lo demas variaban los datos. Se hablaba mucho de los bandoleros que se vieron al anochecer, y del que estaba á la puerta de la taberna; preguntaban al tabernero quiénes fueron los concurrentes de la noche anterior; pero el tabernero ni se acordaba haber visto gente, ni dejaba concluir, diciendo que

la taberna era un puerto de mar. Lo que sobre todo trastornaba las cabezas y desordenaba las conjeturas, era el peregrino que vieron Estéban y Cárlos Andres, al que quisieron matar los facinerosos, y que marchó con ellos, ó se lo llevaron. ¿Y qué vendria á hacer? Unos decían que era un alma buena que acudió para salvar á las dos mujeres; otros que era el alma perdida de un peregrino bribon é impostor, que todas las noches iba á reunirse con los que cometian las maldades que él cometió cuando vivía; otros que era un verdadero peregrino, que quisieron asesinar los bandoleros porque se disponia á despertar á los habitantes; otros (cosa rara) que era uno de los mismos bandoleros disfrazado: en fin, eran tan vagas, tan diversas, tan confusas las noticias, que no hubiera alcanzado á aclararlas toda la sagacidad y experiencia del *Canoso*, si él hubiera tenido que deslindar esta parte de la historia por medio de las conjeturas ajenas. Pero lo que justamente era más oscuro, como sabe el lector, para los demas, era tan claro para el *Canoso*, que le sirvió de llave á fin de interpretar las demas noticias recogidas por él y sus exploradores, componer una relacion bastante circunstanciada para D. Rodrigo. Encerróse, pues, con él, y le dió cuenta del golpe que intentaron los novios, lo que explicaba el motivo de haber encontrado la casa sin gente y el tocar á rebato. Habló de la fuga de los mismos novios, hallando la causa de ella en el temor que experimentarían despues de su intentona, ó en algun aviso que recibirían de hallarse invadida su casa; y por último añadió que se habian refugiado en Pescarénico. Alegróse don Rodrigo al ver que nadie le habia hecho traicion y que no quedaba rastro alguno del hecho, que podia comprometerle; pero su alegría fué efímera.

— ¿Conque huyeron juntos? — exclamó. — ¡Y ese fraile! ¡Ese fraile pícaro tiene tambien la culpa de todo!

Pronunciaba estas palabras mordiéndose los labios, y su cara aparecia tan fea como sus pasiones.

— Juro que ese fraile me la ha de pagar... *Canoso*, á fe de caballero... quiero saber... quiero hallarlos... Esta noche

he de averiguar dónde están. Aprisa, *Canoso*, á Pescarénico al instante á indagar y á saber... Cuatro escudos al momento y mi proteccion para siempre: esta noche quiero saberlo todo... Y ese bribon: ese fraile...

Sale de nuevo el *Canoso* á campaña, y en la noche de aquel mismo dia pudo traer á su amo la noticia que deseaba. Hé aquí de qué manera.

Uno de los mayores consuelos de esta vida es la amistad; y uno de los mayores consuelos de la amistad es el tener una persona á quien poder confiar un secreto. Los amigos no están divididos por parejas como los matrimonios, sino que, generalmente hablando, cada uno tiene más de un amigo, lo que forma una cadena interminable. Cuando, pues, un amigo se propone el consuelo de depositar un secreto en el seno de otro, excita en este el deseo de proporcionarse respectivamente el mismo consuelo: es verdad que le pide que nada diga; pero si esta condicion se tomase en sentido riguroso, se cortaria inmediatamente el curso de los secretos; por esto la práctica general obliga á que no se fie el secreto sino á un amigo de confianza, imponiéndole la misma condicion; y así de amigo en amigo corre el secreto la cadena de las amistades hasta que llega á oídos de aquel ó de aquellos á quienes nunca quería que llegase el primero que le confió. No hay duda en que un secreto por lo regular tardaria mucho tiempo en recorrer dicha cadena si cada uno sólo tuviese dos amigos, esto es, el que le confia y aquel á quien lo confia; pero hay hombres privilegiados que cuentan los amigos á centenares, y cuando un secreto llega á uno de estos hombres, los turnos son tan rápidos y multiplicados que ya no es posible darles alcance. Nuestro autor no ha podido averiguar por cuántas bocas pasó el secreto que el *Canoso* tenia orden de descubrir; mas el hecho es que habiendo vuelto á Pescarénico consu carro, á hora de vísperas, el buen hombre que condujo las dos mujeres á Monza, se encontró ántes de tocar el umbral de su casa con un amigo de satisfaccion, al cual contó con gran sigilo la buena obra que acá-

baba de hacer y todo lo demas; y el *Canoso* dos horas despues pudo volver al palacio de D. Rodrigo á darle cuenta de que Lucia y su madre se habian acogido á un convento de Monza, y que Lorenzo habia continuado su camino á Milan.

La separacion de Lorenzo y Lucia excitó en el ánimo de D. Rodrigo un indigno placer, y comenzó á concebir la infame esperanza de lograr su objeto.

Ocupó una gran parte de la noche en idear el modo, y se levantó por la mañana con dos proyectos, el uno decidido, y y el otro en bosquejo. Reducíase el primero á enviar á Monza al *Canoso* para que se impusiese mejor de la situacion de Lucia, é indagase si se podia intentar alguna cosa. Hizo, pues, llamar á su fiel bandolero, le plantó en la mano los cuatro escudos, celebró la habilidad con que los habia ganado, y le dió la órden premeditada.

— Señor... — dijo titubeando el *Canoso*.

— ¿ Qué ? ¿ no me has entendido ?

— Si Useñoria quisiese enviar á otro...

— ¿ Cómo ?

— Ilustrísimo señor, yo estoy pronto á dar la vida por mi amo; es mi obligacion; pero si Useñoria no quiere aventurar demasiado la vida de sus criados...

— ¿ Pues qué hay ?

— Useñoria no ignora los pregones que tengo encima. Aquí estoy bajo la proteccion de Useñoria. El señor Podestá es amigo de casa; los esbirros me respetan; y yo tambien... Es cosa que no me honra mucho; pero para vivir con tranquilidad... los trato como amigos. En Milan conocen la librea de Useñoria; pero en Monza... á decir verdad, allí me conocen todos. Useñoria sabe (no es por alabarme) que el que me entregue á la justicia, ó presente mi cabeza, hace un buen negocio; cien escudos á toca teja, y la facultad de librar á dos reos.

— ¡ Qué diablos ! — dijo D. Rodrigo. — Te vas pareciendo á aquella clase de perros que apenas tienen ánimo para tirarse

á las piernas del que pasa por su puerta, mirando atras para ver si le ayudan los de casa, sin atreverse á separarse cuatro pasos.

— Señor, creo haber dado pruebas...

— ¡ En suma !...

— En suma, — contestó el *Canoso*, picado, — haga Use-



El *Canoso*, reunido con los dos compañeros, partió.

ñoría cuenta que nada he dicho. Corazon de leon, piernas de liebre, y vamos andando.

— No pretendo que vayas solo: llévate un par de hombres de los mejores, y véte sin miedos. ¿ Quién quieres que diga nada á tres caras como las vuestras, que van tranquilamente por su camino? Sería necesario que los esbirros de Monza tuviesen en poco su vida para aventurarla por cien escudos; y luego no creo ser allí tan poco conocido, que la calidad de criado mio no haya de valer algo.

Excitada de este modo algun tanto la vergüenza del *Canoso* le dió D. Rodrigo largas instrucciones, y aquel, reunido con los dos compañeros, partió con semblante alegre é impávido, pero renegando interiormente de Monza, de las mujeres, y de las voluntariedades de su amo.

El proyecto de D. Rodrigo era el de hacer que, ya que Lorenzo se habia separado de Lucía, no volviese á verla, ni á poner los piés en el país.

Ocurrióle hacer divulgar voces de amenazas y de insidias, que, llegando á sus oídos por medio de algun amigo, le quitasen la gana de volver á su tierra; sin embargo, pensaba que lo más seguro sería buscar modo de hacerle desterrar del Estado; y conocia que para esto hubiera sido mejor medio el de la justicia que el de la fuerza. Parecíale que no sería difícil abultar un poco la tentativa hecha en la casa parroquial, pintándola como una agresion ó un acto sedicioso, y valiéndose del abogado Tramoya, persuadir al Podestá que estaba en el caso de librar un auto de prision contra Lorenzo; pero madurando mejor las ideas, echó de ver que no le convenia revolver aquel negocio; y sin alambicarse más el cerebro, determinó descubrirse al abogado Tramoya lo bastante para que comprendiese su deseo.

Mas así van á veces las cosas de este mundo. Mientras D. Rodrigo ponía la vista en el Abogado, considerándole como el hombre más á propósito para servirle en semejante negocio, otro hombre (¿ quién lo creyera?), el mismo Lorenzo trabajaba en servirle de un modo mucho mejor y más eficaz de cuantos bubiese podido imaginar el letrado más embrollon. Vamos, pues, á ver cómo.

Después de la dolorosa separacion que hemos referido, marchaba Lorenzo desde Monza á Milan, con el ánimo como cualquiera puede fácilmente imaginarse. Huir de su casa, de su país, y, lo que es todavia más penoso, de Lucía; hallarse en un camino sin saber adónde iria á parar; ¡ y todo por causa de aquel bribon! Cuando pensaba en esto se encendia en cólera, y mil ideas de vengaza se asomaban á su imaginacion;

pero acordándose entónces de la plegaria que con el buen fray Cristóbal habia dirigido á Dios en la iglesia de Pescarónico, desechaba todo pensamiento contrario á lo que en aquella ocasion habia ofrecido. No tardaba en volver á irritarse; pero viendo una imágen en la pared se quitaba el sombrero, y se paraba á rezar un poco, por manera que en aquel viaje mató más de veinte veces á D. Rodrigo, y más de veinte volvió á resucitarle. El camino, que en aquel tiempo iba entre dos ribazos, era muy fangoso, y con carriles tan profundos, que en cuanto llovía un poco, formaban arroyos; y cuando estos no bastaban en algunas partes á contener el agua, todo el camino se convertía en un pantano, haciéndose intransitable. En estos puntos ciertos hoyos en el vallado, á manera de escalones, indicaban que habian servido á otros viajeros para tomar el camino por los campos. Subió Lorenzo por ellos, y puesto en paraje más elevado, vió delante de sí aquel grande edificio de la catedral de Milan llamado el *Duomo*, que por la distancia no parecia fundado en medio de una ciudad, sino en un desierto. Olvidando por un instante sus males, se paró á contemplar aquella octava maravilla de que habia oido hablar tanto desde su infancia; pero volviendo despues la vista atras, vió en el horizonte aquella cordillera de montañas, y distinguiendo entre ellas por su elevacion el *Resegon*, se le heló la sangre en las venas: estuvo mirando con tristeza algun tiempo tan caros lugares, y suspirando profundamente, prosiguió su camino.

Poco despues empezó á descubrir las torres, las cúpulas y los tejados; bajó entónces al camino, anduvo todavia algun trecho, y cuando conoció que estaba muy cerca de la ciudad, se acercó á un caminante, y saludándole lo mejor que supo, le llamó la atencion diciendo:

- Perdone usted, caballero...
- ¿Qué se te ofrece, amigo?
- ¿Podría usted darme razon del camino más corto para ir al convento de capuchinos en donde está el padre Buena-ventura?

La persona á quien se dirigió Lorenzo era un habitante acomodado de las inmediaciones, que, habiendo ido por la mañana á Milan á sus negocios, se volvía más que de prisa sin haber hecho cosa alguna, deseando tanto hallarse en su casa, que de buena gana hubiera evitado aquella detencion; sin embargo, sin manifestar impaciencia, contestó con agrado:

— Amigo mio, hay más de un convento de capuchinos. Es preciso que me digas cuál es el que buscas.

Sacó entónces Lorenzo la carta del padre Cristóbal y se la



Empezó á descubrir las torres, las cúpulas.

entregó al caballero, el cual habiendo leído en el sobre «Puerta Oriental,» se la devolvió diciendo:

— Tienes fortuna: el convento que buscas está cerca: debes tomar esa vereda á la izquierda; algo más adelante encontrarás un edificio muy largo y bajo, que es el Lazareto, y siguiendo el foso que le rodea, irás á parar á la Puerta Oriental: entra por ella, y á los trescientos ó cuatrocientos pasos, verás una plazuela con álamos: allí está el convento: es imposible equivocarse. Véte con Dios.

Yacompañando estas últimas palabras con una cortesía, prosiguió su camino. Quedó admirado Lorenzo al ver el buen modo con que los milaneses trataban á los forasteros; pero ignoraba que aquel era un día fuera de lo ordinario, en que los señores más orgullosos y desatentos procuraban manifestar atención y popularidad. Siguió el camino que le indicaron, y se halló en la Puerta Oriental. Es necesario tener presente que todo aquel espacio era entonces muy diferente de lo que es en el día. Entró, pues, Lorenzo, y pasó adelante sin que los guardas le hablasen una palabra, cosa que extrañó muchísimo, porque de los pocos de su país que podían alabarse de haber entrado en Milan, había oído contar sus maravillas acerca de los registros, molestias y vejaciones que tenían que sufrir todos los que llegan de afuera. La calle estaba tan desierta, que si no hubiera oído cierto susurro lejano, que indicaba un gran movimiento, le hubiera parecido que entraba en una ciudad abandonada. Yendo más adelante sin afinar con lo que sería, notó en el suelo ciertas rayas blancas como si fuera nieve; pero como la nieve ni forma rayas, ni aquella era su estación, se acercó, y mirando y tocando, vió que era harina.

— Mucha abundancia — dijo para sí — debe haber en Milan, cuando se desperdicia de esta manera la gracia de Dios. Y luego nos dicen que en todas partes hay carestía. Eso es para que los aldeanos no nos alborotemos.

Pasó más adelante, y llegando á cierta distancia de una columna que existía en aquel tiempo, divisó al pié de la misma otro objeto todavía más extraño, esto es, en las gradas del zócalo, esparcidas ciertas cosas, que no eran guijarros, y que vistas en casa de un panadero, se hubieran tenido por panes. No se atrevía Lorenzo á creer á sus propios ojos, porque á la verdad no era aquel sitio á propósito para ello.

— Veamos, — dijo, — qué viene á ser esto.

Y acercándose á la columna, se bajó, cogió una de aquellas cosas, y vió que era un hermoso pan redondo, y de cuya calidad no solía comer sino en ciertos días.

— Es pan de véras, — dijo en voz alta; tan grade ranes

admiracion: — ¿de este modo le siembran en esta tierra? ¿y en este año? ¿Y no se incomodan en recogerle cuando se les cae? ¿Si será este el país de Jauja?

Con diez millas de camino en el cuerpo, y el fresco de la mañana, aquel pan tras de la admiracion le despertó el apetito.

— ¿Le cogeré? — decia para sí; — puesto que le han dejado aquí á discrecion de los perros, ¿no será mejor que lo coma un cristiano? Por último, si viene su amo, se lo pagaré y acabóse.

Razonando en estos términos, se metió en la faltriquera el que tenía en la mano, cogió otro y lo metió en la otra, y comenzando á comer otro tercero, echó á andar con más incertidumbre que nunca, ansioso de saber que novedad era aquella. Á los pocos pasos vió venir gente de lo interior de la ciudad: los primeros fueron un hombre y una mujer con un muchacho detras.

Llevaban todos una carga que parecia superior á sus fuerzas, y los tres con extraña figura. Así los harapos que llevaban encima como sus caras estaban enharinadas, divisándose apenas la alteracion y el color encendido de sus rostros. El modo de andar no sólo era fatigoso por el peso, sino que tambien se advertía en él cierta dificultad como de miembros magullados y doloridos.

Llevaba el hombre colgando del cuello un gran saco de harina con algunos agujeros por donde salía porción de ella á cada traspie de los que con frecuencia daba; pero más rara era la figura de la mujer. Tenia, al parecer, un corpanchon desmesurado con los brazos larguissimos, que le sostenian con trabajo, y parecian dos asas encorvadas desde el cuello hasta el centro de una desmedida redoma.

De debajo de aquel corpanchon salian dos piernas desnudas hasta la rodilla que caminaban vacilando. Miró Lorenzo con atención, y vió que lo que formaba aquel gran cuerpo eran los guardapiés de la mujer levantados casi hasta el pesquezo, y tan atestados de harina, que de cuando en cuando salía algun poco.

El muchacho llevaba en la cabeza con las dos manos una canasta llena de pan, y como tenía las piernas más cortas que sus padres, quedaba detras á trechos, y teniendo que correr de cuando para alcanzarlos, se le iban cayendo los panes de la canasta.

— Si dejas caer otro, pedazo de bruto... — dijo la madre al muchacho rechinando los dientes: — por vida de tal...

— Yo no los deajo caer, — respondió el muchacho: — si ellos se caen, ¿cómo lo he de remediar yo.

— Tu fortuna es, — replicó la madre — que tengo las manos ocupadas

Y como al decir esto meneó los brazos, como si quisiese pegar al pobrecillo, vertió más harina que la que entraba en los dos panes que se le cayeron entónces al muchacho.

— Vaya, vaya, — dijo el hombre; — volveremos atras para recogerlos, y si no, no faltarán otros pobres que los recojan. ¡Hace tanto tiempo que estamos muertos de hambre! Ahora que hay un poco de abundancia, gocemos de ella en santa paz.

Llegaba en tanto gente de afuera, y acercándose á la mujer uno de los que venian, le preguntó dónde se iba á coger el pan.

— Más adelante, — contestó la mujer; y estando aquellos á unos diez pasos de distancia, añadió refunfuñando: — Estos bribones de forasteros vendrán á limpiar todos los hornos y almacenes, y nada quedará para nosotros.

— Calla, mujer, — dijo el marido; ya que hay abundancia, deja que todos la disfruten.

Por esto y otras cosas semejantes, que vió Lorenzo, empezó á conocer que se hallaba en una ciudad sublevada, y que aquel era un día de rebatina, es decir, que cada uno tomaba lo que queria, segun su voluntad y su fuerza, dando en pago empellones y golpes. Por más que deseamos que nuestro serrano haga buen papel en la historia, no podemos dejar de decir que su primer sentimiento fué el de complacencia. Debía tan poco al estado ordinario de las cosas, que se inclinaba á probar todo lo que pudiera contribuir á mudarle, fuese como

fuese. Pur otra parte, como no era hombre de luces superiores á las de su siglo, vivía en la absurda opinion de que los panaderos tenían la culpa de la escasez del pan: de consiguiente, creía justo cualquiera medio que se emplease para quitarles el alimento que ellos, segun su concepto, negaban al hambre de toda una poblacion.

Sin embargo, se propuso no meterse en la gresca, y se alegró de ir dirigido á un capuchino que le proporcionaria un asilo tranquilo y seguro. Con esta idea, y mirando á los nuevos conquistadores, que se iban presentando cargados de despojos, anduvo el breve camino que le quedaba para llegar al convento.

En donde se ve ahora un magnifico palacio con su hermoso pórtico, habia entónces y duraba no hace muchos años una plazuela, en cuya extremidad estaban la iglesia y el convento de capuchinos con cuatro frondosos álamos delante. Nosotros felicitamos, y no sin envidia, á la porcion de nuestros lectores que no



Démela, dijo el portero.

ha visto las cosas en aquel estado, porque quiere decir que son muy jóvenes, y por falta de tiempo habrán dejado de hacer no pocos disparates. Llegóse Lorenzo en derechura á la puerta, se metió en el pecho el medio pan que le quedaba, sacó la carta, y tiró de la campanilla. Abrió el padre portero la rejilla, se asomó á ella, y preguntó quién era.

— Un forastero — respondió Lorenzo — que trae al padre Buenaventura una carta urgente del padre Cristóbal.

— Démela, — dijo el portero, metiendo la mano por la rejilla.

— No, no, — contestó Lorenzo, — debo entregársela en sus propias manos.

— No está en el convento, — replicó el portero.

— Déjeme usted entrar, — dijo Lorenzo, — que ahí le aguardaré.

— Podéis aguardarle en la iglesia, — contestó el fraile, — y no os vendrá mal el que entre tanto recéis un poco: por ahora no se permite entrar en el convento.

Diciendo esto cerró la rejilla.

Quedóse Lorenzo como un tonto con su carta en la mano: dió diez ó doce pasos hácia la iglesia para seguir el consejo del padre portero; pero quiso ántes ver otro poco la bulla. Atravesó con efecto la plazuela, se puso en la acera de la calle, y con los brazos cruzados se paró á mirar á la izquierda hácia lo interior de la ciudad, en donde era mayor el alboroto. El torbellino atrajo al curioso.

— Vamos á ver, — dijo, — un poquito más adelante.

Sacó de nuevo su medio pan, y comiéndole poco á poco se dirigió hácia aquel sitio. Mientras llega, contaremos nosotros en resúmen las cosas y el principio de aquel tumulto.

CAPÍTULO XII

La cosecha infeliz de aquel año no era ya la primera. También la del precedente había sido escasisimo, y sólo con el auxilio de los acopios que se conservaban de tiempos más abundantes pudo suplirse la falta á duras penas, y bien ó mal había ido tirando la población hasta el estío del año de 1628, á que pertenece nuestra historia. Pero al llegar la ansiada época de la recolección de las mieses, se vió que la cosecha era aún más miserable que la anterior, tanto por los malos temporales (y eso no sólo en el Milanesado, sino en gran parte del país circunvecino), cuanto por culpa de los hombres. Las talas y el destrozo causados por la guerra de que

hemos hecho mención eran tan grandes, que en las comarcas contiguas al paso de las tropas, se quedaban las campiñas más incultas y abandonadas de lo que solian, desamparando sus haciendas los labradores, los cuales, en vez de proporcionar con su trabajo el sustento propio y ajeno, se veian obligados á pedirlo por amor de Dios de puerta en puerta.

He dicho *más de lo que solian*, porque las insoportables gabelas impuestas sin concierto y arrebatadas con no ménos ruidosa rapacidad; la conducta habitual, aún en tiempos pacíficos, de las tropas estacionarias, comparada en los tristes documentos de aquella edad con la de un ejército enemigo, y otras causas largas de referir, habian ido labrando lentamente de algunos años atras en todo el Milanesado la fatal penuria que le aquejaba: así las circunstancias particulares de que hablamos ahora pueden reputarse como una exacerbación repentina de un mal crónico y antiguo. Apenas se acabó de recoger aquella tan miserable cosecha, cuando las provisiones para el ejército y el desórden que siempre las acompaña la redujo á tal extremo, que empezó á experimentarse la escasez, y tras ella su tan doloroso como seguro y á veces tan saludable resultado, la carestía.

Pero cuando la carestía llega á cierto punto, se levanta siempre (ó al ménos así lo hemos visto hasta ahora; y si esto sucede en el dia despues de tantos y tan juiciosos escritos sobre esta materia, ¿qué sucedería entónces?); digó que se levanta y acredita el rumor en el público de que no es la escasez quien la motiva. Se olvidan las gentes de que la temieron y vaticinaron; y suponen desde luego que hay todo el grano que se necesita, y que el mal dimana de que no se vende lo suficiente para el consumo; suposiciones todas infundadas, pero que lisonjean al mismo tiempo la cólera y la esperanza; se atribuye la carestía á los tratantes en granos, verdaderos ó imaginarios, á los propietarios de tierras que no lo vendian todo en un dia, á los panaderos que lo compraban; en una palabra, á cuantos por sus tráficos en estos artículos se supone que ocultan grandes acopios.

Estos eran el objeto de las quejas universales y de la ira de las personas bien ó mal vestidas. Se citaban los almacenes, se decia dónde estaban los graneros llenos y apuntalados, se indicaban números excesivos de sacos, se hablaba como de cosa cierta de las inmensas cantidades de cereales que se enviaban furtivamente á otros países, en los cuales probablemente se clamaba con igual furor y certeza, suponiendo que sus granos venían á Milan. Se imploraban de los magistrados aquellas providencias que á la muchedumbre parecen siempre, ó á lo ménos han parecido, equitativas, sencillas y eficaces para hacer salir á la plaza el grano que suponían escondido, emparedado y sepultado en silos, y restablecer la abundancia. Los magistrados echaban mano de cuantos medios les dictaba aquel apuro, como el de fijar el precio máximo de algunos géneros, de imponer penas á los que se negaban á vender, y otros de la misma especie. Pero como la eficacia de las disposiciones humanas, por muy enérgicas que sean, no alcanza á disminuir la necesidad de comer, ni á producir cosechas fuera de tiempo; y las que se tomaban entónces no eran á la verdad las más oportunas para atraer los víveres de los puntos en que pudiese haber abundancia de ellos, el mal duraba y aumentaba de dia en dia. La muchedumbre lo atribuía á la falta ó á la flojedad de los remedios, y reclamaba á gritos otros más decisivos y eficaces. Por desgracia dió con un hombre á medida de su deseo.

En ausencia del gobernador ó capitán general D. Gonzalo Fernández de Córdoba, que se hallaba en el sitio del Casal de Monferrato, hacia sus veces en Milan el gran canciller D. Antonio Ferrer. Persuadido (¿y quién no lo estaria?) de que el precio moderado del pan sería una cosa excelente, se figuró (aquí está el error) que una orden suya bastaría para disminuirlo; y en este supuesto fijó la tasa del pan como si el trigo se vendiese al precio regular de treinta y tres liras la medida comun del país, siendo así que llegaba hasta ochenta, haciendo con esto lo que haria una vieja que creyese rejuvenecer falsificando su fe de bautismo.

Órdenes ménos absurdas y ménos injustas habian quedado más de una vez sin efecto por la resistencia misma de las cosas; pero en la ejecucion de esta se interesaba la muchedumbre, que, viendo por fin convertido en ley su deseo, no sufriria.

En efecto, acudió en el momento á las panaderías á pedir pan al precio tasado, y acudió con aquella resolucion y aquel tono amenazador que inspiran las pasiones apoyadas en la ley y la fuerza. Los magistrados por una parte imponian penas, y por otra el pueblo estrechaba, y á la menor tardanza en ser complacido, murmuraba y amenazaba sordamente con una de sus sentencias, que son las peores de cuantas se ejecutan en el mundo; y así los pobres panaderos no tenían otro recurso sino el de amasar, cocer y vender sin descanso. Mas para seguir de aquella manera no bastaban ni las órdenes rigurosas ni el terrible miedo que los miserables tenían. Era necesario que la cosa fuese posible, y hubiera dejado de serlo á poco más que durase aquel estado. Reclamaban sin cesar haciendo presente la iniquidad de la carga que se les habia impuesto y la imposibilidad de soportarla, y protestaban que echarian la pala al horno y se marcharian; pero entre tanto iban siguiendo adelante del modo posible con la esperanza de que el gran Canciller llegaria á hacerse cargo de la justicia de sus reclamaciones. Mas D. Antonio Ferrer, que era, segun la expresion actual, hombre de carácter, contestaba que los panaderos habian ganado mucho anteriormente, y que también ganarian mucho en adelante, mejorando los tiempos; que ya se veria y arreglaria tal vez el modo de resarcirles; y así era menester que entre tanto siguiesen abasteciendo la ciudad.

Ya fuese porque el mismo estuviera convencido de las razones que alegaba, ó ya porque, conociendo por los efectos la imposibilidad de sostener aquella absurda providencia, quisiese dejar á otros la odiosidad de revocarla (pues no es fácil adivinar sus pensamientos), no varió en un átomo su resolucion. Finalmente, los decuriones (cuerpo municipal compuesto de nobles, que se extinguió en 1796) dieron cuenta

por escrito al Capitan general del estado de los cosas, pidiéndole que indicase algun temperamento para su remedio.

Engolfado D. Gonzalo en los negocios de la guerra, nombró una Junta, á la cual confirió la facultad de poner al pan un precio arreglado á justicia, para conveniencia de ambas partes. Juntáronse los comisionados, y despues de cumplimientos, preámbulos, suspiros, reticencias y proposiciones, la necesidad imperiosa los obligó á tomar una determinacion. Conocian que era paso aventurado, pero convencidos de que no habia otro arbitrio, acordaron aumentar el precio del pan, con lo cual respiraron los panaderos, y el pueblo se puso furioso.

La noche que precedió al dia en que Lorenzo llegó á Milan, las calles y las plazas estaban llenas de hombres que, arrebatados de indignacion, y animados de una misma idea, conocidos y no conocidos, se reunian en corrillos, sin acuerdo anterior y casi sin advertirlo, como se juntan en el punto á que las arrastra un mismo declive las canales de los tejados.

Cada discurso aumentaba la persuasion y la furia, no sólo de los oyentes, sino tambien del que los pronunciaba. Entre tantas personas habia algunas de sangre más fria, que se complacian en estar observando cómo se enturbiaba el agua; contribuian á revolverla cada vez más con los argumentos y cuentos que saben fraguar los bribones, y á los cuales ceden con facilidad los ánimos alterados; y teniendo presente el refran, *á río revuelto ganancia de pescadores*, se proponian no dejar que se aclarase sin haber pescado ántes alguna cosa. En fin, miles de hombres se fueron á acostar con el pensamiento indet erminado de que era necesario hacer alguna cosa y la conviccion de que algo se haria.

Antes de amanecer ya estaban las gentes en movimiento, y por todas partes se encontraban numerosas reuniones. Agolpábanse á la ventura muchachos, mujeres, jóvenes, viejos, trabajadores y mendigos. Aquí sonaban gritos diferentes y confusos, allí uno predicaba y otros aplaudian: más allá hacia uno á su vecino la misma pregunta que ántes le habian

hécho á él; aquel repetia la exclamacion que acababa de oír; por último, todo era admiracion, quejas y amenazas, y la materia de tantos discursos se reducía á un corto número de vocablos.

Faltaba sólo un asidero, un impulso cualquiera para pasar de las palabras á los hechos y no tardó en verificarse. Salían de las panaderias poco despues de amanecer los mozos que llevaban el pan á las casas; presentarse uno de aquellos malhadados muchachos con su cuévano lleno de pan fué lo mismo que caer una chispa en un almacen de pólvora. « ¡Qué



¡Abajo ese cuévano!

tal! ¿Hay pan ó no?» gritan cien voces á un tiempo. « ¡Si, para los bribones!» exclama uno; « sí, para los picaros que, nadando en la abundancia, quieren que nosotros muramos de hambre. » Al decir esto se acerca al muchacho, echa mano al asa del cuévano, y añade: « Ahora lo veremos. » Se pone descolorido el muchacho; tiembla, quisiera decir, déjenme ustedes; pero se le añuda la lengua. Alloja los brazos para saltar aprisa el peso, y entre tanto gritan por todas partes: « ¡Abajo ese cuévano!» Se arrojan á él muchas manos, vuela el paño que lo cubria y se difunde en derredor una tibia y lisonjera fragancia. « Nosotros tambien somos cristianos y hemos de comer pan, » dice el primero; y coge uno de ellos: lo

levanta, lo enseña á los demas y le hinca el diente. Entónces se echan todos encima como furias, y en un abrir y cerrar de ojos queda el cuévano limpio como una patena. Aquellos á quienes nada pudo tocar, irritados al ver que otros habian disfrutado semejante hallazgo, y animados por la facilidad de la empresa, corren á bandadas en busca de otros cuévanos, y cuantos encuentran tantos quedan despachados. Tampoco fué necesario dar el asalto; porque los que los llevaban, lo mismo era ver la turba que soltarlos en el suelo y poner piés en polvorosa. Sin embargo, los que quedaban en blanco eran los más; los mismos gananciosos no estaban satisfechos, y como confundidos unos y otros se hallaban allí los que habian contado con un desórden de mayor lucro, se empezaron á oír las voces, « ¡Á los hornos! ¡Á las panaderías! »

En la calle que se llama el Coso de los Servitas habia un horno y lo hay todavia con el mismo nombre, nombre que en toscano significa el horno de la provision, y en milanes se compone de palabras tan extrañas, que no hay letras en el alfabeto para expresar su sonido (1). Á aquel punto se dirigió la turba. Estaban los amos informándose del mozo que volvía saqueado, y que, todavía trémulo, contaba tartamudeando su triste aventura, cuando oyeron á lo léjos los rumores del tropel que se acercaba, y á poco se dejaron ver sus precursores.

— Cerrad, cerrad pronto. — gritan unos: corren otros á pedir auxilio á la justicia; otros atranean aprisa las puertas y ventanas, y entre tanto crece la turba delante de la casa gritando: « ¡Pan! ¡Pan! ¡abrid esas puertas!

Llega en este intermedio el Capitan de justicia, acompañado de sus alabarderos, diciendo: « ¡Señores! ¡señores! ¿Qué es esto? Alabarderos, abrid paso al Capitan de justicia. » Como no habia aún mucha gente reunida, pudieron los alabarderos con su jefe llegar, aunque desordenados, hasta la puerta del horno, y desde ella peroraba el Capitan en estos términos: « Señores, ¿qué hacen ustedes aqui? cada uno á su

1. Toda la novela está escrita en dialecto milanes.

casa; ¿dónde esta el temor de Dios? ¿Qué dirá el Rey nuestro señor? A nadie se trata de hacer daño; pero cada uno á su casa. ¿Qué diablos querrán ustedes hacer aqui? ¡Ea, á sus casas! ¡á sus casas! » Pero aún cuando hubiesen querido obedecer los que oían las palabras del Capitan, no hubieran pedido hacerlo, porque ellos mismos estaban estrechados y empujados por los que venian detras, como sucede con las olas, hasta la extremidad de la bulla que por momentos se iba aumen-



Llega en este intermedio el Capitan de Justicia.

tando. Como al mismo Capitan ya le empezaba á faltar la respiracion, decia á los alabarderos: — « Por Dios, alejad á esa gente para que pueda respirar; pero á ninguno le hagáis daño: veamos cómo meternos en la casa: que se retiren algun poco. » — « Atras, atras, » gritaban los alabarderos echándose sobre los más inmediatos y empujándolos con las astas de las alabardas.

Chillaban estos reculando lo mejor que podian, y dando con las espaldas en los pechos, los codos en los vientres y los talónes en las puntas de los piés á los que estaban detras, de donde resultaba tal desórden y apretura, que los que se hallaban en

el medio se arrepentían de haberse metido en semejante confusión. Habiéndose con esto despejado algún tanto la inmediación de la puerta, llamó el Capitán con grandes porrazos para que le abriesen.

Asomáronse á una ventana los de dentro, bajaron apresuradamente y abrieron. Entró el Capitán y tras de él los alabarderos uno á uno, conteniendo los últimos á la gente con las alabardas. Así que todos se hallaron dentro, corrieron aprisa el cerrojo, subió el Capitán, se asomó á una ventana, y quedó atónito al ver aquella inmensa muchedumbre.

— Hijos, — empezó á gritar, — hijos, á vuestras casas; perdon general á los que se retiren al instante.

— Queremos pan, ábranse las puertas, — eran las únicas palabras que en contestación podían distinguirse en aquella desentonada gritería.

— ¡Hijos, moderación! mirad lo que hacéis: aún estáis á tiempo; vaya, retiraos á vuestras casas. Se os dará pan; pero este no es el modo de pedirle. Pero ¿qué es lo que veo allí? ¿qué es eso? ¡Fuera esas herramientas! ¿qué se diría de los milaneses, que en todo el mundo tienen fama de buenos? Escuchad, escuchad, buenos milaneses... ¡Ah canalla!

Causó esta rápida mudanza de estilo una peladilla de arroyo, que, salida de las manos de uno de aquellos buenos milaneses, fué á parar á la cabeza del Capitán.

— ¡Canalla! ¡canalla! — continuó gritando.

Pero se metió adentro, cerrando más que de prisa la ventana; y aunque había voceado á gañote tendido, se había llevado el viento sus palabras buenas ó malas: lo que dijo que veía era el empeño de la gente por forzar las puertas y arrancar las rejas del piso bajo con piedras y herramientas de que se proveyó en el camino.

Muy adelantada estaba la obra, cuando los amos y los mozos del horno, asomados á las ventanas altas con gran munición de guijarros de que se surtieron desempedrando el patio, gritaban á los agresores que desistiesen, enseñándoles al mismo

tiempo las piedras. Viendo que nada conseguían, empezaron á lanzarlas con tan irresistible acierto, que ninguna se perdía, pues estaba la gente de tal manera apiñada que no se hubiera desperdiciado un grano de alpiste.

— ¡Ah infames ladrones! — exclamaban los de abajo; — ¿es este el pan que dais á los pobres?

— ¡Ay, ay! ¡qué iniquidad! — decían unos.

— ¡Dios me valga! — gritaban otros.

— ¡Ah, Dios, que me han muerto!

Estas voces y otras semejantes se oían entre las demas de imprecación y de ira. En efecto, muchos fueron muy maltratados, y dos muchachos quedaron muertos. Pero con esto el furor aumentó las fuerzas de la muchedumbre, las puertas saltaron en pedazos, se arrancaron las rejas, y los amotinados inundaron á manera de torrente toda la casa. Viendo los de dentro la cosa mal parada, se acogieron á los desvanes: el Capitán de justicia, sus alabarderos y algunos de la familia quedaron cobijados debajo de las tejas, y otros saliendo por las buhardas, corrían como los gatos por los tejados.

Olvidando los vencedores con la vista del botín todo deseo de venganza, se arrojaban á los cajones, y el pan y la harina llevaban igual camino.

Otros, ménos hambrientos y más codiciosos, corren al mostrador, descerrajan los cajones, y despues de haber llenado los bolsillos á dos manos, salen cargados de dinero, con ánimo de volver por pan en el caso de que todavía quedase alguno. La turba se esparce por los almacenes, y se declara la guerra á los sacos. Unos los abren y arrojan parte de la harina para poder llevarlos: otros gritan: «aguarda, aguarda,» y acuden con paños y hasta con sus vestidos para recoger las sobras. Quién carga con la masa que por todas partes se les escapa, quién se lleva los mismos utensilios; quién sale, quién entra, quién va, quién viene; hombres, mujeres, niños, se encuentran, tropiezan, se empujan, y gritan, al paso que por todas partes se levanta una espesa nube de polvo blanco, que todo lo cubre y los envuelve á todos.

No es ménos el bullicio por la parte de afuera ; dos filas opuestas se cruzan y obstruyen la entrada, formada la una por los que salen cargados de botin, y la otra por los que se apresuran para entrar á cogerle.

Miéntas saqueaban tan bárbaramente esta inmensa panadería, iguales escenas pasaban en las demas del pueblo ; pero en ninguna se aglomeró tanta gente que pudiese hacer con impunidad lo que quería. En unas los amos habian reunido varios amigos y parientes, y estaban á la defensa, y en otras, siendo ménos numerosos ó más tímidos los dueños, entraban en convenio, distribuyendo pan á los que se reunían, con la condicion de que se marchasen, y estos lo verificaban, no porque estuviesen contentos con lo que les daban, sino porque no osando los esbirros ni alabarderos acercarse al horno grande, se presentaban en otras partes con fuerza suficiente para contener aquellos pocos amotinados. Con esto el desórden y el alboroto se iban aumentando cada vez más en esta desgraciada panadería, porque todos aquellos á quienes punzaba la codicia ó el ansia de cometer alguna fechoría de provecho, acudian allí donde, siendo mayor el número de sus amigos, era más segura la impunidad.

Este era el estado de las cosas, cuando Lorenzo, como dijimos, acabando de comer su pedazo de pan, iba andando por el barrio de la Puerta Oriental, dirigiéndose sin saberlo al centro del mismo tumulto. Caminaba unas veces impelido, otras embarazado por la turba, y en el camino atisbaba y aplicaba el oído con el fin de ver si entre el discordo rumor del concurso llegaba á enterarse de lo que estaba pasando ; y estas poco más ó ménos fueron las razones que pudo comprender.

— Ya está conocida — decia uno — la impostura de esos bribones que sostenian que no habia ni pan, ni harina, ni trigo. Ya lo hemos visto, y á buen seguro que no nos engañan en adelante. ¡ Viva la abundancia !

— Con esto nada adelantamos, — decia otro ; — es hacer un hoyo en el agua ; y quizá será peor si no se hace un buen

escarmiento. No hay duda de que abaratarán el pan ; pero echarán en él veneno para que los pobres muramos como moseas : ya dicen que hay mucha gente de más : lo han dicho en la misma Junta, y yo lo sé, á no dudarlo, porque se lo he oído á mi comadre, que es amiga de un pariente de un mozo de cocina de los señores de la Junta.

Echando espuma por la boca, decia cosas horrendas otro que venía sujetando con la mano á la cabeza un pingajo de pañuelo entre el cual se descubrian mechones de pelo descompuerto y ensangrentado ; y las expresiones con que algunos le consolaban eran tan comedidas y decentes como las suyas.

— Á un lado, señores : dejen pasar á un pobre padre de familia que lleva de comer á cinco hijos : — así decia uno que iba dando traspiés con un pesado saco de harina encima, y todos se apartaban para franquearle el paso.

— Yo me escorro, — decia otro á média voz á su compañero : — conozco el mundo y sé cómo van estas cosas. ¿ Ves la bulla que meten ahora esos badulaques ? pues mañana ó al otro día los verás todos metidos en sus casas, llenos de miedo. Ya he visto yo ciertos pajarracos atisbando y haciendo la ronda : estos todo lo notan, ven quién está y quién no está, y cuando cesa el alboroto se ajustan las cuentas, y el que paga paga.

Quien protege á los panaderos, — grita uno con voz tan retumbante que llamó la atencion de Lorenzo, — es el Director de las provisiones.

— Todos son unos picaros, — decia otro.

— Si ; pero él es el jefe, — replicaba el primero.

— Picaros, sí, picaros ; — exclama otro : — ¿ puede llegar á más la iniquidad ? han tenido hasta la avilantez de decir que el gran Canciller es un viejo chocho, para desacreditarle y mandar ellos solos.

— ¿ Pan ? ¿ eh ? — decia uno que iba muy de prisa : — no era mal pan por cierto ; guijarros como puños ; piedras de á libra que caian como granizo, ¡ Qué de cabezas, qué de costillas rotas !... En mi casa quiero yo verme.

Entre semejantes discursos que aturdieron más que infor-

maron á Lorenzo, llegó este por fin delante del horno. Como la gente iba á ménos, pudo contemplar á su gusto aquel destrozado de paredes, ventanas y puertas.

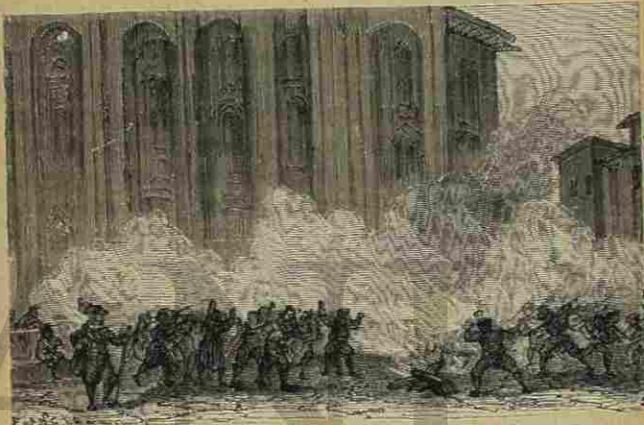
— Á la verdad, — dijo para sí, — que esto no es muy bueno. Si desbaratan de esta manera los hornos, ¿ en dónde querran cocer el pan ? ¿ En los pozos ?

De cuando en cuando salian de la casa algunos con tablas y sillas rotas, con pedazos de artesones y de bancos y otras cosas semejantes, y gritando, « apartarse, señores, » pasaban entre la gente, dirigiéndose todos á un mismo punto. Deseoso Lorenzo de ver tambien qué historia era aquella, siguió á uno que, despues de haber hecho un grande atado de astillas y tablas rotas, se lo echó al hombro, tomando como los demas la calle que va por el lado septentrional de la iglesia mayor, y se llama de las Gradas, por más que ántes habia y ya no existen.

Por más gana que tuviese el serrano de ver lo que pasaba, no pudo ménos de detenerse un momento mirando con la boca abierta de arriba abajo aquel inmenso edificio; apresuró luego el paso para alcanzar al que iba delante, volvió la esquina, dió tambien un vistazo á la fachada de la misma catedral, rústica en aquel tiempo y sin concluir, y persiguió tras de su conductor, que se dirigia al medio de la plaza. Cuanto más adelantaba, tanto más apiñada estaba la gente; pero el hombre de la leña se habria paso entre las oleadas del pueblo, y metiéndose Lorenzo por la senda que aquel abria, llegó con él al centro de la muchedumbre. Había allí un grande espacio despejado, y en el medio, inmenso cúmulo de ascuas, residuo de los muebles de que hemos hecho mencion. Alrededor, todo era palmadas, aplausos, gritos de triunfo y salvas de maldiciones.

El hombre del lio le arrojó al fuego, con una pala medio quemada atizó las ascuas por uno y otro lado hasta que se levantó la llama, aumentándose con ella la gritería, los aplausos y las voces « ¡ viva la abundancia ! ¡ mueran los logreros ! ¡ muera la provision ! ¡ viva el pan ! »

Á la verdad el destruir los hornos y el arruinar á los panaderos no son los medios más propios para que viva el pan; pero esta es una de aquellas metafísicas que no entran en la cabeza de la multitud. Sin embargo, Lorenzo, sin ser gran metafísico, como no estaba acalorado como los demas, hacia al misma reflexion, sin atreverse á manifestarla, porque las



Se levantó la llama aumentándose.

caras de los circunstantes no indicaban estar de humor de escuchar reflexiones.

Habiase apagado de nuevo la llama, nadie acudia con más combustibles, y la gente comenzaba á fastidiarse, cuando se oyó decir que en el Cordusio estaba puesto el sitio á otro horno. En ciertas circunstancias el anunciar un suceso es causa de que se verifique. Con aquella voz se difundió en la muchedumbre la gana de ir al Cordusio, y ya se oian por todas partes los gritos de « alla voy yo : ¿ quieres venir ? ¡ vamos ! ¡ vamos ! » Con esto se exaltó mas la gente, y todos se dirigieron al horno indicado. Lorenzo quedaba atras casi sin moverse sino en cuanto le arrastraba la chusma, recapacitando si saldria de la bulla é iria á buscar al padre Buena-

ventura, ó si seguiria con los demas, por ver en qué paraba aquello : por último venció la curiosidad : sin embargo, determinó no meterse en lo más espeso de la zambra, sino ver los toros desde la barrera, para no salir con los huesos molidos ó algo peor. En este supuesto, hallándose ya un poco distante, sacó el segundo pan, le echó el diente, y fué marchando á la cola del ejército tumultuario. El cual desembocando por el ángulo de la plaza, se habia ya introducido por la corta y angosta calle de la Pesqueria vieja, y desde allí por el arco de la plaza de los Mercaderes.

Aquí pocos habia que, al pasar delante del nicho que media el balconaje del edificio, que entonces se llamaba *el colegio de los doctores*, no echasen una mirada á la estatua colossal de Felipe II, cuyo ceño adusto, aun de mármol, imponia respeto, pareciendo que con tono severo decia : ¡ Aquí estoy yo, bribones !

El nicho en el dia está vacío por una circunstancia particular. Á los ciento setenta años de haber sucedido lo que estamos refiriendo, un día ciertas gentes cambiaron la cabeza de la estatua, en vez del cetro le pusieron un puñal en la mano, y al nombre de Felipe sustituyeron el de Marco Bruto. Como cosa de un par de años estuvo la estatua transformada del modo dicho, hasta que una mañana algunos que no eran muy afectos á Marco Bruto, ó, por mejor decir, que le tenían tirria, le echaron una sogá al cuello y dieron con ella en el suelo : mutiláronla de mil maneras, y reducida á un trozo desfigurado, la arrastraron por las calles, hasta que hartos y cansados la echaron en no sé qué parte. ¿ Quién se lo diría al famoso Andres Riffi, cuando la estaba esculpiendo ?

Desde la plaza de los Mercaderes se metió la turba alborotada por la callejuela de los Fustaneros, y de allí se extendió por el Cordusio. Al desembocar, todos se dirigian á mirar hácia el horno ; pero en lugar de ver á los amigos que esperaban encontrar, veian sólo á unos cuantos papanátas charlando á mucha distancia del horno, el cual estaba cerrado y las ventanas ocupadas por gente armada en ademán de de-

fenderse si fuese necesario. Varios se paraban entónces para informar á los que llegaban, y preguntar qué partido tomarian, y otros se volvian ó quedaban atras, de donde resultaba un murmullo confuso de preguntas, respuestas, consultas, exclamaciones y pareceres. En esto sale de la turba una maldita voz diciendo : « Cerca está la casa del Director de provisiones ; vamos á ella, vamos á hacer justicia. » Esta voz



En esto sale de la turba una maldita voz.

fatal pareció más bien que una propuesta el recuerdo de un convenio establecido ; tanta fué la unanimidad con que todos á la vez gritaron : « ¡ Á casa del Director ! ¡ á casa del Director ! » Con esto se puso en movimiento la turba furibunda, dirigiéndose en tropel hácia la casa en tan mal punto nombrada.

CAPÍTULO XIII

Estaba en aquel momento el desgraciado Director de provisiones haciendo una digestión laboriosa, después de haber comido sin apetito un poco de pan duro, y aguardaba con inquietud el resultado de aquella tormenta, pero muy ajeno de temer que hubiese de ir á descargar el pedrisco sobre su cabeza. Alguna buena alma se adelantó á la chusma, y corrió á dar aviso del urgente peligro. Ya los criados, atraídos por el ruido, estaban en la puerta mirando con sobresalto hácia el lado de donde se acercaba el tumulto. Aún no habían acabado de recibir el aviso, cuando vieron aparecer la vanguardia. Corren inmediatamente á prevenir al amo, y mientras este delibera cómo y dónde huir, llega otro criado para decirle que ya no había tiempo. Le tienen los criados apenas para cerrar la puerta; la atrancan lo mejor que pueden, y corren á cerrar balcones y ventanas, como cuando al ver acercarse nubarrones oscuros, se aguardan de un instante á otro el agua y el granizo. Ya suena más de cerca la gritería; retumba el espacioso patio, la casa misma retiembla, y entre el dilatado y confuso estrépito, se oyen menudear fuertes pedradas en la puerta.

— Salga el Director, — gritaban todos; — salga ese tirano, que nos quiere matar de hambre; aquí ha de venir vivo ó muerto.

Corría el pobre de cuarto en cuarto dándose palmadas en la frente, y encomendándose á Dios y á sus criados, pidiéndoles que no le desamparasen, ó le buscasen medio de escapar. Pero ¿dónde y cómo? Subió al desván, y mirando por la buharda á la calle, la vió llena de un inmenso gentío; oyó con más claridad las voces con que pedían su cabeza, y, más muerto que vivo, bajó á buscar un escondrijo en que ocul-

tarse. Allí encogido escuchaba si por casualidad la furia popular se iba debilitando, si el tumulto cedía algun tanto; pero oyendo por el contrario que los gritos eran más fuertes, y más frecuentes los golpes en la puerta, acometido de un nuevo terror, se tapaba aprisa los oídos: luego, como fuera desi, rechinaba los dientes, fruncía las cejas, y extendiendo los brazos, empujaba con los puños, como si quisiese impedir que se abriese la puerta. Finalmente, como desesperado, se dejaba caer, y como aturdido, aguardaba la muerte.

Hallábase Lorenzo esta vez en lo más apretado de la bulla; no porque le hubiese llevado allí el impetu de la muchedumbre, sino porque él mismo se había metido expresamente en ella. Á la primera propuesta de sangre, se le heló de horror la suya; pero en cuanto al saqueo, no se determinaba á resolver si en aquel caso sería bien ó mal hecho: de todos modos le horrorizó desde luego la idea de un asesinato; y aunque, por aquella funesta docilidad con que los ánimos exaltados suelen creer lo que otros exaltados aseguran, estaba Lorenzo persuadido de que el Director de las provisiones era un malyado, como si estuviese impuesto á fondo de lo que aquel infeliz había hecho, omitido y pensado; sin embargo, acudió de los primeros con la firme intención de salvarle.

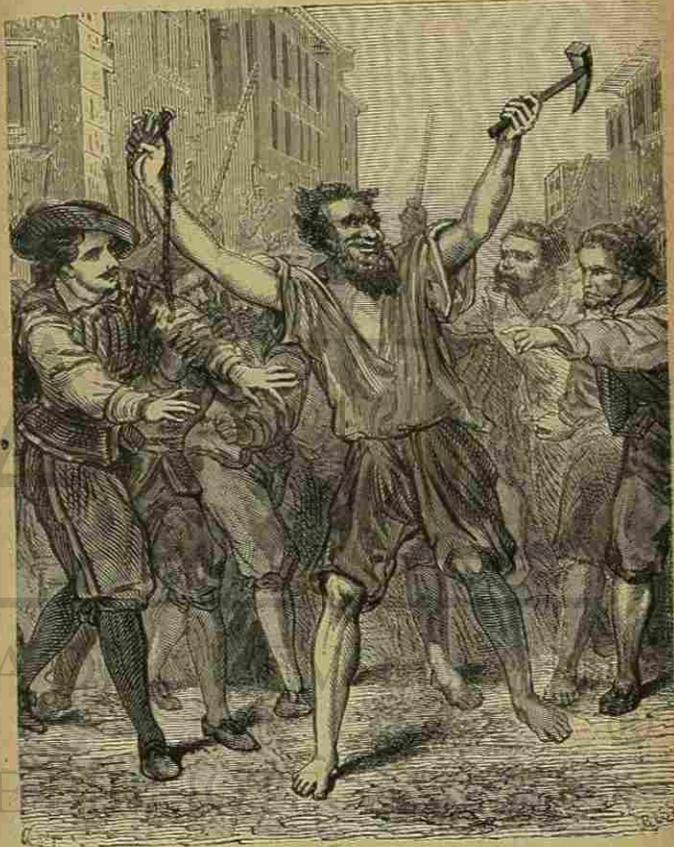
Con este objeto estaba ya cerca de la puerta que de mil maneras se trataba de hacer trizas. Unos con piedras machacaban los clavos de la cerradura; procuraban otros trabajar más en regla con formones, martillos y palancas, y otros con piedras puntiagudas, cuchillos despuntados, clavos, y hasta con las uñas, se esforzaban por romper la pared y abrir una brecha. Los que no podían obrar con las manos, animaban á los demás con los gritos; pero al mismo tiempo impedían con la apretura el trabajo, que entorpecía por otra parte el desordenado conato de los mismos trabajadores: así, por un beneficio de la Providencia, sucede á veces en el mal, que sus más activos fautores son un impedimento para su ejecución.

Al primer aviso que tuvieron del alboroto los magistrados, enviaron á pedir auxilio de tropas al castillo, que entonces se llamaba de puerta Giovia, y su Gobernador despachó inmediatamente un piquete; pero por el tiempo que se empleó en enviar el aviso, en expedir la órden, en reunir la gente, en ponerse en camino y en la marcha, llegó la tropa cuando ya la casa estaba para ser invadida, é hizo alto á cierta distancia. El oficial que la mandaba no sabía qué partido tomar. La mayor parte de los alborotadores se reducía á vagabundos y gentuza desarmada de ambos sexos y de todas edades. Á las intimaciones que se les hacían de separarse, sólo contestaban con un confuso murmullo sin moverse. El hacer fuego contra aquella chusma le parecía al oficial cosa, no sólo cruel, sino muy aventurada, que ofendiendo á los menos obstinados hubiera irritado á los más atrevidos; además de que tampoco tenía instrucciones para ello. Abrirse paso, y arrollar por todo á derecha é izquierda, y marchar adelante hubiera sido lo más acertado; pero la dificultad consistía en conseguirlo. ¿Quién sabe si los soldados hubieran podido marchar unidos? y en el caso de separarse entre la turba, cada uno de ellos se hubiera hallado solo á merced de los amotinados enfurecidos. Atribuyendo estos á miedo, con razon ó sin ella, la irresolucion del oficial y la inmovilidad de los soldados, los que estaban más cerca los miraban como burlándose de ellos, los que se hallaban algo más lejos los insultaban con denuesos y visajes, y los más distantes ó no sabían, ó les importaba poco que allí estuviesen: entre tanto, los trabajadores proseguían en su empeño, sin otro pensamiento más que el de concluir pronto la empresa, que no cesaban de animar con voces los espectadores.

Entre estos se distinguía y llamaba la atención un viejo de mala traza, el cual abriendo cuanto podia sus hundidos ojos, echando fuego, y contrayendo las arrugas del rostro con una sonrisa de diabólica complacencia, enseñaba con las manos levantadas por encima de sus infames canas un martillo, una cuerda y cuatro clavos, jaectándose de que con ellos había de

clavar al Director en la puerta de su misma casa despues de muerto.

Horrorizado Lorenzo al oír aquellas expresiones, que al-



Enseñaba un martillo, una cuerda.

gunos celebraron, pero animado al mismo tiempo con ver que otros, aunque callados, manifestaban en su rostro el mismo horror, se le escapó decir: — « ¡ Qué vergüenza!

¿ Hemos de usurpar nosotros el oficio al verdugo ? ¿ Asesinar á un cristiano ! ¿ Cómo queremos que Dios nos dé pan, si cometemos semejantes iniquidades ? Rayos serán lo que nos envíe, y no pan. »

— ¡ Tú que tal dijiste ! — « ¡ Ah, perro, traidor ! — gritó volviéndose á Lorenzo con una cara endemoniada, uno de los que en aquella confusión alcanzó á oír sus amonestaciones. — ¡ Aguarda, a guarda ! Hé aquí un criado del director, disfra-



Algunos traían una escalera larguísima.

zado de serrano : es un espía, ¡ á él, á él ! » Mil voces suenan alrededor : « ¿ Quién ? ¿ dónde está ? ¡ un criado del Director ! ¡ un espía ! Es el Director disfrazado que trata de fugarse ; ¿ dónde está ? ¡ Á él ! »

Emudece Lorenzo, se encoge, y quisiera escurrirse. Algunos le ayudan á ocultarse, y procuran confundir aquellas fatales palabras con otras voces y gritos ; pero lo que le valió más que todo fué la expresión de « paso, paso, señores, » que se oyó allí cerca con un « vamos, ¿ quién echa aquí una mano, compañeros ? »

Provenía esto de que algunos traían una escalera larguí-

sima, para apoyarla á la casa y entrar por una ventana. Pero por fortuna el mismo medio que había de facilitar la empresa era difícil de ejecutar, por el embarazo que encontraban los que traían la escalera para haber de pasarla entre tanta gente sin causar daño á nadie. Los tropezones, los encuentros, los empujones, los golpes, fueron un excelente medio para separar y disipar á los enemigos de Lorenzo, el cual se aprovechó de la confusión, y poco á poco al principio, y meneando después los codos á toda prisa, se alejó de aquel paraje con ánimo de salir del tumulto lo más pronto que pudiese, é ir sin más demora á buscar al padre Buenaventura.

En esto, un movimiento, que de improviso empezó en una extremidad del concurso, se propaga por toda la muchedumbre. Se difunde la voz de que viene el gran Canciller. El efecto que produjo este nombre donde quiera que llegó á oírse, fué excitar en unos sorpresa, placer en otros, y en otros cólera y despecho. Quién lo celebra, quién lo reprueba, quién quiere desmentir su llegada, quién la confirma, quién lo bendice, y quién lo detesta.

— Viene el gran Canciller. — dicen unos.
— No es cierto, — dicen otros.
— Si, sí ; ¡ viva el Sr. Ferrer, el que abarata el pan !
— No, no.

— Si, viene en coche.

— ¿ Eso qué importa ?

— ¿ Qué tiene que hacer aquí ?

— Á nadie queremos.

— ¡ El Sr. Ferrer ! ¡ viva el Sr. Ferrer, el amigo de los pobres ! Viene á llevarse preso al Director.

— No, no ; queremos tomarnos la justicia por nuestra mano : atrás, atrás.

— Si, sí, venga el gran Canciller, y vaya preso el Director de provisiones.

Y poniéndose todos de puntillas, se volvieron á mirar hácia la parte en donde se anunciaba la llegada del Canciller. Levantándose todos, veían lo mismo que si no se hubiesen

levantado; pero esto no impidió que cada cual se empinase cuanto podía.

Con efecto, en la extremidad opuesta á aquella en que se hallaban los soldados, llegaba en coche D. Antonio Ferrer, el gran Canciller, el cual, arguyéndole quizá la conciencia de haber, con sus disparates y su terquedad, dado márgen á aquel tumulto, iba á ver si podía aquietarle, ó por lo ménos estorbar uno de sus más funestos efectos, empleando una popularidad mal adquirida.

En los alborotos populares hay siempre cierto número de hombres que por acaloramiento, por fanatismo, por perversos designios ó por una maldita inclinacion al trastorno, hacen todo lo posible para llevar las cosas á los mayores extremos: proponen y promueven las medidas más desatinadas, y soplan el fuego, cuando le ven cerca de apagarse: para ellos nada es demasiado, y quisieran que el alboroto nunca tuviese término ni medida; pero en compensacion hay otro número de hombres que quizás con igual empeño y no ménos teson, trabajan en sentido opuesto, algunos movidos por amistad ó por parcialidad en favor de las personas amenazadas, y otros sin más impulso que una natural aversion á la sangre y á las atrocidades (Dios los bendiga). En cada uno de estos partidos opuestos, aún cuando no haya convenio anterior, la uniformidad de voluntad y de deseos crea un concierto instantáneo en las operaciones. Lo que luego compone la masa y casi el material del tumulto, es una reunion mixta de hombres que más ó ménos, por gradaciones indefinidas, propenden á uno y otro extremo, unos un poco acalorados, ó bribones, otros un poco inclinados á cierta justicia, segun ellos la entienden, otros anhelando por ver alguna atrocidad memorable, dispuestos á la ferocidad ó á la misericordia, al respeto ó á la exageracion, segun se presenta coyuntura de manifestar á las claras el uno ó el otro sentimiento, desean siempre saber ó crear algun gran suceso, y se hallan con necesidad de vituperar, aplaudir ó de gritar por alguno.

« Viva, ó muera » son sus palabras favoritas, y el que llega á persuadirles que una persona no merece ser ahorcada, ya no necesita gastar más palabras para convencerlos de que es digna de que se la lleve en triunfo. Son actores, espectadores, instrumentos ú obstáculos, segun el viento, y aún dispuestos á callar cuando nadie les sugiere las palabras, á desistir cuando faltan los instigadores, á desbandarse cuando algunas voces sin contradiccion dicen: « vámonos, » y á volverse á sus casas preguntándose unos á otros: ¿Qué ha sido? Pero como esta masa tiene en semejantes casos la mayor fuerza, ó por mejor decir, es la fuerza misma, cada una de las dos partes emplea todos los medios posibles para apoderarse de ella; por manera que se puede decir que es un alma que pugna por meterse en aquel gran cuerpo y darle movimiento. Trabajan á quien más puede en divulgar las voces más á propósito para excitar las pasiones y dirigir los movimientos en favor del uno y del otro intento, en buscar mejor las noticias que muevan á indignacion ó la templan, que infundan esperanza ó temor; y en hallar los gritos que, repetidos por la mayor parte, y con más fuerza, expresen, confirmen y formen en un punto el voto de la popularidad por una ó por otra parte.

Hemos hecho todo este fastidioso razonamiento para venir á parar en que, en la lucha de los partidos que se disputaban el voto de la gente reunida delante de la casa del Director de provisiones, la presencia de D. Antonio Ferrer dió en un momento una ventaja inmensa al partido de los humanos, que era evidentemente inferior, y que, á haber tardado un poco aquel socorro, no hubiera tenido ya ni fuerza, ni objeto por qué luchar. El hombre tenía gran partido entre la muchedumbre por su disparatada tasa del pan, y su heroica firmeza en no ceder á cuantos argumentos se le hicieron en contra. Se aumentó la buena inclinacion de los amigos ya prevenidos en su favor, al ver la confianza con que se presentaba sin guardias ni aparato á arrostrar una muchedumbre enfurecida, y daba mayor peso á todo la voz de que iba á prender

por sí mismo al Director : de esta manera la ira, que hubiera tomado mayor incremento si se le hubiese resistido sin querer ceder en nada, entónces con aquel ofrecimiento de satisfaccion, con echarle, como dicen los milaneses, aquel hueso, se aquietó un poco, cediendo su lugar á los sentimientos opuestos que se declaraban en la mayor parte de los ánimos.

Habiendo cobrado aliento los partidarios de la humanidad, ayudaban de mil maneras al gran Canciller. Los que se hallaban cerca excitaban con sus repetidos aplausos el aplauso de los demas, y procuraban apartar la gente para abrir paso al coche : los otros repitiendo los vivas, transmitian las palabras del Canciller, ó las que suponian que pudiera decir, y rebatiendo á los furiosos y obstinados, empleaban contra ellos los nuevos sentimientos de la inconstante muchedumbre.

— ¿Quién se opone — decían — á qué gritemos? ¡ Viva el Sr. Ferrer ! ¿ Que no quieren que se abarate el pan? Son picaros que no quisieran que se hiciese justicia, como Dios manda.

Hay algunos que gritan más alto que los demas para hacer que el Director se escape :

— Á la cárcel el Director. ¡ Viva el Sr. Ferrer ! Paso al señor Ferrer.

Con esto se apoderaron de la puerta, tanto para impedir la entrada á los frenéticos, como para facilitársela al Canciller, y alguno por las rendijas, que no faltaban, avisó dentro, diciendo :

— Ya llega socorro, viene el Sr. Ferrer, que el Director esté pronto para ir á la cárcel... Ya ustedes me entienden...

Acordándose Lorenzo del *vidit Ferrer* que le enseñó al pie del edicto el abogado Tramoya, preguntó á uno que estaba á su lado :

— ¿ Es el mismo Ferrer que ayuda á componer los bandos?

— Cierto, — le contestó el vecino; — como que es el gran Canciller.

— Debe ser muy hombre de bien, — replicó Lorenzo.

— ¿ Si es hombre de bien? — respondió el otro : — como que es el que puso el pan barato y no quisieron los otros, y ahora viene á prender al Director de las provisiones por no haber hecho las cosas como debía.

Es excusado decir que Lorenzo se declaró al instante por D. Antonio Ferrer, y resolvió acercarse. La cosa no era fácil; pero á fuerza de empujones y codazos, consiguió abrirse paso y ponerse en primera fila, justamente al lado del coche.

El cual ya se habia adelantado entre la muchedumbre, y en aquel momento estaba parado por uno de aquellos entorpecimientos inevitables cuando hay que pasar entre tanta gente. Asomaba la cabeza el anciano Ferrer, ya por una portezuela, ya por otra, con una cara de pascuas que daba gozo el verla, como que era la misma que habria puesto en presencia de Felipe IV. Hablaba tambien; pero el murmullo de tantas personas, y los mismos vivas impedian que se oyese lo que decia : por esta razon, ayudándose con los gestos para expresarse, bajaba la cabeza, hacia besamanos, y cuando un rato de silencio lo permitia, le oian decir : « Pan habrá, pan en abundancia; vengo á hacer justicia : abrir paso, señores. » Aturdido despues por tantas voces, y al ver tantas caras y tantos ojos clavados en él, se retiraba á la testera del coche, y dando un gran resoplido exclamaba : « ¡ Jesus ! ¿ qué de gente ! » Se acercaba luego al vidrio, é inclinándose hácia el cochero, decia : « Adelante, Pedro, si puedes. »

Pedro tambien tenia la cara risueña, y con ademan afectuoso, como si fuera un gran personaje, agitaba poco á poco y con gran majestad el látigo, y luego decia : « Señores, suplico á ustedes; apártense un poquito. »

De esta manera, ya parándose, ya marchando entre la griteria y los aplausos, y con el auxilio de los bien intencionados, entre los cuales se distinguia el buen Lorenzo, llegó el coche del gran Canciller á la puerta del Director de provisiones.

Los que, como hemos dicho, se hallaban allí con las mis-

mas buenas intenciones, habian conseguido, aunque con trabajo, que aquel punto quedase algun tanto despejado. Respiró el gran Canciller, viendo que la puerta estaba todavía cerrada, esto es, no enteramente abierta, porque ya habian arrancado casi todos los goznes, y sacado no pocas astillas; de manera que en el medio quedaba una abertura de más de seis dedos, desde donde se veía el cerrojo forcido y casi arrancado. Un hombre de bien se asomó á aquella abertura, gritando que abriesen sin temor, y otro acudió á abrir la portezuela del coche. Sacó la cabeza el anciano, y apoyándose en el brazo de aquel hombre honrado, salió del coche parándose en el estribo.

Por una y otra parte estaba la multitud con la cabeza levantada para ver mejor, y la curiosidad y la atencion produjeron un instante de silencio. Volvió el gran Canciller la vista por todas partes, saludó á la gente bajando la cabeza, y puesta la mano al pecho, dijo: « Pan y justicia, » y bajó entre un millon de aclamaciones.

Entre tanto los de adentro abrieron, ó, por mejor decir, acabaron de arrancar el cerrojo, cuidando de no permitir sino el hueco suficiente para que entrase el gran Canciller.

— Aprisa, aprisa, — decia este; abrid lo suficiente para que entre yo, y vosotros, amigos, procurad detener la gente á fin de que no se me eche encima.

Así que entró D. Antonio, volvieron á atrancar la puerta los de adentro, y los de afuera trabajaban con los hombros, los brazos y las voces, para mantener despejada la inmediacion de la entrada, pidiendo á Dios que se evacuase presto la diligencia.

— Presto, presto, — decia tambien el gran Canciller por la parte de adentro á los criados, que jadeando y cubiertos de sudor, le rodeaban, bendiciéndole cada uno á su manera. — Presto, presto, — repetía D. Antonio, — ¿en dónde está este buen hombre?

Bajaba el Director de provisiones la escalera, conducido y casi arrastrado por otros criados, y más blanco que un

papel. Al ver aquel auxilio, dió un gran suspiro, se le volvió el alma al cuerpo, y cobrando alguna fuerza en las piernas, se dirigió al gran Canciller diciendo:

— Me pongo en las manos de Dios y en las de vuecelencia; pero ¿cómo saldremos de aquí, si todo está lleno de gente que pide mi cabeza?

— Venga usted conmigo, — contestó el gran Canciller, — y tenga ánimo: aquí fuera está mi coche; presto, presto.

Diciendo esto, le tomó de la mano, y animándole le condujo hasta la puerta; sin embargo, decia para sí: « Aquí está el busilis: ¡ Dios me la depare buena! »

Se abre la puerta: el gran Canciller sale el primero, siguiéndole el otro muy encogido, y casi cosido á la toga protectora, lo mismo que un niño á las faldas de su madre. Los que habian mantenido despejado aquel sitio, levantan las manos y los sombreros, ocultando de este modo á la vista del pueblo al Director, el cual entra el primero en el coche, y se acurruca en un rincon. Sube despues el gran Canciller, cierran la portezuela, la muchedumbre entrevió, supo, adivinó lo que habia sucedido, desatándose en un torrente de imprecaciones contra el uno, y de aplausos en favor del otro.

La parte del camino que quedaba parecia la más difícil y peligrosa; pero la opinion pública se habia declarado bastante en órden á permitir que el Director fuese conducido á la cárcel. Además los que habian facilitado la llegada del gran Canciller se dieron maña durante su detencion para mantener abierta una senda; por manera que esta vez el coche pudo pasar más libremente y sin paradas.

Á medida que iba adelante, las dos alas que formaba la muchedumbre se reunian y seguian tras él.

Apénas sentado D. Antonio, encargó al Director que se encogiese todo lo que pudiera para que no le viese el pueblo; pero era excusada semejante advertencia. Él, al contrario, se presentaba á las portezuelas para llamar sobre sí la atencion general, y en todo el camino fué arengando como la primera vez al inconstante gentío, interrumpiendo de

cuando en cuando su arenga con palabras en castellano que dirigía al oído de su atemorizado compañero.

— Sí, señores, — decía, — pan y justicia; á la ciudadela en un calabozo; no, no se escapará (para sosegarlos). Es muy justo: se le formará causa, se le castigará con todo el rigor de las leyes. (Esto es para bien de usted.) Se pondrá una tasa equitativa, y se castigará á los que querían matar al pueblo de hambre. El Director será castigado como merece (si es culpado). Si, si á esos panaderos se les pondrán las peras á cuarto. ¡ Viva el Rey! ¡ Vivan los buenos milaneses! (Ánimo, ya estamos fuera de riesgo).

En efecto, ya habían salido casi del mayor apuro, y cuando el gran Canciller empezaba á dar algún descanso á sus pulmones, vió venir un piquete de soldados españoles, que á pesar de poderse considerar ya como lo que vulgarmente se llama el socorro de España, y en lombardo el socorro de Pisa, no dejaron de ser de alguna utilidad á lo último, pues auxiliados por varios paisanos, cooperaron á disminuir el gentío. Al emparejar con el coche se formaron presentando las armas al gran Canciller, que saludó á derecha é izquierda, diciendo al Oficial con tono irónico: « Beso á usted las manos, » como si dijese: ¡ Valiente socorro me habéis prestado! Contestó el Oficial al saludo, y se encogió de hombros, por manera que aquí hubiera venido bien aquello de *cedant arma togæ*; pero D. Antonio Ferrer no estaba para citas, además de que hubieran sido palabras echadas al viento, pues el Oficial no entendía el latín.

Con pasar Pedro por aquellas dos filas de migueletes, recobró su antiguo brío, se acordó de quién era y á quién servía, y dando gritos á lo cochero, sin otras ceremonias, por ser ya poca la concurrencia, sacudió á los caballos y los hizo tomar el trote hácia la ciudadela.

— Respire usted, ya estamos fuera, — dijo D. Antonio al Director; quien animado con no oír la gritería del pueblo, con el correr del coche, y con estas palabras, se incorporó dando mil y mil gracias á su libertador; el cual, despues de

haberse conolido con él por el pasado peligro, y haberse congratulado por su libertad: — ¡ Ah! — exclamó pasándose lamano por la calva. — ¿Qué dirá S. E., que desde luégo está dado á los diablos, con ese maldito Casal, que no quiere rendirse? ¿Qué dirá el Conde-duque, que se asusta con que una hoja de un árbol meta más ruido que la otra? ¿Y qué dirá el Rey nuestro señor, pues al cabo no le han de poder ocultar lo que ha pasado? ¡ Sabe Dios el rumbo que tomará este negocio!

— Yo por mí — dijo el Director — no quiero más cargos de esta clase: me lavo las manos: hago dimision de mi destino en manos de V. E., y me voy á una choza de la sierra. Me voy á meter ermitaño. Ya nada quiero con esos bárbaros.



Me voy á una choza de la sierra.

— Usted — respondió con gravedad el gran Canciller — hará lo que más convenga al servicio de S. M.

— S. M. no querrá mi muerte, — replicó el Director. — En una choza lejos de semejante canalla...

Lo que sucedió luégo respecto de este propósito no lo dice nuestro autor, el cual, despues de haber acompañado al infeliz á la ciudadela; no vuelve á hacer mención de su persona.

CAPÍTULO XIV

La gente que quedó atrás empezó á dispersarse por varias partes; unos iban á sus negocios, otros se salían del concurso á respirar, despues de tantas horas de apreturas, y otros iban buscando á sus conocidos para charlar un poco acerca de las ocurrencias de aquel día. Del mismo modo se iba despejando la calle en la extremidad opuesta, y sólo quedaba toda-



Al llegar el piquete.

via formando corrillos una parte de la infima plebe; porque cierto número de vagabundos y gente perdida, disgustados al ver que el alboroto había tenido un fin para ellos tan insulso, rabiaban y votaban consultando entre sí el modo de animarse reciprocamente, y ver si aún podían hacer alguna cosa, y como por ensayo empujaban de cuando en cuando aquella desgraciada puerta; que los de dentro habían atrancado otra vez del mejor modo posible.

Al llegar el piquete, se separó aquel populacho, dejando

el puesto libre á los soldados, que le ocuparon acampándose en el para seguridad de la casa y de la calle; pero en las plazuelas contiguas permanecían algunos corrillos. En donde había dos personas se reunían tres, cuatro, veinte, y al paso que unos se separaban, se juntaban otros, á manera de aquellos nubarrones que á veces despues del temporal quedan diseminados por el campo azul del cielo, dando motivo á los que los miran para decir que todavía no está sentado el tiempo. Allí cada uno discurría á su manera; quién contaba con exageración lo que había visto en aquel día; quién refería lo que él mismo había hecho; quién se alegraba de que las cosas hubiesen acabado de aquel modo, y alabando al gran Canciller, pronosticaba que el Director tendría que sentir; quién con sonrisa maligna aseguraba que no le harían daño alguno, porque los lobos no se muerden unos á otros; y quién, de genio más colérico que los demas, murmuraba diciendo que no se habían hecho las cosas como convenia, que era una engañifa, y que había sido una locura meter tanta bulla, para luego dejarse chasquear de aquella manera.

El sol entre tanto se había puesto: las cosas todas iban volviéndose de un mismo color, y muchos, cansados ya y fastidiados de hablar á oscuras, se retiraban á sus casas. Lorenzo, despues de haber cooperado á la marcha del coche, y pasado con él como en triunfo por las dos filas de los soldados, se alegró al verle correr sin embarazo alguno, anduvo algun poco con la chusma, y en el primer hueco que encontró, salió de ella para respirar con más libertad.

Á los pocos pasos, agitado todavía por la idea de aquella borrasca y por tantos recuerdos recientes y confusos, se sintió con gana de comer y descansar, y comenzó á mirar hácia arriba por una y otra parte, buscando alguna muestra de hostería ó de taberna, pues le pareció tarde para ir al convento de los capuchinos. Caminando de este modo dió con un corrillo en donde se hablaba de conjeturas, proyectos, y propuestas para el día siguiente. Paróse un momento á escuchar, y persuadido de que él también podía echar su cuarto

á espadas, tanto más que por lo que había visto en aquel día se le figuraba que para lograr un intento bastaba con hacer que lo aprobasen los que andaban por las calles, metió su cucharada empezando en tono de exordio de esta manera:

— ¿Quieren ustedes... señores, que yo también diga mi pobre parecer? Mi parecer es que no sólo se cometen iniquidades en el negocio del pan, sino también en otros muchos, y pues que hoy se ha visto que enseñando los dientes se consigue lo que es justo, es preciso ir adelante del mismo modo hasta que se remedien todas las demas infamias, y se logre que el mundo ande más derecho. ¿No les parece á ustedes, señores, que hay una gavilla de picaros que obran todo al contrario de lo que manda la ley de Dios; que se meten con los hombres de bien para hacerles daño, y luego tienen siempre razón? De estos debe haber también en Milan una buena porción.

— ¡Sí, señor, demasiados! — interrumpió uno de los circunstantes.

— Ya no lo dudaba yo, — replicó Lorenzo. — También allá en nuestros pueblos sabemos lo que pasa por aquí: lo más extraño es que hay bandos y edictos muy buenos, en que van puestas con sus pelos y señales todas las picardías, y señalados los castigos; pero ¿de qué sirven? Allí se dice que no haya distinción de personas, y sin embargo, si ustedes acuden á los escribas y fariseos para obtener justicia contra algún poderoso, según los edictos, los oyen á ustedes como quien oye llover. Con esto se ve claramente que aunque el Rey y los que mandan quieren que se administre justicia, y que á todos se les mida con una misma vara, nada se hace; ¿luego hay quien se opone á tan benéficas miras? Esto es menester verlo. Mañana debemos ir á buscar al Sr. Ferrer, que es hombre de bien y amigo de los pobres; hemos de hacerle presente cómo están las cosas: yo por mi parte se las podré contar muy buenas, porque me han sucedido á mí mismo. Un obogado me enseñó un bando con unas armas muy grandes, puesto por tres señores cuyos nombres, esta-

ban al pié del mismo bando, entre ellos el del Sr. Ferrer, y cuando le pedí que á tenor de dicho bando se me hiciese justicia, me trató de loco. Estoy seguro que cuando el Sr. Ferrer sepa semejantes injusticias, pondrá remedio en ello, y más si estamos aquí nosotros para ayudarle como hemos hecho hoy, en el caso de que los prepotentes no quieran bajar la cabeza. No digo yo que ande todos los días en coche para llevarse los picaros á la cárcel, pues necesitaría para ello el arca de Noé; pero bastará que mande á quien corresponda, no sólo aquí en Milan, sino también fuera, para que obedezcan los edictos, formando causa á todos los que cometen maldades, y donde dice cárcel, cárcel; y donde dice galera, galera; y á los jueces, que cumplan con su obligación, y de lo contrario, enviarlos á pasear. En fin, repito que estamos aquí nosotros para ayudarle. ¿No digo bien, señores?

Con tanto énfasis hablaba Lorenzo, que desde el principio una gran parte de los concurrentes suspendió toda discusión y se paró á escuchar, y al cabo todos fueron oyentes suyos. Acompañaron su arenga con muchos aplausos y las expresiones confusas de «bravo; tiene razón, es demasiado cierto,» etc. No obstante, no faltaron sus críticas. «¿Quién hace caso de serranos?» decía uno, y pasaba de largo. «Ahora, decía otro, cualquier pelagátos quiere echarla de político, y con atizar el fuego no se abaratará el pan, que es lo que importa.» Sin embargo, Lorenzo sólo hizo caso de los aplausos.

— ¿Dónde? — preguntaban otros.

— En la plaza de la Catedral.

— Sí, sí, y haremos alguna cosa.

— ¿Quién hay entre estos señores — añadió Lorenzo — que quiera hacer el favor de enseñarme una posada para tomar un bocadito y buscar una cama medio decente?

— Allá voy yo á servir á usted amiguito, — dijo uno de los que habían estado escuchando todo el sermón sin abrir su boca — Conozco cabalmente una posada, que es la que os

conviene, y os recomendaré al dueño, que es amigo mio y hombre de bien.

— ¿Está cerca? — preguntó Lorenzo.

— No está lejos, — respondió el otro.

Separóse el corrillo, y Lorenzo, despues de muchos apretones de manos desconocidas, echó á andar con su compañero, dándole las gracias por la molestia que se tomaba.

— No hay de qué, — dijo aquel; — una mano lava la otra y las dos la cara. ¿No estamos obligados á hacer bien á nuestro prójimo?

Y caminando iba haciendo á Lorenzo várias preguntas de esta manera:

— Perdone usted, amigo, me parece que está usted cansado. ¿Se puede saber el país de donde viene usted?...

— Vengo — contestó Lorenzo — desde Lecco.

— ¿Desde Lecco? ¿Luego es usted de Lecco? — ¡Pobre jóven!

Por lo que he podido entender, le han hecho á usted alguna mala pasada.

— ¡Ay, amigo! he tenido que meterme á hablar de política por no contar en público lo que pasa... Pero basta; algun día se sabrá, y entonces... Mas aquí veo una muestra de posada, y á la verdad, no tengo ganas de ir más lejos.

— No, no, venga usted adonde le he insinuado, que ya falta muy poco, dijo el desconocido; — aquí no estará usted bien.

— ¡Cómo que no! — respondió el jóven; yo no soy un señorito acostumbrado á dormir entre algodones; á mi me basta cualquiera cosa á la buena de Dios para llenar el pancho, y un jergon; lo que me importa es encontrar presto uno y otro.

Diciendo esto, entró por una puerta que tenia de muestra una luna llena.

— Pues bien, — dijo el desconocido, — ya que así lo quiere usted, entraremos aquí.

Y siguió tras de él.

— No es necesario que usted se incomode más, — dijo

Lorenzo; — pero estimaré que me acompañe á echar un trago.

— Acepto su favor, — respondió aquel.

Y como más práctico de la casa, marchó adelante, se acercó á una puerta vidriera, levantó el pestillo, abrió y entró con su compañero en la cocina. Alumbrábanla dos candiles colgados de una de las vigas del techo. Mucha gente estaba sentada en bancos al rededor de una mesa ordinaria, estrecha, y tan larga, que ocupaba una gran parte de la pieza. En un lado habia servilletas extendidas, en otro platos con comida, en otro naipes cubiertos y descubiertos, en otro dados, y en casi todos botellas y vasos. De cuando en cuando se veían correr berlingas, parpayolas y reales (1) que si hubiesen podido hablar, probablemente hubieran dicho: « Esta mañana estábamos en la hortera de algun panadero, ó en el bolsillo de algunos de los concurrentes, que, ocupados en ver cómo se arreglaban los negocios públicos, descuidaban los pequeños asuntos de su propia casa. » Grande era la confusion: un mozo daba mil vueltas corriendo y sirviendo la mesa de comida y de juego. El amo estaba sentado en un banquillo debajo de la campana de la chimenea, ocupado al parecer en formar en la ceniza con el badil ciertas figuras que sucesivamente iba deshaciendo; pero en realidad su ocupacion era observar con cuidado lo que pasaba. Levantóse al ruido del pestillo, presentándose á los dos que entraban, y al ver al compañero de Lorenzo, dijo para si: « ¡ Maldito seas! ¡ que siempre has de venir aquí cuando ménos te necesito! » Echando luego la vista á Lorenzo, añadió: « No te conozco; pero viniendo con semejante cazador, no puedes ménos de ser perro ó liebre: ya te conoceré en cuanto te oiga dos palabras. » De este mudo soliloquio nada aparecía en la cara del huésped, que se conservaba inmóvil como una pintura. Era su cara redonda y lucía, con una barbilla espesa y rojiza, y los ojillos vivos y penetrantes.

— Señores, — dijo, — pidan ustedes.

1. Monedas que corrian en aquel tiempo.

— Ante todo, un buen jarro de vino sin bautizar, — contestó Lorenzo, — y luego cualquiera cosilla de comer.

Diciendo esto se sentó en un banco á una extremidad de la mesa, dando un ¡ay! muy sonoro, como si dijese: « ¡Qué bien sabe un poco de banco despues de tanto trabajar y estar de pié! » Pero acordándose al mismo tiempo del banco y de la mesa en que estuvo sentado poco ántes con Ines y Lucia, dió un profundo suspiro; mas sacudiendo la cabeza como para desechar semejante pensamiento, vió venir al



¿ Qué nos daréis de comer ?

posadero con el vino. Su compañero, que se había sentado en frente de él, le echó de beber diciendo:

— *Para humedecer la palabra.*

Y llenando otro vaso, lo bebió de un golpe.

— ¿ Qué nos daréis de comer? — preguntó luego al posadero.

— Un buen pedazo de carne en estofado, — contestó aquel.

— Corriente, — replicó Lorenzo; — un buen pedazo de carne en estofado.

— Al instante, señores, — repuso el posadero.

Y volviendo al mozo, añadió:

— Ea; sirve presto á estos caballeros.

Diciendo esto se dirigió á la chimenea; pero deteniéndose de pronto, prosiguió volviéndose á Lorenzo:

— El caso es que hoy no tenemos pan.

— Por lo que toca al pan, — dijo Lorenzo en alta voz y riéndose, — ha surtido la Providencia.

Y sacando el tercero y último pan de los recogidos cerca de la cruz de San Dionisio, le levantó en el aire gritando:

— ¡ Aquí está el pan de la Providencia!

Al oirlo se volvieron muchos, y viendo aquel triunfo, uno de ellos exclamó:

— ¡ Viva el pan barato!

— ¿ Barato? — dijo Lorenzo, — *gratis et amore.*

— ¡ Mejor que mejor!

— Sí; pero no quisiera — añadió Lorenzo — que estos señores pensasen mal de mí. No crean que yo lo he birlado, como se suele decir; lo encontré en el suelo; y si pudiera hallar á su dueño, por cierto se lo pagaría.

— ¡ Muy bien! ¡ bravo! — gritaron riéndose á carcajadas los compañeros, de los cuales á ninguno le vino á las mientes que aquellas palabras expresaban seriamente un hecho y una verdadera intencion.

— Piensan que me burlo, pero no es sino la pura verdad, — dijo Lorenzo á su compañero.

Y volviendo entre las manos aquel pan, añadió:

— Miren ustedes cómo le han puesto, parece una torta; ¡ vaya si había gente! Frescos estarian los que tuviesen los huesos un poco blandos.

Y arrancando luego con los dientes, y tragando dos ó tres bocados uno tras otro, les echó encima otro vaso de vino, añadiendo:

— Este pan no quiere ir abajo solo; jamas he tenido la garganta tan seca. ¡ Válgame Dios! ¡ cuánto se ha gritado!

— Preparad — dijo el desconocido — una buena cama para este amigo, que quiere pasar aquí la noche.

— ¿ Quiere usted dormir aquí? — preguntó el posadero á Lorenzo acercándose á la mesa.

— Sí, — contestó este; — una cama cualquiera con tal que estén limpias las sábanas, porque, aunque soy un pobre artesano, estoy acostumbrado á la limpieza.

— ¡Ay! en cuanto á eso, — dijo el posadero, no hay cuidado.

Y despues de acercarse á un banquillo que estaba en un rincón de la cocina, volvió con un tintero y un pedazo de papel en una mano y una pluma en la otra.

— ¿Qué significa eso? — exclamó Lorenzo tragando un pedazo de carne que ya le había servido el mozo y sonriendo luego como admirado: — ¿es esa la sábana limpia?

Sin responder el posadero, puso el papel y el tintero sobre la mesa, se bajó luego, y apoyando sobre la misma mesa el brazo izquierdo y el codo derecho, y con la pluma tiesa en la mano y la cara levantada hácia Lorenzo, dijo:

— Hágame usted el favor de decirme su nombre, apellido y patria.

— ¿Qué significa eso? — replicó Lorenzo: — ¿qué tienen que ver esas historias con la cama?

— Cumplo con mi obligacion, — respondió el posadero, fijando la vista en el desconocido. — Estamos obligados á dar noticia de todas las personas que vienen á parar en nuestras casas. « Nombre, apellido, nacion, qué negocios trae, si tiene armas, cuánto tiempo piensa permanecer en esta ciudad, » son palabras del mismo bando.

Antes de contestar, vió Lorenzo el fondo de otro vaso, que era el tercero, sin que luego pudiesen contarse los demas, y dijo:

— ¡Hola! ¿tenéis el bando? Ya sé yo el caso que se hace de los bandos; que aquí donde me veis tengo intención de hacerme doctor en leyes.

— Hablo con formalidad, — dijo el posadero siempre mirando al mudo compañero de Lorenzo.

Y habiéndose dirigido de nuevo al banquillo, trajo un gran pliego de papel, que era un ejemplar del bando, y lo extendió delante de Lorenzo, el cual exclamó diciendo:

— Ya lo veo, ya lo veo.

Y levantando con una mano el vaso otra vez lleno, le apuró de nuevo. Extendiendo luego la otra mano con el índice tieso hácia el bando abierto:

— Aquí tenemos — añadió — esta hermosa hoja de misal; me alegro mucho; conozco esas armas: sé lo que quiere decir esa cara de hugonote, con el dogal al pescuezo (1); quiere decir, mande quien pueda, y obedezca el que quiera. Cuando esa cara haya enviado á galeras al señor D... ya sé yo... como dice otra hoja de misal igual á esta; cuando haya resuelto que un mozo hombre de bien pueda casarse con una muchacha honrada, que quiere ser su mujer, entónces no sólo diré mi nombre, sino que también le daré encima un beso. Si un bribón con otros bribones á sus órdenes, porque si fuese solo... (aquí concluyó la frase con un gesto expresivo), si un bribón, digo, quisiere saber dónde estoy para hacerme mal, pregunto yo: ¿esa cara vendria á socorrerme? No es mala ocurrencia el que haya de contar yo mis negocios. Supongamos que haya venido á Milan á confesarme; siempre será con un capuchino, y no con un posadero.

Este callaba, mirando sin cesar al camarada de Lorenzo, el cual tampoco hablaba palabra. Lorenzo (nos pesa el decirlo) se tragó otro vaso de vino, y prosiguió:

— Te daré otra razon, amigo mio, que quizá llegará á convencerte. Si los bandos que se expiden en favor de los buenos cristianos nada valen, ¿han de valer los que hablan contra ellos? Llévate, pues, todos estos embelecós, y tráete en su lugar otro jarro, porque este ya está roto (diciendo esto le dio con un nudillo de la mano, añadiendo): ¿No oyes cómo suena á rajado?

Esta vez el discurso de Lorenzo había llamado la atención de los demas; así que cuando acabó de hablar se levantó un murmullo general de aprobacion.

1. En la cabeza de los bandos que se publicaban entónces, se estampaban como en el día las armas del capitán general; y las de Gonzalo de Córdoba tenia un rey moro encadenado por el cuello.

— ¿Y yo qué arbitrio tengo? — dijo el posadero mirando al desconocido, que para él no lo era.

— Vaya, vaya, — gritaron algunos de los circunstantes: — tiene razon el forastero: todas son picardias, bribonadas, extorsiones. Ley nueva, ley nueva de aquí adelante.

Entre esta gritería, echando el desconocido una mirada como de reconvencion al posadero por su imprudencia, dijo:

— Déjele, pues, que haga lo que quiera, y no deis márgen á escándalos.

— He cumplido con mi obligacion, — dijo el posadero en voz alta, y añadió para sí: — ya estoy cubierto.

Recogió luego su papel, la pluma, el tintero, el bando y el frasco vacío para entregarle al mozo.

— Trae del mismo, — dijo Lorenzo, — que le echaremos á dormir con el otro, sin preguntarle su nombre, ni su apellido, ni á qué viene, ni cuánto piensa quedarse en esta ciudad.

— Del mismo, — dijo el posadero al mozo entregándole el frasco.

Y volvió á sentarse debajo de la campana de la chimenea, en donde renovando sus dibujos en la ceniza, decía entre sí: « ¡Pobre diablo! ¡en qué manos ha caído! Si quieres perderte, piérdete, majadero, en buen hora; pero el dueño de la posada de la « Luna llena » no ha de pagar tus locuras. »

Dió Lorenzo las gracias á su compañero y á todos los que habian estado de su parte, y añadió:

— Amigos míos, ahora veo que todos los hombres de bien se dan la mano y se sostienen.

Y poniéndose de nuevo en ademan de arengar, prosiguió: — ¡Fuerte cosa es que todos los que tienen algun manejo para todo han de echar mano de la pluma y del tintero! ¡Siempre la pluma por delante! ¡Qué manía!

— Oid, amigo forastero; ¿quereis saber la razon? — dijo riéndose uno de los jugadores que estaba ganando.

— Oigámosla, — respondió Lorenzo.

— La razon es, — prosiguió el otro, — que como esos señores se comen los gansos, les quedan luego tantas plumas que es preciso que busquen en qué emplearlas.

Riéronse todos, ménos el que perdía.

— ¡Tate! — dijo Lorenzo, — este es poeta. ¿Tambien tenéis poetas por acá? Ya veo que en todas partes los hay. Tambien yo suelo tener númen, y digo mis chistes; pero es cuando las cosas van bien.

Para comprender esta sandez del pobre Lorenzo es necesario saber que entre el vulgo de Milan, y con especialidad en las aldeas del contorno, la palabra poeta no significa, como entre la gente racional, un ingenio sublime, un habitante del Pindo, un alumno de las musas, sino un hombre raro y algun tanto estafalario, en cuyos hechos y dichos campea más la originalidad y la agudeza que no la razon; tan grande es el atrevimiento del vulgo embrollador, que trastorna el sentido de las palabras, haciéndolas decir cosas disparatadas, y sin contexto con su legítimo significado.

— Pero la verdadera razon, la diré yo, — prosiguió Lorenzo; — y es porque la pluma está en sus manos, y así sus palabras vuelan y desaparecen, y las que dice un hombre de bien las oyen con atencion para clavarlas en el papel, y hacerlas valer luego cuando les convenga. Tienen ademas otra malicia, y es que cuando quieren enredar á un buen hombre que no entienda de papeles, pero que tiene un poco... un poco... de... yo bien me entiendo... y advierten que ya empieza á comprender la farándula, plantan algunas palabrotas que llaman forenses, ó en latin, para trastornarle la cabeza. Basta; muchos son los malos usos que hay que desterrar. Á buena cuenta hoy se ha hecho todo en romance sin papel, pluma ni tintero, y mañana, si la gente sabe gobernarse, se hará todavía más; pero se entiende, sin llegar á nadie al pelo de la ropa, y todo en términos de justicia.

Entre tanto, algunos de aquellos concurrentes habian vuelto á su juego; otros se habian puesto á comer, y otros á gritar: unos salian, otros entraban, y el posadero acudia á

unos y otros, cosas todas que ninguna relacion tienen con nuestra historia. También el compañero desconocido deseaba marcharse; ningún negocio tenía al parecer en aquel sitio; sin embargo quería, ántes de irse, charlar otro poco á solas con Lorenzo. Dirigiéndose, pues, á él, volvió al asunto del pan, y despues de alguna de aquellas frases más comunes entónces, manifestó su opinion sobre el particular, diciendo:

— En verdad que si yo mandara, muy pronto hallaria el modo de hacer que las cosas fuesen como deben ir.

— ¿Y qué es lo que haria usted? — preguntó Lorenzo con dos ojillos más relucientes que una estrella, y torciendo algo el hocico como para prestar más atencion.

— ¿Qué haria? — dijo el otro; — haria de modo que hubiese pan para todos, tanto para los pobres como para los ricos.

— Eso sí; eso seria muy bueno, — dijo Lorenzo.

— Hé aquí cómo yo haria, — prosiguió el compañero. — Una tasa moderada que todos pudiesen pagar, y luego distribuir el pan en proporcion de las bocas, porque hay imprudentes que todo lo quieren para sí, y luego falta el pan para los pobres. Distribuir, pues, el pan; ¿y cómo? De esta manera. Se da un billete á cada familia en proporcion de los individuos para ir á sacar el pan del horno. Á mí, por ejemplo, deberian darme un billete en estos términos: « Á Ambrosio Fusella, de profesion espadero, con mujer y cuatro hijos en edad de comer pan, se le dará tanto pan, y para tantos, etc. » Así deberia hacerse el repartimiento, á tantos individuos tantas libretas. Á usted, por ejemplo, deberian darle un billete para... ¿vuestro nombre?

— Lorenzo Tramallino, contestó el incauto jóven, que entusiasmado con el proyecto, no advirtió que todo estaba fundado sobre papel, pluma y tintero, y que para realizarlo, la primera cosa era apuntar los nombres de las personas.

— ¡Muy bien! — dijo el desconocido; — ¿tiene usted mujer é hijos?

— Á estas horas debiera ya tener... hijos no, que es muy pronto, — contestó Lorenzo; — pero mujer, si las cosas marchasen como era regular...

— ¿Conque es usted solo? una porcion más pequeña, y paciencia.

— Es justo, pero presto con el favor de Dios... Basta... ¿Y si yo me casase?

— Entónces se cambia el billete y se aumenta la cantidad, como ya he dicho, siempre en proporcion de las bocas, — dijo el desconocido levantándose del banco.

— ¡Eso sí que seria bueno! exclamó Lorenzo dando puñetazos sobre la mesa; — ¿y por qué no habrán hecho una ley como esta?

— ¿Qué quiere usted que le diga? respondió el compañero. — Entre tanto doile á usted las buenas noches y me voy, porque ya me estarán aguardando mi mujer y mis hijos.

— ¡Otro traguito! ¡otro traguito! — gritaba Lorenzo, llenando aprisa el vaso, y levantándose luego y agarrando á su compañero de la chupa, tiraba para obligarle á que se sentase de nuevo: — otro trago; vaya, no me haga usted este desaire.

Pero el desconocido se desasíó de un tiron, y dejando que Lorenzo continuase con instancias y reconvençiones, dijo de nuevo: « ¡buenas noches! » y se marchó. Aún charlaba Lorenzo cuando ya el otro estaba en la calle, hasta que dejándose caer luego como un plomo sobre el banco, fijó la vista en el vaso que habia llenado, y viendo pasar al mozo, le detuvo, haciéndole una seña con la mano, como si tuviese que comunicarle algún negocio. Enseñóle el vaso, y con una pronunciacion algo torpe, sacando las palabras de un modo raro, dijo:

¿Ves este vaso? dispuesto estaba para aquel amigo: ¿le ves? lleno, llenito, pues sin querer probar gota me dejó plantado. Vaya que algunas gentes tienen á veces ideas muy raras: ¿y yo qué le he de hacer? mi buena voluntad mani-

fiesta estaba. Ahora bien, ya que la cosa está hecha, no hemos de desperdiciar el vino.

Diciendo esto, tomó el vaso y lo vació en un soplo.

— Ya comprendo, — dijo el mozo, y se fué.

— ¡Ah! ¡ah! ¿también tú has comprendido? — respondió Lorenzo: — ¿luego es verdad? Cuando las cosas son justas...

Aquí es necesario todo el amor que profesamos á la verdad para obligarnos á proseguir fielmente una narracion tan poco honrosa para un personaje tan principal, y que casi pudiera llamarse el protagonista de nuestra historia. Por esta misma razon de imparcialidad debemos tambien decir que esta es la primera vez que á Lorenzo le sucedía semejante cosa, y justamente el no estar acostumbrado á estos extravíos, fué en gran parte la causa de que el primero fuese para él tan funesto. Los pocos vasos que contra su costumbre apuró al principio uno tras otro, parte para mitigar el ardor de su garganta, parte por cierta alteracion de ánimo que no le permitía hacer cosa con cosa, se le subieron inmediatamente á la cabeza, cuando á un bebedor algo ejercitado en el oficio no le hubieran hecho mella alguna. « Los buenos hábitos, dice un autor, tienen tambien la ventaja de que cuanto más arraigados están en un hombre, tanto más fácilmente, si hace alguna cosa contrária á ellos, experimenta al momento tal daño é incomodidad, cuando ménos, que tiene que acordarse de ella largo tiempo, por manera que hasta un tropiezo le sirve de escuela. »

Como quiera que sea, cuando los primeros humos subieron al cerebro de Lorenzo, vino y palabras continuaron andando, el uno abajo y las otras arriba sin modo ni orden, y en el punto que le dejámos estaba ya de remate. Experimentaba un violento deseo de hablar; no faltaban oyentes, y en un principio las palabras iban saliendo tal cual ordenadas; pero poco á poco el negocio de acabar las frases empezó á serle terriblemente dificultoso. El pensamiento que se habia presentado vivo y limpio en su mente, se enturbiaba y desaparecía en un instante, y la palabra, despues de haber tardado algun tanto

en dar con ella, no era ya la que convenia. En semejante angustia, por uno de aquellos falsos instintos que en tantos casos pierden á los hombres, acudía al maldito frasco; ¿pero de qué provecho podía serle este recurso? dígalo quien tenga una pizca de seso.

Nosotros referimos sólo algunas de las muchísimas palabras que se le escaparon en aquella malhadada noche; las demas las omitimos porque no vendrían al caso, pues no sólo carecían de sentido, sino hasta de la apariencia de tenerle, y en un libro que ha de verse impreso, esta es una condicion indispensable.

— ¡Ah! posadero, posadero, — empezó mirando al rededor de la mesa, ó hácia la chimenea: á veces dirigiéndole la palabra adonde no estaba, seguía charlando en medio de la algazara de los concurrentes. — ¡Qué bueno eres!... No puedo tragarla... la pasada del nombre y del apellido, y negocios que traía... ¡Á un mozo de mis circunstancias!... No te has portado como convenia... ¿Digo bien, señores? Los posaderos debían ser siempre en favor nuestro... Oye, amigo; quiero hacerte una comparacion... por el motivo... ¡Hola! ¿se rien ustedes? Estoy algo alegre; ¿no es verdad? Pero hablo en razon. Dime; ¿quién te sostiene la casa? La gente honrada como nosotros; estos cuatro mosquitos: ¿no digo bien? ¿Vienen alguna vez á tu casa esos señores de los bandos á humedecerse las fauces?

— Es toda gente que bebe agua, — dijo uno de los concurrentes.

— Quieren no perder la cabeza para poder mentir mejor, — añadió otro.

— ¡Ah! — exclamó Lorenzo; — veo que es el poeta el que ahora ha hablado... luego tambien el poeta entiende mis razones. Respóndeme, pues, posadero de los diablos. ¿Ferrer, que es el mejor de todos, ha venido aqui nunca á echar un brindis; á gastar la mitad del sneldo? Y ese perro asesino de D... callo porque... En fin, estoy contento con que no haya corrido sangre; ese es oficio que debe dejarse al verdugo...

Pan, eso sí... ¡qué empujones, qué codazos me han dado! Yo también he distribuido bastantes... Allí hubiera yo querido ver al señor Cura... y á fe que sé muy bien lo que tengo en el pensamiento.

Al pronunciar estas palabras, bajó la cabeza y estuvo algun tiempo como pensativo y cavilando; dió luego un suspiro, y levantó la cabeza con ojos encandilados, y tan decaído, que hubiera sido lástima que le hubiese visto la persona que ocupaba entónces su imaginacion; pero aquella



Llamaban para que le mirasen.

gentualla, que ya había empezado á divertirse con su expresiva elocuencia, se burlaba todavía más al verle compungido. Los más inmediatos llamaban á los demas para que le mirasen, y con esto vino á ser el juguete de toda aquella chusma, y no porque todos estuviesen en sano juicio, sino porque, á decir verdad, ninguno le había perdido tanto como el pobre Lorenzo, teniendo además la desgracia de ser forastero. Ya uno, ya otro, empezaron á hostigarle con preguntas impertinentes y groseras, y Lorenzo unas veces se escandalizaba, otras tomaba la cosa á risa, otras, sin hacer caso de lo que decian, hablaba de cosas distintas, otras respondia, otras preguntaba, y siempre á pausas y disparatadamente.

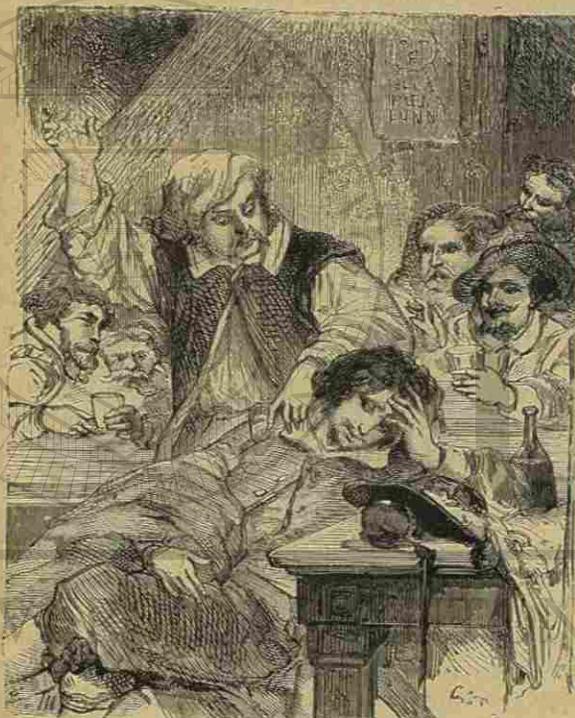
Por fortuna, en tan completo desvario le había quedado bastante instinto para ocultar los nombres de las personas, de suerte que ni siquiera profirió aquel que debía estar más grabado en su memoria, porque á la verdad, hubiéramos sentido que dicho nombre, que merece nuestro respeto, hubiese sido objeto de diversion para aquellas lenguas impuras.

CAPÍTULO XV

Viendo el posadero que la burla iba pasando de raya, y duraba más de lo regular, se acercó á Lorenzo, y pidiendo también con buen modo á los demas que le dejasen, le iba sacudiendo agarrado de un brazo, tratando de hacerle comprender y persuadirle que fuese á acostarse; pero Lorenzo volvía á la cantinela del nombre, apellido y bando: sin embargo, las palabras cama y dormir, repetidas muchas veces á sus oídos, hicieron tanta impresion en su ánimo, que le dieron á conocer muy distintamente la necesidad de lo que significaban, y produjeron un momento de lúcido intervalo. La corta dosis de razon que recobró le hizo comprender que la mayor parte había desaparecido, del mismo modo que la última luz de una iluminacion hace ver que las demas están apagadas. Tomó, pues, una resolucion; plantó las manos sobre la mesa, procuró una y dos veces levantarse, suspiró, estuvo vacilante, y por fin á la tercera, ayudado por el posadero, se puso de pié. Sosteniéndole el mismo posadero, le hizo pasar entre la mesa y el banco, y tomando con una mano una luz, con la otra le condujo lo mejor que pudo, ó le arrastró hasta la escalera. Aquí Lorenzo, para corresponder á los ruidosos saludos que le hacia toda la chusma, se volvió tan aprisa, que á no estar tan listo su conductor en sostenerle por un brazo, hubiera pegado un zarpazo terrible, y con el brazo que le quedaba libre trazaba y describia en el aire ciertos saludos como bendiciones de clérigo loco.

— Vamos á la cama, — dijo el posadero.

Y metiéndole por lo puerta, le fué tirando con gran trabajo por una angosta escalera, haciéndole entrar luego en el cuarto que le tenía destinado. Viendo Lorenzo la cama que



Le iba sacudiendo agarrado de un brazo.

le aguardaba, se alegró, miró con cariño á su conductor con dos ojillos que ya brillaban más que nunca, y ya se eclipsaban como luciérnagas. Quiso sostenerse sobre las piernas, y alargó las manos hácia los carrillos del posadero para cogerle uno entre el índice y el dedo medio en señal de amistad y

agradecimiento: pero como no pudiese conseguirlo:

— Bravo, — dijo, — veo que eres hombre de bien: es una obra buena la de dar una cama á un mozo honrado; pero no lo era aquel empeño rabioso del nombre y del apellido: lo bueno es que yo, gracias á Dios, tampoco soy lerdo.

El posadero, que conocía que Lorenzo no podría ya charlar mucho, y que por larga experiencia sabía cuán fáciles son los hombres en aquel estado de cambiar rápidamente de ideas y de opiniones, quiso aprovecharse de aquel lúcido intervalo para hacer una tentativa.

— Hijo mio, — le dijo con voz y cara halagüenas; — yo no lo hice por incomodar á usted, ni saber sus negocios: ¿qué quiere usted? Allí está la ley, y nosotros debemos obedecerla; de otra manera, somos los primeros en pagar la pena; más vale ceder, y... últimamente, ¿de qué se trata? ¡gran cosa! de dos palabras... Vaya, no por quien lo manda, sino por mí, aquí entre nosotros, dígame usted su nombre, y luego se acuesta con el corazón tranquilo.

— ¡Ah bribon! — exclamó Lorenzo, — ¡traidor! ¡cómo vuelves á acometerme con la iniquidad del nombre y apellido!

— Calla, borracho, métete en la cama, — dijo el posadero.

Pero el otro gritaba más recio:

— Ya te entiendo: tú tambien eres de la liga; aguarda, que yo te arreglaré.

Y dirigiendo la boca á la puerta de la escalera, chillaba más desafortadamente:

— Amigos, este picaro es de la...

— Lo dije por chanza, — gritó el posadero, arrimándose á la boca de Lorenzo.

Y empujándole hácia la cama, continuaba diciendo:

— ¿No oyes que lo dije por chanza?

— ¡Ah, por chanza! — dijo Lorenzo: — ahora hablas bien: una vez que lo dijiste por chanza... Es verdad que son cosas para reirse.

Y se dejó caer en la cama.

— Ea pues; á desnudarse aprisa, — dijo el posadero.

Y al consejo añadió el auxilio, que bien era necesario. Así que Lorenzo consiguió quitarse la chupa, la tomó el posadero, metiendo inmediatamente las manos en el bolsillo para ver si estaba el gato. Encontrólo en efecto; y haciéndose el cargo de que el día siguiente lo ménos en que tendría que pensar su huésped sería en pagarle, y que aquel gato caería



Es muy justo, dijo Lorenzo, ¿mas el dinero?

probablemente en manos de donde no podría arrancarle ni con ganchos, quiso ensayar otra tentativa.

— ¿No es cierto — le dijo — que usted es un mozo honrado, un hombre de bien?

— Sí; mozo honrado como el primero, — contestó Lorenzo, pleteando todavía con los botones de la ropa que aún no había podido quitarse enteramente.

— Pues siendo así — continuó el posadero — no tendrá usted dificultad en pagarme la cuentecita, pues mañana debo salir temprano para evacuar algunas diligencias...

— Es muy justo, dijo Lorenzo. — Yo soy muy tuno, amigo; pero hombre de bien, eso sí... ¿Mas el dinero? ¿Cómo le buscamos ahora?

— Aquí está, — interrumpió el posadero.

Y valiéndose de toda su maña y su paciencia, logró por fin ajustar la cuenta y hacerse pago.

— Ayúdame á que me acabe de desnudar, — dijo entonces Lorenzo: — conozco que tengo un sueño que no puedo más.

Ayudóle efectivamente el posadero, le tapó muy bien, y aún no había acabado de darle las buenas noches, cuando Lorenzo estaba roncando. Luégo, por aquella especie de complacencia que se experimenta en contemplar un objeto de incomodidad, lo mismo que otro de cariño, y que acaso no tiene más origen que el deseo de conocer lo que obra con fuerza en nuestro ánimo, se paró un momento á mirar á su incómodo huésped, dirigiendo hácia él la luz, haciéndola reflejar en su cara, á la manera sobre poco más ó ménos que pintan á Siquis contemplando furtivamente las facciones de su desconocido esposo, y para sí dijo al pobre dormido:

— ¡Loco, majadero! ¡En buen berengenal te has metido! Mañana me lo dirás. ¡Mentecatos, que queréis andar por el mundo sin saber por dónde sale el sol, para caer despues y meter al prójimo en tales atolladeros!

Dicho y pensado esto, retiró la luz, echó á andar, salió del cuarto y cerró la puerta por fuera con llave. Llegado á la mitad de la escalera, llamó á su mujer, á quien mandó que dejando el cuidado de los niños á una mozueta que los servía, bajase á la cocina á cuidar de la casa.

— Es necesario — dijo — que yo salga por causa de un diablo de forastero que por mis pecados ha venido á hospedarse aquí. Cuidado con todo, y prudencia, especialmente en este maldito día. Hay allá abajo una caterva de malas cabezas, que ya por la bebida, ya porque tienen la lengua larga, hablan mil disparates. Si algun atrevido...

— Vaya, — interrumpió la mujer, — ¿soy yo alguna niña? Sé lo que hay que hacer: me parece que hasta ahora...

— Bien, bien, — dijo el posadero, — y cuidado de que todo el mundo pague. En cuanto á lo que despotrican, hablando del Director de provisiones, del Sr. Ferrer, del Gobernador

general, del Ayuntamiento, de España y de otras majaderías semejantes, hacer como que no se oye, porque contradiciendo se puede salir mal desde luego, y aprobando se puede tener que sentir despues. Ya sabes que á veces los que las suelen más gordas suelen ser... En fin, cuando se oigan ciertas proposiciones, irse á otra parte como si llamara alguno. Yo volveré lo más presto que pueda.

Dicho esto, bajó con ella á la cocina para ver si habia novedad, descolgó de un clavo la capa y el sombrero, epilogó con otra mirada á la mujer las anteriores instrucciones, y salió de casa. Al hacer estas operaciones tomó en su mente el hilo del apostrofe que habia empezado á la cabecera de la cama del pobre Lorenzo, y lo iba prosiguiendo en el camino.

— ¡Terco serrano! — decia (porque por más que Lorenzo hubiese querido ocultar el lugar de su nacimiento, le descubrian sobradamente sus palabras, su pronunciacion, su cara y sus modales). — Á fuerza de política y prudencia me habia zafado yo limpio de un dia como este; y parece que el demonio te ha metido en que vengas á descomponerlo todo. ¿Faltan posadas en Milan para que te vieras á tropezar con la mia? Si por lo ménos hubiese venido solo, podria haber hecho yo por esta noche la vista gorda, y mañana te lo dirian de misas; pero, no señor, vienes acompañado; y ¿con quién? con un maldito corchete, como quien dice, miel sobre hojuelas.

Á cada paso encontraba el posadero personas solas ó de dos en dos, ó cuadrillas de gente que caminaba cuchicheando. Al llegar á este punto de su muda allocucion, vió venir una patrulla de soldados, y apartándose á la acera los miró de reojo, y continuó diciendo entre sí:

— Allí están los que las enderezan, y aquel zambombo por haber visto á cuatro alborotadores meter bulla por la calle, se figuró que se iba á cambiar el mundo, y con esto se ha perdido á si mismo y queria tambien arruinarme á mi. Yo hacia cuanto podia para salvarle, y él tan bestia que por poco no me alborota la casa. Ahora verá cómo ha de salir del pantano; por lo que á mi toca, yo pondré remedio:

¡ como si yo quisiera saber tu nombre por curiosidad!; Á mi qué me importa que te llames Tadeo ó Bartolo!; Á la verdad que tendré yo un gran gusto en estar siempre con la pluma en la mano! No sois vosotros solos los que ven las cosas como ellas son. Yo tambien sé que hay bandos que nada significan porque no se cumplen, y seguramente no es esta una gran noticia para que venga á dárnosla un patán de la sierra. ¿ Y no sabes tú que los bandos contra los dueños de fondas, posadas y hosterías se observan con rigor porque valen el dinero?; Y quieres andar por el mundo y hablar?; ¿ Sabes tú que el pobre posadero que pensase como tú, y no preguntase el nombre de los que le honran hospedándose en su casa, sabes tú, bestia, lo que le sucederia? « Bajo pena de trescientos escudos, dice el bando, á cualquiera de dichos posaderos, taberneros y demas nombrados arriba. »; ¿ No hay más que soltar trescientos escudos?; Y para emplearlos tan bien! « De los cuales las dos tercias se aplicarán á penas de cámara, y el resto al acusador ó delator. »; ¡ Qué buen sujeto! « Y en caso de insolvencia, cinco años de galeras » al arbitrio de S. E. ». Abi es un grano de anis!; ¡ Gracias, señor excelentísimo!

Al concluir estas palabras, ya el posadero estaba en el umbral del palacio de Justicia. Allí, como en las demas secretarías, todo estaba en movimiento. En todas partes se trabajaba en expedir las órdenes que se creian las más oportunas para el dia siguiente, tanto á fin de quitar todo pretexto á los atrevidos que deseasen nuevos alborotos, como para poner la fuerza en las manos de los que estaban acostumbrados á hacer uso de ella. Se aumentó la tropa en casa del Director de provisiones; se atajaron las bocacalles con vigas y carros; se mandó á los panaderos que amasasen pan sin intermision; se despacharon propios á los pueblos inmediatos con orden de remitir trigo á la ciudad, y para cada horno se destinaron diputados nobles, que al amanecer se trasladasen á ellos, á fin de cuidar del repartimiento del pan y contener á los turbulentos con su autoridad y buenas palabras; pero

para dar, como se suele decir, un golpe al caballo y otro á la silla, y hacer más eficaz la blandura con un poco de temor, se trató tambien de echar mano á algunos de los alborotadores, y esta era principalmente la atribucion del Capitan de justicia, cuya disposicion respecto de las asonadas y de los sediciosos es fácil inferir cuál sería.

Sus lebreles ya estaban en campaña desde el principio del alboroto, y aquel famoso Ambrosio Fusella era, como lo dijo el posadero, un esbirro disfrazado que recorría las calles con encargo de coger infraganti á alguno, seguirlo, apuntar su nombre y pescarle luego por la noche cuando todo estuviese sosegado, ó á la mañana siguiente. Habiendo oido cuatro palabras del sermón de Lorenzo, le señaló inmediatamente, pareciéndole que aquel individuo era el más á propósito para su intento. Conociendo además que era forastero, pensó dar el golpe maestro de conducirle en caliente á la cárcel, como la posada más segura de la ciudad; pero por entónces se le volvió el sueño del perro, como hemos visto: pudo, sin embargo, llevar á sus jefes el nombre, apellido y patria, con otras muchas señas de conjetura; por manera que cuando llegó el posadero á dar razón de lo que sabía de Lorenzo, ya estaban allí mejor enterados que él. Entró, pues, en la oficina de costumbre, y dió su denuncia, diciendo que se había hospedado aquella noche en su casa un forastero, el cual jamas quiso manifestar su nombre.

— Habéis cumplido con vuestra obligacion dándonos semejante aviso, — dijo un escribano soltando la pluma; — pero ya lo sabemos.

— ¡Gran misterio! — dijo el posadero para sí; — ¡por cierto es una gran habilidad!

— Ya sabemos tambien — continuó el Escribano — ese nombre tan misterioso.

— ¡Qué diablo! — dijo el posadero en su interior; — eso del nombre ya pica en historia.

— Pero vos — replicó el otro con seriedad — no lo decís todo francamente.

— ¿Qué tengo que decir?

— ¡Ya, ya! Sabemos muy bien que ese forastero llevó á vuestra posada una gran cantidad de pan robado ó adquirido en la asonada.

— Viene un hombre con un pan en el bolsillo, ¿y he de saber yo dónde lo ha tomado? Porque hablando como si estuviera en la hora de mi muerte, puedo jurar que no le vi sino un solo pan.

— Bueno es disculpar y defender siempre á los bribones. Según vosotros, todos son hombres de bien. ¿Cómo podéis probar que aquel pan era bien adquirido?

— ¿Qué he de probar yo? En eso no me meto. Mi oficio es el de posadero.

— Sin embargo, no podéis negar que ese vuestro parroquiano ha tenido la insolencia de proferir palabras injuriosas contra los bandos, y de cometer actos indecentes contra las armas de S. E.

— Dígame useñoría por amor de Dios, ¿cómo puede ser parroquiano mio un hombre que lo veo por la primera vez? El diablo, perdone useñoría, es quien me lo trajo á mi casa. Si yo le conociera, ¿habría tenido necesidad de preguntarle su nombre?

— Pero en vuestra casa, en vuestra propia presencia, se han dicho cosas horribles; ha haído palabras denigrativas, expresiones sediciosas, murmuraciones, gritos, alborotos.

— ¿Cómo quiere useñoría que tenga yo cuenta con todos los disparates que pueden decir tantos gritadores, que hablan todos á la vez? Yo soy un pobre, y debo cuidar de mis intereses, y además useñoría bien sabe que perro ladrador nunca fué mordedor.

— Sí, sí, déjalos que hagan y digan: mañana veréis cómo se les obliga á volver en su acuerdo ¿No creéis que así sea?

— Yo, señor, nada creo.

— ¿Que la canalla se apodere de Milan?

— ¡Disparate!

— Ya veréis lo que se arma.

— Ya entiendo: el Rey será siempre Rey: el que tenga que pagar pagará. Un pobre padre de familia en nada se mete. Useñorías tienen la fuerza, y á useñorías toca emplearla.

— ¿Tenéis todavía mucha gente en la posada?

— Muchísima.

— ¿Y ese vuestro parroquiano continúa alborotando?

— Ese forastero, querrá decir useñoría, se ha ido á la cama.

— ¿Conque hay mucha gente?... Cuidado que no se escape.

— ¿Soy yo acaso esbirro? — dijo de botones adentro el posadero; pero no dió contestación alguna.

— Volved, pues, á vuestra casa, y tened juicio, — continuó el escribano.

— Yo siempre lo he tenido. Useñoría sabe que jamas ha habido queja contra mí.

— ¡Bien! ¡bien! No creáis que la justicia haya perdido su fuerza.

— ¿Yo? Per amor de Dios, yo nada creo: solamente en mi oficio.

— Siempre la misma cantinela... ¿Tenéis algo más que decir?

— ¿Qué quiere useñoría que diga más? La verdad es una sola.

— Basta: si fuere necesario, informaréis más por menor á la justicia.

— Yo nada más tengo que decir.

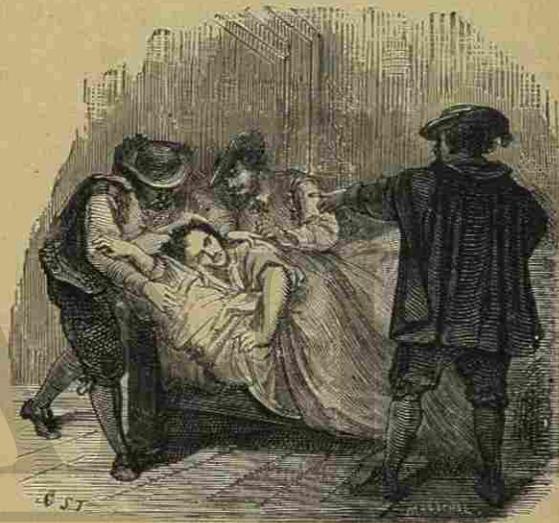
— Cuidado con dejar que se vaya.

— Espero que el señor Capitan de justicia sabrá que he venido inmediatamente á cumplir con mi obligacion. Beso á useñoría las manos.

Al rayar el dia habia ya siete horas que Lorenzo roncaba, y todavía estaba en lo mejor de su sueño, cuando le despertaron dos fuertes sacudimientos en los brazos, y una voz que desde los piés de la cama gritaba: *Lorenzo Tramallino*. Movióse, sacudió los brazos, abrió con trabajo los ojos, y vió á

los piés de la cama un hombre vestido de negro, y á otros dos armados, uno á cada lado de la cabecera. El pobre, entre la sorpresa, el no estar bien despierto y el efecto del vino, quedó como encantado. y creyendo que soñaba, y no gustándole el sueño, se agitaba como para acabar de despertarse.

— Vamos, ¿habéis oido? Lorenzo Tramallino, — dijo el



¿Nos le llevamos en camisa?

hombre vestido de negro, que era el escribano de la noche anterior: — ea, pues, levantaos y venid con nosotros.

— ¡Lorenzo Tramallino! — exclamó Lorenzo. — ¿Qué significa esto? ¿Qué me quieren ustedes? ¿Quién les ha dicho mi nombre?

— Ménos palabras, y levantaos pronto, — dijo uno de los esbirros, agarrándole de nuevo por un brazo.

— ¿Cómo? ¿qué tropelia es esta? — gritó Lorenzo retirando el brazo: — ¡posadero! ¡amigo posadero!

— ¿ Nos le llevamos en camisa ? — preguntó el mismo escribano al escribano.

— ¿ Habéis oído ? dijo este á Lorenzo ; y así se hará si no os despacháis á vestiros para venir al momento con nosotros.

— Pero ¿ y por qué ? — preguntó Lorenzo.

— El porqué os lo dirá el señor Capitan de justicia.

— ¿ Yo ? Yo soy un hombre de bien ; nada he hecho, y me admiro...

— Tanto mejor, así despacharéis al momento, y podréis marcharos adonde queráis.

— Déjenme ustedes, pues, que me vaya desde ahora, — dijo Lorenzo : — nada tengo que ver con la justicia.

— Ea, acabemos, — gritó uno de los esbirros.

— ¿ Nos lo llevamos de véras ? — añadió el otro.

— ¡ Lorenzo de Tramallino ! dijo el Escribano.

— ¿ Cómo sabe useñoría mi nombre ?

— Cumplid con vuestra obligacion, — dijo el Escribano á los esbirros, los cuales al punto se echaron sobre Lorenzo para sacarlo de la cama,

— ¡ Ea ! no hay que poner las manos en un hombre de bien : yo sé vestirme.

— Levantaos, pues, y vestios al instante, — dijo el Escribano.

— Voy á levantarme, — respondió Lorenzo.

Y en efecto, iba recogiendo por aqui y por alli su ropa como reliquias de un naufragio en la playa, y empezando á ponérsela, proseguia diciendo :

— No quiero ir á casa del Capitan de justicia ; nada tengo que ver con él ; y pues que se comete conmigo semejante tropelia, quiero ser presentado al Sr. Ferrer. A éste le conozco ; es hombre justo, y me debe algunos favores.

— Sí, sí, hijo, serás conducido á casa del Sr. Ferrer, — contestó el Escribano.

En otras circunstancias se hubiera reido á carcajadas al oír semejante propuesta ; pero aquella ocasion no era para

reirse. Al ir á la posada habia visto en las calles cierto movimiento, que no dejaba discernir si eran restos de la sublevacion aún no reprimida, ó principios de otra nueva. El salir temprano de su casa los habitantes, el juntarse unos con otros, el ir en tropel, el formarse en corrillos eran síntomas que no le agradaban ; por tanto, ahora, sin aparentarlo, ó tratando al ménos de que no se notase tenia el oído atento, y le parecia que se aumentaba el murmullo : con esto deseaba despachar ; pero queria al mismo tiempo llevarse á Lorenzo á buenas, porque si se le declaraba la guerra, no se podia asegurar que llegados á la calle no se encontrasen tres contra uno : por esto hacia del ojo á los esbirros para que tuviesen paciencia y no exasperasen al mozo ; y él tambien por su parte procuraba templarle con buenas palabras. Lorenzo entre tanto iba vistiéndose poco á poco, y enlazando lo mejor que podia las especies inconexas del día anterior, empezaba á creer que los bandos, su nombre y apellido debian ser la causa de aquel contratiempo. Pero ¿ cómo diablos el hombre de la capa negra sabia su nombre ? ¿ Y qué habria sucedido en aquella noche para que la justicia hubiese adquirido tantas noticias para venir en derechura á echar la mano á uno de los buenos que el día ántes habian hecho tan honroso papel, y que al parecer no todos estaban dormidos, pues tambien él percibia en la calle cierto murmullo que crecia por instantes ?

Mirando despues la cara del Escribano, advertia, á pesar de su forzado disimulo, la turbacion que este procuraba ocultar. Por lo cual, con objeto de aclarar sus conjeturas y descubrir tierra, como tambien para ganar tiempo é intentar un golpe maestro, dijo :

— Comprendo muy bien que el origen de todo esto es mi nombre y apellido. Ayer noche, á la verdad, estaba yo algo más alegre de lo que acostumbro. Estos posaderos tienen á veces vinos tan traidores... y á veces... ya se sabe que cuando el vino ha pasado por el canal de las palabras, quiere él tambien decir sus cosas, pero cuando no se trate de otro asunto, estoy pronto á dar toda la satisfaccion que se quiera ; y últimamente

useñoría ya sabe mi nombre : por cierto que no sé quién diablos se lo ha dicho.

— Bien, amigo, bien, — contestó cariñosamente el Escribano : — veo que eres mozo de juicio, y créeme, pues yo entiendo estos negocios ; tú eres más avisado que otros : ese es el mejor modo de salir bien del pantano. Con tan buenas disposiciones, en un momento estás despachado y puesto en libertad : pero yo, ya ves, tengo las manos atadas, y no puedo soltarte aquí como quisiera. Ea, pues, despáchate, y ven sin miedo, que en cuanto vean quién eres... además yo diré... descuida : en fin, veremos : vamos, pues, hijo, vamos.

— ¡ Ah ! ya veo que useñoría no puede, — dijo Lorenzo al paso que continuaba vistiéndose, desechando con gesticulaciones las que hacían los esbirros para ponerle las manos encima á fin de apresurar la operación.

— ¿ Pasaremos por la plaza de la Catedral ? — preguntó luego al Escribano.

— Por donde quieras ; por el camino más corto, para que más presto puedas quedar libre, — contestó el Escribano, pensando responder con aquella contestación á la misteriosa pregunta de Lorenzo, y todas las demás que pudieran seguirse : — ¡ qué desgracia ! — dijo para sí, — ¡ qué desgracia ! creía... Hé aquí un hombre que cantaría como un canario. ¡ Ah ! ¡ si hubiese un poco de tiempo ! así extrajudicialmente, á manera de amistosa conversación, se le haría confesar sin tormento lo que se quisiese. Este hombre iría á la cárcel ya confeso, sin que siquiera lo advirtiese. ¡ Qué lástima que un hombre de esta especie caiga en mis manos en momentos tan críticos ! Y no hay remedio, — continuaba para sí el Escribano, y doblando el cuello, aplicaba el oído. — No hay remedio : este día va á ser peor que el de ayer.

Lo que le hizo pensar así, fué oír que en la calle había una balla extraordinaria, por lo cual no pudo contenerse sin abrir un postigo de la ventana para dar una ojeada á fuera. Vió que quien alborotaba era un corrillo de paisanos, que, á la intimación de separarse que les hizo una patrulla, respon-

dieron al principio con invectivas, desbándandose luego sin dejar de insultar á los soldados ; y lo que el Escribano tuvo por señal mortal, fué el buen modo con que se conducía la tropa. Cerró el postigo, y estuvo un momento indeciso entre si llevaría á cabo la empresa, ó si dejando Lorenzo al cuidado de los dos esbirros, correría á dar cuenta al Capitan de justicia de lo que sucedía. Pero le ocurrió inmediatamente que se le tacharía de cobarde y bajo, y se le reconvendría por no haber cumplido las órdenes que llevaba.

— Ya estamos metidos en la danza, — dijo para sí, — y es preciso bailar. ¡ Malditos alborotos !... ¡ mal haya el oficio !

Ya Lorenzo estaba en pié, teniendo á cada lado uno de los satélites, á quien hizo señal el Escribano para que no le violentasen demasiado, y volviéndose á él, le dijo :

— Vamos, hijo, vamos aprisa.

Lorenzo sentía, veía y pensaba. Ya estaba casi del todo vestido, y sólo le faltaba el gaban que tenía con una mano, mergando con la otra en los bolsillos.

— ¡ Hola ! — dijo al Escribano con aire socarrón : — aquí, señor mío, había moneda y una carta.

— Todo se te devolverá puntualmente, — dijo el Escribano, — en cuanto se evacuen ciertas formalidades : vamos, vamos.

— No, — contestó Lorenzo meneando la cabeza ; — esto no es conmigo ; quiero lo que es mío ; daré razon de mis acciones, pero venga mi carta y mi dinero.

— Quiero hacerte ver que me fio de ti ; toma, y despacha, — dijo el Escribano, sacando del pecho con un suspiro, y entregando las cosas embargadas á Lorenzo, el cual entre dientes decía :

— ¡ Arre allá ! ¡ como siempre andáis entre ladrones, parece que entendedis algun tanto el oficio !

Faltábales á los esbirros la paciencia ; pero el Escribano los contenía con los ojos, diciendo para sí :

— Si llegas á meter dentro los piés, te aseguro que las has de pagar todas, y con creces.

Mientras Lorenzo se ponía el gaban y tomaba el sombrero, el Escribano hizo señal á uno de los esbirros para que marchase delante por la escalera; siguió detras el preso, luego el satélite, y, por último, echó á andar él despues de todos. Así que llegaron á la cocina, mientras Lorenzo decía «¿y este bendito posadero dónde se ha metido?» el Escribano hizo otra señal á los dos esbirros, los cuales agarraron el uno la mano derecha de Lorenzo, y el otro la izquierda, y en un abrir y cerrar los ojos le ataron las muñecas con cierto instrumento, por la hipócrita figura retórica llamado *manillas*. Consistían estas (sentimos descender á particulares impropios de la gravedad histórica, pero así lo requiere la claridad) en un cordelito algo más largo que la circunferencia de una muñeca de un hombre, y que remataba en dos palitos á manera de muletillas. El cordelito ataba la muñeca del preso, y los pedacitos de madera, pasando entre el dedo medio y el anular del esbirro, le quedaban en el puño, de manera que retorciéndolos apretaba á su arbitrio la atadura, con lo cual no sólo tenía el medio de asegurar al preso, sino también el de martirizar al que se resistiera, para cuyo efecto el cordelito estaba regularmente lleno de nudos.

Lorenzo brega y forcejea gritando:

— Qué traición es esta? ¡ á un hombre de bien!...

Pero el Escribano, que para cada infamia tenía sus palabras suaves, decía:

— Ten paciencia; todas son formalidades indispensables; nosotros no podemos tratar á la gente según nuestro buen corazón: si no hiciésemos lo que nos mandan, estaríamos frescos, peor que tú, y así ten por Dios paciencia.

Mientras de este modo hablaba el Escribano, retorcieron los dos esbirros el cordelito, y Lorenzo se sosegó como un caballo lozano que siente el freno, y exclamó: «¡ paciencia! »

— ¡ Bien, hijo! — dijo el Escribano, — este es el modo de salir bien. ¿ Qué quieres? Yo conozco que es cosa bastante pesada; pero comportándote bien, sales presto del enredo... Ya que veo que procedes como hombre honrado, estoy dis-

puesto á favorecerte, y quiero darte un consejo para tu bien. Créeme, que yo entiendo estas cosas: anda derecho, sin mirar alrededor, sin darte á conocer; de esta manera nadie repara en tí, nadie nota que vas preso y conservarás tu estimación. Dentro de una hora ya estás puesto en libertad. Hay tanto que hacer, que los señores tendrán ellos mismos prisa de despacharte, y sobre todo yo hablaré... irás á tus negocios, y nadie sabrá que has estado en manos de la justicia... Y vosotros, — prosiguió con tono de autoridad, volviéndose á los esbirros, — cuidado con hacerle daño, porque yo le protejo. Cumplir con vuestra obligación es justo, pero no olvidéis que este es un hombre de bien, un mozo honrado, que como dentro de poco estará en libertad, le conviene conservar su buen concepto. Que nada llame la atención, como si fuerais tres amigos que van de paseo. — Y concluyó diciendo: ¿ Habéis entendido?

Volviéndose luego á Lorenzo con calma y rostro sereno, le repitió de nuevo:

— ¡ Vaya, juicio! Haz lo que yo te digo: fíate de quien te quiere bien, y vamos andando.

Y con esto echaron á andar todos.

Peró de tantas palabras melosas nada creyó Lorenzo: ni que el Escribano le quisiese como decía, ni que se tomase tanto interés por su reputación, ni que tuviese intención de favorecerle; nada de esto. Conocía muy bien que aquel zorro viejo, temiendo que se presentase en el camino alguna ocasión favorable para escapar, empleaba todas aquellas zalamerías á fin de distraerle é impedir que se aprovechase de ella; por manera que semejantes exhortaciones no sirvieron sino para confirmar más á Lorenzo en lo que allá en su cabeza se había propuesto, que era hacer todo lo contrario.

De aquí nadie debe inferir que el Escribano fuese un principiante y novicio, porque se equivocaría: era un bellaco matriculado, dice nuestro historiador; pero en aquella ocasión estaba muy temeroso y confuso. En otra situación sin duda se hubiera burlado del que para inducir á otro á hacer una

cosa de suyo sospechosa, se lo hubiese sugerido é inculcado con la trivial apariencia de darle un consejo de amigo; pero los hombres generalmente por cierta tendencia natural, cuando están agitados y en angustias, y les ocurre lo que otros pudieran hacer para salir del apuro, se lo preguntan con grande empeño y bajo de mil pretextos, y los más diestros en iguales circunstancias caen en igual falta. Las mismas invenciones magistrales, las tramas con que suelen vencer, que para ellos se han convertido ya en una segunda naturaleza, y que empleadas á tiempo y dirigidas con la serenidad necesaria, dan el golpe con feliz éxito y ocultamente, y aun descubiertas luego, logran el aplauso general; cuando las emplean hombres sencillos, que se hallan en apuros, lo hacen con tan poco fino, y tan sin maña, que mueven á lástima á los que los miran; y aquellas mismas personas á quienes pretenden engañar, aunque sean ménos astutas, descubren su intención, y de sus mismos artificios sacan partido contra ellos: por esto los bellacos de profesion procuran conservar siempre su sangre fria, y lo que es mejor, no hallarse jamas en circunstancias extremas.

Lorenzo, pues, apenas llegados á la calle, empezó á mirar alrededor, á extender el cuello, á sacar la cabeza y aplicar el oido. Sin embargo, no veía concurrencia alguna extraordinaria, y aunque en la cara de muchos que pasaban se notaba con facilidad cierta señal de sedición, cada uno seguía su camino, y lo que es sedición verdadera no la habia.

— ¡Prudencia! ¡juicio! — decia al paño el Escribano; — tu honra, hijo, tu honra.

Pero cuando Lorenzo, columbrando á tres que se acercaban con cara encendida, oyó hablar de un horno, de harina oculta y de justicia, empezó á hacer señas con la cabeza, y á toser de un modo que indicaba algo más que resfriado. Miraron aquellos la comitiva, y se pararon; con ellos se pararon tambien otros que iban llegando, y otros que habian pasado oyendo la bulla, se volvian y aumentaban la concurrencia.

— ¡Cuidado, hijo! ¡prudencia! por tí haces; no empeores

tu causa, tu estimacion, — iba diciendo el Escribano con disimulo.

Lorenzo lo hacia peor. ¿Quién no se equivoca? Le apretaron las manillas.

— ¡Ay! ¡ay! — gritó el preso.

Á este grito se agolpó la gente, acudiendo otra de todas partes, de modo que la comitiva se halló sitiada.

— Es un malhechor, — decia el Escribano en voz baja á



Lorenzo, columbrando á tres que se acercaban.

los que le estaban encima: — es un ladron cogido infraganti; retirense ustedes y den paso á la justicia.

Pero Lorenzo, viendo la suya, y que las caras de los esbirros se ponian de color entre blanco y amarillo, « si no me ayudo ahora, dijo en su mente, estoy perdido; » y levantando la voz prosiguió:

— Amigos, me llevan á la cárcel, porque ayer clamé por pan y justicia. Nada he hecho, soy un mozo honrado; favorecedme, no me abandonéis, amigos.

Levantóse desde luego una contestacion, un murmullo favorable, y en seguida gritos más decisivos. Los esbirros al principio mandan, despues piden, y por último, ruegan á los más inmediatos, para que se retiren, y dejen libre el paso; pero la turba, al contrario, apremiaba con más ahinco. Viendo los esbirros la cosa mal parada, sueltan las manillas

y sólo tratan de meterse entre la muchedumbre para escurrirse sin ser notados. Deseaba el Escribano hacer lo mismo, pero le vendía la capa negra. El pobre diablo, con la cara descolorida y el corazón encogido, procuraba achicarse haciendo esguinces para salir de aquella apretura, pero no podía levantar la vista, sin verse á lo ménos veinte brazos en-



No tardó en conseguir el verse fuera de aquella apretura.

cima. Se esforzaba por parecer un extraño, que pasando por aquel punto se había visto encerrado entre aquella gente, y encontrándose cara á cara con uno que le miraba con más ceño que los demás, puso un gesto de risa y preguntó:

— ¿Qué bulla es esta?

— ¡Anda cuervo! ¡gavilan! — le respondió aquel.

— ¡Gavilan! ¡gavilan! — repitieron mil voces á un tiempo.

Á los gritos se agregaron los empujones, tanto, que ya

con sus propias piernas, ya con los codos ajenos no tardó en conseguir lo que más deseaba entónces, que era el verse fuera de aquella apretura.

CAPÍTULO XVI

— ¡Huye! ¡huye! buen hombre. Allí está un convento; acullá una iglesia; por aquí, por allí, — eran los gritos con que la muchedumbre animaba á Lorenzo para que se salvase, aunque en orden á esto, á la verdad no necesitaba que le diesen consejos. Desde el punto en que concibió alguna esperanza de poder salir de entre sus uñas, empezó á hacer cuentas consigo mismo, y resolvió, si lo conseguía, echar á correr sin parar hasta hallarse fuera, no sólo de la ciudad, sino también de todo el ducado, pues decía para sí, que teniéndole escrito en aquellos libretes, sin que pudiese atinar cómo diablos lo habían pescado, y sabiendo su nombre y apellido, le echarían la garra cuando quisiesen. Tampoco quería acogerse á un asilo sino en caso desesperado, porque pensaba que más vale salto de mala que ruego de buenos. Así, pues, era su ánimo refugiarse al pueblo del territorio de Bérgamo en que estaba casado su primo Bartolo, el mismo que, como se acordarán nuestros lectores, le había varias veces mandado llamar; pero la dificultad consistía en no saber las calles.

Solo y en un paraje desconocido, en una ciudad igualmente desconocida, ni siquiera sabía por qué puerta salir para ir á Bérgamo; además, aunque lo hubiera sabido, ¿cómo dar con ella? Estuvo titubeando un instante, pensando si preguntaría las señas á sus libertadores; pero como en el poco tiempo que tuvo para meditar sobre sus aventuras, le ocurrieron mil pensamientos extraños con respecto á aquel espadero tan oficioso, padre de cuatro muchachos, etc., no quiso, por si acaso, manifestar su designio en una gran concurrencia, en la cual podía muy bien hallarse otro del mismo cuño, y así

determinó alejarse inmediatamente con ánimo de preguntar por el camino, en paraje donde nadie le conociera, ni supiese para qué lo preguntaba. Dió las gracias y bendijo á sus libertadores, y saliendo por el paso que le dejó expedito la gente, apretó los talones trotando largo tiempo á la ventura por calles y callejuelas, hasta que pareciéndole haberse separado bastante, aljó el paso para no excitar sospechas, y comenzó á mirar alrededor con el objeto de escoger á una persona cuya cara le inspirase confianza para hacerle su pregunta; pero aún aquí había sus dificultades. La pregunta por sí era sospechosa, y el tiempo urgía, pues los esbirros, apenas recobrados de aquel susto, sin duda volverían sobre sí, y volarían en busca del fugitivo.

Quizá también la noticia de su fuga habría llegado hasta aquel paraje, y en tanto aprieto debió Lorenzo hacer más de diez juicios fisonómicos, ántes de hallar la cara que buscaba. Aquel hombre gordillo que está de piés en el umbral de su tienda con las piernas largas, las manos detras, mucha barriga, y la barba en alto con gran papada, y que en su ociosidad levanta alternativamente su trémula masa en la punta de los piés, para dejarla caer luego sobre los talones, tiene cara de charlador curioso, que en vez de dar respuestas hará impertinentes preguntas. Este otro que se acerca con los ojos encandilados y el labio caído, en lugar de enseñar presto y bien el camino, quizá él mismo no sabe el que lleva. Este mozo, aunque á decir verdad parece bastante despierto, tiene traza aún de más malicioso, y probablemente se banará en agua rosada con enseñar al pobre forastero el camino opuesto al que necesita; tan cierto es que el hombre atollado encuentra en todo un nuevo atolladero. Divisando por fin á una persona que se acercaba apresurada conjeturó que teniendo aquel hombre alguna negocio urgente, contestaría bien y aprisa para despachar presto, y oyendo además que iba hablando solo, juzgó que sería hombre sincero, por lo cual se le acercó y le dijo:

— Perdóneme usted, caballero, ¿por dónde se sale para ir á Bergamo?

— ¿Para Bergamo? ¡Por la puerta Oriental!

— ¡Dios se lo pague! ¿Pero para ir á la Puerta Oriental?

— Siguiendo por esa calle á mano izquierda, irás á parar á la plaza de la Catedral... luego...

— Gracias, caballero; ahora ya sé.

Con esto tomó el camino que se le acababa de indicar. Siguió el otro con la vista, y combinando allá en su cabeza el modo de andar con la pregunta, dijo para sí: « Ese ha hecho alguna fechoría ó teme que se la hagan. »

Llegó Lorenzo á la plaza de la Catedral, la atravesó, pasó al lado de un monton de ceniza y de carbones apagados, y conoció que eran las reliquias de la baraunda á que había asistido el día anterior. Siguió su camino arrimado á las gradas de la Catedral, vió el horno de la provision casi destruido y guardado por soldados; y pasando adelante por el camino donde había venido con la muchedumbre, llegó frente al convento de los capuchinos; dió una mirada á la plazuela y á la puerta de la iglesia, y dijo para sí suspirando:

— ¡Y qué buen consejo me dió aquel capuchino de ayer, diciéndome que aguardase en la iglesia y que rezase algun poco!

Aquí, habiéndose parado un instante á mirar con atención hácia la puerta por donde debía salir, y viendo desde lejos que había mucha gente de guardia, como tenía la imaginación exaltada (y en esto merecía disculpa, pues no dejaba de tener motivo para ello), experimentó mucha repugnancia en tentar aquel vado; por lo cual, encontrándose tan á mano un asilo donde con su carta sería perfectamente acogido, estuvo muy tentado de meterse en él; pero cobrando ánimo, resolvió quedar pájaro suelto lo más que pudiera.

— ¿Quién me conoce? — decía para sí: — los esbirros no se habrán hecho trozos para ir á aguardarme en todas las puertas.

Volvió la cabeza para ver si venían por aquella parte, y como no viese ni esbirros ni gente con quien pudiese tener que hacer, tomó ánimo, y conteniendo sus benditas piernas,

que contra su voluntad querian correr, llegó paso á paso y, silbando en semitono á la puerta. Estaban en ella una porcion de guardas, y por añadidura un piquete de miguelotes españoles; pero toda su atención se dirigia á la parte de afuera, para no dejar entrar á ninguno de aquellos que á la primera noticia de un alboroto acuden como los cuervos á un campo de batalla, abandonando despues la accion; por manera que Lorenzo así á lo tonto, con los ojos bajos, y el andar entre el de viajero y el de persona que vá de paseo, salió sin que nadie le hablase palabra; sin embargo, no dejaba de darle saltos el corazón. Viendo una senda á la derecha, se metió por ella para evitar el camino real, y anduvo largo trecho ántes de volver la cabeza.

Iba de tiempo en tiempo encontrando cortijos de aldeas, y las pasaba sin preguntar su nombre, pues con saber que se alejaba de Milan, y marchaba hácia Bérgamo, le bastaba por entónces. De cuando en cuando volvía la cabeza, y en seguida se miraba y refregaba las muñecas, todavía algo do'oridas, y con una pequeña raya colorada en cada una, vestigio del consabido lazo. Sus pensamientos se reducian, como cada uno puede figurarse, á un *mare magnum* de arrepentimientos, de pesares, de rencores y ternezas, y encontraba no poca dificultad en enlazar las cosas que habia dicho y hecho la noche anterior, y en descubrir la parte secreta de su dolorida historia, y sobre todo en adivinar cómo habian podido saber su nombre.

Recaian sus sospechas naturalmente sobre el espadero, con quien se acordaba de haber hablado á destajo; y haciendo reflexiones acerca del modo con que le habia arrancado de la boca su nombre, la sospecha se convertía en certidumbre especialmente cuando recapacitaba sobre el modo de conducirse de aquel hombre, y sobre sus ofrecimientos que siempre venian á parar en querer saber alguna cosa; se acordaba confusamente de haber, despues de la salida del espadero, continuado charlando ¿con quién? adivina quién te dió. ¿De qué? no se acordaba por más que recorriese su memoria, y sólo

tenia presente que en aquel tiempo estaba fuera de casa. Desvariaba el pobre con semejantes cavilaciones, á manera de un hombre que ha entregado muchos papeles firmados en blanco á un individuo que creyó honrado, y hallando despues que es un embrollon, trata de conocer, el estado de sus negocios. Pero ¿qué conocer, si era un caos? no era para él ménos penoso el hacer sobre su suerte futura designios, que no hallase luégo aéreos ó sumamente tristes.

Pero su pensamiento más penoso fué muy presto el de encontrar el camino. Despues de haber andado largo tiempo, se puede decir á la ventura, conoció que era indispensable tomar lenguas, pero tenia cierta repugnancia en pronunciar la palabra Bérgamo, como si fuera sospechosa ú obscena; sin embargo, era forzoso pasar por ello. En este supuesto, resolvió preguntar, como lo hizo en Milan, al primer caminante cuya cara le inspirase confianza, y con efecto lo ejecutó así.

— Está usted fuera de camino, — le contestó el hombre.

Y despues de haberlo pensado un poco, le indicó, tanto con palabras como con gestos, el que debía tomar para entrar en la calzada real. Dióle Lorenzo las gracias; aparentó estar dispuesto á seguir el rumbo indicado, y en efecto se dirigió por aquella parte, con intencion de acercarse á aquel bendito camino, y costearlo todo cuanto fuese posible, pero sin poner los piés en él.

Concebir semejante proyecto era más fácil que ejecutarle, y así el resultado fué que andando de este modo de derecha á izquierda, de un lado á otro, ya corriendo algun tanto la ruta segun su alcance, y adoptándola á su intento, y ya guiándose por las sendas en que se encontraba, habria ya andado quizá doce millas, y apenas se hallaba á seis de Milan: por lo que toca á Bérgamo, no habia hecho poco con no haberse alejado de aquella ciudad. Aquí comenzó á convencerse que de aquella manera jamas conseguiria su objeto, y que era preciso buscar otro medio: el que le ocurrió fué el de ver cómo podia saber el nombre de algun pueblo inmediato á la raya, al cual se pudiese ir por caminos excusados, y preguntando por él conse-

guiría que le dirigiesen al punto que deseaba, sin necesidad de ir preguntando á cada momento por el camino de Bér-gamo, que á su entender olía mucho á escapatoria, destierro ó criminalidad.

Miéntas así discurría acerca del modo de adquirir todas estas noticias, vió colgado un ramo de una pobre casueha, fuera de una pequeña aldea. Había ya tiempo que sentía aumentarse la necesidad de restaurar sus fuerzas, y pensando que este sería el paraje más á propósito para hacer de un viaje



La vieja le ofreció queso.

dos mandados, entró en aquella casa. Sólo había en ella una vieja con la rueca á la cintura y el huso en la mano. Pidió algo de comer, y se le ofreció queso y buen vino. Admitió Lorenzo el queso, pero rehusó el vino, mirándole ya con ojeriza de resultas de la mala pasada que le jugó la noche anterior, y se sentó, pidiendo á la mujer que despachase. Esta en un momento puso la mesa, y comenzó á moler al pobre viajero con un granizo de preguntas, tanto acerca de sus circunstancias particulares, como acerca del gran suceso de Milan, de que ya había llegado hasta allí la noticia.

Lorenzo no sólo supo eludir con mucha destreza aquellas pesadas preguntas, sino que sacando ventaja de la dificultad, se aprovechó para su intento de la curiosidad de la vieja, que le preguntó también adónde iba.

— Tengo que ir — contestó — á muchas partes; pero si me queda algun poco de tiempo, quiero pasar á ese pueblo grande en el camino de Bér-gamo, cerca de la frontera, pero en territorio milanés, que no me acuerdo bien cómo se llama... ¿Cómo se llama? — esto preguntaba suponiendo que alguno habría.

— Gorgonzola, queréis decir, — contestó la vieja.

— Cierto, Gorgonzola, replicó Lorenzo para grabarse las palabras en la memoria. — ¿Y está muy lejos?

— No lo sé á punto fijo, — repuso la vieja; pero me parece que deben ser de diez á doce millas; si estuviera aquí alguno de mis hijos, os lo diría.

— ¿Y se puede ir á él — prosiguió Lorenzo — por esas hermosas sendas sin tomar el camino real, en donde hay tanto polvo, tanto polvo que es cosa de ahogarse? ¿Hace tantos dias que no llueve!

— Me parece que sí, — contestó la vieja; — podéis preguntar en el primer pueblo que encontraréis, caminando siempre sobre la derecha, — y se le nombró.

— ¡Muy bien! — dijo Lorenzo.

Y se levantó de la mesa. Cogió un pedazo de pan que le había sobrado, pan muy diferente del que encontró el dia antes al pié de la Cruz de San Dionisio; pagó el gasto, y saliendo tomó á la derecha.

Para no ser demasiado prolijo, diré que con el nombre de Gorgonzola en la boca, caminó tanto de pueblo en pueblo, que llegó á él antes de ponerse el sol.

Ya en el camino había resuelto hacer en Gorgonzola otra paradita, y tomar una refeccion algo más sustanciosa. Su cuerpo sin duda le hubiera agradecido algun poco de cama; pero Lorenzo antes de condescender hubiera dejado que pereciese en el camino, porque su ánimo era preguntar en la hos-

tería cuánto distaba el Ada, adquirir noticias con maña de algun atajo, y tomar el camino en cuanto acabase de hacer algun tanto por la vida. Nacido y criado cerca del manantial, digámoslo así, de aquel rio, habia oído decir varias veces que en cierto punto y por largo trecho marcaba los límites entre el territorio de Milan y el de Venecia. Á la verdad no tenia una idea exacta del punto ni del trecho, pero por entónces el asunto principal era pasar al otro lado, y si no lo conseguia en aquel día, estaba resuelto á caminar hasta que la noche y las fuerzas se lo permitiesen, y aguardar luégo el amanecer del dia siguiente en campo raso adonde Dios quisiera, con tal que no fuese hosteria.

Á los pocos pasos de haber entrado en Gorgonzola, vió una muestra de hosteria, entró en ella, y al hostelero que vino á recibirle le mandó que le sacase algo de comer, y media racion de vino; que ya las millas que habia andado y el tiempo le habian hecho pasar algun tanto la ojeriza mortal que le tenia.

— Despache usted, — añadió, porque necesito ponerme en camino al instante.

Y esto lo dijo no sólo porque era verdad, sino tambien por el miedo que tenia de que pensando el hostelero que quisiese permanecer allí aquella noche, le acometiese preguntándole su nombre y apellido, de dónde venia, adónde iba, y por qué asuntos; por lo tanto... ¡fuera!

Contestó el posadero que al momento le serviria, y Lorenzo se sentó en la cabecera de la mesa al lado de la puerta, que era el punto de los curiosos.

Hallábanse en la misma sala algunos ociosos del pueblo, los cuales, despues de haber discutido y glosado las grandes noticias de Milan del dia anterior, se devanaban los sesos para saber lo que habia sucedido en aquel dia, tanto más, cuanto que las primeras eran más propias para aumentar la curiosidad que para satisfacerla, porque se trataba de una sublevacion ni victoriosa ni comprimida, suspendida más bien que acabada con la noche, en fin, la conclusion de un acto

más bien que de un drama. Separóse de la comitiva uno de los circunstantes, y acercándose al forastero, le preguntó si venia de Milan.

Sorprendido Lorenzo:

— ¿Yo? — dijo á fin de tomar tiempo para responder.

— Sí, usted, — prosiguió el otro, si es cosa que se puede saber.

Sacudiendo Lorenzo la cabeza, y apretando los labios, dijo confusamente:

— Milan, por lo que he oído decir en estas inmediaciones, parece que es pueblo adonde ahora no se puede ir, á ménos que no haya una gran necesidad.

— ¿Conque continúa el alboroto? — preguntó con más empeño el curioso.

— Seria preciso estar allí para saberlo, — contestó Lorenzo.

— ¿Qué, no viene usted de Milan?

— Vengo de Liscate, — respondió el mozo con desembarazo, porque ya habia premeditado su respuesta.

En rigor venia efectivamente de este pueblo, pues habia pasado por él, y su nombre lo supo de un pasajero que se lo habia indicado como el primero por donde debía pasar para llegar á Gorgonzola.

— ¡Vaya! — dijo el preguntador, como si quisiese decir, mejor seria que viniese usted de Milan, ¡pero paciencia! — ¿Y en Liscate nada se decía de Milan?

— Es probable que algunos supiesen algo, — respondió Lorenzo; pero yo nada he oído.

Pronunció estas palabras con un tono que indicaba que habia ya concluido. Volvió el curioso entre sus compañeros, y poco despues vino el hostelero á poner la mesa.

— ¿Cuánto hay para llegar al Ada? — le preguntó Lorenzo á media voz y con cierto descuido aparente, igual al que le hemos visto emplear alguna que otra vez.

— ¿Al Ada? ¿para pasarle? — preguntó el posadero.

— Eso es..., sí..., al Ada, — dijo Lorenzo.

— ¿Quiere usted pasar por el puente de Casano ó por el puerto de Canónica?

— Por cualquiera parte : pregunto por curiosidad.

— Lo digo porque aquellos son los dos puntos por donde pasan los hombres de bien, los que pueden dar cuenta de su persona.

— ¡ Bueno ! ¿ Y cuánto hay ?

— Haga usted cuenta que tanto por un lado como por otro, habrá poco más ó menos unas seis millas.

— ¡ Seis millas ! no creía tanto, — dijo Lorenzo ; y luego continuó con un aire de la mayor indiferencia : — ¿ Y sin duda para los que tengan necesidad de abreviar el camino, habrá otros puntos por donde pasar ?

— Sin duda que los hay, — contestó el hostelero, clavándole los ojos en la cara, con especie de maligna curiosidad.

Bastó esto para que muriesen entre los dientes de Lorenzo las demas preguntas que tenía preparadas. Se acercó al plato, y mirando al vino que estaba ya puesto en la mesa, le dijo al posadero :

— ¿ Y ese vino es moro ?

— Es puro como el oro, — contestó el hostelero ; — y si no, pregunte usted á toda la gente del pueblo y de las inmediaciones, y, por último, usted mismo lo ha de probar.

Y diciendo esto, volvió adonde estaban los demas.

— ¡ Malditos sean los hosteleros ! — dijo para sí Lorenzo : — todos los que voy conociendo son á cuál peor.

Sin embargo se puso á comer con grande apetito, prestando al mismo tiempo el oído sin aparentarlo, con ánimo de descubrir terreno, conocer cómo se pensaba allí acerca del ruidoso acontecimiento en que él había tenido tanta parte, y de indagar sobre todo si entre aquellos habladores habria alguno á quien un hombre de bien pudiese con satisfaccion preguntar por el camino que necesitaba saber, sin verse en el conflicto de tener que hablar de sus aventuras.

— Pero parece ciertamente, — decia uno, — que los mila-

neses han querido esta vez distinguirse ; en fin, mañana á más tardar sabremos alguna cosa.

— Me pesa, decia otro, de no haber ido esta mañana á Milan.

— Si vas mañana, — dijo otro, — me voy contigo. Lo mismo dijeron otros muchos.



Cercarle todos, quién le coge la brida, quién agarra un estribo.

— Yo quisiera saber, — prosiguió el primero, si esos señores de Milan pensarán tambien en los pobres de fuera, ó si harán las buenas leyes sólo para ellos. Ya sabéis lo que son ; ciudadanos orgullosos, todo para ellos, como si los de las inmediaciones no fueran cristianos.

— Nosotros tambien tenemos boca, tanto para comer, como para hacer valer nuestras razones, — dijo otro con tono tanto más modesto, cuanto su proposición era más atrevida, — y cuando la cosa está empezada...

No creyó conveniente concluir su frase.

— No es sólo en Milan en donde hay trigo oculto, — principió á decir otro con cierto ceño y tono malicioso, cuando se oyeron las pisadas de un caballo que se acercaba.

Corren todos á la puerta, y conocido el que llegaba, acuden á recibirle. Era este un mercader de Milan, que teniendo por sus negocios que ir á Bérghamo muchas veces en el año, solía pernoctar en aquella posada, y como se hallaban allí reunidas casi siempre las mismas personas, era ya generalmente conocido. Cércale todos, quién le coze la brida, quién agarra un estribo, dándole juntos la bienvenida, y preguntándole si había hecho buen viaje.

— Muy bueno, contestó el mercader. — ¿Y vosotros?

— Nosotros buenos, — respondieron casi todos á la vez.

— ¿Y qué noticias hay de Milan? — preguntaron muchos.

— Aquí están los noveleros, — dijo el mercader, apeándose y entregando al mozo el caballo. — Ya vosotros las sabéis mejor que yo, — prosiguió al entrar por la puerta de la posada con los concurrentes.

— En verdad que nada sabemos, dijeron varios de ellos poniéndose la mano en el pecho.

— ¿Es posible? — dijo el mercader. — Buenas las oiréis. ¡Hola, mozo! ¿mi cama está desocupada? Muy bien. Un vaso de vino, y mi cena acostumbrada; aprisa porque quiero acostarme presto para marchar mañana muy temprano, y estar en Bérghamo á la hora de comer. ¿Conque vosotros (continuó sentándose á la mesa frente de Lorenzo que sin hablar estaba oyendo con mucha atención) conque vosotros nada sabéis de todas las diabluras de ayer?

— De ayer algo hemos oído decir.

— ¡Á ver cómo sabéis las noticias! Bien decia yo que estando aquí siempre de guardia para preguntar á los que pasan...

— Pero hoy, hoy, ¿qué ha sucedido hoy?

— ¡Ah, hoy! ¿Nada sabéis de hoy?

— Nada absolutamente. Nadie ha pasado.

— Dejadme, pues, humedecer las fauces, y luégo os diré las cosas de hoy.

Llenó el vaso, le tomó en la mano derecha, con los dos primeros dedos de la izquierda levantó los bigotes, sentó la barba con la palma de la misma mano, bebió y prosiguió:

— Hoy, amigos míos, poco faltó para que fuese un día tan borrascoso como ayer, ó peor; y á la verdad me parece mentira el verme aquí entre vosotros y deciroslo, porque ya habia abandonado mi proyecto de viaje para quedarme á proteger mi pobre tienda.

— Pero ¿qué hubo? — dijo uno de los circunstantes.

— ¿Qué hubo? Ya lo oiréis.

Y trinchando la carne que le habian traído, al paso que comia continuó su narracion. La gente en pie, arrimada á la mesa, le estaba oyendo con la boca abierta. Lorenzo en su lugar, sin aparentar curiosidad, ponía atención quizá más que otro alguno, mascando poco á poco sus últimos bocados.

— Esta mañana, pues, los bribones que ayer alborataron tan infamemente, se hallaban en los puntos convenidos, pues ya todo estaba preparado. Reunidos empezaron á correr las calles gritando para reunir gente. Habéis de saber que en esto sucede como cuando se barre (¡con perdon!) la casa, que el monton de la basura va engrosando, al paso que va adelante. Cuando les pareció que habia bastante gente, se dirigieron á casa del señor director de provisiones, como si no bastasen las infamias que hicieron ayer con él, ¡con un señor de sus circunstancias! ¡Bribones! ¡Y qué cosas que decian contra él! Todo mentira, por supuesto, porque es un señor muy bueno, y muy cabal, y nadie puede decirlo mejor que yo, que casi soy de su casa, y le proveo de paño para las libreas de su familia. Encamináronse, pues, á la casa, y era de ver. ¡Qué canalla! ¡qué caras! Figuraos que pasaron por delante de mi tienda unos mascarones... ¡Vaya! los judíos del *via crucis* comparados con ellos son unos serafines. ¡Y qué dichos salian de aquellas bocas! era cosa de taparse los oídos, á no ser

porque no convenia llamar la atencion. Iban con la piadosa intencion de saquear la casa; pero...

Al llegar aquí, levantó y extendió hácia adelante la mano izquierda, y puso la punta del dedo pulgar en la punta de la nariz...

— ¿Y qué? — dijeron casi todos los que escuchaban.

— Hallaron atajada la calle con vigas y carros, — continuó el mercader, — y detras de aquel parapeto una hermosa fila de migueletes con los arcabuces preparados, y las culatas rozando con los bigotes. Cuando vieron aquella ceremonia...

¿Qué hubierais hecho vosotros?

— Volvemos atras.

— Pues otro tanto hicieron ellos; pero observad si no era el mismo demonio el que los guiaba. Al llegar al Cordusio vieron el horno que desde ayer quisieron saquear y ¿qué os parece que se hacia allí? Se distribuia pan á los parroquianos. Habia varios caballeros, y de la primera nobleza, los cuales cuidaban de que todo se hiciese por órden. Pero aquellos bribones, que como digo llevaban el diablo en el cuerpo, y ademas tenian quien les soplase al oído, se enfurecieron, y entraron en el horno y coge tú, y cojo yo, en un santiamén, caballeros, panaderos, parroquianos, panes, bancos, artesas, cajas, sacos, cedazos, salvado, harina, masa, todo se lo llevó el diablo.

— ¿Y los migueletes?

— Los migueletes tenian que guardar la casa del Director de provisiones, y no se puede repicar y andar en la procesion. Os digo que fué en un santiamén, y se llevaron todo lo que merecia la pena. Despues volvi6 á proponerse la funcion de ayer: llevar el resto al medio de la plaza y hacer con ello una grande hoguera, y ya empezaba la canalla á sacar las cosas, cuando uno de ellos... Adivinad la propuesta que tuvo la infamia de hacer...

— ¿Cuál?

— ¿Cuál? Que de todo lo que habia en la tienda se hiciese una pila en la misma tienda, y se pegase fuego á la tal pila

allí mismito para que ardiese la casa y el barrio, todo á un tiempo. Dicho y hecho.

— ¿Le prendieron fuego?

— Cachaza; un vecino honrado corrió como por inspiracion del cielo á las habitaciones altas, buscó un crucifijo, le halló, le colgó del lintel de una ventana, tomó de la cabecera de una cama dos velas benditas, las encendió, y las colocó delante del crucifijo: la gente miró hácia arriba, y como en Milan, es preciso confesarlo, hay todavia temor de Dios, volvieron todos sobre sí; quiero decir, la mayor parte, porque habia entre ellos demonios que por robar hubieran quemado el mismo paraíso; pero viendo que la mayor parte no era del mismo parecer, tuvieron que dejarlo. Adivinad ahora lo que sucedió en seguida. Todos los señores ilustrísimos de la Catedral (1) salieron en procesion con cruz y ropas de coro, y el señor Arcipreste empezó á predicar por una parte, y el señor Penitenciario por otra, y otros por acá y por acullá, diciéndoles: — ¿Qué queréis, buena gente? ¿Es este el ejemplo que dáis á vuestros hijos? Volveos á vuestras casas, que ya se hajará el pan; mirad por las esquinas y veréis las posturas.

— ¿Y era verdad?

— ¿Cómo si era verdad? ¡pues queriais que los señores ilustrísimos de la Catedral viniesen con capas magnas á contar cuentos!

— ¿Y qué hizo la gente?

— Se fueron escurriendo poco á poco, se llegaron á las esquinas, y el que sabia leer vió que era cierto, que estaba hecha y fijada la postura. El pan de ocho onzas de peso por un sueldo: ¿qué os parece?

— ¿Qué baja!

— ¡Oh! es una cucaña con tal que dure. ¿Sabéis cuánta harina han inutilizado ayer y esta mañana? La necesaria para mantener dos meses todo el ducado.

1. Los canónigos de la catedral de Milan llevan por privilegio capa magna morada como los obispos.

— ¿Y no se ha hecho alguna ley buena para nosotros los de fuera?

— Lo que se ha hecho en Milan ha sido todo á costa de la ciudad. Por lo que hace á vosotros, nada sé; pero será lo que Dios fuere servido. Lo cierto es que se han acabado los alborotos, y que todavía no os lo he dicho todo: falta lo mejor.

— ¿Pues qué más hay?

— Hay que anoche, ó esta mañana muy temprano, atraparon á muchos de los cabecillas, y se supo que cuatro iban á ser ahorcados inmediatamente. Apenas empezó á correr esta voz, cuando todos se fueron á sus casas por el camino más corto para no exponerse á ser el número cinco. Con esto, cuando salí de Milan, parecía la ciudad un convento de frailes; todo estaba como una balsa de aceite.

— ¡Vaya! ¿y los ahorcarán en efecto?

— No que no, y muy pronto.

— ¿Y qué harán las gentes?

— Irán á verlos ahorcar. Era tanta la gana que tenían de ver morir á un cristiano pataleando en el aire, que quisieron, ¡picaros, tunantes! hacer esa fiesta con el señor Director de provisiones. Tendrán su deseada diversion, mas no con él, sino con cuatro bribones servidos con todas las formalidades de estilo, y acompañados por capuchinos, y por los hermanos de la Caridad, y á la verdad que bien merecido lo tienen. Es una providencia muy sábia y que era indispensable. Ya empezaban á tomar la maña de entrar en las tiendas y coger lo que les parecía sin mengua del bolsillo, y si se les hubiera dejado continuar, tras el pan hubieran tomado el vino y así de una cosa en otra... ¡Imaginad si querrian de grado abandonar una costumbre tan cómoda! Y para los hombres de bien que tienen tienda abierta, os aseguro que era una perdición.

— Es cierto, — dijo uno de los que le escuchaban.

— Es cierto, repitieron los demás á una voz.

— Y la cosa estaba fraguada de muy léjos, — continuó el

mercader limpiándose la barba con el mantel. — ¿Sabéis que era una trama?

— ¡Una trama!

— Sí, señores, una maquinacion. Intrigas de los navarros y de aquel cardenal de Francia... ya sabéis quién digo... aquel que tiene un nombre medio turco, y que cada dia discurrir alguna diablura para incomodar á la corona de España; pero sobre todo procura hacer tiro á Milan, porque sabe bien el taimado que aquí es donde el Rey tiene su mayor fuerza.

— ¡Ya!

— ¿Queréis la prueba? Pues sabed que los que más alborotaban eran forasteros, y andaban en la danza caras que jamas se habian visto en Milan... ¡Ah! se me olvidaba decir una cosa que ha corrido por muy cierta. La justicia echó el guante á uno en cierta posada...

Lorenzo, que no perdía una sílaba de cuanto decia el mercader, se estremeció al oír tocar aquella cuerda, é hizo un gesto, que por más que estuyese sobre sí, no pudo contener. Afortunadamente nadie lo notó, y el orador continuó su narracion sin interrumpirla.

— Á uno que todavía no se sabe de dónde habia venido, quién le habia enviado, ni qué clase de pájaro era; pero seguramente era uno de los cabecillas. Ayer en medio del mayer tumulto hizo diabluras, y no contento con eso, se puso á predicar al pueblo, y á proponerle como una gracia que matasen á todos los señores. ¡Bribonazo! ¿Y de qué vivirían los pobres si hubiesen matado á todos los señores? La justicia no le perdió de vista, le echó la garra, y le encontraron un gran paquete de cartas. Ya le llevaban á la cárcel; pero ¿qué? sus compañeros, que andaban rondando al rededor de la posada, se reunieron y libertaron al tunante.

— ¿Y qué ha sido de él?

Nadie lo sabe: se habrá escapado, ó tal vez estará escondido en Milan. Esa gente no tiene casa ni hogar; y sin embargo encuentran en todas partes quien los abruga y les da de comer; pero les dura mientras el diablo puede y quiere

ayudarlos, que al fin, cuando ménos lo piensan, caen, porque cuando la pera está madura es preciso que caiga del árbol, y á cada puerco le llega su San Martín. Lo que hay de cierto es que las cartas han quedado en poder de la justicia, y que por ese hilo se sacará el ovillo de toda la trama: se dice habrá mucha gente comprometida: allá se las avengan: han trastornado todo Milan, y aún querían hacer cosas peores. Dicen que los panaderos son unos bribones: yo también lo sé; pero quien debe ahorcarlos es la justicia: que hay grano escondido; ¿quién lo ignora? pero le toca al que manda tener buenos espías para sacarlo de donde está encerrado, y hacer danzar en el aire á los monopolistas en compañía de los panaderos. Y si el que manda no pone remedio, la ciudad debe representar, y si la primera vez no hacen justicia, recurrir otra vez, que á fuerza de representaciones se consigne todo lo que se quiere, y no establecer la maldita costumbre de entrar furiosos en las tiendas y almacenes y saquearlos.

Lo poco que Lorenzo había comido se le volvió veneno. Parecía un siglo cada minuto que tardaba en salir de aquella posada, y aún del país. Más de diez veces se dijo á sí mismo: vámonos de aquí; pero el miedo que siempre tenía de hacerse sospechoso, y se había aumentado notablemente, llegando á tiranizar todos sus pensamientos, le obligó otras tantas á quedarse como clavado en el banco. En tal perplejidad pensó que aquel hablador había de acabar alguna vez de hablar de él, y decidió levantarse en cuanto le oyese entablar otra conversacion.

— Por eso, — dijo uno de los circunstantes, — yo que sé muy bien lo que son esas cosas, y que los hombres honrados están muy mal en los tumultos, resistí á mi curiosidad y me he mantenido quietecito en mi casa.

— ¿ Por ventura me he movido yo de ella? — dijo otro.

— ¿ Y yo? — añadió otro. — Si por casualidad me hubiera hallado en Milan, hubiera dejado sin concluir, si era necesario, cualquiera negocio, y me hubiera vuelto á mi casa al

nstante. Tengo mujer é hijos, y además, dijo la verdad, no me acomodan esos alborotos.

Al llegar á este punto, el posadero, que había estado también oyendo las noticias, se dirigió hácia la otra parte de la mesa para ver lo que hacía el forastero. Aprovechó Lorenzo



Se encaminó á la puerta en línea recta.

la ocasion, le pidió la cuenta, le pagó sin regatear, á pesar de que los fondos estaban muy bajos, y sin decir palabra, se encaminó á la puerta en línea recta, atravesó el umbral, tuvo buen cuidado de no volverse por la parte de donde había venido, y echó á andar por la opuesta, entregándose en manos de la Providencia.

CAPÍTULO XVII

Si basta frecuentemente un solo deseo para privar á un hombre de su tranquilidad, ¿ qué sucederá cuando una persona anhela por dos cosas que están en contradicción? El pobre Lorenzo hacía muchas horas que tenía dos deseos contradictorios en el cuerpo, esto es, el de echar á correr, y el de permanecer escondido, y las malhadadas noticias del mercader los habían aumentado entrambos de repente hasta

un grado extraordinario. Según ellas, su aventura había metido ruido, y suscitado el empeño de echarle la mano. ¿Y quién era capaz de saber cuántos esbirros andarían ya dándole caza? ¿Cuántas órdenes se habrían circulado para que



hubiese la mayor vigilancia en las calles, caminos y posadas? Por otra parte, reflexionaba que los esbirros que le conocían eran únicamente dos, y que él no llevaba el nombre escrito en la frente; pero le venían á la memoria cien historias diferentes que había oído contar de fugitivos que fueron descubiertos por casualidades muy raras, ya por el modo de andar, ya por cierto continente sospechoso, en fin por otras mil cosas impensadas; de manera que todo le causaba recelo. Así es que á pesar de que tocaban las oraciones cuando salió de Gorgonzola, y la oscuridad disminuía cada vez más

cualquiera peligro, emprendió de mala gana su marcha por el camino real, proponiéndose entrar por la primera senda que encontrase, y que á su parecer le encaminase al punto á que tanto deseo tenía de llegar.

— El posadero ha dicho que me faltan seis millas, — pensaba entre sí; — aunque tenga que andar ocho ó diez por sendas y caminos excusados, las mismas piernas que han

andado las demás andarán también estas. Seguramente no voy hacia Milan; luego voy camino del Ada, y andando andando he de llegar á él tarde ó temprano. Las aguas del Ada meten bastante ruido, y cuando esté cerca no he de necesitar que nadie me le enseñe. Si hay alguna barea en que poder pasar, paso inmediatamente, y si no, me escondo hasta mañana en un monte ó encina de un árbol como los pájaros; que más vale dormir sobre un árbol que en la cárcel.

Pronto se le presentó un sendero á mano derecha y se metió por él. Á aquella hora no hubiera dejado de preguntar á cualquiera que se le hubiese presentado; pero no se oían pisadas de alma viviente.

Andaba, pues, por la senda adelante, é interiormente iba discurrendo por sí de esta manera:

¿Conque yo he cometido mil diabluras, queriendo asesinar á todos los señores? ¿Conque traía un paquete de cartas? ¿Y mis compañeros me estaban aguardando? Daría cualquier cosa por encontrarme cara á cara con aquel mercader de los diablos al otro lado del Ada (! ay! ; cuándo llegaré á pasar ese maldito río!) para detenerle y preguntarle despacio de dónde había sacado aquellos cuentos. Sepa usted, señor mío, le decía, que lo que ha sucedido ha sido esto y esto, y que las diabluras que he cometido no han sido otras, sino haber ayudado al señor Ferrer, como si fuera un hermano mío: sepa usted que aquellos bribones que le parece que eran amigos míos, porque una vez solté una palabra de buen cristiano quisieron jugarme unas chanzas muy pesadas; sepa, por fin, que mientras usted estaba guardando su tienda, á mí me estaban moliendo las costillas por libertar al tal señor Director de provisiones á quien no he visto en mi vida; ¡pero que aguarden á que yo me mueva otra vez para ayudar á señores! Es verdad que en conciencia debemos hacerlo... porque al fin son nuestros prójimos. ¿Y aquel paquete de cartas en que se contenía toda la maquinacion, y que sabe de cierto que ahora se halla en manos de la justicia? ¿Qué apuesta usted á que se lo presento aquí sin necesitar para

ello del auxilio del diablo? Vaya, ¿quiere usted ver el tal paquete de cartas? Aquí está, y no es sino una sola carta, si usted quiere saberlo, escrita por un religioso que puede enseñarle la doctrina cristiana, por un religioso que, sin agraviar á usted, un pelo de su barba vale más que toda la de usted, y ha escrito esta carta á otro religioso que tambien es todo un hombre. Vea usted, pues, cuáles son los bribones de mis amigos, y aprenda para otra vez á hablar mejor, sobre todo cuando se trata del prójimo.

Á poco tiempo cedieron enteramente estos pensamientos y otros semejantes, pues las circunstancias actuales ocupaban exclusivamente todas las facultades del pobre peregrino. El temor de que le siguiesen y descubriesen, que tanto habia acibarado el viaje del día, no le inquietaba por entónces; pero ¡cuántas cosas se reunian para hacerle aún más desagradable su caminata nocturna! Las tinieblas, la soledad, el cansancio que se iba aumentando y llegaba á ser penoso, un vientecillo que soplabá muy sutil y casi imperceptible, pero poco grato á quien estaba vestido con el mismo traje que se habia puesto para ir á la boda y volver despues triunfante á su casa que distaba pocos pasos, y lo que era peor de todo, aquel caminar á la ventura, olfateando, como suele decirse, un sitio donde poder descansar y estar seguro.

Cuando pasaba casualmente por algun lugarcito, iba con mucho silencio mirando si habia alguna casa abierta; pero nunca vió más señal de gente despierta que tal cual claridad que salía de algun postigo de ventana, y mientras caminaba fuera de poblado, se paraba de cuando en cuando, y aplicaba el oído por si oía el deseado murmullo del río; pero siempre inútilmente, pues no percibía otro sonido que el melancólico y amenazador aullido de algunos perros, que saliendo de caserías aisladas, venía atravesando el aire.

Luégo que se acercaba á cualquiera de aquellas caserías, el aullido se convertía en un ladrar prolongado é iracundo, y al pasar por delante de la puerta oía y casi le parecia ver al animal doblar sus ladridos acercando el hocico á las rendijas,

lo cual disipaba en él la tentacion de llamar y pedir hospedaje. Y aún cuando no hubiese habido perros, no hubiera tenido valor de hacerlo. « ¿Quién es? ¿Qué queréis á estas horas? ¿Cómo habéis venido aquí? Decid vuestro nombre. No hay donde dormir. — Esto es lo que me preguntarán, decia entre sí, y será lo ménos malo que me pueda suceder, porque puede muy bien estar durmiendo dentro algun medroso que empiece á gritar ¡ladrones! ¡ladrones! En tal caso sería preciso responder inmediatamente alguna cosa que satisficiese; ¿y qué he de responder? Al que oye ruido de noche no le ocurren sino ladrones y malhechores, y no le pasa por la imaginacion que un hombre de bien pueda hallarse caminando así á deshoras, á no ser un caballero en su carruaje. » Con estas reflexiones guardaba aquel partido para el último apuro, y seguía adelante con la esperanza de llegar aquella noche al Ada, aunque no pudiese pasarle, para no tener que andarle buscando de día.

Yendo adelante, y adelante, llegó á un paraje en que el campo cultivado concluía en una llanura de helechos y palmitos, que le pareció, sino indicio seguro, á lo ménos probable de que habia río inmediato, y por tanto se metió en ella siguiendo la senda que la atrevesaba. Habiendo andado algunos pasos, se detuvo á escuchar; pero inútilmente. Aumentaba el fastidio del camino la aridez del sitio, pues no veía ni un moral, ni una cepa, ni otra señal alguna de cultivo, que hasta entónces le habian servido en cierto modo de compañía. Sin embargo, seguía adelante; pero como empezasen á suscitarse en su imaginacion ciertas ideas de apariciones, que aún conservaba de las consejas que en otro tiempo le habian contado, para alejarlas, ó al ménos para distraerse, iba rezando por los difuntos al paso que caminaba.

De esta manera llegó poco á poco á unos matorrales, en donde, continuando su marcha con más impaciencia aún que celeridad, empezó á encontrar árboles más altos, y siguiendo siempre la misma senda, advirtió que iba á entrar en un bosque. Experimentó desde luégo cierta repugnancia á

meterse en él; pero por último la venció, y prosiguió su camino de mala gana. Cuanto más se internaba en el bosque, tanto más se aumentaban sus molestas imaginaciones.

Las plantas que veía á cierta distancia se le figuraban espectros extraños y disformes. No le agradaba tampoco la sombra de las copas de los árboles que, ligeramente agiladas por el aire, se presentaban trémulas en la senda iluminada por la luna, y hasta el ruido que sus mismas pisadas causaban en las hojas secas tenía algo de repugnante á sus oídos. Experimentaba en sus piernas cierta ansia, cierto impulso de correr, al mismo tiempo que parecía que no podían ya sostener su cuerpo. Sentía en la frente y las mejillas la impresión del relente nocturno, que introduciéndose por entre los vestidos y la carne, penetraba agudamente hasta los huesos ataridos, y agotaba en sus miembros el último recurso de vigor. Llegó un momento en que aquel horror inexplicable, contra el cual hacia algún tiempo que luchaba su ánimo, llegó casi á sojuzgarle. Estaba ya para rendirse, pero más asustado de su propio temor que de otra cosa, reanimó todo su antiguo vigor y se decidió á emplearle.

Animado, pues, de este modo, se paró á deliberar, y ya estaba determinado á dejar aquel sitio, y volviendo por el camino que había andado, dirigirse al último pueblo de donde había salido á buscar otra vez habitaciones humanas para proporcionarse en ellas un asilo, aunque fuese en la posada. Estando, pues, en esta situación, sin hacer ruido con los pies en las hojas secas, y reinando en torno el más profundo silencio, llegó á sus oídos una especie de murmullo de agua corriente. Escucha, se cerciora, y exclama: « ¡ Es el Ada! » y aquel ruido fué para él el encuentro de un amigo, de un hermano, de un bienhechor. Con esto desapareció casi enteramente el cansancio, volvió á tomar su movimiento el pulso, y le pareció que la sangre corría más libre y caliente por sus venas. Aumentóse la confianza y se le figuró ménos ardua y peligrosa su situación, de modo que no titubeó en proseguir

internándose en el bosque en la dirección que le indicaba aquel lisonjero ruido.

Poco tardó en llegar á la extremidad de la llanura y á la orilla de un profundo ribazo, y mirando por entre las matas y malezas que le guarnecían, vió brillar allá bajo el agua corriente. Levantando despues la vista, divisó á la otra parte del río una llanura sembrada de pueblos, y en último término algunos collados, distinguiendo en uno de los más altos una mancha blanca, que le pareció ser una ciudad, y sin duda alguna la de Bergamo. Bajó algun poco por la pendiente, y separando el ramaje con manos y brazos, miró si se movía por el río alguna barquilla, y escuchó por si oía algun ruido de remos; pero nada vió ni oyó. Si se hubiese tratado de algo ménos que del Ada, hubiera bajado Lorenzo inmediatamente para tentar el vado; mas no lo hizo, porque sabía que con aquel río no se podían gastar semejantes chanzas.

Púsose, pues, á consultar consigo mismo muy sosegadamente qué partido debería tomar. Subirse á un árbol, y estar allí con tan ligera ropa y el ambiente que soplabá, esperando el día por espacio de seis horas que aún podía tardar en venir, era lo más propio para helarse; dar vueltas arriba y abajo para mantenerse todo aquel tiempo en ejercicio, además de ser corto auxilio contra el rigor del sereno, era exigir demasiado de sus tristes piernas, que habían hecho ya más de lo que debían. Acordóse por fortuna que en uno de los campos más inmediatos al terreno inculto había visto un *cascinotto*, nombre que los aldeanos de la vega de Milan dan á ciertas cabañas cubiertas de paja y construidas con troncos y ramas entretrejidas y rellenas de tierra, las cuales en el verano sirven para depósitos del grano de la cosecha, y guarecerse los trabajadores por la noche, quedando abandonadas en las demás estaciones del año. Eligióla, pues, para su asilo, volvió á emprender el camino, atravesó el bosque, el matorral y la llanura, y cuando llegó al terreno cultivado, pereibió la cabaña, é inmediatamente se dirigió á ella. Cerrábala una gran puerta carcomida y descompuesta, sin cerrojo ni llave

en el postigo. Abrió Lorenzo, entró y vió suspendido en el aire, y ostentado por ramas retorcidas á manera de cuerdas, un enrejado, figurando una hamaca; pero no pensó en meterse en él, sino que viendo en el suelo un poco de paja, creyó que aún allí sería agradable un buen sueño.

Mas ántes de acostarse en aquel lecho que la Providencia le habia deparado, se arrodilló para darle gracias por semejante beneficio, y por todo el favor que le habia prestado en aquel día terrible: rezó despues sus oraciones acostumbradas, y cuando concluyó pidió perdon á Dios por haberle olvidado la noche anterior, y por haberse acostado á dormir, segundecia, peor que un perro. Recogió despues toda la paja que habia alrededor, se la echó encima, procurando que le sirviese de colcha para amortiguar el frío, que aún allí dentro se dejaba sentir bastante, y se acurrucó luégo con intencion de echar un buen sueño, pareciéndole que en aquel viaje le habia comprado aún más caro de lo justo.

Pero apenas cerró los ojos, cuando en su memoria ó en su fantasia, pues no es fácil decir á punto fijo el paraje, empezó á pasar y repasar tanta gente, y de una manera tan continúa, que abuyentó de él hasta la idea del sueño. El mercader, el escribano, los esbirros, el espadero, el posadero, Ferrer, el Director de provisiones, la reunion de la posada, toda la algazara de las calles, D. Abundo, D. Rodrigo..., y ninguno entre tantos que no trajese consigo recuerdos de desventuras ó resentimientos.

Sólo tres imágenes se le ponian delante exentas de amargas memorias, limpias de toda sospecha y enteramente halagüeñas, y dos con especialidad muy desemejantes entre sí pero íntimamente unidas en el corazon de Lorenzo; unas trenzas negras y una barba blanca.

Pero aún el consuelo que experimentaba con fijar el pensamiento en aquellas imágenes estaba muy léjos de ser puro y tranquilo. Cuando recordaba el buen religioso, se avergonzaba de su fuga, de su intemperancia y del poco aprecio que habia hecho de sus paternales consejos, y cuando contemplaba

la imagen de Lucia, no intentaremos decir lo que experimentaba: el lector, que conoce las circunstancias, puede muy bien figurárselo. Tampoco se olvidaba de la buena Ines, que le habia adoptado, y le consideraba ya como una misma cosa con su hija única, y que ántes de recibir de él el titulo de madre, le habia manifestado el corazon y el lenguaje de tal, acreditándole con obras su cariño. Y no era lo que ménos le alligia el pensar que en pago de tan afectuosas demostraciones y de tanta benevolencia, la pobre mujer se encontraba fuera de su casa, errante, sin saber cuál sería su suerte, y sufriendo males y pesadumbres, dimanadas de donde esperaba haber encontrado en sus últimos años reposo y satisfacciones. ¡Qué noche! ¡Pobre Lorenzo! ¡La noche que debia ser la quinta de su boda! ¡Qué habitacion! ¡Qué tálamo nupcial! ¡Y despues de qué día! ¡Y para esperar el siguiente, y luégo otros, y otros! Con decir: ¡sea lo que Dios quiera! procuraba hacer frente á sus tétricos pensamientos, que cada vez más le mortificaban. «Dios sabe, proseguia, lo que hace en nuestro beneficio. Vaya todo en descuento de mis pecados. ¡Pobre Lucia, es tan buena!... Quizá no querrá Dios hacerla sufrir mucho tiempo.»

Con estos pensamientos, desesperado ya de coger el sueño, temblando de frío, y dando sin querer de cuando en cuando diente con diente, deseaba con ansia que amaneciera, y contaba con impaciencia las horas, renegando de su lentitud: digo que contaba porque cada média hora oía en aquel vasto silencio las campanadas de un reloj, que sin duda debia ser el de Frezzo, pueblo de aquellas inmediaciones. Cuando por primera vez llégo á sus oídos aquel toque inesperado, sin idea alguna de donde pudiese venir, causó en su fantasia un efecto misterioso y grave como el que pudiera ocasionar el aviso de persona oculta y voz desconocida. Finalmente, cuando aquel martillo dió cuatro golpes, que era la hora en que Lorenzo habia hecho ánimo de levantarse, se incorporó medio aterido, se arrodilló despues, rezó con más devocion de la que acostumbraba, se puso de pié, estiró brazos y piernas, sacudió el cuerpo

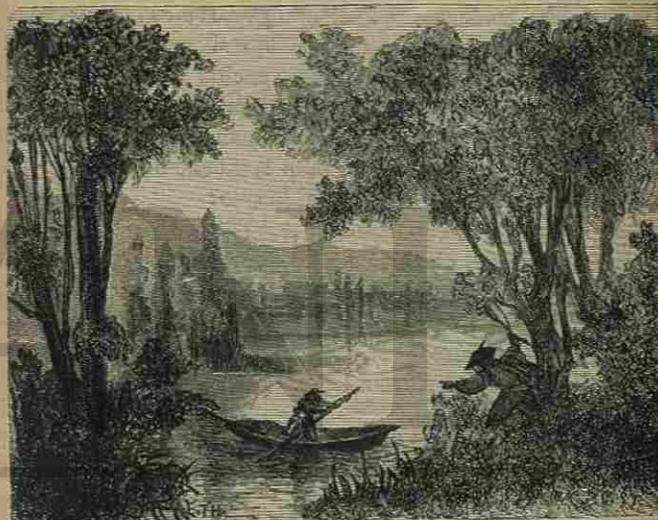
como para reunir todos sus miembros que parecían separados, se sopló en ambas manos, las estregó, abrió el postiguillo de la cabaña, y lo primero que hizo fué sacar la cabeza, por ver si había álguien por aquellas inmediaciones.

Viendo que nadie parecía, empezó á buscar con la vista la senda que habia seguido la noche anterior, y reconocida, á pesar de parecerle más clara y distinta de lo que se le figuró en la oscuridad de la noche, echó á andar inmediatamente por ella.

Anunciaba el cielo un hermoso día. Á un lado la luna, aunque pálida y sin rayos, sobresalía en aquel campo inmenso de color cerúleo, que bajando hácia el Oriente, se iba convirtiendo poco á poco en un amarillo rojizo. Más abajo, y casi tocando al horizonte, se extendían en bandas desiguales unas pocas nubes, más bien azules que pardas, orladas las más bajas con una ciuta como de fuego, que cada vez se volvía más viva y brillante. Por la parte del Sur, otras nubecillas agrupadas entre sí, ligeras, y por decirlo así fosas, se iban iluminando de mil diversos colores: en fin, el cielo de la Lombardia, tan hermoso cuando está despejado, tan encantador y tan sereno. Si Lorenzo se hubiese hallado allí por diversion, ciertamente hubiera levantado la vista y admirado aquel hermosísimo amanecer, tan distinto del que estaba acostumbrado á ver entre sus montañas; pero sólo miraba al suelo y andaba de prisa, tanto para entrar en calor como para llegar pronto. Pasa los campos cultivados, la llanura inculta y los matorrales, y al atravesar el bosque mira alrededor, y pensando con una especie de lástima en el terror que le habia causado algunas horas ántes, llega á lo más alto de la orilla del rio; mira abajo, y entre las breñas descubre una barquilla de pescador que venia con lentitud contra la corriente casi tocando á la orilla. Baja por el camino más corto que halla entre las matas y zarzas, y al llegar cerca del agua, da una voz no muy fuerte al pescador; y aunque su intencion era la de aparentar que le pedía un servicio de poca importancia, le hace señas sin quererlo con

ademán casi suplicante de que atraque. Da el pescador una mirada á lo largo de la orilla, mira atentamente por el rio, tanto hácia arriba como hácia abajo, y despues vuelve la proa adonde estaba Lorenzo, el cuál hallándose con un pié casi en el agua, echa una mano á la barquilla y salta en ella.

— Quisiera — dijo al pescador — que hicierais el favor, pagando lo que sea, de pasarme brevemente al otro lado.



Baja por el camino más corto.

El pescador, que se lo habia presumido, volvía ya la proa á la orilla opuesta, cuando Lorenzo ve otro remo en el fondo de la barca, se baja y le echa mano.

— Poco á poco, — dijo el barquero; pero al ver el desembarazo con que el jóven se disponía á manejar aquel instrumento, añadió: — ; Ah! ; ah! sois del oficio.

— Algo entiendo, — contestó Lorenzo.

Y empezó á bogar con un vigor más que de aficionado, y

mirando de tiempo en tiempo con tristeza ya la orilla de que se alejaban, y ya con ansia aquella á que se dirigian, se lamentaba de tener que ir oblicuamente por una línea más larga, por ser allí la corriente demasiado rápida para atravesarla en derechura.

Como acontece en todos los negocios algo oscuros y embrollados, que al principio sólo se presentan las dificultades en grande, y despues en la ejecucion van apareciendo las de los pormenores, así Lorenzo, habiendo ya casi atravesado el Ada, estaba inquieto por no saber de fijo si aquel sitio era la frontera del Estado, ó si aún vencido aquel obstáculo, quedaria algun otro que superar. Por lo cual llamando la atención del pescador, y señalándole con la cabeza la mancha blanquecina que habia observado la noche anterior, y que entónces se divisaba claramente, le dijo:

— ¿Es Bergamo el pueblo que se ve allí!

— Sí, señor, la ciudad de Bergamo, — respondió el pescador.

— ¿Y esta orilla del río es de su término?

Es de San Márcos (1).

— ¡Pues viva San Márcos! — exclamó Lorenzo, á que nada respondió el barquero.

Por último, llegan á la orilla, y Lorenzo salta en tierra, da las gracias á Dios en su corazón, y con la boea medio abierta hácia el barquero, mete la mano en el bolsillo y saca una *berlinga*, que atendidas las circunstancias, no era pequeño desprendimiento, y se la da al pescador, quien volviendo á mirar como ántes á la orilla del Milanésado y á todo el río, alarga la mano, toma el dinero, le guarda, aprieta los labios, y cruzándolos con el dedo índice, y haciendo un gesto muy expresivo, dice á Lorenzo: « Buen viaje, » y se vuelve á la otra orilla.

Para que el lector no se admire de la pronta y directa cortesía del barquero con un hombre desconocido, deberemos

1. Esto es, Estado veneciano.

advertirle que, acostumbrado á prestar semejante servicio á contrabandistas y malhechores, estaba habituado á ello, no tanto por la corta é incierta ganancia que podia resultarle, cuanto por no granjearse enemigos entre aquella clase de gentes, y lo ejecutaba siempre que estaba seguro de que no le veian guardas, esbirros ó visitadores. De este modo, sin querer más á los unos que á los otros, procuraba satisfacerlos á todos con aquella imparcialidad que acostumbra usar



Por último llegan á la orilla.

generalmente el que está obligado á tratar con ciertas gentes y tiene que dar cuenta de sus acciones.

Delúvose Lorenzo un instante en aquella orilla á contemplar la opuesta, y á suspirar por aquella tierra en que poco ántes habia tan mal tiempo para él. « ¡Ah, gracias á Dios; ya estoy fuera! Allí está: ¡maldito país! » fué su primer pensamiento: la despedida de su patria fué el segundo; mas el tercero se dirigió á la que dejaba en aquella tierra, y entónces cruzó los brazos sobre el pecho, lanzó un suspiro, inclinó los ojos á mirar al agua que corría bajo sus piés, y dijo entre si: « ¡Ha pasado por debajo del puente! (pues segun

la costumbre de sus paisanos, llamaba así por antonomasia, al de Leco. ¡Ah mundo infame!... Basta : ¡sea lo que Dios quiera! »

Vueltas las espaldas á tan tristes objetos, comenzó á caminar con direccion á la mancha blanquecina, que estaba en la pendiente del cerro, hasta que llegase alguno que con mayor certeza le indicase el camino directo, y era de ver con qué desembarazo se acercaba á los caminantes, y sin tanto titubear, ni tanto buscar palabras indiferentes, profería el nombre del país en que habitaba su primo, y preguntaba por el camino que guiaba á él. Por la primera persona que se lo indicó supo que todavía le quedaba que andar nueve millas.

Aquel viaje no fue ciertamente muy alegre. Sin contar los cuidados que llevaba Lorenzo consigo, contristaban su vista á cada instante objetos melancólicos que le hacían conocer que en el país en que se internaba hallaría la misma carestía que en el suyo. Por todo el camino, y especialmente en los pueblos y aldeas por donde pasaba, veía enjambres de mendigos, la mayor parte más por efecto de las circunstancias que por oficio, pues más bien manifestaban su miseria en el rostro que en el traje. Formaban este cuadro aldeanos, serranos, artesanos y familias enteras, y le acompañaban súplicas, quejas y gemidos. Semejante vista, además de la dolorosa compasión que excitaba en su alma, le traía á la memoria sus propios trabajos.

— ¿Quién sabe — iba meditando entre sí — si hallaré en qué ocuparme? ¿Si habrá trabajo como los años pasados. En fin, Bartolo me quería bien; es buen muchacho, tiene dinero, y me ha brindado tantas veces con su casa, que debo creer que no me abandonará, y además la Providencia me ha favorecido hasta ahora, y no dejará de ayudarme de aquí en adelante.

Entre tanto iba creciendo en razón del camino el apetito que ya de algún tiempo se dejaba sentir, y aunque Lorenzo cuando empezó á pensar seriamente en ello, conoció que aún podía aguantar hasta el fin de su viaje, que ya no podía

durar arriba de dos millas, reflexionó sin embargo que no parecía bien presentarse á su primo como un mendigo, y que por primer saludo le dijese dárme algo de comer. Sacó, pues, del bolsillo todas sus riquezas, las recorrió, las cortó en la palma de la mano, hizo su cálculo, aunque para hacerlo no era necesario ser grande aritmético, y halló que había lo suficiente para tomar un bocado; entró, pues, en una hostería á refocilarse, y después de pagar su cuenta, aún le quedaron algunos sueldos.

Al salir vió junto á la puerta tendidas en el camino á dos mujeres, una ya de edad y otra más joven con un niño pequeño, que después de haber chupado inútilmente los dos pechos de la última, estaba llorando, y todos tres pálidos como la muerte. Á su lado y en pie se hallaba un hombre en cuyo rostro y miembros se conocían aún las señales de su antigua robustez, casi destruida por la miseria. Todos alargaron la mano hácia aquel hombre que salía con pie firme y aspecto satisfecho; pero ninguno habló palabra: ¿qué más hubiera podido decir una súplica?

— ¡Aquí está la Providencia! — dijo Lorenzo.

Y metiendo inmediatamente la mano en el bolsillo, le dejó limpio sacando aquellos pocos sueldos; los puso en la mano que vió más inmediata, y prosiguió su camino.

La refacción y la buena obra (pues somos un compuesto de cuerpo y alma) habían exaltado y alegrado sus pensamientos, y ciertamente el haberse desprendido de aquel modo del último dinero que le quedaba, le había inspirado más confianza para lo sucesivo, que la que le hubiera dado el hallar diez veces más. Porque si la Providencia había destinado el último dinero de un extranjero profugo, distante de su casa é incierto acerca de los medios de su subsistencia, para alimentar un día á aquellas infelices que estaban desmayándose en el camino, ¿cómo podía imaginar que quisiese dejar perecer al mismo de quien se había servido, y á quien había inspirado una idea tan viva y de suyo tan eficaz é irresistible? Tal era en sustancia el pensamiento de Lorenzo, aunque algo

más confuso de como le presentan mis palabras. Durante el resto del camino, volviendo á repasar en su imaginacion los puntos y circunstancias que le habian parecido más oscuros y enredados, todo lo iba suponiendo fácil. Segun sus cálculos, la carestia y miseria habian de acabar presto ó tarde, pues todos los años hay que segar; se acordaba de que entre tanto tenía á su primo Bartolo, su propia habilidad, y, por refuerzo, algun dinerillo ahorrado, que enviaria á pedir inmediatamente, y con él, á toda librar, viviria economizándolo mucho hasta la próxima cosecha. « Vuelto finalmente el buen tiempo, — proseguia Lorenzo en su imaginacion, — renace la fuerza de los trabajos, los fabricantes se desviven por encontrar trabajadores milaneses, que son los que mejor saben su oficio, levantan estos la cabeza, y como el que tiene gente hábil es preciso que la pague, se gana para vivir, y aún para ahorrar algun poco, se arregla una casita, y se escribe á las mujeres que vengan. ¿Y si no, para qué esperar tanto? ¿No es cierto que con aquel poco dinero hubiéramos vivido hasta el invierno? Pues lo mismo viviremos aquí. Curas hay en todas partes: vienen, pues, aquellas dos mujeres tan queridas, y se pone casa. ¿Qué placer ir paseando todos juntos por este mismo camino, llegar en un carro hasta el Ada, y merendar á la orilla, á la misma orilla, y enseñar á Ines y á Lucia el sitio en que me embarqué, el paraje por donde bajé, y el puesto en que me detuve á mirar si habia alguna barca! »

Llegado por fin al pueblo de su primo, y al entrar, ó por mejor decir, antes de entrar, ve una casa bastante alta con varios órdenes paralelos de largas ventanas sobrepuestas una á otras, y entre los órdenes un espacio más pequeño que el que se requiere para la division de las piezas. Conoce que aquel edificio es una fábrica de hilados, entra en ella, pregunta con voz alta entre el ruido de agua que corría y el de las ruedas que daban vuelta, si vivia allí Bartolo Castañeri.

— ¿El Sr. Bartolo? allí está.

— ¡El señor! buena señal, — dijo entre sí Lorenzo.

Y viendo á su primo, corrió hácia él. Volvióse este, y al

ver á Lorenzo que le dice: « aquí estamos todos, » prorumpió en un ¡oh! de sorpresa, y echándole los brazos al cuello, ambos se abrazaron afectuosamente. Despues de este primer recibimiento, se llevó Bartolo á su primo á otro cuarto lejos del estrépito de los tornos y de los ojos de los curiosos, y le dijo:

— Te veo en mi casa con el mayor placer; pero eres un tereco. Te brindé tantas veces, y nunca quisiste venir, y ahora llegas en un momento algo embarazoso.

— ¿Y qué quieres? — contestó Lorenzo: — ahora tampoco he venido por mi gusto.

Y con la mayor brevedad que le fué possible, pero no sin conmoverse, le contó su dolorosa historia.

— Esa ya es harina de otro costal, — dijo Bartolo. — ¡Pobre Lorenzo! Pero hascontado conmigo, y ciertamente no te abandonaré. Á la verdad no se necesitan ahora operarios; apenas conserva cada fábrica los suyos para no perderlos, y para ir manteniendo el oficio; pero el amo me aprecia: no deja de tener fondos, y te diré, sin que sea jactancia, que se los debe en gran parte á su dinero y á la razonable habilidad de estas manos. Has de saber que soy el maestro; que nada se hace sin mí, y en una palabra, que soy el *factotum*. ¡Pobre Lucia Mondella! Me acuerdo de ella como si fuese ayer. ¡Buena muchacha! Siempre la más modesta en la iglesia, cuando uno pasaba delante de su casita... Me parece que la estoy viendo fuera del pueblo con una higuera muy hermosa que sobresalía por encima de las tapias.

— Mira, no hablemos de eso.

— Quiero decir que cuando se pasaba delante de aquella casita se oía siempre el aspa dar vueltas y más vueltas. ¿Y aquel D. Rodrigo?... Ya en mi tiempo empezaba á sacar los piés de las alforjas; pero ahora por lo que veo hace mil diabluras, mientras que Dios le deja la rienda suelta... Conque, como te iba diciendo tambien, aquí se padece un poco de estrechez. Á buena cuenta, ¿cómo te hallas de apetito?

— He comido ahora poco en el camino.

— ¿Y cómo estamos de dinero?

Abrió Lorenzo la mano derecha, la acercó á la boca y dió en ella un soplo ligero.

— No importa, — dijo Bartolo, — yo tengo. Animate, que ántes de mucho, si Dios quiere, se han de cambiar las cosas, y me los volverás, y aún ganarás para ti,

— Tengo algun dinerillo depositado, y escribiré que me lo envíen.

— Está bien, y entre tanto cuenta conmigo. Dios me ha dado lo que tengo para que haga bien, y si no lo hago á mis parientes y amigos, ¿á quién se lo he de hacer?

— ¡ Si lo dije yo, que la Providencia!... — exclamó Lorenzo apretando afectuosamente la mano de su primo.

— Conque en Milan — dijo este — ha habido todas esas diabluras que cuentan? Me parece que esa gente es algo loca. Ya se habia dicho por aquí alguna cosa; pero deseo que me lo cuentes todo por menor. ¡ Ah! tenemos muchas cosas que hablar. Acá todo marcha con más sosiego, y se hacen las cosas con algun juicio. La ciudad ha comprado dos mil cargas de trigo á un comerciante de Venecia, trigo que viene de Turquía, porque cuando se trata de comer no se repara en frioleras; pero mira lo que sucede. Las autoridades de Verona y de Brescia cierran el camino, y se empeñan en que por allí no ha de pasar trigo alguno. ¿ Qué hacen entónces los bergamaseos? Despachan á Venecia un hombre que sabe hablar; este se presenta al Dux, y le pregunta qué queria decir aquella majadería, y le hace un discurso, pero qué; discurso! Dicen que podía publicarse en letras de molde. ¡ Lo que vale tener un hombre que sepa hablar! Al momento sale una orden para que se deje pasar el trigo, y las autoridades no sólo han tenido que dejarle pasar, sino que le han hecho escoltar, y ya está en camino. Tambien se ha pensado en la gente del campo. Un hombre de bien ha hecho presente al Senado que las gentes de fuera de la ciudad padecian hambre y el Senado ha mandado comprar cuatro mil fanegas de maiz, que tambien sirve par hacer pan. Y, sobre todo, si no tene-

mos pan, comeremos otra cosa. Dios me ha dado algun bien-estar como te he dicho. Ahora te presentaré al amo; le he hablado tantas veces de ti, que te recibirá muy bien. Es un hombre excelente, un bergamaseo chapado á la antigua y con el corazon muy grande. Á la verdad no te esperaba ahora; pero euando sepa tu historia... y ademas sabe hacer aprecio de los artesanos, porque la carestía pasa y el comercio dura. Pero ántes de todo es preciso que te informe de una cosa: ¿sabes cómo nos llaman en este país á los del Estado de Milan?

— ¿Cómo nos llaman?

— Nos llaman gansos.

— Pues á la verdad el nombre nada tiene de lisonjero.

— Tanto monta. El que ha nacido en el ducado de Milan, y quiere vivir en territorio de Bergamo, es preciso que lo sufra. Para esta gente lo mismo es llamar ganso á un milanés que tratar de usia á un caballero.

— Supongo que se lo dirán á quien se lo quiera dejar decir.

— Pues, hijo mio, si no te hallas dispuesto á tragar el apodo de ganso á todo pasto, cuenta que no has de poder vivir aquí. Seria preciso estar siempre con la navaja en la mano, y cuando hubieras muerto, supongamos, á dos, tres, cuatro, llegaría uno que te despacharía á ti, y mira qué gusto presentarte ante el tribunal de Dios con tres á cuatro muertes encima.

— ¿Y un milanés que tenga un poco de... (aquí se tocó la frente con el dedo, como hizo en la posada de la Luna llena) quiero decir uno que sepa su oficio?

— Es lo mismo: aquí no pasa de ganso. ¿Sabes lo que dice el amo cuando habla de mí? Aquel ganso ha sido un ángel del cielo para mis asuntos; si no tuviese á ese ganso, me veria bien atarugado. Esta es la costumbre.

— Pues es costumbre muy tonta, y al ver lo que sabemos hacer, porque al cabo hemos sido nosotros los que hemos traído acá este oficio, y los que le sostenemos, ¿es posible que no se hayan enmendado?

— Hasta ahora no; tal vez con el tiempo se corregirán los muchachos que vayan creciendo; pero en cuanto á los hombres hechos, no hay remedio, han tomado esa maña, y no pueden dejarla. Y últimamente, qué vale eso? Algo peores eran las galanterías que te han hecho y te querían hacer nuestros queridos paisanos.

— Ya se ve: es verdad, si no hay otro mal...

— Ahora que ya te has convencido de eso, verás cómo te va bien. Vamos á ver el amo.

Efectivamente todo fué bien, y tan conforme con lo que Bartolo había prometido, que nos parece inútil referir los pormenores. Y verdaderamente fué efecto de la Providencia, porque los ahorros que Lorenzo había dejado en su casa, veremos muy presto cuán poco podía contar con ellos.

CAPÍTULO XVIII

El mismo día 13 de Noviembre llegó una requisitoria del Capitan de justicia de Milan al podestá (corregidor) de Leco, para averiguar el paradero de cierto mozo llamado Lorenzo Tramallino, hilador de seda, que se escapó de la gente *prædicti egregii domini capitanei*, que se cree haya vuelto *palam vel clam* á su país *ignotum*, siendo justamente *verum in territorio Lauci, quod si compertum fuerit, sic esse*, trate el señor Podestá *quanta maxima diligentia fieri poterit*, de prenderle, y bien atado, *videlicet* con esposas (1), constando por experiencia ser insuficientes las manillas para el indicado sujeto, de meterle en la cárcel, donde quedará bien guardado.

1. En la época á que se refiere esta historia y muchísimos años des pues, todos los despachos de justicia, escrituras, autos, diligencias, etc., se extendían en casi toda la Italia en latín macarrónico, del que presenta una muestra el autor, tanto para burlarse de semejante costumbre, como para manifestar los trámites judiciales que se seguían en casos de esta naturaleza.

para entregarle á la persona de justicia que se enviará por él, y tanto en el caso de hallarle como en el contrario, *accedatis ad domum prædicti Laurentii Tramallini, et facta debita diligentia, quidquid ad rem repertum fuerit, au feratis et informationes de illius prava qualitate, vita et complicitibus sumatis* y de todo lo dicho y hecho, se encuentre, ó no se encuentre, *diligenter resseratis*. El señor Podestá, despues de



Llegó una requisitoria al podestá.

haberse cerciorado del mejor modo posible de que el individuo no se hallaba en el país, llamó al Cónsul (alcalde pedáneo) del pueblo, y conducido por él, y acompañado del tren de escribano y esbirros, pasó á casa de Lorenzo. Como estaba cerrada, y el que tenía las llaves no se encontraba ó no quería que se le encontrase, descerrajaron la puerta y se practicó la diligencia, esto es, se procedió como en una ciudad tomada por asalto. La fama de esta expedición se extendió

inmediatamente por todo el país, y llegó á oídos del padre Cristóbal, el cual no ménos admirado que afligido, fué preguntando á unos y á otros, para averiguar la causa de tan inesperado suceso; pero no pudiendo adquirir sino conjeturas y noticias contradictorias, escribió al padre Buenaventura, esperando tener datos más positivos. Entre tanto, fueron citados los parientes y amigos de Lorenzo, para que declarasen lo que sabían de su *prava* conducta. Ya era una desgracia, una deshonra, un delito llamarse Tramallino, el país estaba alborotado, y por fin se vino á saber que Lorenzo se había escapado de las manos de la justicia en el mismo Milan, y que había desaparecido; se sospechaba que hubiese hecho alguna fechoría, pero nada se contaba de positivo, y si se contaba era de distinta manera.

Cuanto mayor se suponía la fechoría, tanto ménos se creía en el país, en donde Lorenzo tenía la opinion de un mozo honrado. La mayor parte de la gente presumía, y se decían unos á otros al oído que todo aquello era una tramoya de D. Rodrigo, para perder al pobre mozo; y esto prueba que juzgando por inducciones, y sin conocimiento de los hechos, á veces se perjudica á los mismos malvados.

Pero nosotros con conocimiento de causa, como se suele decir, podemos asegurar que, si bien D. Rodrigo notuvo parte en la desgracia de Lorenzo, tuvo gran complacencia en oirla, y la celebró con sus secuaces, y especialmente con el conde Atilio, el cual, segun su proyecto, debía hallarse en Milan; pero con las primeras noticias de la trapisanda que andaba en aquella ciudad, y de la canalla que corria las calles con distinta idea de la de recibir palos, juzgó conveniente aguardar á que las cosas estuviesen más claras, tanto más, cuanto habiendo ofendido á mucha gente, tenía bastante motivo para temer que algunos de los que sólo por impotencia se estuvieron quietos, animados por las circunstancias, creyesen que aquél era el momento oportuno para vengarse todos. No fué de mucha duracion este retardo, porque la orden que vino de Milan contra Lorenzo indicaba claramente que las cosas

habian vuelto á su estado ordinario, y, con efecto, las noticias positivas que casi llegaron al mismo tiempo lo aseguraban. El conde Atilio dispuso inmediatamente su viaje, animando á su primo para que insistiese en la empresa, á fin de quedar airoso, y prometiéndole que por su parte se ocuparía en quitarle el estorbo del fraile, á quien no debía hacer buen estómago el favorable contratiempo de Lorenzo. Apenas partió el Conde, cuando llegó de Monza salvo y sano el *Canoso*, y dió razon á su amo de lo que habia podido averiguar, diciéndole que Lucía estaba recogida en tal convento, bajo la proteccion de tal señora; que allí se hallaba tan encastillada como si fuera monja ella misma, y que jamas ponía los pies en la calle, tanto, que asistía á las funciones de la iglesia por una rejilla, lo que desagradaba á muchos que habiendo oído hablar algo de sus aventuras y celebrar infinito su belleza, hubieran querido verle la cara.

Esta relacion metió el diablo en el cuerpo á D. Rodrigo, ó, por mejor decir, empeoró el que ya de suyo era muy perverso. Tantas circunstancias favorables á sus miras inflamaban cada vez más su pasion, que era un conjunto de tema, cólera y libertinaje. Como Lorenzo estaba ausente y proscrito, le parecia que era lícito hacer cualquiera cosa contra él, y que su misma novia podia considerarse como objeto perteneciente á un rebelde.

El único hombre del mundo que podia sacar la cara por ella y hacer valer su justicia era el endiablado fraile, el cual se hallaria dentro de poco en la imposibilidad de hacer daño. Pero hé aquí que un nuevo obstáculo, no sólo contrabalanceaba todas estas ventajas, sino que las inutilizaba. Un convento de monjas en Monza, aunque no hubiese vivido en él una princesa, era un hueso demasiado duro para los dientes de D. Rodrigo, y por más que se devanase los sesos dando vueltas con la imaginacion á aquel retiro, no encontraba medio alguno de expugnarlo ni por la fuerza ni con estratagemas. En estas cavilaciones estuvo casi para abandonar la empresa, é ir á Milan, dando un rodeo por no pasar por

Monza, y en Milan entregarse á diversiones y placeres para disipar con pensamientos alegres el que ya comenzaba á fastidiarle. Pero ¿y los amigos? Esto de los amigos era cosa seria, porque, en vez de una distraccion, podia encontrar en su compañía una continua reconvenccion que exasperase su dolor, pues era muy probable que ya el conde Atilio hubiese tocado la trompeta, poniéndoles á todos en la expectativa. En mil partes le hubieran preguntado por la serrana, y á todos era necesario darles cuenta del negocio. Enterados de sus deseos y de sus tentativas, querrian saber el éxito. El empeño, aunque poco noble, seria ya notorio. Los caprichos no son fáciles de vencer; el caso es satisfacerlos, ó quedar desairado. ¿Y cómo estaba su honor escarnecido por un paleta y un fraile? Dirian ademas que cuando una feliz casualidad habia quitado del medio al uno, y los buenos oficios de la amistad al otro sin trabajo del bobalicon enamorado, el tal bobalicon no habia sabido aprovecharse de esta coyuntura y levantaba el campo cobardemente. Con esto pensaba D. Rodrigo que no habria quien le mirase á la cara, ó que tendria que empuñar la espada á cada momento. Por otra parte, ¿cómo volver á morar en su país, donde, prescindiendo de los punzantes recuerdos de la pasion, llevaria en la frente la mancha para él espantosa de haber sufrido un desaire, en un país en que se hubiera aumentado el odio público, y disminuido la opinion, y en donde en la cara de cada pillo se hubiera podido leer, aún entre los más humildes saludos, un bochornoso *Buen chasco te llevaste, me alegro?* El camino de la iniquidad es ancho, pero esto no quiere decir que sea cómodo porque tiene sus grandes tropiezos y escabrosidades, y aunque sea cuesta abajo, no deja de ser en gran parte molesto y penoso.

Á D. Rodrigo, que no queria salir de él, ni retroceder, ni detenerse, y que no podia ir adelante por sí solo, bien le ocurría un modo con que poder salirse con la suya, y era el de asociarse con cierta persona, cuyas manos llegaban á veces hasta donde no alcanzaban otras con la vista, y para

quien las dificultades de las empresas eran un vivo estímulo; pero tambien este partido tenia sus inconvenientes y peligros, tanto más graves, cuanto eran más difíciles de calcular de antemano, pues nadie podia prever se término, una vez embarcado con aquel hombre, que aunque poderoso auxiliar, no era guía ménos peligroso.

Con estos incómodos pensamientos, titubeando estuvo D. Rodrigo muchos dias, hasta que recibió una carta de su primo, el cual le participaba que la trama estaba bien urdida; y en efecto, poco despues del relámpago estalló el trueno, que equivale á decir, que una mañana se supo inesperadamente que el padre Cristóbal habia salido de su convento de Pescarenico. Este suceso tan pronto y favorable, y la carta del conde Atilio, que por una parte animaba á su primo, y por otra le amenazaba con la burla de sus amigos, inclinaron cada vez más el ánimo de D. Rodrigo al partido arriesgado, y lo que le dió el último impulso fué la noticia inesperada de que Ines habia vuelto á su casa, en lo cual veía un embarazo ménos con respecto á Lucia. Vamos á dar cuenta de estos dos inconvenientes, enpezando por el último.

Habianse instalado apénas las dos envidadas mujeres en su asilo, cuando se divulgó por Monza, y de consiguiente por el convento, la noticia del motin de Milan, y tras de la noticia en grande iban llegando muchos pormenores, que continuamente crecian y variaban. La demandadera, que vivia, digámoslo así, entre la calle y el convento, recibia las noticias de dentro y fuera, las recogia sin desperdiciar una, y se las comunicaba á sus huéspedes. Dos, seis, ocho, cuatro, siete ya estaban presos, van á ser ahorcados delante del horno *delle Grace*, otro en la calle en que vivé el Director de provisiones: hay más; uno de Leco ó de aquellas inmediaciones se ha escapado; no sé su nombre; pero ya vendrá alguno que lo diga, y veremos si le conocéis.

Este anuncio, y la circunstancia de haber llegado Lorenzo justamente á Milan en el dia del alboroto, no dejaron de causar alguna inquietud á las dos mujeres; pero

cuál sería su consternacion cuando la demandadera vino á decirles :

— Es efectivamente de vuestro pais el que tomó soleta para no ser ahorcado : es hilandero de seda, y se llama Tramallino. ¿ Le conocéis ?

Á Lucía, que sentada estaba bordando un pañuelo, se le



Á Lucía sentada se le cayó la labor de las manos.

cayó la labor de las manos, y se inmutó en términos, que la demandadera á estar más cerca lo hubiera advertido, pero se hallaba á la puerta con Ines, que, aunque turbada, no tanto que no pudiera contenerse, y esforzándose por no ma-

nifestar su turbacion, dijo que en un pueblo pequeño todos se conocian, y que efectivamente ella conocia á Tramallino; pero dudaba que hubiese tomado parte en una cosa de aquella naturaleza, porque era un mozo quieto y honrado. Preguntó luégo si era cierto que se hubiese escapado, y si se sabia adónde.

— Que se escapó, lo dicen todos; pero dónde no se sabe, y todavía puede ser que le atrapen : tambien puede estar ya fuera del pais ; mas como caiga vuestro mozo honrado y quieto...

Por fortuna llamaron á la demandadera, que se marchó sin concluir la frase ; pero figúrese el lector cómo quedarían la madre y la hija. Muchos días estuvieron la pobre mujer y la desolada muchacha fatigando su imaginacion en semejante incertidumbre, discuriendo acerca de las causas, modo y consecuencias de tan deplorable acontecimiento, y comentando cada una para sí ó juntas en voz baja, cuando podian, aquellas terribles palabras.

Un juéves, por fin, llegó al convento un hombre preguntando por Ines. Era un pescador de Pescarénico que ordinariamente iba á Milan á vender su pescado, y el buen padre Cristóbal le habia encargado que, pasando por Monza, se llegase al convento, saludase á las dos mujeres en su nombre, les contase lo que sabia de la triste ocurrencia de Lorenzo, y les recomendase la resignacion y la confianza en Dios, que él, aunque indigno religioso, no se olvidaria de ellas en sus oraciones, y mientras encontraba la oportunidad de ayudarles, les daria todas las semanas noticias suyas, por el mismo conducto ú otro semejante. Por lo que toca á Lorenzo, otra noticia positiva no supo dar el pescadero, sino la de las diligencias judiciares practicadas en su casa, y de las indagaciones que se hicieron para pescarle, añadiendo que todas habian sido inútiles, pues ya se sabía que Lorenzo se habia acogido al territorio de Bergamo.

No es necesario decir que esta seguridad fué un bálsamo prodigioso para el dolor de Lucía ; de allí en adelante sus

lágrimas corrian ménos amargas ; halló más consuelo en los desahogos secretos que tenia con su madre, y en sus oraciones ordinarias mezclaba siempre una nueva accion de gracias al Señor.

Gertrúdis la llamaba á menudo á su locutorio privado, y conversaba á veces largamente con ella, agradándole sobre manera la ingenuidad y dulzura de aquella pobrecilla, y el oír á cada instante cómo le daba gracias y la bendecía. Tambien le referia Gertrúdis en confianza parte (esto es, lo más limpio) de su historia, y de lo que habia padecido para ir á continuar allí sus padecimientos; y con esto aquella primera extrañeza recelosa de Lucia ya se iba convirtiendo en compasion, porque hallaba en aquella historia razones más que suficientes para explicar lo que encontraba de extraño en los modales de su bienhechora : y á esto contribuia no poco la doctrina de Ines acerca de la extravagancia propia de los señores : sin embargo, aunque se sintiese inclinada á pagar con igual moneda la confianza con que la honraba Gertrúdis, tuvo buen cuidado de no hablarle de sus sobresaltos, de su nueva desgracia, ni de descubrirle quién era para ella aquel hilandero fugitivo, por no aventurarse á propagar unas voces tan penosas y de tanto escándalo.

Evitaba tambien en lo posible contestar á las curiosas preguntas de la monja, relativas á la historia anterior á su promesa de casamiento, y no obraba en esto por razones de prudencia, sino porque á la pobre inocente le parecia aquella historia más espinosa y más difícil de contar que todas las que habia oído y pensaba oír á la señora. En estas se trataba de opresion, de intrigas, de sufrimientos, y otras cosas que, aunque feas y tristes, se podian nombrar, al paso que en la suya se mezclaba cierto afecto. cierta palabra que, hablando de sí misma, no podia proferir sin mucha repugnancia, y á la que jamas encontraba una perifrasis que sustituir que no le pareciese ruborosa, y esta era *el amor* !

Gertrúdis á veces llegaba á punto de incomodarse al ver semejante reticencia ; pero se lo impedian la sencillez, el res-

peto y las expresiones de gratitud con que Lucia la acompañaba. Por otra razon le disgustaba tambien á veces aquel pudor tan atractivo y tan amable, aunque amortiguaba su disgusto el delicado pensamiento de que aquella jóven era una desvalida á quien hacia bien. Y era verdad, porque además del asilo, las conferencias con Gertrúdis, y la familiaridad con que esta la trataba, le servian de mucho consuelo. Otro hallaba en trabajar continuamente, por lo cual siempre pedia que le diesen algo que hacer. Al mismo locutorio nunca dejaba de llevar alguna labor para tener las manos en continuo ejercicio ; pero como los pensamientos tristes se introducen por todas partes, mientras Lucia trabajaba á la aguja, oficio al cual estaba poco acostumbrada, se le ofrecia continuamente á la memoria su devanadera, y tras de la devanadera, ¿ qué de otras cosas !

El jueves siguiente volvió el mismo mensajero ú otro con los saludos del padre Cristóbal, nuevos consejos, animando á las dos mujeres, y la confirmacion de la fuga de Lorenzo, pero sin noticias positivas del motivo de su desgracia, porque como el capuchino las aguardaba del de Milan á quien le habia recomendado, este contestó : que no habia visto ni carta, ni persona alguna ; y que aunque supo que un individuo habia ido á buscarle estando fuera del convento, no habia vuelto á parecer.

El tercer juéves no hubo noticia alguna, lo que no sólo privó á aquellas desgraciadas mujeres de un consuelo esperado con ansia, sino que fué para ellas, como sucede por cualquier pequeno accidente á personas alligidas y apuradas, un motivo de inquietud y de tristisimas conjeturas. Ya habia tenido Ines la idea de hacer una escapada á su casa, y la novedad de no parecer el mensajero la determinó á ello. Sentia Lucia tener que separarse de las faldas de su madre ; pero venciendo su repugnancia el afan de saber algo de cierto, y la seguridad que encontraba en aquel sitio, convinieron entre las dos que Ines iria al dia siguiente á aguardar en el camino al pescador que debia pasar por allí regresando á Milan, y le

pediria por favor que la admitiese en su carro para conducirla á la sierra.

Encontróle con efecto, y le preguntó si el padre Cristóbal le habia dado alguna razon para ellas, á lo que contestó el pescador que, habiendo estado todo el día ántes de su salida ocupado en pescar, no habia tenido encargo ni noticia alguna del capuchino. Pidióle la mujer el favor indicado, el que otorgó gustoso el buen hombre; con lo cual se despidió Ines no sin las lágrimas de su hija y de la señora, y ofreciéndoles que les enviaria noticias suyas y volveria presto, se puso en camino.

No hubo novedad en el viaje. Pasaron la noche en una posada del camino, como acostumbraba el pescador; ántes de amanecer continuaron su viaje, y llegaron á Pescarénico muy temprano. Apeóse Ines en la plazuela del convento, se despidió del buen hombre con muchos « Dios os lo pague », y ya que se hallaba en aquel paraje, quiso ántes de ir á su casa ver á su bienhechor. Tiró de la campanilla, y quien le abrió la puerta fué fray Bernardino, el de las nueces, quien al verla, le dijo:

— ¡Hola, amiga! ¿qué buen viento trae á usted por acá?

— Vengo á ver á fray Cristóbal.

— ¿Al padre Cristóbal? No está.

— ¿Tardará mucho en volver?

— ¡Quién sabe! — dijo el fraile encogiéndose de hombros.

— ¿Dónde ha ido?

— Á Rimini.

— ¿Dónde?

— Á Rimini.

— ¿Dónde está ese pueblo?

— ¡Uh, uh! — contestó el fraile, cortando con la mano el aire como para indicar mucha distancia.

— ¡Válgame Dios! ¿Y cómo se ha ido tan de repente?

— Porque así lo ha dispuesto el padre Provincial.

— ¿Y por qué habrá mandado tan lejos á un religioso que hacia aquí tanto bien? ¡Desdichada de mi!

— Si los superiores hubiesen de dar los motivos de las órdenes que expiden, ¿dónde estaria la obediencia, buena mujer?

— Sí; pero esta es mi ruina.

— ¿Sabe usted lo que habrá sucedido? Que en Rimini haria falta un buen predicador; y aunque nosotros los tenemos muy buenos en todas partes, muchas veces se necesitan ciertos hombres á propósito; de consiguiente, el padre Provincial de allá escribiria al de aquí si habia un religioso de tales y tales cualidades, y el padre Provincial diria: nadie mejor que el padre Cristóbal.

— ¡Qué desgracia! ¿Y cuándo salió?

— Anteayer.

— ¡Si yo hubiera hecho lo que me daba el corazon, hubiera venido algunos días ántes! ¿Y no sabe, poco más ó ménos, cuándo podrá volver?

— ¡Ah! ¿quién sabe? puede ser que ni el mismo Provincial lo sepa. Cuando un predicador nuestro ha tomado vuelo, nadie sabe á qué árbol irá á parar. Lo piden aquí, lo piden allí, y como tenemos conventos en las cuatro partes del mundo... Suponga usted que el padre Cristóbal tenga en Rimini una aceptación extraordinaria en sus sermones de Cuaresma, porque no siempre predica de repente como lo hacia aquí para los aldeanos, sino que tenia para las ciudades sus sermones escritos. ¡Y qué sermones! Suponga usted que corre la fama de este gran predicador y que lo piden de... de ¿qué sé yo? de cualquiera parte. ¿Qué hay que hacer? Darlo, porque como nosotros vivimos de todo el mundo, está muy en el orden que sirvamos á todo el mundo.

— ¡Qué desgracia! exclamó otra vez Ines casi llorando.

— ¿Cómo nos compondremos sin él? Era el que nos servia de padre; su ausencia es nuestra última ruina.

— Oiga usted, buena mujer. El padre Cristóbal era ciertamente un hombre de bien; pero sepa usted que tenemos otros

que no le van en zaga; hombres caritativos, sabios y que saben tratar lo mismo con los señores que con los pobres. ¿Quiere usted hablar con el padre Anastasio? ¿Con el padre Jerónimo? ¿Con el padre Zacarias, ó con el...?

— ¡Dios me asista! — exclamó Ines con aquel tono de agradecimiento é impaciencia que se experimenta al oír una propuesta en que se nota más bien una buena voluntad que conveniencia. — ¡A mí qué me importa que otro sea ó no bueno, cuando falta el que sabía nuestros asuntos, y ya había dado pasos para ayudarnos!

— Entonces no hay sino tener paciencia, — dijo fray Bernardino.

— Eso ya lo sé yo, — contestó Ines. — En fin, perdone usted la molestia.

— No hay de qué; lo siento por usted. Y por fin, si se determina usted á valerse de alguno de los padres que he nombrado, aquí está el convento que no se mueve. ¡Vaya usted con Dios! Ya presto nos veremos, pues no tardaré en ir á la cuesta del aceite.

— ¡Quédese usted con Dios! — dijo Ines.

Y echó á andar para el pueblo, triste, desconsolada y llena de confusion, como el ciego que perdió el lazarillo.

Nosotros, algo mejor informados que fray Bernardino, podemos ahora decir lo que pasó. Apenas llegado á Milan el conde Atilio, fué á ver á su tío del Consejo secreto, como se lo había ofrecido á D. Rodrigo. Era este Consejo una junta de trece personajes de capa y espada, á quienes consultaba el Gobernador general, y que reasumia provisionalmente el mando cuando este faltaba. El Conde tío, togado y uno de los más antiguos del Consejo, gozaba de algun crédito; pero no tenía igual en ostentarle y hacer que sonase fuera.

Empleaba para esto un lenguaje ambiguo, un silencio expresivo, unas reticencias á tiempo, unas miradas como si dijera no puedo hablar, un esperar sin prometer, y un amenazar con desembarazo. Todo esto producía su efecto poco ó mucho, tanto, que hasta un *nada puedo en este nego-*

cio, siendo á veces la pura verdad, pero dicho de un modo que no se le creyese, contribuía á aumentar su concepto de valimiento, á manera de ciertos botes, que todavía se ven en algunas boticas, los cuales tienen por defuera ciertos rótulos



El Conde tío, togado.

ambiguos, y sin embargo, de que nada contienen, sirven para aumentar el crédito de la casa. El del Conde consejero, que había tiempo que se iba aumentando con lentitud, se elevó en un momento hasta el último grado con motivo de un viaje que por comision hizo á Madrid, en donde, según él

contaba, fue recibido con una distincion extraordinaria. En comprobacion, decia que el Conde-duque le habia honrado con su confianza, en terminos de preguntarle una vez delante de toda la corte si le gustaba Madrid, y decirle otra vez á solas en el hueco de una ventana, que la catedral de Milan era la mayor de cuantas habia visto en los dominios del Rey.

El conde Atilio, despues de haber hecho á su tio los cumplimientos de estilo y haberle presentado los respetos de su primo, se revistió de cierta gravedad, como afortunadamente sabia hacerlo, y dijo.

— Creo cumplir con mi obligacion, sin faltar á la confianza de D. Rodrigo, dando cuenta á mi señor tio de un asunto que, si usted no lo toma á su cargo, puede ser de gravedad y traer tristes consecuencias.

— Me figuro que será una de las suyas.

— En obsequio de la verdad debo decir que la falta no está en esta ocasion de parte de D. Rodrigo; pero está resentido, y como digo, sólo mi señor tio...

— ¡ Vaya ! sepamos.

— Hay en aquel pais un capuchino que se ha empeñado en chocar con mi primo, y la cosa ha llegado á punto que...

— ¡ Cuántas veces he dicho á uno y á otro que no hay que meterse con los frailes !... de sobra hay con lo que dan que hacer á los que deben... á quien le toca... (Y aquí sopló gordo.) Pero vosotros que podéis evitar...

— Mi señor tio, debo decir á usted que D. Rodrigo todo lo hubiera evitado si hubiera sido posible; pero el fraile es el que quiere habérselas con él, y le provoca de mil maneras.

— ¿ Qué diablos tiene ese fraile con mi sobrino ?

— Desde luego es una cabeza extravagante, como todos saben, y hace alarde de tenérselas tiesas á los caballeros. El protege, dirige, ó ¿ qué se yo ? á una aldeanilla del pais; él tiene por aquella mozueta un celo... una caridad, que no se cómo calificarla...

— Comprendo, — dijo el Conde consejero, advirtiéndose en su rostro cierto viso de malicia.

— Hace algun tiempo — continuó el conde Atilio — que al fraile se le ha metido en la cabeza que D. Rodrigo tiene ciertas miras....

— ¿ Conque se le ha metido en la cabeza ? ¡ Ah ! ya comprendo. Conozco bien al Sr. D. Rodrigo, y para justificarle en esta parte, necesita mejor abogado que tú.

— Puede ser muy bien que D. Rodrigo haya gastado alguna chanza con aquella muchacha, encontrándola por la calle : es jóven, y en fin no es capuchino; tampoco fuera justo que molestase yo á mi señor tio por semejantes muchachadas; pero lo que merece la atencion es que el fraile ha empezado á hablar de mi primo como lo haria de un pillo, con el objeto de excitar contra él á todo el pais.

— ¿ Y los demas frailes ?

— No hacen caso, porque saben que es un hombre extravagante, y miran á D. Rodrigo con el mayor respeto; pero es necesario advertir que este fraile tiene mucha opinion entre los aldeanos, porque tambien hace el santo, y...

— Sin duda no sabrá que D. Rodrigo es mi sobrino.

— Mucho que lo sabe, y es justamente lo que más le emperra.

— ¿ Cómo es eso ?

— Sí, señor, porque, y él mismo lo dice, se complace más con habérselas con D. Rodrigo, por la razon de que tiene un protector de tanto valimiento como usted, y que él se burla de los grandes y de los políticos, pues el cordon de San Francisco tiene atadas las manos á las mismas autoridades, y...

— ¡ Fraile insolente ! ¿ y cómo se llama ese atrevido ?

— Fray Cristóbal de***, — dijo el conde Atilio.

Y el tio bufando sacó un papel de un cajoncito de la escribanía, y escribió en él aquel desgraciado nombre; entre tanto, el conde Atilio continuaba diciendo :

— Ese fraile ha tenido siempre la misma manía. Ya se sabe toda su vida : era un plebeyo, que tenia algun dinero, queria tenérselas tiesas á los caballeros de su pueblo, y furioso por no poder dominarlos á todos, asesinó á uno de

ellos, y para no morir en la horca tuvo que meterse fraile.

— ¡ Muy bien ! ; muy bien ! allá lo veremos, — iba diciendo el tío sin dejar de bufar.

— Ahora está más furioso que nunca, — continuaba el conde Atilio, — porque se le ha descompuesto un negocio en que tenía grande interes, y de aquí conocerá usted qué casta de pájaro es el tal frailecito. Estaba empeñado en casar á aquella protegida suya, quizá para quitarla de los peligros del mundo... ya usted me entiende, ó quizá para meterla en ellos, queria casarla, y ya habia encontrado al hombre... otro protegido suyo, un sujeto cuyo nombre quizá conocerá mi señor tío, porque el Consejo habrá tenido que tratar de tan buena alhaja.

— ¿ Quién es ?

— Un hilandero de seda : Lorenzo Tramallino, el que...

— ¡ Lorenzo Tramallino ! — exclamó el tío, — ¡ bueno ! bueno ! ; Qué buen frailecito ! Cierto, y tenía una carta para... ¡ lástima que !... pero no importa... Y ¿ por qué el señor don Rodrigo nada me dice de todo esto, y deja que las cosas pasen tan adelante sin acudir á quien puede y debe dirigirle ?

— Tambien diré acerca de esto. Sabiendo los muchísimos negocios que usted tiene en la cabeza (el tío soplando puso la mano en ella, como dando á entender que no sabía cómo todos podian caer en ella), no queria añadirle otro, y ademas, segun lo que he podido entender, está D. Rodrigo tan fastidiado, tan aburrido, tan irritado por la insolencia de aquel fraile, que tiene más ganas de tomarse sumariamente la justicia por su mano, que de conseguirla por los medios legales. Yo he procurado echar agua al fuego ; pero viendo que la cosa iba mal parada, he creido de mi obligacion prevenir á usted, que por fin es el principal de la familia.

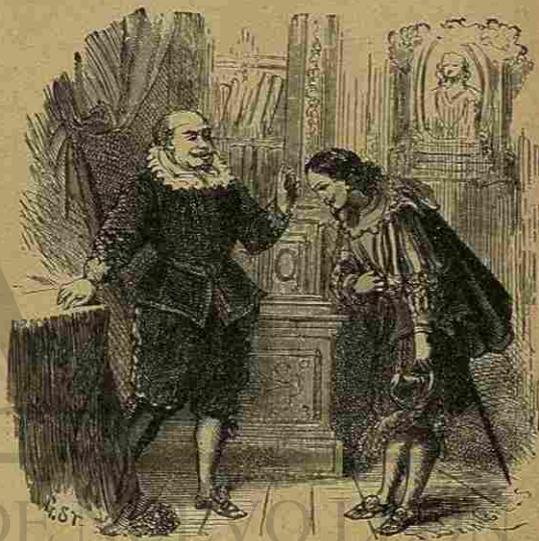
— Mejor hubieras hecho si me hubieras hablado ántes.

— Es verdad ; pero yo esperaba que el riesgo se disiparia, ya porque el fraile volviere sobre sí, ó ya porque se marchase de aquel convento, como suele suceder que estos frailes ora

están aquí, ora están allá, y con esto todo quedaria concluido. Pero...

— Ahora ya me toca á mí el componerlo.

— Así lo creí yo ; dije para mí : el tío con su penetracion y su autoridad sabrá prevenir un escándalo. Este fraile está muy hueco con su cordon de San Francisco, como si el cordon de San Francisco hubiese de patrocinar picardias. Usted tiene



« Tengamos juicio. »

mil medios que yo conozco ; sé que el padre Provincial le tiene, como es justo, una grandísima deferencia, y si usted cree que en este caso el mejor remedio es el de hacer que el fraile mude de aires, bastan dos palabras...

— Deje usted, señor sobrino, el cuidado á quien corresponde, — interrumpió el tío consejero.

— Tiene usted razon, — contestó el conde Atilio, como arrepentido de haberse propasado. — Conozco que no soy hom-

bre capaz de dar consejos á mi señor tío: lo que siento es quizá haber perjudicado á mi primo en el concepto de usted.

— Vaya, vaya, — dijo el tío: — vosotros dos seréis siempre amigos hasta que uno siente la cabeza. ¡Troneras! ¡troneras! haciendo todos los dias calaveradas, y luégo tengo yo que componerlo todo. Más me dais que hacer vosotros que... (aquí sopló mucho) todos los negocios del gobierno.

Dió el conde Atilio nuevas disculpas, y luégo se despidió del tío, que le acompañó con un « tengamos juicio, » que era fórmula con que despedía siempre á sus sobrinos.

CAPÍTULO XIX

El que viendo en un campo erial una hierba parásita quisiese averiguar si la produjo un granillo madurado en el mismo campo, ú otro llevado por el viento, ó que dejó caer un pájaro, por mucho que meditase, jamas llegaria á descubrir la verdad; de la misma manera no podemos nosotros decir si la resolucion de valerse del padre Provincial para cortar aquel nudo gordiano salió del caletre del tío senador, ó fué efecto de la insinuacion del conde Atilio. Lo cierto es que este no echó aquella especie en saco roto, y aunque debia presumir que la necia vanidad de su tío no hubiera querido adherirse á una advertencia tan directa, quiso apuntarle la idea de aquel recurso, indicándole indirectamente la senda por donde deseaba encaminarle. Por otra parte el arbitrio era tan análogo al humor del Conde senador, y tan indicado por las circunstancias que, sin que nadie se lo sugiriese, se podia apostar á que le hubiera ocurrido, y le habria adoptado. Se trataba de que en una guerra tan declarada no quedase debajo uno de su familia, nada ménos que sobrino suyo, punto muy esencial

para conservar la opinion de hombre de valimiento por que tanto anhelaba. La satisfaccion que por su mano podia tomarse D. Rodrigo era un remedio peor que el mal, y un motivo de grandes compromisos, por lo que convenia impedirlo á toda costa y lo más presto posible. Mandar á D. Rodrigo que dejase al momento su castillo, sobre dar márgen á que no obedeciera, seria, áun cuando lo hiciese, abandonar el campo y la casa por temor de un convento. Órdenes, fuerza legal, y otros espantajos de esta naturaleza, nada valian contra un adversario de aquella clase, porque entónces el clero secular y regular era enteramente inmune de toda jurisdiccion laical, no sólo respecto de sus personas, sino tambien de sus casas, como debe saberlo cualquiera, aunque no haya leído más historia que esta, lo que á la verdad no seria gran cosa. Últimamente, todo lo que se podia hacer contra semejante enemigo, era obligarle á mudar de aires, y para esto el único medio era acudir al padre Provincial.

Este y el Consejero eran conocidos antiguos, y aunque se habian visto pocas veces, siempre habia sido con grandes ofrecimientos y protestas de amistad.

Con esto, el tío Consejero, despues de haber meditado con detencion, convidó un dia á comer al padre Provincial, disponiendo que asistiesen tres comensales escogidos con tino y prevencion, á saber, algunos de su parentela, cuyo sólo título y apellido ya eran suficientes para imponer respeto, y con cuyo desembarazo, hablando de cosas grandes en términos familiares, conseguiria, áun sin pretenderlo, imprimir y recordar á cada instante la idea de su influjo y poderío; reunió ademas algunos adictos á la familia por costumbre heredada, y al conde Consejero por servilidad de toda la vida, los cuales empezando desde la sopa á decir que sí, con boca, ojos, orejas, cabeza y todo el cuerpo y el alma, hasta los postres, habrian puesto á un hombre en disposicion de no acordarse cómo era posible decir que no.

En la mesa no tardó el amo de la casa en hacer recaer la conversacion sobre Madrid; habló de la corte, del Conde-duque,

de los ministros, de la familia del Gobernador general, de las corridas de toros, que podía describir muy bien, por haber asistido á ellas en paraje distinguido, y del Escorial, de que podía dar razon exacta por haberle enseñado hasta el último rincón un criado del Conde-duque. Todos los comensales estuvieron algun tiempo escuchándole con la mayor atencion, y dividiéndose despues en coloquios particulares, continuó entónces el conde Consejero contando otras cosas semejantes como en confianza al padre Provincial, que sentado cerca de él, le dejó hablar todo lo que quiso; pero llegado á cierto punto, abandonó la conversacion de Madrid, y de corte en corte, de dignidad en dignidad, vino á parar al cardenal Barberini, capuchino y hermano del papa reinante Urbano VIII. Aquí tuvo que dejar hablar á su turno al padre Provincial, oyéndole tambien con mucha paciencia. Poco despues de levantados los manteles, le suplicó que pasase con él á otra sala, en donde con esto se hallarian cara á cara dos autoridades, dos hombres encanecidos en los negocios, dos hombres de consumada experiencia. El Consejero pidió al reverendísimo Padre que se sentase, y tomando él tambien asiento á su lado, empezó de esta manera:

— Mediante la amistad que existe entre nosotros, he juzgado conveniente hablar á vuestra paternidad de un negocio importante que debe zanjarse amistosamente sin acudir á otros medios, que podrían... Así pues, á la buena de Dios y con el corazón en la mano, diré el asunto de que se trata, y no dudo de que en dos palabras nos avendremos. Dígame vuestra paternidad: ¿hay en su convento de Pescarénico un fray Cristóbal de***?...

Hizo el Provincial una seña afirmativa.

— Dígame vuestra paternidad con toda franqueza, como amigos, ese padre... No le conozco personalmente, á pesar de que conozco á muchos capuchinos, hombres eminentes, muy apreciables, varones ilustres... Desde niño fui aficionado á los capuchinos... pero en toda familia algo numerosa siempre hay alguno... alguna cabeza... Y ese padre Cristóbal se

por ciertas noticias que es un hombre algo amigo de chocar... que no tiene toda aquella prudencia, aquellos miramientos... Apostaría que más de una vez ha dado algun disgusto á vuestra paternidad.

— Ya entiendo, — decia para sí el capuchino. — Aquí hay un empeño. Yo me tengo la culpa. Bien sabía yo que ese bendito fray Cristóbal era un religioso que convenia mandarle de púlpito en púlpito, sin dejarle seis meses en un mismo punto, y ménos en un convento de aldea.

Y luégo prosiguió en voz alta:

— ¡ Ah! siento muchísimo que vuestra señoría tenga semejante opinion del padre Cristóbal, pues, por lo que yo sé, es un religioso ejemplar en su convento, y muy apreciado fuera.

— Ya me hago cargo... ¿ qué ha de decir vuestra paternidad? Sin embargo, como verdadero amigo, debo decirle una cosa que le importa saber, y áun cuando vuestra paternidad la supiese, yo puedo, sin faltar á mi deber, indicarle ciertas consecuencias probables... No digo más. Sabemos que ese padre Cristóbal se habia declarado protector de un hombre de aquel país, un hombre... Ya vuestra paternidad habrá oído hablar de él; el mismo que con tanto escándalo se escapó de las manos de la justicia, despues de haber cometido mil excesos en aquel desgraciado dia de San Martín... ¡ Lorenzo Tramallino!

— ¡ Válgame Dios! — dijo para sí el padre Provincial.

Y volviéndose luégo al Conde senador, prosiguió:

— Nada sé de eso; pero vuestra señoría sabe muy bien que una parte de nuestras obligaciones es la de buscar extraviados para reducirlos...

— ¡ Bien! pero el tratar con ciertos extraviados es cosa peligrosa, es punto sumamente delicado...

Al decir esto, en lugar de hinchar los carrillos y soplar, estrechó los labios sorbiendo el aire, en vez de echarlo fuera como solía, y continuó diciendo:

— Me ha parecido regular hacer á vuestra paternidad se-

mejante indicacion por si acaso mañana ú otro dia S. E. el señor Gobernador, Capitan general... podria impetrar de Roma... ¿Quién sabe?... No tengo antecedentes... pero podria venir de Roma...

— Agradezco muchísimo á vuestra señoría este aviso; pero estoy seguro que, tomando informes sobre el particular, resultará que el padre Cristóbal no ha tenido más trato con el hombre que vuestra señoría dice, que el necesario para corregirle y amonestarle. Yo tengo noticias de quién es el padre Cristóbal.

— No obstante, vuestra paternidad sabe mejor que yo lo que fué en el siglo, y sus calaveradas cuando jóven.

— Señor Conde, es un lauro para el hábito el que un hombre que en el siglo dió motivo para que murmuraran de él, se vuelva muy diverso con sólo vestirlo... Y desde que el padre Cristóbal le viste...

— Me alegraria poderlo crear, sí, señor, me alegraria de corazón; pero muchas veces... Ya sabe vuestra paternidad aquel refran que dice « el hábito no hace el monje ».

El refran no venia exactamente el caso; pero quiso el Conde sustituirle por delicadeza al otro: « muda el lobo los dientes, mas no las mientes, » ó al otro: « el que malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá. »

— Tengo datos, — continuó el Conde; — tengo noticias...

— Si vuestra señoría sabe positivamente — dijo el padre Provincial — que este religioso ha cometido alguna falta, porque todos estamos expuestos á errar, estimaré muchísimo que me lo diga. Soy superior, aunque indigno, y lo soy expresamente para corregir y remediar defectos.

— Diré: á la circunstancia desagradable de haber favorecido tan decididamente á la persona que he indicado, se agrega otra cosa no ménos desagradable, y que pudiera... pero entre nosotros todo lo arreglaremos amigablemente; se agrega, digo, que el mismo padre Cristóbal se ha empeñado en chocar con mi sobrino D. Rodrigo.

— Eso, á la verdad, me desagrada mucho; sí, señor lo siento sobremanera.

— Mi sobrino es jóven, vivo, sabe quién es; no está acostumbrado á que le provoquen.

— Sobre este particular tomaré los más exactos informes. Vuestra señoría, con su conocimiento del mundo y su experiencia, sabe estas cosas mejor que yo: todos somos de carne y huesos, y todos estamos expuestos, como ya he dicho, á errar... así unos como otros... y en el caso de que nuestro fray Cristóbal haya errado...

— Esas son cosas, como decia ántes, que deben concluirse entre nosotros; que deben quedar sepultadas aquí, porque cuanto más se revuelven... es peor. Vuestra paternidad sabe lo que sucede... Estos piques, estos choques, á veces principian por una bagatela, y luego llegan adonde no se podria creer. Calmar, cortar, reverendo Padre... esto es lo que conviene. Mi sobrino es jóven; el religioso, segun tengo entendido, conserva todavía la viveza, las inclinaciones de un mozo; toca, pues, á nosotros, que tenemos nuestros añitos encima con harto sentimiento, ¿no es así, Padre reverendo? á nosotros, pues, nos toca tener juicio por los jóvenes, y componer sus muchachadas. Afortunadamente estamos aún en tiempo: la cosa no se ha traslucido; aún viene bien un buen « principiis obsta. » Apartar el fuego de la estopa. Muchas veces un hombre que no anda derecho, ó que puede ocasionar algun inconveniente en un paraje, prueba perfectamente en otro. Vuestra paternidad sin duda sabrá encontrar el nicho que convenga á ese religioso. Hay justamente la otra circunstancia de que ha excitado la desconfianza de quien pudiera desear que se alejase: y enviándolo á punto algo retirado, hacemos de un camino dos mandados; todo se arregla, ó por mejor decir, nada hay perdido.

Desde el principio del razonamiento aguardaba el padre Provincial semejante conclusion: « ¡ Ya! ¡ ya! decia entre sí, veo dónde vas á parar. Siempre lo mismo: cuando la toman con un pobre fraile, ó les incomoda, al momento, tenga ó no

tenga razon, el superior debe enviarle á que se pasee.»

Así que el Conde dió fin á su plática con un gran resoplido, que equivalia á un punto final:

— Comprendo muy bien — dijo el capuchino — lo que el señor Conde quiere dar á entender; pero ántes de dar un paso...

— Es un paso, y no es un paso, — interrumpió el Conde; — es una cosa natural, una cosa que está en el órden; y si no se adopta pronto este expediente, preveo un *mare magnum* de disputas. No creo que mi sobrino... en fin, estoy yo de por medio... pero el negocio ha llegado á un punto que, si no le damos un corte pronto y decisivo, no es posible que quede oculto... entónces ya no es sólo mi sobrino... se levanta una polvareda, Padre mio, que... Ya ve vuestra paternidad... los parientes... tenemos largas relaciones, toda gente que tiene sangre en las venas... y con algun valimiento. Entra luégo aquello: «no es por el huevo, sino por el fuero;» y entónces áun el que es amigo de la paz... ¡Vaya! tendria yo el mayor sentimiento si me viera precisado... yo que siempre he tenido tanta predileccion á los padres capuchinos. Ustedes que tanto bien hacen con edificacion del público, necesitan de la paz y no de enredos; ustedes deben estar bien con todos... Ademas tienen parientes en el siglo, y e los negocios de puntillo, por poco que duren, se extienden, se ramifican y envuelven á medio mundo. Yo tengo este hereditario destino, que me obliga á sostener cierto decoro. S. E. el señor Gobernador general, mis compañeros... todo se ve á un punto de cuerpo. En fin, vuestra paternidad sabe cómo van estas cosas.

— Á la verdad, — dijo el Provincial, — el padre Cristóbal es predicador; y ya estaba yo casi resuelto... Justamente lo piden; pero ahora en esta circunstancia pudiera creerse que era un castigo ántes de haberse aclarado...

— ¿Cómo un castigo? no por cierto: de ninguna manera; una medida de prudencia; un arbitrio de conveniencia reciproca para evitar los compromisos... Ya me parece haber dicho lo suficiente.

— Entre vuestra señoría y yo, la cosa va bien; pero siendo

como se la han referido á vuestra señoría, es imposible que no haya traspasado algo. En todas partes hay chismosos, atizadores, ó por lo ménos curiosos malignos, que se complacen en meter cizaña entre los caballeros y religiosos... Cada uno tiene su buena opinion que conservar, y en mi es una obligacion precisa... el honor del hábito... no es cosa mia, es un depósito... Estando su señor sobrino tan irritado como vuestra señoría dice, pudiera considerar el hecho como una satisfaccion que se le habia dado, y no digo jactarse, hacer alarde de ello; pero...

— Vuestra paternidad se equivoca: mi sobrino es un caballero muy estimado y respetado entre las gentes segun su clase, pero con respecto á mi persona es un niño, y no hará ni más ni ménos que lo que yo le mande. Acerca de este punto puede vuestra paternidad vivir descuidado, y por lo que toca á los habladores, ¿qué quiere vuestra paternidad que digan? El ir un religioso á predicar á otra parte es cosa que sucede todos los dias.

— Siempre seria bien hecho que en esta ocasion el señor D. Rodrigo hiciese alguna demostracion de amistad, de deferencia... no por nosotros, pero por el hábito...

— Seguramente me parece bien, es justo... pero no hay necesidad. Mi sobrino siempre acoge con benevolencia á los capuchinos... Sin embargo, descuide vuestra paternidad; eso corre de mi cuenta: mandaré á mi sobrino... á pesar de que será necesaria mucha circunspeccion, á fin de que no llegue á conocer lo que ha pasado entre nosotros. No quisiera que nos curásemos en sana salud; y por lo que hemos tratado, cuanto más presto tanto mejor. Si hubiese algun rincón algo lejos... porque conviene quitar toda ocasion...

— Justamente me piden de Rimini un predicador, y aunque sin este motivo, quizá hubiera puesto la mira...

— ¡Perfectamente! ¿Y cuándo?

— Puesto que la cosa ha de hacerse, se hará presto.

— Sí, presto, presto, reverendo Padre: más vale hoy que mañana.

Y levantándose, continuó :

— Si en algo vuestra paternidad me considera útil, ó á mi familia en favor de esos buenos capuchinos...

— Tenemos pruebas de la bondad de vuestra señoría, — dijo el padre Provincial, levantándose tambien él, y siguiendo hacia la puerta al Conde.

Este continuó :

— Hemos apagado, padre mio, una chispa que podia pro-



Llegó de Milan una noche á Pescarénico un capuchino.

ducir un grande incendio. Entre dos amigos se arreglan á veces con dos palabras asuntos muy arduos.

Llegado el Consejero á la puerta la abrió de par en par, porfiando para que el padre Provincial pasase adelante. Los dos entraron en el comedor y se juntaron con los demas.

De resultas de esta conferencia llegó de Milan una noche á Pescarénico un Capuchino con un pliego para el Guardian. En él venia la órden para que fray Cristóbal, en virtud de santa obediencia, pasase á predicar á Rímimi la cuaresma, con el expreso mandato de desprenderse de cualquier negocio que tuviera en el pais, cortando igualmente toda correspondencia :

el capuchino dador del pliego debía acompañarle. Nada dijo el Guardian aquella noche; pero por la mañana muy temprano mandó llamar al padre Cristóbal, le enseñó la órden, y le intimó que con aquel fraile compañero se pusiese sin dilacion en camino.

Figúrese cualquiera qué golpe sería este para el buen religioso. Presentáronse inmediatamente á la memoria Lorenzo, Ines, Lucía, y exclamó en su corazon : « ¡ Dios mio ! ¿ qué harán sin mí esos desgraciados ? » Pero levantando al momento los ojos al cielo, se arrepintió de haber desconfiado de la Providencia, y de haberse creido necesario para alguna cosa. Cruzó las manos sobre el pecho en señal de obediencia, y bajó la cabeza delante del Guardian, el cual, llamándole aparte, le significó la otra circunstancia con palabras de consejo y tono de intimacion. Pasó fray Cristóbal á su celda, metió el breviario y sus sermones en unas alforjas, se ciñó con una correa el cuerpo, se fué á despedir de sus cohermanos, y despues de haber ido á tomar la bendicion del Guardian, se puso en camino con el compañero que se le habia nombrado.

Ya hemos dicho que alentado D. Rodrigo y empeñado más que nunca en llevar á cabo su pérvida empresa, estaba determinado á solicitar el auxilio de un malvado, del cual no podemos indicar ni siquiera por conjetura el nombre, ni el apellido, ni los títulos, cosa tanto más extraña, cuanto de este personaje hallamos memoria en más de un libro impreso : que este sujeto sea el mismo, no permite dudarle la identidad de los hechos ; pero en todas partes se advierte un estudio particular en ocultar su nombre. Francisco Rívola, en la vida del cardenal Federico Borromeo, hablando del expresado personaje, le llama un caballero tan poderoso por sus riquezas como ilustre por su nacimiento ; Ripamontí, en el libro quinto de la década quinta de su *Historia patria*, habla de él con bastante extension, llamándole siempre *un sujeto, este hombre, aquel personaje*, etc. Referiré, dice en su elocuente latin, el caso de uno que, siendo de los primeros

grandes de la ciudad, habia establecido su domicilio en su quinta, en donde, seguro á fuerza de delitos, se burlaba de los jueces, de la justicia y de toda autoridad. Situado en la frontera del Estado, hacia una vida independiente, dando abrigo á todos los bandoleros, y siendo bandolero él mismo.

Hacer todo lo que prohibian las leyes, meterse en los negocios de los demas sin más interes que el de mandar despóticamente, y ser temido de todos, habia sido siempre su pasion dominante. Desde su más tierna edad, al ruido de tantas tropelias, arbitrariedades y contiendas, y á vista de tantos tiranos como presentaba aquella época de confusion y desorden, envidiaba semejante condicion, anhelando imitarlos.

Siendo jóven y viviendo en la capital, no sólo no perdía ocasion alguna, sino que las buscaba para entrometerse con los más famosos de aquella profesion, y venir á contienda con ellos, ya con objeto de darles que hacer, ya con el de obligarlos á buscar su amistad. Aventajando á la mayor parte de ellos en riquezas y clientela, y quizá á todos en atrevimiento y fuerza, consiguió que muchos abandonasen toda especie de rivalidad : á muchos dejó escarmentados : y muchos se hicieron amigos suyos, pero amigos sumisos y dependientes. Sin embargo, en último resultado venia él á ser dependiente de todos; porque á cada momento pedian su auxilio en sus empresas; y como el huir el cuerpo hubiera sido motivo á que se disminuyese su crédito, cometi6, ya por sí, ya por otros, tantos atentados, que no bastando á sostenerle contra la fuerza pública y los odios privados, ni su nombre, ni su familia, ni sus amigos, tuvo que abandonar el campo y salir del país. Tan grande era el estado de anarquía de aquella época, que Ripamonti cuenta que el día que este hombre poderoso tuvo que abandonar la ciudad, la atravesó toda á caballo y á son de corneta con grande acompañamiento de criados y perros, y al pasar delante del palacio del Gobernador general, dejó á la guardia una embajada de groserías para aquel magistrado.

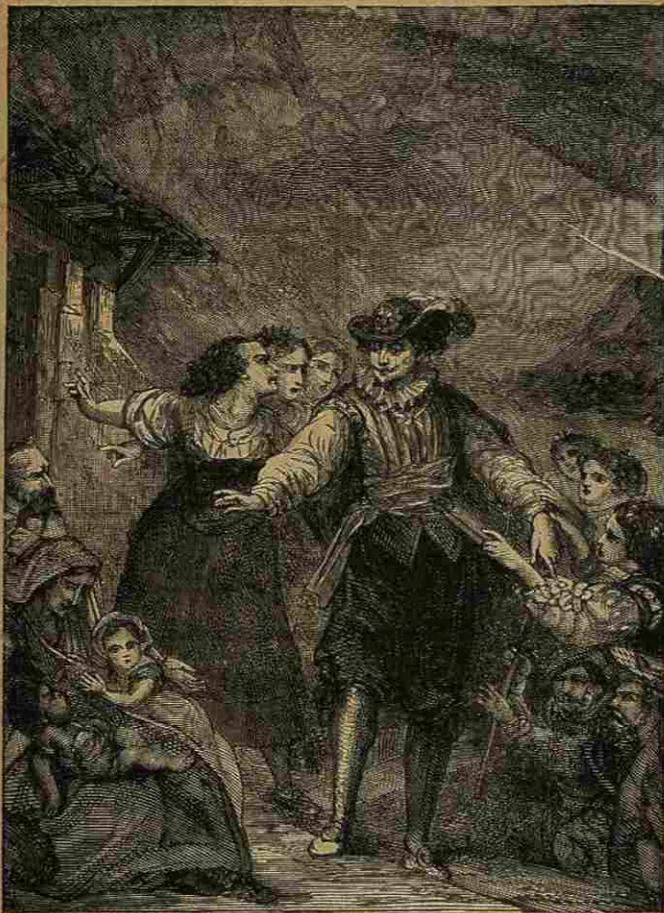
En su ausencia no cortó la correspondencia con sus ami-

gos, sino que conservó siempre relaciones con ellos, contrayendo ademas nuevas amistades; y los historiadores de aquel tiempo aseguran que hasta príncipes extranjeros se valieron de él para deshacerse de algunas personas. Finalmente, despues de algun tiempo cuyo espacio se ignora, ya fuese por haber sido indultado, ya fuese porque su atrevimiento le sirviese de salvaguardia, resolvió volver á su patria, como en efecto, lo verificó, aunque no á Milan, sino á un castillo de un feudo suyo, cerca de la frontera del territorio de Bergamo, que ent6nces, como todos saben, pertenecia á la república de Venecia, y allí estableció su morada. Esta casa, dice el citado Ripamonti, era una oficina en que se despachaban decretos de sangre. Los criados eran todos bandoleros pregonados y asesinos, por manera que ni cocinero ni mozo de cocina estaban exentos de cometer homicidios, y hasta las manos de los muchachos solian bañarse en sangre humana. Á tan honrada familia se agregaba otra de sujetos de igual calaña, diseminados por varios puntos de su territorio, y dispuestos siempre á ejecutar sus órdenes.

Todos los tiranuelos de aquellos contornos tuvieron, quién en una, quién en otra ocasion, que escoger entre su amistad ó su odio, porque los primeros que intentaron hacerle frente quedaron tan mal parados, que en todos faltó el aliento para hacerle oposicion. No bastaba tampoco el estar metido en concha, como suele decirse, para no depender de sus caprichos, pues llegaba de cuando en cuando un emisario á intimar que se desistiese de tal ó cual empresa, que se dejase de molestar á tal ó cual deudor, ó cosas semejantes : y ent6nces era preciso contestar categ6ricamente.

Cuando en cualquier negocio una de las partes acudia á su mediacion como por una especie de vasallaje, la otra se hallaba en la dura alternativa de someterse á su fallo, ó de declararse enemigo suyo, que era equivalente, como él mismo decia, á estar héctico en tercer grado. Muchos, sin tener razon, apelaban á él para tenerla, y otros, temiéndola, se adelantaban á escudarse con su patrocinio y cerrar la

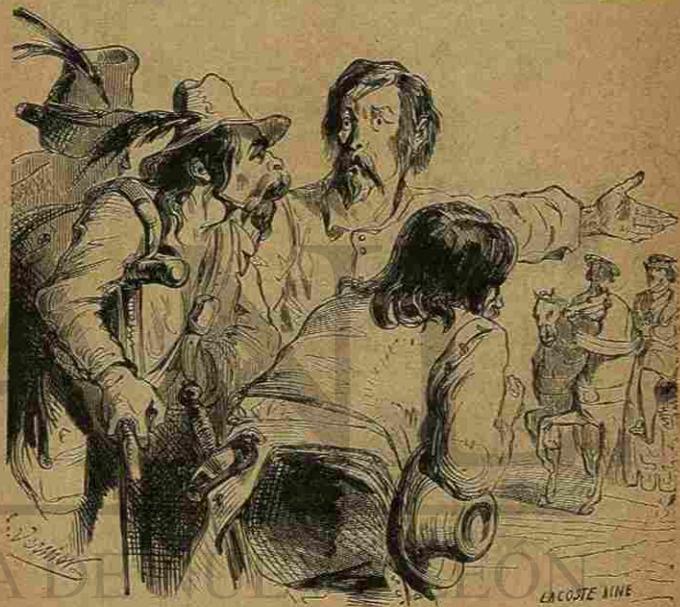
entrada á su adversario. Sucedió una vez que, implorando su



Una vez implorando su proteccion cierta persona oprimida por un poderoso, se declaró por la parte débil.

proteccion cierta persona oprimida por un poderoso se declaró por la parte débil, obligando al opresor á desistir de su em-

presa, y en caso de negativa empleó contra él medios violentos. En estas ocasiones aquel hombre tan temido y odiado no dejó de ser bendecido, porque á consecuencia de la dislocacion social de la época, aquella justicia, ó por mejor decir, aquel reparo de una vejacion no hubiera sido posible obtenerle de poder alguno, público ni privado. Todos estos hechos buenos

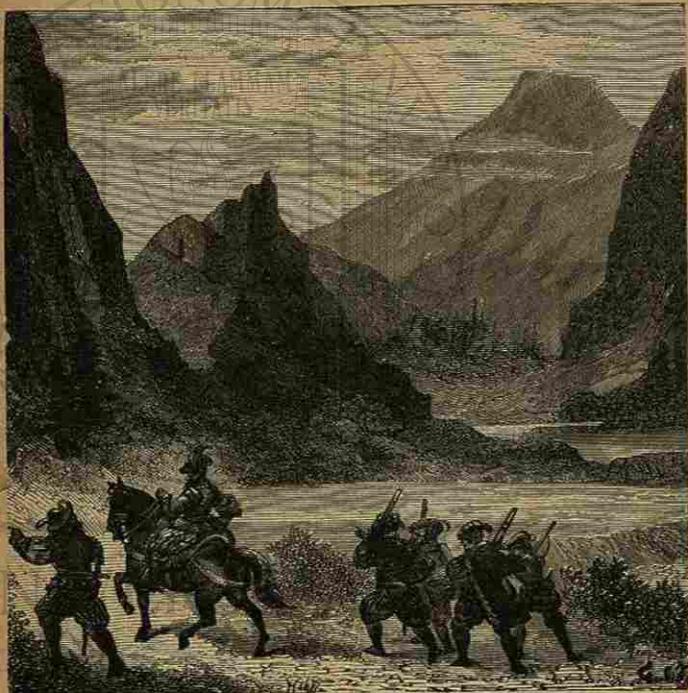


Siempre que en alguna parte se presentaban bravos. (R)

y malos le habian dado tal nombradía en el territorio milanes, que su vida suministraba materia á mil cuentos populares, excitando su nombre la idea de un poder extraordinario y portentoso. Siempre que en alguna parte se presentaban bravos de ascepto más feroz de los que solian verse, ó se hablaba de algun atentado cuyo autor se ignorase, al momento corría de boca en boca el nombre de aquel individuo, nombre que,

por la singular circunspeccion (por no decir otra cosa) de nuestros escritores, no hemos podido averiguar, viéndonos por tanto en la necesidad de llamarle *caballero anónimo, el señor del castillo, etc.*

Desde este castillo á la morada de D. Rodrigo no habia más



Salió D. Rodrigo en traje de caza y se dirigió al castillo del caballero sin nombre.

distancia que siete millas : así el último, apénas llegó á ser dueño y tirano de aquel distrito, se convenció de que con la vecindad de tal personaje no era posible emprender aquel género de vida sin chocar ó ponerse de acuerdo con él. Por

esta razon le habia ofrecido sus servicios, haciéndose amigo suyo : y en efecto, le habia hecho algunos favores y recibido protestas de fina correspondencia y auxilio recíproco siempre que llegase á necesitarlo. Procuraba, no obstante, D. Rodrigo ocultar su amistad, ó por lo ménos la intimidad y naturaleza de ella ; porque, si aspiraba á ser un tirano, pero no un tirano selvático y brutal. Semejante profesion no era para él un objeto, sino un medio ; y como se proponia frecuentar la sociedad de la capital, y gozar de todas las comodidades, honores y diversiones de la vida civil, necesitaba tener miramientos, llevarse bien con sus parientes, cultivar la amistad de las personas de valimiento, poder apoyar una mano en la balanza de la justicia, para en caso necesario inclinarla á su favor, ó bien inutilizarla, y áun dar con ella en la cabeza á algún adversario, cuando de este modo se pudiese sacar mejor partido que de la venganza privada.

El conocimiento pues de su intimidad, ó, por mejor decir, de su alianza con un hombre de aquella especie, enemigo furioso de la autoridad pública, no hubiera hecho en verdad buen estómago al Conde su tío ; al paso que ciertas relaciones amistosas de mero cumplimiento, que no fuera fácil ocultar, pasarían por atenciones indispensables con respecto á un hombre cuya enemistad era sobrado peligrosa ; siendo por otra parte la necesidad suficiente disculpa.

Una mañana, pues, salió D. Rodrigo en traje de caza con una escolta de bravos á pié, el *Canoso* al estribo y otros cuatro detras, y se dirigió al castillo del caballero sin nombre.

